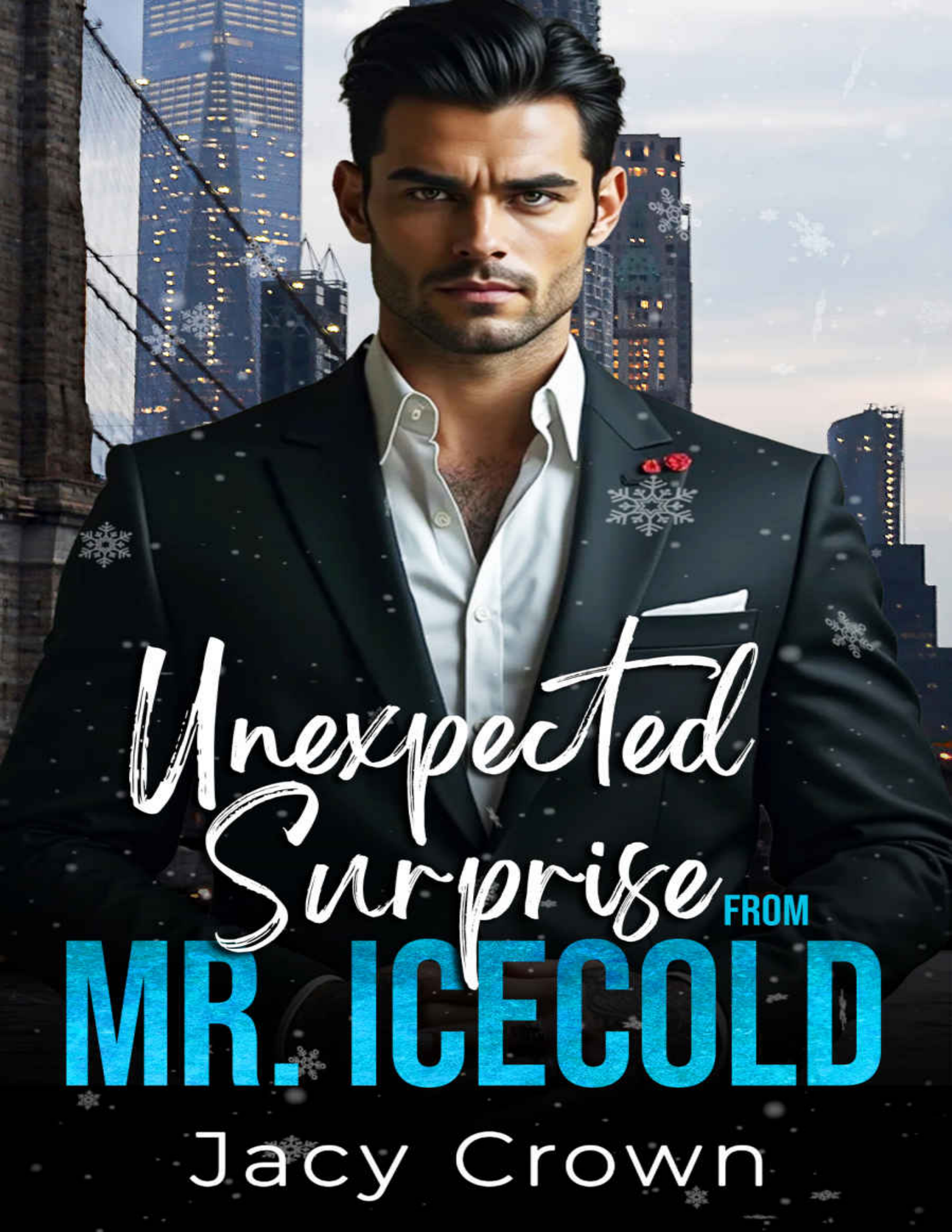

Unexpected Surprise FROM
MR. ICECOLD
Jacy Crown

Sorpresa inesperada de Mr. Icecold

Jacy Crown

Copyright © 2025 Jacy Crown
Todos los derechos reservados

Corrección de estilo: Ruben Herzhoff

Foto de portada: ID #188126579 - Fotolia by Adobe.

Editor:
Ruben Herzhoff
Mozartstr. 6
47239 Duisburg

Para obtener libros gratis y más información sobre Jacy Crown, visita mi página web. ¡Tras suscribirte al newsletter, te espera mi novela romántica gratuita Love the Bad Boss!
http://www.jacycrown.com/newsletter-de/

Jacy en Facebook:
https://www.facebook.com/Jacy-Crown-1827154510735854

Tabla de Contenido

Título

Derechos de Autor

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Epílogo

Capítulo 1

~ Kelly~

Mi habitación parece como si un tornado hubiera decidido tomarse unas vacaciones en Manhattan. Hay ropa esparcida por todas partes: un par de suéteres gruesos, mi chaqueta de plumas negra, tres gorros diferentes, porque una nunca sabe qué peinado tendrá que salvar en la nieve, y una bufanda de lana de un rojo absurdamente chillón que mi madre me dio una vez con las palabras: *«Para que te encuentren enseguida si te pierdes en una tormenta de nieve».* Una idea muy romántica, que amenaza con devorarme a medida que me acerco.

Aun así, meto la bufanda en la maleta. No es que la vaya a necesitar de verdad, pero el solo hecho de que estoy a punto de volar a Aspen con mis tres mejores amigas ya me pone suficientemente nerviosa. Un poco de sentimentalismo maternal quizá no venga mal.

—¡Kelly, apúrate de una vez! —resuena la voz de Valerie desde la sala. Pongo los ojos en blanco. Valerie, que lleva tres semanas con su nuevo *Daddy*, un empresario rico que le dobla la edad, con un chalet en Aspen que generosamente ha puesto a su disposición. Supuestamente porque está atascado en Singapur por negocios. Yo más bien apuesto a que está feliz de que Valerie y sus amigas estén lo suficientemente lejos como para que lo dejen en paz.

—¡Ya estoy empacando! —grito de vuelta y, apurada, lanzo un par de mallas térmicas adentro. No tengo idea de si de verdad se necesitan, pero parecen de esas con las que una podría convertirse en una leyenda del esquí.

Lo malo es que no soy ninguna leyenda del esquí. Como mucho, soy la mujer que podría haber inventado el *après-ski*. Para mí, esquiar es tan natural como llenar declaraciones de impuestos. Pero bueno, ¿quién le dice que no a un viaje espontáneo a Aspen?

Exacto. Nadie.

La idea fue de Sandra. Es la más sensata de nosotras, la que tiene una lista de pendientes más larga que toda la planificación de mi carrera. Por supuesto, dijo que sí de inmediato porque pensó que en la nieve podría recuperarse un poco de su estresante trabajo. ¿Y Teresa? Ella siempre se ríe y dice *«¿Por qué no?»*, sin importar de qué se trate.

Y luego estaba yo. Kelly Anderson. 28 años, soltera, oficialmente gerente de marketing en una agencia, extraoficialmente un imán para el caos. De verdad debí haber dicho que no, porque mi escritorio se está convirtiendo en una avalancha de papel. Fechas de entrega, correos, una presentación por la que mi Boss me matará si no la entrego.

Pero sinceramente, bajo presión es como mejor trabajo. Y si tienes que elegir entre ahogarte en tablas de Excel o en champaña en la terraza de una cabaña en las Montañas Rocosas, Aspen gana. Punto.

—¡Kelly, vamos ya! ¡El Uber está esperando! —Otra vez Valerie. Ya está en modo *influencer* total, probablemente tomándose *selfies* con su maleta de diseñador.

Cierro la maleta, me siento encima para que la cremallera aguante de algún modo y arrastro el cachivache hasta el pasillo. Mi mejor amiga me examina con ojo crítico. —Por favor, dime que al menos empacaste un pantalón de esquí decente.

—Define *decente*. —Sonrío.

Pone los ojos en blanco. —Sabes que una se puede caer en la nieve, ¿no?

—Claro. Por eso tengo mallas térmicas.

Valerie suelta un gemido, Sandra solo niega con la cabeza. Teresa se ríe y me pone una botellita de prosecco en la mano. —Por si acaso.

Y esta es exactamente la razón por la que amo a estas tres: Valerie es nuestra chica de lujo y reina del drama, Sandra es la estratega de supervivencia en dos piernas, Teresa es un rayo de sol... ¿y yo? Algo en el medio. Vivaz, caótica, siempre dispuesta a meterme en cosas que en realidad no son una buena idea.

Como este viaje.

En el Uber rumbo al aeropuerto ya hay ambiente de fiesta. Valerie teclea en su celular, probablemente escribiéndole a su *sugar daddy* mensajes cursis como *«Gracias, darling, por todo»*. Sandra lee una guía de viaje, como si estuviéramos a punto de presentar un examen de opción múltiple. Teresa se ríe de algún video de TikTok.

¿Y yo? Miro por la ventana el horizonte gris de Nueva York. De alguna manera, se siente mal dejar todo así nomás. Sé que me espera una montaña de trabajo en la oficina. Que mi Boss ya puso los ojos en blanco la semana pasada cuando le dije que necesitaba urgentemente un fin de semana largo.

Pero al mismo tiempo, siento un cosquilleo, como si algo me estuviera esperando. Quizá solo son las Rocosas, quizá es la idea del fuego en la chimenea, el vino caliente, el aire fresco. O quizá simplemente el encanto de salir de la rutina una vez más.

Aspen.

La sola palabra suena como la promesa de que algo va a pasar. Algo que pondrá mi vida completamente patas arriba.

Nos abrimos paso a tropezones con todo nuestro equipaje hacia el *check-in*. Valerie, con su abrigo blanco, parece una mezcla de reina de las nieves y anuncio de Chanel. ¿Y yo? Probablemente parezco la chica que arrastró su maleta a la fuerza por las escaleras del metro.

—¡Aspen, allá vamos! —grita Teresa y levanta los brazos como si acabáramos de ganar el premio gordo de la lotería.

Cuando por fin subimos con todas nuestras maletas por el último camino nevado en la SUV, me siento como en un comercial de sueños invernales. Los árboles están cubiertos por una gruesa capa de nieve, el aire es claro y frío y, a lo lejos, las pistas brillan bajo la luz de los reflectores. Apoyo la frente en la ventanilla y echo vaho sobre el cristal, mientras Valerie nos explica por vigésima vez que esto es *solo* una «cabaña pequeña».

Cabaña pequeña, mis polainas.

Cuando nos detenemos, se me hace un nudo en la garganta por un momento. Frente a nosotras se alza un edificio que, con sus

enormes ventanales panorámicos y gruesas vigas de madera, parece más bien una mezcla entre un resort de montaña y la villa de James Bond. —¿A esto le llama cabaña? —murmuro y abro la puerta de golpe, incluso antes de que el conductor se haya detenido por completo.

Sandra baja detrás de mí y se queda parada de inmediato, con la cabeza echada hacia atrás. —Yo..., esto..., esto no es normal.

—Ay, Dios, nunca vamos a poder volver a nuestros apartamentos —chilla Teresa y empieza a reírse tontamente mientras casi se resbala en la nieve.

Valerie, en cambio, sonríe como si hubiera visto todo esto cien veces. —Bueno, Daddy dijo que le había salido un poco más grande. Pero igual es acogedora.

—¿Acogedor? —suelto una carcajada—. Si esto es acogedor, entonces mi cuarto del departamento compartido es un palacio.

Inevitablemente, me acuerdo de antes, del dormitorio de estudiantes donde nos conocimos. Dos pisos que olían constantemente a fideos ramen y a detergente barato. Valerie y yo compartíamos un cuarto diminuto, nuestras camas separadas solo por una cortina torcida. Cada centímetro era disputado a muerte: el espacio en el refrigerador, los enchufes, incluso el aire.

¿Y ahora? Esta casa podría tragarse nuestro antiguo dormitorio tres veces.

Caminamos por la entrada de la casa con las mejillas sonrojadas mientras el chofer descarga nuestras maletas. Valerie rebusca una llave en su bolso ridículamente caro y abre la ancha puerta de madera. Una luz cálida nos inunda y, lo juro, se me cae la mandíbula.

—¡Mierda santa! —es todo lo que logro decir.

Frente a nosotras se extiende una sala de estar tan grande como un piso entero en Manhattan. Una chimenea abierta con un fuego que crepita como si solo nos hubiera estado esperando. Sofás enormes, pieles blancas sobre los respaldos y un candelabro de astas que cuelga del techo.

—Esto es un set de filmación —dice Sandra con asombro—. Algo así no existe en la vida real.

—Pues, al parecer sí —respondo, deslizando mis dedos sobre la suave madera del pasamanos.

Corremos por la casa como adolescentes alborotadas. Cada una se adueña de un dormitorio y todos parecen una suite de hotel de lujo: camas gigantes, cobijas tan suaves como el algodón de azúcar, baños con jacuzzis. Teresa pega un gritito cuando descubre una ducha con doce chorros diferentes.

Salto en mi cama de arriba abajo, casi hundiéndome en el mar de colchones, y me río. —Bueno, si mañana nos perdemos las pistas, será solo porque desaparecimos en estas camas.

Sandra se sube las gafas y asiente con seriedad. —Es un riesgo que tendremos que correr.

Pasamos la tarde explorando la estación de esquí. El lugar en sí parece sacado de un libro de cuentos: pequeñas guirnaldas de luces sobre las calles, tiendas llenas de brillantes gafas de esquí y cascos de colores, gente con trajes de esquí que les quedan perfectos, como si hubieran escapado de un anuncio de Vogue.

Por supuesto, no tenemos ni idea de lo que necesitamos. Mientras Sandra intenta discutir con el vendedor sobre la longitud correcta de los esquís, yo agarro un gorro rosado con un pompón de pelo. —Este es —le digo a Valerie con una sonrisa.

—Kelly, lo compras solo porque es rosado.

—Exacto. Fin de la discusión.

Al final, llevamos montañas de equipo a la caja: esquís, bastones, cascos, guantes. Sandra suspira mientras saca su tarjeta de crédito. —Podríamos haber alquilado todo.

—No, no —la contradigo de inmediato—. ¡Necesitamos recuerdos! Y si nos rompemos el cuello, al menos nos veremos con estilo.

Valerie pone los ojos en blanco, pero veo cómo ella misma compra un traje de esquí blanco carísimo. Teresa corre riendo de un perchero a otro, probándose guantes de todos los colores del arcoíris.

Cuando volvemos a la mansión, la oscuridad ya está cayendo sobre las montañas. Todo el valle brilla con un suave resplandor

dorado. Es tan hermoso que incluso yo me quedo callada por un momento.

Pero apenas se cierra la puerta, Valerie descorcha una botella de champaña. —¡Por Aspen! —grita y casi nos empapa con ella.

—¡Por Aspen! —chillamos nosotras.

La noche se vuelve un borrón de risas, música del parlante Bluetooth de Valerie y demasiado alcohol. Teresa baila en calcetines por la sala, mientras que Sandra de verdad intenta establecer reglas para esquiar. Yo me apoyo en la chimenea con mi copa, sintiendo el calor en la cara y el burbujeante frío en el estómago.

—Deberíamos irnos a la cama —murmura Sandra en algún momento.

—O abrir una segunda botella —sugiero.

Valerie se ríe y levanta su copa. —Definitivamente la segunda botella.

Así que no solo se abre una segunda, sino también una tercera. Bebemos champaña como si fuera agua, hablamos de los viejos tiempos en el dormitorio de estudiantes, de chicos con los que casi salimos y de todo lo que queremos experimentar en Aspen.

Cuando finalmente caigo en mi cama, todo da vueltas ligeramente. Sigo riendo contra las almohadas, mientras afuera la nieve cae silenciosamente del cielo.

Siento la cabeza como si alguien hubiera montado una obra en construcción justo detrás de mis ojos. En alguna parte, un martillo neumático está taladrando y el ruido se acerca sospechosamente a mi propio cerebro. Parpadeo ante la brillante luz de la mañana que se cuela por las cortinas y me retuerzo para salir de debajo de la cobija demasiado suave.

Champaña. ¿Por qué esa palabra de repente suena como una amenaza?

—¡Chicas, a desayunar! —grita alguien desde la planta baja, seguido por el sonido de platos—. Me incorporo y necesito un minuto entero para entender: tenemos una empleada doméstica.

Cierto. Valerie lo había mencionado de pasada ayer mientras descorchaba la segunda botella. Yo había pensado que era una de sus bravuconadas de borracha.

Pero cuando bajo las escaleras arrastrando los pies, compruebo que estaba equivocada. Allí, de pie en la cocina, hay una mujer con una blusa blanca impecable que está poniendo un tazón de huevos revueltos frescos sobre la larga mesa de madera. El aroma a café flota en el aire y podría llorar de la felicidad.

El salón parece como si nunca hubiéramos celebrado una orgía de champaña. Ni copas pegajosas, ni migas de papitas, ni siquiera un cojín torcido en el sofá. Todo reluce y brilla. Me quedo parada en el marco de la puerta, atónita. —Esto es... magia.

Sandra ya está sentada a la mesa, sorprendentemente fresca para una mujer que ayer bailaba como si estuviera haciendo un programa de fitness. Valerie sorbe su café, perfectamente arreglada, como si no hubiera consumido la misma cantidad de alcohol que yo. Teresa, en cambio, se ve peor que yo; tiene la cabeza apoyada en la mesa y gime.

—Ven, Kelly —dice Sandra, palmeando la silla a su lado—. Come algo. Tenemos que irnos pronto.

—¿Irnos? —mi voz suena ronca—. Primero necesito una cita para un trasplante de cerebro.

Valerie se ríe y me pasa un plato. —Café. Huevos. Después te sentirás como nueva.

Me obligo a dar un bocado. Y, de hecho, después de unos minutos, algo parecido a la vida empieza a instalarse en mi cuerpo. El café me golpea como una infusión intravenosa. Teresa levanta lentamente la cabeza, su pelo parece un nido de pájaros, pero sonríe. —Ok. Estoy lista para conquistar los Alpes.

—Las Montañas Rocosas —corrige Sandra automáticamente.

—Eso dije —murmura Teresa.

Una hora después, estamos en el telesquí. Y juro que nunca he visto a tanta gente con trajes de esquí de diseñador. Por todas partes brillan gafas de sol de espejo, y los esquís relucen como si hubieran llegado directamente de un desfile de modas.

Me ajusto nerviosa mi gorro rosa con pompón. —Parecemos la versión barata.

—Kelly, relájate —dice Valerie, que parece una diosa de la nieve con su traje de esquí blanco—. Nadie nos está prestando atención aquí.

Pero es mentira. Veo las miradas. O me las imagino. No importa. Solo quiero una cosa: llegar abajo sana y salva.

Sandra y Valerie se abrochan los esquís como si lo hubieran aprendido en la cuna. Zas, clic, listas. Y luego se deslizan, tan elegantes, como si las hubieran contratado para un comercial.

Teresa y yo, en cambio, estamos paradas como dos pingüinos perdidos. —Bueno... eh... ¿cómo se hace esto exactamente? —pregunto, mientras intento en vano cerrar la fijación.

Nuestro instructor de esquí se acerca, un tipo con la cara curtida por el sol y una sonrisa que probablemente pretende tranquilizar a cualquier principiante. —No se preocupen, señoritas. En dos horas estarán esquiando como si nunca hubieran hecho otra cosa.

—Ya quiero ver eso —murmuro, mientras Teresa se ríe por lo bajo.

La primera media hora consiste en siquiera mantenerse en pie sobre estas cosas. Me caigo. Me levanto. Me vuelvo a caer. Teresa se parte de la risa, hasta que ella misma aterriza de bruces en la nieve. El instructor nos levanta pacientemente una y otra vez, nos explica lo básico, habla de la posición de pizza y de los paralelos, mientras yo juro por dentro no volver a tocar el champán.

Pero en algún momento, sucede. Me deslizo por la pequeña pista de principiantes, las piernas me tiemblan, el gorro se me resbala, pero de verdad me quedo de pie. Sin caídas. Sin drama. Así nomás.

—¡Kelly, lo lograste! —Teresa levanta los brazos, justo antes de volver a caer en la nieve.

Y de repente me invade la ambición. Quiero poder hacer esto. Quiero esta sensación de velocidad, de control. Así que lo intento de nuevo. Y otra vez. Y en algún momento, ya estoy bajando a toda velocidad por la pequeña pista con Teresa, el viento zumba en mis oídos y nos reímos tan fuerte que media escuela de esquí debe de oírnos.

Cuando nos encontramos al pie de la pendiente, chocamos los cinco. Nuestras mejillas arden, nuestras piernas queman, pero sonreímos de oreja a oreja.

Valerie y Sandra reaparecen, elegantes como siempre, y Sandra asiente con aprobación. —No está mal, ustedes dos.

—¿No está mal? —jadeo—. Esto fue de clase mundial. Nos voy a inscribir en las Olimpiadas.

Teresa se ríe tanto que casi se vuelve a caer.

Esquiamos un par de veces más, hasta que el sol comienza a ocultarse tras las cumbres y el cielo se tiñe de colores pastel. Siento las piernas como gelatina, mi cuerpo como si lo hubieran exprimido, pero tengo un cosquilleo por dentro que dice: *Quiero más de esto.*

Me sumerjo en el agua caliente del jacuzzi y, por un momento, pienso que mi cuerpo se va a disolver en mil burbujitas. Mis músculos son puro dolor. Siento las rodillas como articulaciones oxidadas y los muslos me arden como si hubiera corrido un maratón.

—Ay, Dios —gimo y dejo caer la cabeza hacia atrás sobre el borde—. No sabía que podías sentir tantos músculos solo por caerte.

Teresa se ríe a mi lado. —No eres la única. Todavía me tiemblan las piernas. ¡Pero oye, lo logramos!

Abro un ojo y la miro. Tiene las mejillas sonrojadas, el pelo recogido en un moño desordenado y una sonrisa radiante, como una niña después de subirse a una montaña rusa. No puedo evitar reírme. —Sí, de verdad que lo logramos. Pensé que nos quedaríamos atascadas para siempre en esa pista de principiantes.

—Jamás —responde ella con determinación y me salpica un poco de agua en la cara.

—¡Oye! —Le devuelvo el salpicón y por un minuto nos comportamos como dos niñas de doce años en una piscina, hasta que Sandra abre la puerta del sauna con cara de fastidio—. ¿Pueden por favor no convertir el spa en una piscina para niños? Algunas de nosotras intentamos relajarnos.

—Disculpa —nos reímos a coro, pero Teresa apenas puede contener la risa.

Valerie aparece poco después, con su bata de baño blanca, sosteniendo un vaso de agua con sus manos de manicura perfecta como si fuera champán. Pasa a nuestro lado y desaparece tras la puerta de masajes. —Nos reservé citas —grita por encima del hombro—. Siguen ustedes.

Miro a Teresa y soltamos una carcajada. —Por supuesto que lo hizo —digo.

El masaje es el cielo en la tierra. Un hombre fornido con acento me masajea las piernas hasta el punto en que podría gritar y quedarme dormida al mismo tiempo. Después de una hora, siento como si alguien me hubiera regalado un cuerpo nuevo.

—Si nos tratan así todos los días, podría seguir esquiando para siempre —digo mientras nos sentamos más tarde a la mesa de un pequeño restaurante, vestidas con suéteres gruesos. La luz de las velas parpadea, el aroma a queso derretido flota en el aire y frente a nosotras humean platos de pasta y pan caliente.

Sandra se encoge de hombros con cansancio. —No sé. Yo estoy muerta. Mañana quizás me quede solo en las pistas fáciles.

—O podríamos tomárnoslo con calma —añade Valerie, enrollando pasta en su tenedor como si estuviera presentando un vestido de alta costura—. Tampoco tenemos que exagerar.

Miro a Teresa. Ella me mira a mí. Y ambas lo sabemos: *claro que tenemos que hacerlo.*

—Yo quiero ir más alto —digo, y no puedo evitar que suene casi como un desafío—. Más rápido. Más lejos. Esa sensación de hoy... quiero más.

Teresa aplaude con entusiasmo. —¡Sí! ¡Equipo Principiantes 2.0!

Sandra pone los ojos en blanco. —Están locas.

—Sí, pero felices —contesto y levanto mi vaso de agua—. Y esta vez, sin champán. Quiero poder caminar mañana.

Brindamos con agua y, por primera vez en mucho tiempo, siento ese cosquilleo en el pecho; no por el alcohol, sino por la vida pura.

Más tarde, Valerie y Sandra se despiden para ir a un bar. Se retocan rápidamente el lápiz labial, se ponen unos vestidos

ajustados y nos saludan con la mano mientras se van. Teresa y yo nos quedamos, satisfechas y cansadas, y caminamos juntas de regreso a la villa sobre la nieve que cruje bajo nuestros pies.

La noche es silenciosa, solo el cielo brilla sobre nosotras, salpicado de estrellas. Mi aliento forma pequeñas nubes que desaparecen al instante en la oscuridad. Me ajusto la chaqueta y sonrío.

—Mañana —digo—. Mañana les vamos a demostrar de lo que somos capaces.

Teresa asiente, su rostro mitad en la sombra, mitad bajo la luz de la luna. —Mañana ya no seremos principiantes.

Y caminamos entre risas de vuelta al calor de la villa.

Capítulo 2

~ Ethan ~

La nieve afuera parece inmaculada, casi irreal. Una superficie blanca que brilla bajo el sol invernal mientras el taxi se mueve lentamente por las estrechas calles de Aspen. Por todas partes veo gente que ríe, que carga esquís sobre los hombros; niños que caminan con las mejillas sonrojadas por la nieve. Turistas. Para ellos, este lugar significa libertad, aventura, quizá algunos recuerdos inolvidables.

Para mí, significa trabajo. Como cualquier otro lugar.

Bajo la mirada hacia los documentos en mi regazo. El papel huele a tinta de impresora; las cifras, a responsabilidad. Mientras afuera existe un mundo de ocio y despreocupación, yo me aferro a lo que importa: acuerdos, contratos, negociaciones.

Reviso la presentación, marco anotaciones, me anticipo a posibles preguntas. Es un reflejo, casi como respirar. Mientras el conductor toma las curvas, no logro simplemente mirar por la ventana y disfrutar de la vista. No estoy aquí para eso.

Cuando levanto la vista, reconozco la silueta de mi hotel. Madera oscura, frentes de cristal, una construcción que presume casi tanto como los chalets de los multimillonarios que se dan cita aquí. El auto se detiene, tomo mi abrigo, cierro los documentos y coloco el bolígrafo ordenadamente sobre ellos. Todo en mí debe parecer lo que es: controlado, preparado, inquebrantable.

Adentro me recibe la calidez del vestíbulo. Una chimenea crepita, en algún lugar suena música suave. Incluso ya han puesto un árbol de Navidad. La gente en la fila del *check-in* parece relajada, ajena a cualquier forma de estrés. Soy el único aquí con una laptop en el bolso y una carpeta en la mano. Y me parece bien.

—¿Mr. Blackwell? —pregunta la joven de la recepción cuando me acerco.

Asiento. Me entrega la tarjeta de la habitación, profesional, amable, y por un momento aprecio que todavía existan lugares donde la profesionalidad cuenta más que las *selfies*.

Justo cuando me dirijo hacia el ascensor, mi celular vibra. Diane. Mi asistente. Por supuesto.

—¿Sí?

—Mr. Blackwell, acabo de hablar con el Mr. Emel. —Su voz es, como siempre, clara, estructurada, sin rodeos. Precisamente por eso la contraté—. Quiere reunirse mañana por la mañana en la pista.

Me detengo. —¿En la pista?

—Sí, Sir. Está pasando tiempo con su familia aquí y dijo que ahí es donde mejor puede tomarse una hora libre. Su esposa quiere ver al pequeño en el curso de esquí.

Adelanto la mandíbula. La idea de tener una conversación de negocios en medio de instructores de esquí, niños gritando y nieve crujiente es absurda. —Una oficina sería más apropiado.

—Se lo sugerí. Él insiste.

Respiro hondo. Emel es uno de esos clientes que no se encuentran fácilmente. Empresa familiar, tradicionalista, pero con suficiente capital para ser interesante para nosotros. Si solo puede relajarse sobre unos esquís, entonces tendré que ponerme unos esquís.

—Bien —digo secamente—. Organíceme el equipo adecuado para mañana.

—Ya está hecho. El hotel trabaja con un servicio de alquiler. Todo está reservado a su nombre.

Por supuesto que ya lo arregló. Diane siempre piensa dos pasos por delante. Ni siquiera podría reprocharle que me controla demasiado. Me ahorra tiempo.

—Gracias —digo y termino la llamada.

En el ascensor, la brillante pared de acero me refleja. Abrigo negro, corbata, mirada seria. Entre todas las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes de afuera, parezco el cuerpo extraño que soy. Pero así debe ser. No estoy aquí para relajarme.

Arriba, en la habitación, coloco los documentos cuidadosamente sobre el escritorio y abro las cortinas. La vista de las montañas es abrumadora. Picos blancos que se elevan hacia el cielo, contornos nítidos contra el azul. Por un momento me detengo. Es hermoso, malditamente hermoso. Pero la belleza distrae.

Cierro las cortinas de nuevo, tomo la laptop, reviso mis correos y preparo todo para la cita.

La nieve cruje bajo mis botas cuando salgo del hotel a la mañana siguiente. El sol deslumbra, reflejándose en cada cristal, y el frío me corta la cara. En la mano llevo el casco; bajo el brazo, los esquís. Hace mucho que no los uso, pero todavía sé exactamente cómo se hace.

La primera vez que me puse unos esquís fue antes de que pudiera caminar bien. Mis padres lo consideraban indispensable. Estábamos en Suiza, mi hermana tenía apenas tres años y yo apenas superaba el año. Todavía hay fotos en alguna parte: yo con un traje demasiado grande, la mirada concentrada como un pequeño soldado.

En aquel entonces aprendí que esquiar no es más que disciplina. Equilibrio, técnica, repetir, mejorar. Como todo en la vida.

¿Y ahora? Ahora es una oportunidad. El Mr. Emel quiere hablar en la pista, así que lo haré. Para mí no es diferente a pasear con un cliente por Central Park. Movimiento en lugar de oficina. El entorno no importa. El resultado sí.

Me pongo el casco, encajo las botas de esquí en las fijaciones y de inmediato regresa la vieja seguridad. El cuerpo no olvida. Me impulso y me deslizo hacia el telesquí, mientras a mi alrededor los niños parlotean, los padres gritan y la nieve salpica.

Para ellos es un juego. Para mí es un negocio.

Y no tengo intención de perder aquí.

La nieve está fresca, la pista brilla como una superficie blanca inmaculada. Estoy de pie al borde, observando a la gente que pasa a mi lado: niños que descienden entre gritos en sus primeras curvas, hombres con trajes demasiado caros, mujeres de rostros perfectos que probablemente nunca se caen de verdad.

Entonces lo veo.

El Mr. Emel, de unos cincuenta y tantos, de complexión robusta, con el rostro abierto y enrojecido por el frío y el sol. Saluda con la mano y una sonrisa a su esposa —joven, delgada, con los rasgos de una modelo que acaba de dejar las pasarelas—. A su lado está su hijo, de apenas doce años, con los ojos brillantes y una energía que casi lo hace levitar.

—¡Ve, hijo mío! —grita Emel, dándole una palmada en el hombro al niño, y el pequeño sale disparado como si nunca hubiera hecho otra cosa.

Luego se da la vuelta, me descubre y su risa se ensancha aún más. —¡Blackwell! —su voz retumba sobre la nieve—. ¡Ahí está!

Doy un paso adelante, le ofrezco la mano. Su apretón es firme, cálido, casi demasiado cordial para este entorno. —Mr. Emel. Gracias por tomarse el tiempo.

—¡Ah, tonterías! —Me da una palmada en el hombro como si fuéramos viejos amigos—. Uno siempre puede tomarse el tiempo si quiere. Y aquí... no podría ser mejor, ¿verdad? Sol, nieve, libertad.

Asiento secamente. Para mí es trabajo, no vacaciones. Pero no digo nada.

—Venga. —Se ajusta las gafas y señala la pista—. Vamos a esquiar. Ya podremos hablar, pero ya que estamos aquí... deberíamos aprovechar las circunstancias, ¿no cree?

Me engancho los esquís y me impulso. La nieve es firme; la sensación, familiar. A mi lado, Emel desciende con una ligereza asombrosa, su risa resuena por las laderas.

—¿Desde cuándo esquía, Blackwell? —me grita.

—Desde que aprendí a caminar —respondo. Y es verdad.

—Bueno, ¡entonces estoy en la mejor compañía! —Toma la siguiente curva con tanto ímpetu que la nieve se dispara hacia arriba como una fuente. Me mantengo pegado a él, mi cuerpo se mueve de forma automática, preciso, controlado.

Pero entonces sucede algo con lo que no contaba. Siento cómo la velocidad me arrastra. El viento frío en mi cara, el aire puro en mis pulmones, la vasta extensión ante mí... por un momento no pienso en contratos, ni en cifras, ni en las constantes exigencias. Solo pienso en el movimiento, en el susurro de la nieve bajo mis esquís.

Emel se ríe de nuevo y me sorprendo a punto de devolverle la risa.

Esquiamos hasta la base de la pista, frenamos al mismo tiempo. Mi corazón late más rápido, pero no por la tensión, sino por la adrenalina. Una sensación desconocida.

—Genial, ¿eh? —me dice Emel, dándome un codazo.

—Muy bueno —admito.

—Así se debe vivir. —Se sube las gafas de esquí; sus ojos brillan —. Disfrutar lo que se tiene. El trabajo no se va a ir a ninguna parte. Y los negocios tampoco.

No digo nada. Pero sé a qué se refiere.

Bajamos un par de veces más. Me habla de su familia, de su esposa, de cómo se conocieron en París, de su hijo, que «nació con los esquís puestos». Yo escucho, respondo de forma escueta, lo dejo hablar. La experiencia me ha enseñado que los hombres como él no toman decisiones a mitad de una conversación. Deciden al final.

Y, en efecto, cuando estamos por última vez en la base de la pista, respira hondo, se seca las mejillas enrojecidas y dice: —Muy bien, Blackwell. Lo hacemos. Firmaré el trato. Mis abogados se encargarán de los detalles.

Asiento, como si fuera obvio. —Me alegro, Mr. Emel.

—Ah, llámeme George. —Vuelve a reír, una risa cordial, cálida, casi como si fuéramos viejos conocidos—. Y escuche: esta noche hay fiesta en mi chalet. Unos cuantos amigos, buena música, comida aún mejor. Usted viene.

—Es usted muy amable, pero...

—Nada de «peros» —levanta un dedo, sonriendo—. Usted viene. Punto. No acepto un no por respuesta.

Antes de que pueda responder, ya se ha dado la vuelta, saluda a su esposa con la mano y le grita algo a su hijo. Al instante siguiente, se aleja esquiando, salpicando nieve, mientras su risa queda flotando en el aire.

Me quedo ahí, con los esquís todavía puestos, los latidos de mi corazón de nuevo bajo control. El trato está cerrado. Tal como esperaba. ¿Pero la fiesta...?

Ya sé que no tengo elección.

La nieve cruje bajo mis botas ahora que llevo los esquís al hombro y emprendo el camino de vuelta al hotel. Mis pulmones arden por el aire puro, el frío se cuela a través de los guantes, pero me siento despierto, concentrado. El trato está cerrado. Tal como esperaba.

Y, sin embargo, me detengo.

Frente a mí, la pista continúa hacia el valle; el sol está bajo, arrojando una luz dorada sobre las laderas. Hay familias juntas, riendo, gritándose. Un niño pequeño corre detrás de su hermana, ambos todavía con las botas de esquí, torpes pero llenos de energía. Sus padres los observan, ríen con ellos, los abrazan como si no quisieran hacer otra cosa que atesorar ese momento.

Me quedo un instante más de lo necesario. Observo cómo el padre levanta al niño, cómo la madre los rodea a ambos con un brazo. Tan natural, tan despreocupado.

Lo recuerdo.

Yo también estuve aquí. Casi todos los años, desde que tengo memoria. Aspen no era una aventura para nosotros, sino una rutina. A mi madre le encantaba. No el esquí, sino la vida social, las noches en los restaurantes, el intercambio de los últimos chismes con las otras mujeres. Su risa todavía resuena en mis recuerdos mientras se paseaba del brazo de una amiga por los vestíbulos.

Mi padre, en cambio... Para él, Aspen era un escenario secundario. Otro lugar para hacer negocios. Desaparecía por la mañana con un firme apretón de manos, una palabra seca, y a menudo no regresaba hasta que yo ya estaba en la cama. De niño, yo hacía preguntas. *¿Dónde está? ¿Cuándo viene?*

Mi madre sonreía. —Su padre está trabajando.

Y yo no lo entendía.

Todavía tengo la imagen grabada: yo, quizás de siete años, con un traje de esquí demasiado grande, las manos frías a pesar de los guantes, buscando con la mirada a la única persona que nunca estaba ahí.

Cuando crecí, dejé de hacer preguntas. Aprendí que el trabajo tiene prioridad. Que la carrera es lo que cuenta. Que la familia... distrae. Al menos según su definición. Ya de adolescente sabía que a

él le interesaban más mis notas que yo mismo. Una buena calificación era una marca más en su lista, nada más.

En ese entonces, creía que así tenía que ser. Que el éxito exige sacrificios.

Pero entonces veo a Emel frente a mí. Mejillas rojas, cara sonriente, las manos de su hijo sobre sus hombros mientras, al mismo tiempo, habla de negocios. Él tiene ambas cosas. Y parece que fuera lo más natural del mundo.

Sigo caminando, con la vista al frente, pero la imagen se queda grabada en mi mente.

En el hotel, me recibe de nuevo el calor del lobby. Una chimenea, el olor a pan recién horneado, voces que resuenan en las paredes. Me quito los guantes, le entrego los esquís a un empleado y asiento brevemente. Orden, rutina, control. Eso es lo que necesito.

En el ascensor, veo mi reflejo. El traje me queda perfecto, el pelo apenas alborotado por el casco. Pero en mis ojos veo algo que no había sentido en mucho tiempo: una pregunta que no puedo responder de inmediato.

Si es posible tener ambas cosas. Carrera y familia. Responsabilidad y cercanía.

La puerta se abre y entro en mi habitación. El escritorio está tal como lo dejé: documentos cuidadosamente apilados, la laptop en modo de espera, los bolígrafos alineados en paralelo. Una imagen de control.

Dejo las gafas de esquí, me quito la chaqueta, pero en lugar de ponerme a trabajar de inmediato, me acerco a la ventana. Las montañas se extienden ante mí, infinitas, majestuosas. Las familias se mueven como puntos de colores sobre las laderas.

Antes las habría ignorado. Hoy me detengo y observo.

Sé que tengo que prepararme para la fiesta. Que debería encontrar las palabras correctas, la actitud adecuada para no mostrar ninguna debilidad allí tampoco. Pero el pensamiento de Emel, de su esposa, de su hijo, no se va.

Quizás mi padre estaba equivocado. Quizás he pasado años repitiendo un patrón que no es inevitable.

Y quizás esa sea la razón por la que estoy aquí, preguntándome por qué esta imagen —un padre con su hijo— se queda más en mi mente que cualquier contrato firmado.

Capítulo 3

~ Kelly ~

El frío me corta la cara mientras me impulso para bajar del telesquí. Debajo de mí, la pista se extiende como un brillante escenario blanco y, esta vez, no me siento como una extra, sino casi como la protagonista. Ya no me tiemblan las piernas sin control, domino mejor el equilibrio y, cuando Teresa, a mi lado, me dedica un gesto de asentimiento con una amplia sonrisa, lo sé: estamos listas.

—¡Vamos! —Se impulsa, la nieve salpica y yo la sigo, el corazón me late con fuerza y alegría al mismo tiempo.

Es casi increíble lo rápido que puede cambiar todo. Ayer mismo me la pasaba en el suelo, empapada y llena de moretones. ¿Y hoy? Hoy vuelo cuesta abajo por la pista, respiro hondo el aire puro de la montaña, siento la velocidad y la adrenalina. Me río a carcajadas cuando tomo una curva sin terminar en la nieve.

Teresa me espera abajo, aplaudiendo. —¡Sí! ¿Ves? Eres un talento natural.

—O tuve un maestro muy paciente —replico, todavía riendo—. Y los moretones también son un buen recordatorio.

Descendemos una pista tras otra. Siempre subiendo en el telesquí para bajar cada vez con más velocidad. Noto cómo mi cuerpo se adapta, cómo cada movimiento se vuelve más fácil. El viento zumba en mis oídos, tengo las mejillas rojas por el frío y, en algún punto, siento que no podría haber un lugar mejor que esta ladera, justo en este momento.

Miro hacia atrás. Ni rastro de Valerie. Ni de Sandra. Normal. Escuché a las dos entrar anoche al chalet dando tumbos. Risas, voces altas, una puerta que se cerró de un portazo. ¿Y esta mañana? No se les podía ni hablar. Valerie se había tapado hasta la cabeza con la cobija, y Sandra solo hizo un ruido de dolor cuando le ofrecí un café.

—Somos oficialmente las heroínas del día —digo cuando Teresa y yo nos sentamos en un banco bajo el sol del mediodía, frente a una pequeña cabaña. Nuestros cascos están a nuestro lado, las

antiparras sobre la cabeza, y le doy un mordisco a un sándwich como si fuera la mejor comida de mi vida.

—Totalmente —confirma Teresa con la boca llena—. Las otras se pusieron fuera de combate solas. Pero nosotras... —Levanta el puño y yo choco el mío contra el suyo, riendo—. Somos imparables.

Nos reclinamos, dejando que el sol nos dé en la cara. Siento las piernas pesadas, pero una pesadez agradable; esa buena sensación de cuando el cuerpo sabe que ha trabajado.

—Sabes —digo—, nunca pensé que diría esto, pero... es divertido. De verdad divertido.

—¡Te lo dije! —sonríe Teresa—. Es como si estuvieras volando. Solo que con más ruido.

Ambas nos reímos y, por unos minutos, todo es simple. Sin oficina, sin fechas de entrega, sin obligaciones. Solo nosotras, las montañas y esta increíble sensación de estar viva.

Por la tarde, las dos estamos tan agotadas que hasta el camino al telesquí se siente como un maratón. Nos arrastramos de vuelta al chalet, tiramos el equipo en un rincón y yo me dejo caer directamente en el sofá.

—Lo juro —gimo—, no me voy a levantar de este sofá hasta que volemos de regreso a Nueva York.

Teresa se desploma a mi lado; ambas nos reímos débilmente. —Spa. Esta noche toca spa de nuevo. Sauna, jacuzzi, masaje. Y después, doce horas de sueño.

—Trato hecho.

La puerta se abre de golpe. Valerie, en todo su esplendor: maquillaje perfecto, pelo recién secado, un atuendo que parece sacado de un catálogo. Sandra la sigue arrastrando los pies, todavía con la cara un poco verde.

—¿Spa? ¿Dormir? —Valerie pone las manos en las caderas—. Ni hablar. Hoy se sale de fiesta. De fiesta de verdad.

Pongo los ojos en blanco. —Val, apenas puedo caminar. Siento las rodillas como gelatina.

—La gelatina puede bailar —replica ella secamente.

—No lo dices en serio. —Teresa se incorpora—. Estuvimos todo el día en la pista.

—Sí, y por eso ya se la saltaron ayer —dice Valerie con un brillo en los ojos—. Hoy tienen que venir. Sin excusas. Es sábado por la noche en Aspen, vamos a salir.

Sandra asiente débilmente. —No sé si sobreviva.

—Ay, tú sobrevives a todo —dice Valerie y saca su celular, probablemente para mostrarnos media docena de opciones de inmediato—. La noche de hoy es nuestra. Y, Kelly, si ya le agarraste el gusto, entonces también deberías aprovechar esto.

Me incorporo y miro a Teresa. Ella hace una mueca, como si quisiera decir: *No tenemos escapatoria.*

Y tiene razón. Valerie no nos dejará en paz hasta que estemos en algún lugar entre champaña y una pista de baile.

Suspiro, me estiro y siento cómo protestan mis músculos. —Bueno, está bien —murmuro—. Pero si mañana estoy muerta, será tu culpa.

—Morir de fiesta es la mejor forma de morir —contraataca Valerie, y Sandra gime de nuevo.

Me río, aunque la idea de otra copa de alcohol me parece absurda en este momento. Pero en el fondo lo siento: ese cosquilleo. La misma emoción que sentí en la pista. Quizás, pienso, es justo lo que necesito.

La ducha caliente es mi salvación. Apoyo la frente en los azulejos, dejo que el agua corra sobre mis adoloridas piernas y me juro que nunca más volveré a esquiar. Al menos me lo propongo por cinco minutos. Luego pienso en la sensación de volar pista abajo y sé que estoy mintiendo.

Cuando termino, me envuelvo en una toalla, y apenas agarro el secador de pelo, Valerie asoma la cabeza por la puerta. —Apúrate. Estoy preparando Espresso Martinis. Eso las devolverá al mundo de los vivos.

Levanto una ceja. —¿Desde cuándo sabes preparar cocteles?

—Desde que Daddy me compró una máquina para eso. —Guiña un ojo y desaparece.

Un Espresso Martini realmente suena como lo único que podría hacerme funcionar de nuevo. Me seco el pelo a medias, me maquillo

para borrar los rastros del día de esquí y voy tambaleándome a la cocina.

Ahí ya están Sandra y Teresa con copas en la mano. Sandra parece un poco menos muerta. Teresa parece estar a punto de empezar a bailar de nuevo. Valerie me pone una copa en la mano. —Bebe. Rápido.

El primer sorbo es amargo y fuerte, pero el dulzor que le sigue lo hace tolerable. El segundo es mejor. Con el tercero, siento que mis extremidades vuelven a moverse. Quizás tiene razón.

—Ok —digo—, oficialmente he regresado al mundo de los vivos.

—Bien —responde Valerie y saca un portatrajes—, porque te vas a poner esto.

Parpadeo. —¿Qué?

Saca un vestido que parece pertenecer a una pasarela de Milán. Tela negra, espalda con un escote profundo, una abertura en la pierna que sube peligrosamente alto.

—No lo dices en serio.

—Sí. Pruébatelo.

—Val, no puedo sentarme con eso. Ni siquiera respirar.

—No es para que te sientes —dice secamente—. Es para que llames la atención.

Teresa aplaude entusiasmada. —¡Póntelo, Kelly!

Suspiro, agarro el vestido y desaparezco en el baño. Cuando me lo pongo, quiero protestar, pero entonces me miro en el espejo. El vestido me queda como un guante. Acentúa todo lo que debe acentuar, disimula el resto, y de repente ya no me siento como una principiante en esquís, sino como alguien que puede conquistar la noche.

—Bueno —murmuro—. Quizá tenga razón.

De vuelta en la sala, me encuentro con un triple «¡Wow!». Valerie sonríe satisfecha, Teresa silba y hasta Sandra asiente en señal de aprobación.

—Te ves increíble —dice Valerie—. Ahora solo falta la champaña.

Por supuesto. Descorcha una botella y brindamos. El sabor burbujeante se desliza por mi lengua, mi corazón late más rápido. La

noche apenas ha comenzado, y siento cómo el cansancio desaparece por completo.

Poco después, un auto nos espera afuera y entramos tropezando y riendo. El viaje no es largo, pero afuera ya está claro: Aspen nunca duerme. Por todas partes brillan luces, gente con atuendos caros se abre paso por las calles, la música resuena en cada bar.

Nos detenemos frente a un club y la puerta se abre de golpe como una ola contra nosotros. Es ruidoso, está lleno, es caótico. Gente baila, grita, ríe. Las copas tintinean. Valerie nos arrastra entre la multitud como si supiera exactamente a dónde ir.

Terminamos una al lado de la otra en la barra y pedimos shots. Vodka. Tequila. Algo que queme. Teresa se lo toma de un trago con un «¡Salud!», yo hago una mueca, pero el alcohol se me sube a la cabeza de inmediato.

—¡Otro! —grita Valerie, y nos reímos como si lleváramos horas aquí.

La música retumba, las luces parpadean, los cuerpos chocan contra nosotras. No sé cuánto tiempo nos quedamos; podrían ser diez minutos o dos horas. El tiempo se vuelve borroso en este calor, en este caos.

En algún momento, un tipo aparece de repente junto a Valerie, alto, rubio, con chaqueta de diseñador, y le habla. Segundos después, ya son tres tipos, y Valerie ríe como una reina que reúne a su corte a su alrededor.

—Son amigos de unos amigos —nos grita—. Van a ir a una fiesta en una casa. ¡Estamos invitadas!

Teresa chilla.

—¡Una fiesta en una casa!

Sandra parece escéptica.

—¿En casa de quién?

—En la de un tipo rico —dice Valerie, restándole importancia con un gesto—. Se casó con una modelo. Dicen que sus fiestas son legendarias.

Intercambio una mirada con Teresa. Sus ojos brillan; los míos, probablemente también. «Legendaria» suena como la palabra perfecta para esta noche.

—¿Y bien? —pregunta Valerie—. ¿Vienen?

Por supuesto que vamos.

Brindamos una vez más, nos tomamos el último shot y luego seguimos a los chicos hacia la noche. La nieve cruje bajo nuestros tacones, las risas resuenan por las calles y el frío nos muerde la piel. Pero estamos cálidas por el alcohol, por la expectativa, por esa sensación de que hoy todo puede pasar.

La casa no es una casa. Es un palacio.

Cuando cruzamos las pesadas puertas, tengo que contener la respiración. De verdad creí que el sugar daddy de Valerie ya lo había superado todo con su mansión. ¿Pero esto? Esto es otra liga. Paredes de cristal que dejan ver las montañas. Suelos de mármol tan brillantes que temo resbalarme. Candelabros que parecen robados directamente de un museo.

—Mierda —susurro y Teresa me da un codazo en el costado, riendo—. Si esto es una cabaña, mi apartamento es una caja de zapatos.

Sandra solo niega con la cabeza.

—Esto es... absurdo.

¿Y Valerie? Valerie resplandece como si hubiera organizado todo ella misma. Echa los hombros hacia atrás, se lanza el pelo por encima del hombro y se adentra como si perteneciera a este lugar.

Está lleno. Gente por todas partes. Los meseros serpentean entre la multitud con bandejas, las copas tintinean, las voces se superponen. Y en medio de la sala, un DJ ha montado su set; no un tipo cualquiera, sino uno que he visto en el cartel de un festival. La música retumba por la sala, el bajo vibra en mis huesos.

Y luego están las modelos. Esas mujeres que parecen recortadas de revistas. Piernas más largas de lo que jamás creí posible, piel impecable, vestidos que probablemente valen más que mi sueldo anual. Me las quedo mirando un momento de más antes de obligarme a apartar la vista.

Un mesero aparece a mi lado y me ofrece una copa. La tomo automáticamente, pruebo el champán burbujeante y, aunque seguro que es más caro que mi contrato de alquiler, sabe... a champán.

Varios hombres se me acercan. Gestos grandilocuentes, cumplidos exagerados, preguntas sobre de dónde soy, qué hago en Aspen. Sonrío cortésmente y me alejo. Esta noche no quiero coquetear, ni impresionar, ni inventar historias sobre mí que suenen más interesantes que mi trabajo de oficina. Hoy solo quiero festejar con mis chicas.

Y eso hacemos.

Valerie nos arrastra a la pista de baile, el bajo retumba, las luces parpadean. Brindamos con desconocidos, reímos, bailamos, saltamos hasta que me arden los pies en los tacones. El alcohol me corre por las venas, mi corazón martillea y, en algún momento, ya no sé dónde están mis amigas. Solo la música, las luces, la multitud.

Entonces, de repente... un mareo. Una breve vuelta en mi cabeza, como si faltara el aire. Me detengo, parpadeo, me aferro a una mesa. Demasiado ruido, demasiado calor, demasiado todo.

Me abro paso hacia el exterior. Puertas, voces, aire frío. El balcón.

El silencio allí me golpea como una bofetada. Sin música, sin ruido, solo el frío nítido de la noche. La nieve de afuera brilla a la luz de la luna, las montañas se extienden ante mí en blanco y negro, enormes, tranquilas. Respiro hondo, el aire me quema en los pulmones, pero se siente bien.

Y entonces lo veo.

Apoyado en la baranda hay un hombre. De complexión ancha, erguido, con las manos relajadas sobre el metal. Su perfil es de rasgos marcados, cabello oscuro que parece un poco demasiado largo con el viento. No me mira. Mira hacia afuera, como si buscara respuestas en el paisaje.

Por un momento, me quedo quieta. Parece inaccesible, perdido en sus pensamientos, como si no perteneciera a este lugar, igual que yo.

Entonces se gira. Lento, casi a regañadientes.

Y nuestras miradas se encuentran.

Verdes. Sus ojos son verdes, pero no cualquier verde. Es el verde más profundo e intenso que he visto en mi vida. Como un bosque oscuro bajo la luz del sol. Como un secreto que no se puede descifrar a primera vista.

Siento que me quedo sin aire. Segundos que se alargan como minutos. Él me examina, en silencio, y no puedo formular un pensamiento claro.

Luego, levanta ligeramente una ceja, como si acabara de percatarse realmente de mi presencia.

Y en mi cabeza, todo zumba más fuerte que cualquier música.

—¿Tú tampoco estás aquí por voluntad propia?

Su voz es profunda, cálida, con ese matiz ronco que se me instala de inmediato en el estómago. Parpadeo, porque no esperaba que dijera nada en absoluto.

—¿Disculpa? —pregunto, mientras mi aliento dibuja pequeñas nubes en el aire frío.

Se apoya en la baranda, girando ligeramente la cabeza hacia mí. —No pareces estar pasando la noche de tu vida.

Me encojo de hombros.

—Me atrapaste. Supongo que no soy de las que disfrutan de pistas de baile abarrotadas y modelos que parecen de otra galaxia.

Una breve contracción en la comisura de sus labios. Casi una sonrisa.

—Entonces supongo que tenemos algo en común.

—¿Ah, sí? —ladeo la cabeza—. Pareces alguien que normalmente se la pasa de maravilla.

Esta vez sonríe de verdad. Breve, conciso, pero transforma su rostro. De repente, ya no parece solo insultantemente guapo, sino también... accesible.

—Estoy aquí por un socio de negocios. Un evento obligatorio.

—Ah. Fiesta por compromiso. —Me apoyo en la baranda a su lado—. Eso explica tu cara.

Me mira de reojo.

—¿Y qué explica la tuya?

Me río.

—Mi amiga. Ni siquiera aceptó la excusa de que apenas podía caminar después de todo el día en las pistas. Probablemente me habría obligado a venir incluso si hubiera estado en silla de ruedas.

Él niega con la cabeza casi imperceptiblemente, y noto las pequeñas arrugas de la risa en las esquinas de sus ojos. Verdes. Intensos. Tan cerca que apenas puedo sostenerle la mirada.

Seguimos bromeando, intercambiando pequeñas pullas que se sienten más fáciles de lo que deberían. Tiene ese humor seco que encaja perfectamente con el mío. Sin cumplidos exagerados, sin ligues torpes; solo palabras que chisporrotean.

Pero en algún momento, el frío se me mete en los huesos. Me froto los brazos.

—Vale, lo admito: mi vestido es bonito, pero para este clima es un completo desastre.

—Entonces deberíamos entrar —dice, sin dudar. No es una pregunta, sino una afirmación.

Asiento.

—Solo si me invitas un trago —se me escapa, sin pensarlo dos veces.

—Ese era mi plan de todos modos.

Volvemos a entrar en la casa. De inmediato nos golpea el calor, la luz y el ruido. Pero a su lado, todo parece más apagado, más borroso. Me guía hasta la barra, pide dos tragos, y cuando llevo la copa a mis labios, noto que mis manos tiemblan ligeramente. Y no estoy segura de si es por él o por el frío que todavía siento en los huesos.

Hablamos. De nada y de todo. Sobre Aspen, sobre esquiar, sobre fiestas que son demasiado ruidosas. Solo que no hablamos de nosotros, es decir, de él y de mí. No sé su nombre. No sé de dónde viene, qué hace. Nada de nada. Pero no me importa. Me olvido de Valerie, de Sandra, de Teresa. Me olvido de que en realidad solo estoy aquí por un fin de semana. Solo existe él. Su voz, sus ojos, su sonrisa, que aparece cada vez más a menudo cuanto más hablamos.

Entonces me arrastra a la pista de baile.

La música martillea, las luces danzan sobre nuestros rostros y siento su cuerpo muy cerca del mío. Se mueve con seguridad,

controlado, pero no rígido. Mis manos aterrizan en su pecho sin que lo piense. Duro, cálido, tan cerca.

Nuestros movimientos se sincronizan, más juntos, más pegados, hasta que apenas puedo distinguir si mi corazón late con fuerza por la música o por él.

Y entonces sucede.

Sus labios están sobre los míos. Primero con cautela, como si quisiera comprobar si de verdad lo quiero. Pero le devuelvo el beso, de inmediato, con urgencia, y la cautela se convierte en ardor. El beso lo es todo: cálido, exigente, intenso. Su mano se desliza hasta mi cadera, atrayéndome más cerca, mis dedos se aferran a su camisa.

El mundo a nuestro alrededor se desvanece. Sin música, sin voces, solo nosotros.

Cuando nos separamos, lo miro a sus ojos verdes, sin aliento. Me mira como si él tampoco pudiera pensar con claridad en este momento.

—¿Nos vamos? —su voz es más profunda, más ronca, casi una promesa.

Mi corazón da un vuelco. Debería considerarlo, pensar, decir algo sensato. Pero mis labios solo forman una única palabra.

—Sí.

Capítulo 4

~ Ethan ~

El frío me muerde la cara cuando bajo del auto. Me ciño el abrigo a los hombros y miro hacia el chalet donde se supone que esta noche hay una «celebración». Celebrar. Una palabra que para mí rara vez significa otra cosa que no sea una pérdida de tiempo.

Solo por esta invitación tuve que prolongar mi estancia un día. Un día más en Aspen, un día menos en la oficina. Odio que mis planes se alteren. Pero pienso en las consecuencias a largo plazo que una noche como esta puede tener. Relaciones que se consolidan. Puertas que se abren. A veces es necesario hacer acto de presencia, aunque cada instinto en mí grite que es una pérdida de tiempo.

Subo los escalones y entro.

El chalet es enorme. Ostentoso, sí, pero no de la clase barata. Esto es dinero con buen gusto. Techos altos, madera oscura, amplios ventanales. Y en medio del vestíbulo: un árbol de Navidad, tan grande que casi toca el techo. Guirnaldas de luces parpadean, esferas plateadas reflejan la luz de los candelabros. Faltan semanas para la Navidad, pero aquí parece que ya hubiera llegado.

Me detengo un instante. Es bonito. Festivo. Casi demasiado festivo. Pero antes de que pueda terminar el pensamiento, el ruido me envuelve.

Voces, risas, el tintineo de las copas. La música retumba por las habitaciones; en algún lugar, un DJ está poniendo música. Gente, por todas partes. Demasiada. Mujeres con vestidos brillantes, hombres con trajes caros que hablan tan alto que se gritan unos a otros.

Me obligo a abrirme paso entre la multitud. Me tienden manos, los rostros se giran hacia mí, algunos conocidos, muchos no. Asiento, mantengo las conversaciones triviales al mínimo, bebo de una copa que un mesero me pone en la mano sin mirar. Sabe a alcohol, pero más a distracción.

Está lleno. Es ruidoso. Es insufrible.

Miro el reloj, calculo mentalmente cuánto tiempo debo quedarme para que no sea descortés desaparecer. ¿Treinta minutos? ¿Una hora? Cada segundo se hace eterno.

Necesito aire.

El balcón es mi salvación. Abro la puerta de cristal y salgo al frío. De inmediato, el silencio se posa sobre mí, amortiguado solo por el bajo que retumba a través de los cristales. La nieve de afuera brilla a la luz de la luna, las montañas se alzan oscuras y majestuosas frente a mí. Respiro hondo; el frío me corta los pulmones, pero se siente mejor que cualquier cosa que esté pasando adentro.

Me apoyo en la barandilla, miro hacia el exterior y me pierdo por un momento en la inmensidad. Aquí afuera puedo recomponerme. Sin rostros, sin voces, solo la nieve, la noche y yo.

Hasta que dejo de estar solo.

La puerta se abre, unos pasos crujen sobre el suelo. Giro la cabeza mínimamente y la veo por el rabillo del ojo. Una mujer que se acerca a la barandilla y respira como si quisiera absorber todo el aire fresco de las montañas. Su vestido es elegante, negro, con un profundo escote en la espalda y una abertura que destella con cada movimiento. Su cabello brilla con la luz, pero son sus ojos los que me impactan.

Azules. Tan azules que resaltan incluso contra el blanco de la nieve. Radiantes, vivos, imposibles de ignorar.

No se da cuenta de mi presencia de inmediato... o quizá finge que no lo hace. La veo abrazarse a sí misma, luchando contra el frío, y quiero decir algo... antes de prohibírmelo de nuevo. Pero entonces, decido lo contrario.

—¿Tampoco estás aquí por voluntad propia? —mi voz suena más grave de lo que pretendía.

Ella parpadea y gira la cabeza hacia mí, sorprendida, casi como si la hubieran pillado. —¿Disculpa?

Me inclino un poco más sobre la barandilla. —No pareces estar pasando la mejor noche de tu vida.

Ahí está. Una pequeña sonrisa, rápida, pero genuina. —Me descubriste. Supongo que no soy el tipo de persona para pistas de baile abarrotadas y modelos que parecen de otra galaxia.

La miro, más tiempo del que debería. Ella ríe, pero no es una risa superficial. Suena como si supiera exactamente lo absurdo que puede ser este lugar.

—Entonces tenemos algo en común —digo, y a mí mismo me sorprende lo fácil que me salen las palabras.

Ella inclina la cabeza y me estudia, como si quisiera averiguar si lo digo en serio. Y por un momento, guardamos silencio mientras el frío se intensifica a nuestro alrededor. Pero en lugar de ser incómodo, el silencio está cargado de tensión. No sé cuánto tiempo pasamos así. Segundos. Minutos. Lo suficiente para que comprenda que esta mujer no es una invitada cualquiera. Encaja aquí tan poco como yo.

Y ya no puedo apartar los ojos de ella. Hablamos. Solo un poco, unas cuantas frases, un par de comentarios jocosos. Es fácil, más rápido, más espontáneo de lo que estoy acostumbrado. Ella tiene un tono que hace que hasta las palabras más banales cobren vida. Y antes de darme cuenta, ya no estamos afuera en el frío, sino adentro, en el calor de la multitud.

Pido bebidas, porque es lo que se hace. Ella toma la copa, sonríe, y por un instante me olvido de la gente que nos rodea.

Entonces bailamos. Este no es mi mundo. No voy a las pistas de baile. Evito el ruido, evito las multitudes. Pero su mano encuentra la mía, sus movimientos me arrastran, y de repente estoy ahí, en medio del caos, y no se siente mal. Su risa ahoga la música, sus ojos son lo único en lo que puedo concentrarme. Y luego, sus labios. Suaves, cálidos, exigentes. No sé quién da el primer paso. Quizá ambos a la vez. No importa. El beso me hace perder el suelo bajo los pies, me arrebata todo el control. Cuando nos separamos, respiro con dificultad. Ella me mira, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes. Por un momento, olvido quién soy. No soy el CEO, no soy el hombre que planifica cada segundo, que sopesa cada decisión. Solo soy un hombre besando a una mujer que acaba de conocer; y todo en ello se siente peligrosamente correcto. Pero entonces mi razón se impone. Debería parar. Debería retirarme, despedirme, terminar la noche antes de que se convierta en algo que ya no pueda controlar. No soy el tipo que aborda a las mujeres en las

fiestas. Ellas me abordan a mí porque me desean. Mi dinero, mi poder, mi prestigio. Pero con ella es diferente. ¿Será porque no sabe quién soy? ¿O porque me ve a mí? ¿A la persona que se esconde detrás del costoso traje de diseñador? Tal vez. Porque su mirada es distinta. Distinta a todas las demás miradas que me han lanzado en la fiesta.

Y por eso la deseo.

Cada instinto que me ha guiado por la vida me grita que es un error. Y sin embargo, siento que cedo. Que no puedo resistirme. Ella está de pie muy cerca de mí, con la respiración agitada, sus dedos todavía en mi camisa. Una palabra mía y se iría. Otra, y se quedaría. La miro a sus ojos azules. Tan claros, tan abiertos, tan distintos a todo lo que me rodea. Y lo sé: tengo que tenerla. Esta noche.

—¿Nos vamos?

Suena casi demasiado casual, demasiado evidente, aunque sé perfectamente lo que estoy diciendo con eso. Lo que estoy proponiendo. Pero lo digo porque quiero que diga que sí.

Y lo hace. Sin la menor vacilación. —Sí. Una sola palabra, clara y directa. Sin juegos, sin esperas artificiales. Su voz me llega más hondo de lo que debería. Recogemos nuestros abrigos. Ella echa un vistazo hacia sus amigas, como si tuviera que asegurarse de que nadie la detenga. Pero las tres ya están ocupadas: riendo, coqueteando, enfrascadas en otras conversaciones. Se va sin despedirse. Y yo también me voy. Ni una palabra a George, ni un saludo cortés a su esposa. Estuve aquí. Si lo notan o no, me da igual.

Afuera, el frío nos golpea. La noche es clara, la nieve refleja la luz de las farolas. Sus tacones crujen junto a mis pasos. Un taxi se detiene, subimos. El silencio en el auto no es un vacío. Está electrificado. Estoy acostumbrado a que las mujeres se pongan nerviosas a mi lado, que empiecen a parlotear, que quieran impresionarme. Ella no hace eso. Se reclina, mira hacia la noche, y aun así siento cómo llena cada respiración entre nosotros.

Podría hablar ahora. Conversación trivial, otro coqueteo que he perfeccionado hace mucho. Sé cómo hacerlo. Pero no lo hago. Disfruto que esté sentada a mi lado, que la tensión en el auto se

vuelva más densa a medida que nos acercamos al hotel. No soy el hombre que no aborda a las mujeres. Todo lo contrario. He aprendido que el encanto puede ser tan importante como el poder, a veces incluso más eficaz. Conozco las miradas que me siguen cuando entro en una habitación. Sé lo fácil que sería encontrar compañía para una noche. Pero rara vez me quedo. Y aún más raro es que quiera más. Con ella es diferente. Está aquí sentada, con los ojos brillantes, con el resto del champán en su voz, y lo sé: esto no será un juego que olvidaré después de unas horas. El taxi se detiene frente al hotel. Pago y le tiendo la mano cuando baja. Sus dedos rozan los míos, solo por unos segundos, y sin embargo el contacto me envía un calor por el cuerpo que no tiene nada que ver con el frío de afuera. Atravesamos el vestíbulo. Alfombra bajo nuestros pasos, luz cálida, una chimenea que crepita. Normalmente, percibo estos detalles de forma inconsciente, los clasifico en mi mente, los evalúo. Hoy no. Hoy solo la veo a ella, caminando a mi lado, erguida, segura de sí misma, pero con ese brillo en los ojos que revela que está tan expectante como yo.

En el ascensor reina el silencio. Está a mi lado, tan cerca que siento el calor de su piel. Mantengo la vista al frente, me fuerzo a la calma, al control. He sobrevivido a reuniones con juntas directivas hostiles, he negociado contratos multimillonarios sin alzar la voz. Pero aquí, con ella, siento cómo mi autocontrol se resquebraja. La puerta se cierra detrás de nosotros.

Me vuelvo hacia ella y ya no hay contención. La atraigo hacia mí, nuestros labios se encuentran y es como si hubiera deseado este beso toda la noche. No es un tanteo vacilante, ni una aproximación cautelosa: es caliente, exigente, una colisión de deseo. Ella responde de inmediato, sus dedos se aferran a mi camisa, y siento cómo toda su energía se descarga en este momento.

Sé que me estoy adentrando en terreno peligroso. Normalmente permanezco impasible, mantengo los encuentros superficiales, controlo el entorno. Disfruto del coqueteo, de la atención, pero al final me desligo de cada situación antes de que adquiera importancia.

Pero ¿ahora? Ahora quiero más. Su aliento en mi cuello, su calor en mi pecho... me arrebata toda prudencia. La empujo hacia atrás contra la pared, la sujeto con más fuerza de la que debería. Ella ríe entre besos, sin aliento, y ese sonido hace que la sangre me corra más rápido por las venas.

Este no soy yo, dice la voz en mi cabeza. No el hombre que pierde el control, no el que se deja llevar por un momento. Pero al mismo tiempo, sé que es una mentira. Porque aquí, con ella, es exactamente lo que quiero: perder el control.

No es una mujer cualquiera en una fiesta cualquiera. Es la mujer por la que todo en mí se rebela cuando intento contenerme.

Interrumpo el beso, solo por unos segundos, y la miro a los ojos. Azules, brillantes, descaradamente vivos. Me mira como si pudiera atravesar cada una de mis máscaras, y en esa mirada sé que ya es demasiado tarde. Aún podría parar. Podría tomar distancia, despedirme, poner todo bajo control. Pero no lo hago. Me inclino de nuevo, la beso con más fuerza, y esta vez ya no queda ni un rastro de sensatez en ello. No soy el hombre que necesita a las mujeres. Soy el hombre que ellas desean. Y precisamente por eso, se siente como una ruptura; que esta noche, excepcionalmente, no elijo, sino que he sido elegido.

Y lo quiero. Con ella.

Capítulo 5

~ Kelly ~

Mi corazón late desbocado mientras la puerta se cierra detrás de nosotros. El clic suena definitivo, como si ya no hubiera vuelta atrás.

Estoy de pie en medio de su habitación de hotel, intentando no parecer una completa idiota. Mis ojos recorren rápidamente el lugar: una cama ancha con una colcha blanca y tensa, un sofá que parece que nadie se ha sentado en él jamás, un escritorio con una botella de agua, perfectamente colocada. Lujoso, claro, pero de alguna manera apenas lo registro.

Porque esto no es nada nuevo para mí. Todo el fin de semana ha estado sobrecargado de lujo: el chalé de Valerie, las orgías de champaña, fiestas que parecían sets de película. Esta habitación es solo la continuación.

Lo que es nuevo, lo que me roba el aliento, está justo frente a mí.

Él. Alto, de cabello oscuro, con los ojos tan verdes que no sé cómo podré olvidarlos jamás. Masculino, imponente, sin tener que mover un solo dedo. Dominante, sí, pero no de una forma invasiva. Simplemente llena el espacio, con tal naturalidad, como si lo hubiera construido para sí mismo.

Se acerca. Lento, pero decidido.

Siento que las manos me sudan, que el corazón me da un vuelco. Estoy nerviosa, no hay duda. Pero no es miedo, ni vacilación. Es esa anticipación, ese cosquilleo que me deja sin aliento.

Cuando me preguntó si quería venir con él, simplemente no pude negarme. Tenía que decir que sí. No había otra opción.

Ahora está lo suficientemente cerca para que perciba su aroma: limpio, masculino, un toque de madera y algo más oscuro que no puedo identificar. Levanta la mano, me roza la mejilla con las yemas de los dedos, y el calor de su piel me provoca un escalofrío en todo el cuerpo.

Entonces se inclina y nuestros labios se encuentran.

El beso es intenso, pero no apresurado. Saborea, se toma su tiempo, me aprieta contra él como si quisiera comprobar cómo reacciono. Y yo reacciono al instante. Mis dedos encuentran la tela de su camisa, se aferran a ella, y de repente solo quiero más. Más cercanía, más calor, más de él.

Profundiza el beso, sus manos se deslizan hasta mi cintura y me atraen más hacia él. Siento la fuerza en su contacto, controlada, pero firme. Dominante, pero agradable. Como si supiera exactamente lo que hace y yo solo tuviera que dejarme llevar.

Mi respiración se acelera. Noto cómo mis piernas se debilitan, cómo mi cuerpo lo anhela. Me empuja suavemente hacia atrás, guiándome por la habitación hasta que siento el borde de la cama contra el hueco de mis rodillas.

Rompe el beso por un instante y su mirada se encuentra con la mía. Verde, penetrante, tan intensa que apenas puedo respirar. Luego, sus manos viajan hacia mis hombros, hacia los tirantes de mi vestido.

Con cuidado. Lentamente. Desliza la tela hacia abajo, apartándola de mi piel, centímetro a centímetro. Nada apresurado, nada precipitado. Cada uno de sus movimientos me dice: *Tienes tiempo. Pero voy a hacerte mía.*

Mi vestido cae al suelo y me quedo de pie frente a él, con el corazón en la garganta. Sus ojos me recorren, no con avidez, sino con atención, como si estuviera memorizando cada detalle. Y, sin embargo, en esa mirada hay un hambre que me hace temblar.

Quiero decir algo, hacer una broma para disimular el nerviosismo, pero la voz se me queda atorada. Así que hago lo único que puedo: lo beso de nuevo. Lo atraigo hacia mí, me aprieto contra él.

Me levanta ligeramente, con tanta facilidad como si no pesara nada, y me deposita sobre la cama. La colcha está fresca bajo mi espalda, pero apenas se inclina sobre mí, el frío desaparece.

Su boca encuentra la mía de nuevo, sus manos enmarcan mi rostro mientras su cuerpo presiona mi peso contra el colchón. Y en este momento, no existe nada más que nosotros dos.

Su peso sobre mí me deja sin aliento, y no quiero otra cosa. Excepto, quizás, sentirlo por fin dentro de mí. Su beso es exigente, ardiente, lleno de hambre, y yo lo correspondo con la misma avidez. Mis dedos se clavan en su camisa, la abren de un tirón, los botones saltan por los aires sin que nos importe.

Siento sus manos sobre mi piel, grandes, cálidas, decididas. Se deslizan por mi cintura, por mi espalda, despojándome de cualquier pensamiento racional. Hasta que finalmente llega a mi centro. La braguita diminuta que Valerie me convenció de usar para que no se marcaran las líneas bajo el vestido, me la baja sin esfuerzo. Luego, desliza sus dedos entre mis labios.

—Completamente mojada —murmura en voz baja y yo gimo en cuanto lo siento por fin dentro de mí. Dos dedos se hunden en mí con urgencia y empiezan a masajearme desde adentro.

—Mierda —murmuro, clavo los dedos en la sábana y cierro los ojos.

La cama se tambalea, él se mueve y poco después siento su cabello en mis muslos, y entonces empieza a lamerme. Primero muy suave. Luego cada vez más firme y resuelto, mientras sus dedos aún descansan dentro de mí.

—Oh, Dios mío —logro decir sin aliento, al sentir que estoy a punto de llegar.

Él continúa. Lame mi clítoris, me estimula por dentro.

Me hundo. En las suaves sábanas, en sus caricias y en el clímax que se acerca cada vez más. —Oh, sí —gimo.

—Vente para mí —me susurra al oído y entonces ya no puedo contenerme más.

Me vengo. Fuerte. Intenso. Tan intenso que por un momento todo se vuelve negro y ni siquiera me doy cuenta de que su rostro está de nuevo junto al mío, observándome mientras me hundo en mi propio placer.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, los suyos brillan más azules. Y el deseo en ellos es más grande de lo que había visto hasta ahora. —Fóllame —susurro, y al instante siguiente me muerdo los labios. Esas palabras no suelen salir de mi boca, pero ahora mismo es lo único que quiero.

Él sonríe, me besa una vez más y luego vuelve a colocarse sobre mí. Con un movimiento enérgico aparta mis piernas y entonces, sin previo aviso, penetra en mí.

—Oh, Dios mío —gimo una vez más, cierro los ojos y disfruto de cómo se hunde en mí. Grande, duro, imponente.

Cada centímetro de él se clava en mí y me hace estremecer. De una buena manera.

Pongo mis brazos sobre su fuerte espalda y dejo que se mueva dentro de mí. Hacia adelante y hacia atrás. Y una y otra vez, hacia adelante y hacia atrás.

Mi vientre tiembla y siento cómo me acerco cada vez más a mi siguiente orgasmo. —No pares —susurro y él continúa.

Él es dominante, él guía, y yo me dejo llevar. Sin miedo, sin dudas. Solo este *ahora*. Cada movimiento, cada beso, cada caricia se graba a fuego en mi ser. Es crudo, apasionado, desinhibido; la forma en que se aman dos personas que saben perfectamente que no hay futuro. Que este es el único momento.

Lo abrazo con fuerza, lo atraigo más cerca, quiero más, siempre más. Nuestros cuerpos encuentran un ritmo, como si nunca hubieran hecho otra cosa. Mi aliento se mezcla con el suyo, nuestras voces llenan la habitación, fuertes, honestas, sin reservas.

Es como caer, y al mismo tiempo, volar. Pierdo toda noción del tiempo, de los límites, me pierdo en él hasta que no siento nada más que calor, deseo, este fuego imparable.

Cuando todo termina, me desplomo sobre las almohadas, empapada en sudor, agotada, completamente sin aliento. Mi corazón martillea, mi cuerpo tiembla, y no sé si alguna vez me he sentido tan viva.

Está acostado a mi lado, en silencio, respirando pesadamente. Por un momento, todo está en calma, solo resuenan los latidos de nuestros corazones. Giro la cabeza y veo su perfil bajo la luz tenue: fuerte, concentrado, como si él también acabara de vivir algo que no estaba planeado.

Y lo sé: mañana todo será diferente. Quizás no lo vuelva a ver nunca más. Pero ahora, en esta noche, él es todo lo que importa.

La cabeza me retumba, como si alguien hubiera estacionado una banda de música junto a mi oído durante la noche. Abro los ojos, parpadeo contra la luz que se cuela entre las pesadas cortinas, y necesito unos segundos para siquiera darme cuenta de que estoy despierta.

¿Dónde estoy?

El techo es demasiado blanco, las almohadas demasiado firmes. El colchón cede de manera tan uniforme que no se parece ni remotamente a mi cama en el chalet. Me incorporo lentamente, porque mi cráneo amenaza con explotar con cada movimiento. Por un momento contengo la respiración e intento recordar cualquier cosa que pudiera explicarme dónde estoy.

Aspen. Chalet. Fin de semana con las chicas.

Sí. Eso tiene sentido. Pero... ¿esto?

Miro a mi alrededor. Todo es demasiado perfecto. Ni un solo traje de esquí en el suelo, ninguna botella de champaña a medio beber, nada del caos que dejamos. En cambio: cortinas impecablemente dispuestas, una alfombra que parece «sin usar» y, sobre la mesa, una botella de agua con un vaso al lado, intacta.

Este no es nuestro chalet.

Siento que el estómago se me encoge y, de repente, estoy completamente despierta. *¿Dónde diablos estoy?*

Fuerzo a mis pensamientos a ordenarse. Hay fragmentos. Música. Risas. Una pista de baile. Chupitos. Un balcón. Aire frío. Y luego: verde. Dos ojos, tan intensos que se me quedaron grabados a fuego.

Él.

El resto regresa como una ola. Su mirada. Su boca sobre la mía. Manos, piel, calor. La noche en que olvidé todas mis inhibiciones.

—Oh. Dios. Mío. —Me cubro la cara con las manos y suelto una risita, pero suena más histérica que alegre—. De verdad que yo..., ay, Dios.

Lentamente, giro la cabeza hacia un lado, esperando verlo junto a mí. Pero solo hay una almohada lisa y fría. Ni rastro de él.

—No. —Me quito la cobija de encima y salgo de la cama a los tropezones. La habitación está vacía. Ni una camisa sobre la silla. Ni una maleta en el rincón. Nada.

Se fue.

Me quedo de pie en medio de la habitación, cruzándome de brazos e intentando ordenar mis pensamientos. Por un lado: qué imbécil. ¿Simplemente desaparecer? ¿Sin una palabra, sin una nota, sin nada? Por otro lado: ¿no es eso exactamente lo que yo quería? Algo de una noche. Sin discusiones a la mañana siguiente, sin el incómodo «entonces, ¿qué hacemos ahora?». Simplemente... se acabó.

Pero aun así, una pequeña nota hubiera bastado. Al menos una carita sonriente.

Suspiro y voy al baño. Mi cabeza es una completa nebulosa, mi cabello parece como si hubiera dormido en una máquina de viento. Así que: ducha.

El agua caliente cae sobre mi piel, casi quema, pero se siente mejor que cualquier otra cosa. Apoyo la frente en los azulejos, cierro los ojos e intento sudar la resaca.

Por supuesto, no funciona.

En su lugar, veo imágenes. Cómo me levantó como si no pesara nada. Cómo me miró como si solo existiera yo en el mundo. Cómo lo besé sin pensar en la razón.

Gimo y me tapo la boca con la mano. *Ay, Dios, Kelly, prácticamente te le lanzaste al cuello.* Ni una pizca de dignidad, cero contención. Simplemente te dejaste llevar.

Y al mismo tiempo, no puedo dejar de sonreír. Porque fue malditamente bueno.

Me río, fuerte, casi con rebeldía, y el eco en el baño suena como si alguien se estuviera burlando de mí.

Cuando finalmente salgo de la ducha, me miro en el espejo. Cabello alborotado, ojos manchados, labios todavía hinchados. Parezco alguien que tuvo una noche muy buena.

—Genial —murmuro—. Exactamente así es como una quiere caminar por el lobby de un hotel.

Me seco, me pongo el vestido de ayer. Arrugado, huele a humo y a alcohol, una mancha en la cadera que no quiero identificar. Mis tacones esperan como pequeños instrumentos de tortura junto a la cama. No hay otra opción.

Agarro mi bolso, le doy un último vistazo a la habitación. No está. Por supuesto que no.

—Bueno, Kelly —me digo a mí misma—. Walk of Shame. Level Aspen. Showtime.

El lobby del hotel es todo un escenario.

Demasiado brillante. Demasiado lleno. Demasiado ruidoso. Parejas desayunando, familias con ropa de esquí, empresarios con laptops. Y luego yo. Con el vestido arrugado, el rímel corrido, un cabello que grita: *definitivamente no dormí anoche.*

La recepcionista me mira. Solo un instante, pero su ceja se arquea de forma inconfundible. Un camarero pasa a mi lado con una bandeja llena de croissants, y estoy convencida de que sonríe. Dos hombres de traje se giran para mirarme, y mi cabeza grita: *¡Lo saben! ¡Todos aquí lo saben!*

Me enderezo, echo los hombros hacia atrás, pongo mi mejor cara de póker.

Por supuesto, después de tres pasos casi me tropiezo con mis propios tacones. La bandeja del camarero se tambalea peligrosamente, pero la atrapa en el último momento. —¡Perdón! —chillo, y casi salgo corriendo mientras una risa estalla detrás de mí.

—Tranquila, Kelly —susurro—. Todo muy discreto. Nadie se da cuenta de nada.

Claro. Y los unicornios existen de verdad.

Las puertas se abren, el aire frío me golpea en la cara y respiro hondo. Afuera. Libre. Sobreviví.

Se detiene un taxi, subo y me dejo caer agotada en el asiento. Mis pies gritan, mi cabeza martillea, pero mi corazón late más rápido de lo necesario.

El trayecto es silencioso, pero en mi cabeza hay un ruido ensordecedor. Repito un mantra en mi interior: *Fue solo algo de una noche. Se fue. Fin de la historia.*

Pero cada vez que cierro los ojos, vuelvo a ver esos ojos verdes.

Y sé que no confío en mí misma.

Me escabullo como si estuviera en una misión secreta. El bolso apretado contra mí, los tacones en la mano porque no quiero arriesgarme a que resuenen sobre el parqué. Cada paso es un movimiento cuidadoso, la respiración superficial, el corazón latiendo demasiado fuerte.

El chalet está en silencio. Demasiado silencioso. Una parte de mí espera que todas sigan durmiendo. La otra parte ruega que así sea, porque no tengo ninguna explicación ingeniosa preparada para justificar por qué no pasé la noche en mi propia cama.

Bajo la manija de la puerta lo más silenciosamente posible y la empujo para abrirla. Una rendija. Dos. Tres. Ningún ruido. Ningún movimiento. Me deslizo adentro, cierro la puerta con cuidado detrás de mí y exhalo aliviada. Lo logré.

—¿Kelly?

La voz corta el silencio como una alarma. Me sobresalto con tanta violencia que casi se me caen los tacones de la mano.

En el sofá está sentada Valerie, con la manta a medio cubrir sobre las piernas y el celular en la mano. Su pelo apunta en todas direcciones y, sin embargo, se ve más despierta de lo que me gustaría.

—Mmm... hola —mi voz sale con un chillido sospechoso.

Valerie parpadea, se incorpora y me examina de pies a cabeza. Su mirada se detiene en mi vestido, luego en mi pelo, que he logrado recoger en un moño más o menos decente. No funciona. Parezco alguien que tuvo una noche salvaje.

—¿Dónde estabas? —pregunta. Ni un saludo, ni un «buenos días». Directo al interrogatorio.

—Yo... eh... estuve... —agito la mano vagamente hacia la puerta, como si eso fuera a ayudar.

Entrecierra los ojos. —No estuviste aquí.

—No —intento sonreír. Me siento como en un careo con una fiscal.

—Kelly —aparta la manta y se inclina hacia adelante—. Suéltalo ya. ¿Dónde estuviste toda la noche?

Considero por un momento si debería mentir. Si podría decir que me quedé dormida en algún sofá. Pero Valerie me conoce desde hace años. Me vio en la residencia de estudiantes cuando me escabullía de vuelta después de las fiestas. Ella se da cuenta al instante si oculto algo.

Suspiro, dejo caer la bolsa y me desplomo en el sofá junto a ella. —Está bien. Confieso. Yo... no estaba sola.

Sus ojos se abren como platos y luego se le dibuja una amplia sonrisa. —¿Tú... lo hiciste?

Asiento, sintiendo cómo el calor me sube a la cara. —Sí.

—¿Con quién?

—Ni idea —hago una mueca—. Bueno... sí sé algo. Conozco el color de sus ojos. Verdes. Muy verdes. ¿Pero nombre, trabajo, dirección? Cero.

Valerie se tapa la boca con la mano y suelta una risita. —De verdad que tú...

—Sí, lo hice —me dejo caer hacia atrás en el sofá, me tapo la cara con las manos y gimo—. Y fue... guau. Pero también... vergonzoso.

—¿Vergonzoso? ¿Por qué vergonzoso?

—Porque me le lancé al cuello como... no sé..., un personaje de serie que necesita subir el *rating* urgentemente.

Valerie se ríe a carcajadas. —¡Kelly! ¿Y? ¿Al menos estuvo bueno?

Miro por entre mis dedos, sonrío y asiento. —Fue increíble.

—¿Y no sabes nada de él?

—Nada. Salvo que está buenísimo y besa mejor de lo que debería ser legal.

Ella niega con la cabeza, riendo. —Eres increíble.

Me encojo de hombros. —¿Qué te puedo decir? Era Aspen. Era una fiesta. Fue... un momento. Y lo que pasa en Aspen, se queda en Aspen.

Valerie me mira unos segundos más, y luego empieza a sonreír también. —Está bien. No le diré a nadie. Pero las otras van a

preguntar.

—Que pregunten. Simplemente diré que me quedé dormida en el sauna.

—¡Ja! Nadie te va a creer eso.

Ambas nos reímos y, por un momento, vuelvo a sentirme normal. Aunque la cabeza todavía me martillea y mi vestido parece un campo de batalla, al menos he superado el primer obstáculo.

Apenas Valerie vuelve a sumergirse en su celular, tomo mi bolsa y huyo a mi habitación. Mi corazón todavía late demasiado rápido y necesito urgentemente unos minutos sin miradas inquisitivas.

La puerta se cierra detrás de mí y respiro hondo. Mi reflejo en el espejo es despiadado: el pelo como si hubiera pasado un huracán, ojeras que gritan «resaca», y mi vestido está torcido, como si hubiera dormido con él puesto. Y así fue. Solo que no aquí.

—Vaya, Kelly —murmuro mientras me quito la ropa—. No te ves como para ganar un Óscar.

Me doy una segunda ducha; esta vez sin drama, sin darle vueltas a la cabeza, simplemente para lavarme de encima el resto de la noche. Después, al menos me siento humana, aunque sea una con restos de alcohol en la sangre.

Con una toalla en la cabeza, revuelvo mi maleta. Fresca, cómoda, inofensiva: ese es el plan. Me decido por un pantalón de buzo suave y un suéter con el que parezco haber pasado la noche tranquilamente en el chalé. Me ato el pelo en una cola de caballo, un poco de corrector bajo los ojos, rímel, y ya me veo... bueno, no fresca, pero al menos ya no parezco la prueba viviente de una noche de fiesta.

En la cocina reina el silencio, solo el refrigerador zumba suavemente. Abro un par de gabinetes, busco café, encuentro filtros, leche, cereal. La rutina calma. Las cucharas tintinean, el agua corre y el olor a café recién hecho llena el ambiente. Es casi meditativo.

Justo cuando meto la primera tostada en el tostador, oigo pasos. Pesados, arrastrándose. Aparece Teresa, con una camiseta que le queda al menos dos tallas grande y un pelo que parece un nido de

pájaros. Parpadea contra la luz, se sienta a la mesa y apoya la cabeza sobre la superficie.

—Café —murmura—. Por favor.

—En seguida —le pongo una taza enfrente. Levanta la cabeza, me mira como si quisiera comprobar si soy un fantasma y frunce el ceño.

—¿Tú estabas...? —se calla, entrecierra los ojos—. Ah, no importa —toma un sorbo de café, hace una mueca, sopla porque todavía está muy caliente y luego vuelve a apoyar la cabeza.

Antes de que pueda reaccionar, entra Sandra a los tropezones. No se ve mucho mejor: pantalón de buzo, sudadera con capucha, los ojos entrecerrados. También se dirige directamente al café, se sirve y luego se gira lentamente hacia mí.

—¿Estabas ayer con nosotras en el taxi? —pregunta, como si fuera una pregunta seria en un estudio científico.

Levanto una ceja. —Quizás. O quizás no.

Me mira fijamente, como si quisiera encontrar la respuesta en mi cara. Luego se encoge de hombros, suspira y toma un sorbo de café.

Valerie es la última en llegar, sorprendentemente fresca, al menos recién cambiada de ropa. Al entrar, me lanza una mirada que lo dice todo, pero no dice nada. En lugar de eso, se sienta, toma un trozo de pan tostado y le unta mantequilla como si fuera lo más normal del mundo.

En cierto punto, las tres me miran fijamente al unísono. Me siento como un animal en el zoológico, esperando a ver si alguien lee el letrero de la jaula.

—Me están mirando como si tuviera tres cabezas —digo, y me siento a la mesa con mi propia taza de café en un gesto desafiante.

—No, solo que... —Teresa levanta la cabeza con pereza—. Te ves fresca.

—¿Fresca? —señalo mi cara—. A esto se le llama corrector.

Sandra entrecierra los ojos. —Juro que no estabas en el taxi.

—Quizás volé —le guiño un ojo y tomo un sorbo de café—. O me teletransporté. Lo que pasa en Aspen, se queda en Aspen.

Hay un momento de silencio, luego Valerie y Teresa sueltan una carcajada al mismo tiempo. Sandra se queda mirando con escepticismo un instante más, pero luego también sonríe.

Y así estamos las cuatro sentadas: con resaca, cansadas, armadas con café, y yo, con un secreto demasiado grande como para no dejarlo salir en algún momento. Pero por ahora, me basta con que nadie haga más preguntas.

Capítulo 6

~ Ethan ~

Mi oficina en el último piso parece hoy casi demasiado limpia. El escritorio brilla, las paredes de cristal reflejan la luz gris del invierno y sobre la ciudad se cierne ese cielo interminable, plomizo, que solo Nueva York sabe ofrecer. El tráfico abajo ruge como una orquesta de fondo permanente. En realidad, es tranquilizador.

Lo que me tranquiliza menos es el pequeño muñeco de nieve brillante que está en medio de mi escritorio. Hecho de cuentas de cristal, con una bufanda roja. Obra de Diane. Cada año pone alguna decoración navideña tonta en mi oficina antes de que pueda evitarlo. Normalmente, ya habría hecho desaparecer esa cosa, pero..., bueno, me quita tantas decisiones de encima que le permito este pequeño ritual. Y aunque nunca lo admitiría, el muñeco de nieve se ve malditamente imperturbable.

El teléfono suena, mi día transcurre al compás. Una llamada breve con un inversor que quiere oír cifras; una reunión con dos jefes de departamento que no se ponen de acuerdo; una decisión rápida sobre una campaña publicitaria. Aprendí a resolver estas cosas con pocas frases. La gente no quiere discursos largos, quiere seguridad. Y eso es exactamente lo que les doy.

«¿Mr. Blackwell?». La cabeza de Diane apareció en la puerta, con su expresión severa de siempre, pero sus ojos brillaban un poco, probablemente porque sabe que aún no he quitado el muñeco de nieve. «Son casi las doce. Usted quería ir al décimo piso».

Asiento, dejo los documentos a un lado y me ajusto la corbata. «Gracias, Diane. Voy de inmediato».

El viaje en ascensor hacia abajo dura solo unos segundos y, sin embargo, tengo la sensación de cambiar de mundo. El silencio elitista del piso ejecutivo es reemplazado aquí abajo por voces, risas y el olor a café. Me gusta. Me recuerda que la empresa no solo consiste en documentos de estrategia, sino en las personas que la mantienen en marcha.

«¡Mr. Blackwell!». La recepcionista del décimo piso parece como si de repente tuviera al presidente delante de ella. Le dedico una breve sonrisa. «Buenos días».

En la sala de conferencias ya esperan algunos empleados. Voy de persona en persona, estrecho manos, intercambio unas pocas palabras. Parecen nerviosos, pero no intimidados. Justo como lo quiero. Estoy aquí para exigir respeto, no miedo.

La puerta se abre y Recursos Humanos anuncia a los nuevos empleados. Entran cinco rostros. Gente joven y ambiciosa, se les nota. Están nerviosos, esforzándose por mantener una sonrisa profesional. Todo completamente normal.

Hasta que mi mirada se detiene en la última de la fila.

Veo los ojos azules y todo en mí se paraliza.

Ella.

La mujer de Aspen. La noche que desde entonces no he podido quitarme de la cabeza.

Parpadeo, convencido de que me equivoco. Pero ahí está, con un vestido sencillo, el pelo cuidadosamente recogido, las manos aferradas a su bolso. Un contraste con la mujer que tuve en mis brazos en Aspen hace apenas dos semanas. La mujer que por una noche me hizo olvidar todo.

Se queda paralizada, luego levanta la barbilla, como si quisiera decir: *Sé quién eres. Pero voy a actuar como si nada.*

Le tiendo la mano, igual que a los demás. «Bienvenida a Blackwell Enterprises». Mi voz suena normal, mi mirada se mantiene profesional. Pero cuando sus dedos rozan los míos, siento esa atracción que debo reprimir de inmediato.

«Mucho gusto» dice ella. Su voz tiembla ligeramente, pero no deja que se note. Es profesional, igual que yo. «Kelly Anderson».

Kelly Anderson, repito en mis pensamientos.

Kelly.

Nadie, aparte de nosotros dos, sospecha lo que flota en el aire.

Suelto su mano y vuelvo a mi lugar. La rutina me protege. Doy mi breve discurso, como siempre: metas claras, decisiones rápidas, asumir responsabilidades. Mis palabras son las mismas que en

docenas de otras bienvenidas. Solo que mi mirada se desvía hacia ella una y otra vez, casi en contra de mi voluntad.

Ella interpreta bien su papel. Escucha, asiente, toma notas. Pero veo lo tensa que está. Y sé que ella —exactamente como yo— solo tiene una pregunta en la cabeza:

¿Qué diablos hacemos ahora?

La puerta se cierra y Kelly desaparece con los otros nuevos empleados. Me quedo atrás, con las manos holgadamente en los bolsillos, impasible por fuera, un caos por dentro. Nadie ha notado nada, pero mi pulso está demasiado acelerado, mis pensamientos demasiado ruidosos.

Diane aparece en la puerta, como si ya me estuviera esperando. «Siguiente reunión, Mr. Blackwell. Sala de conferencias doce».

Por supuesto. Sin pausa, sin espacio para procesar lo que acabo de ver. Mi agenda está llena, como siempre. Asiento, la sigo fuera y me pongo la máscara que todos esperan de mí. Paso firme, postura clara, el tono de voz tan tranquilo que nadie adivinaría lo que ruge dentro de mí.

Me siento a la larga mesa de conferencias. Ante mí se apilan documentos, gráficos, una computadora con las últimas cifras. El jefe de finanzas explica proyecciones, la jefa de marketing muestra diapositivas, alguien habla de riesgos. Oigo todo y, al mismo tiempo, nada. Asiento, hago preguntas, reacciono como se espera de mí. Automáticamente. Como si mi cuerpo hubiera aprendido a funcionar incluso sin mi cabeza.

Porque mi cabeza está en otro lugar.

Con ella.

Kelly.

Vuelvo a ver su rostro, tal como lo vi por última vez: con la primera luz de la mañana, medio oculto bajo la manta. Su respiración lenta, pacífica. Un rayo de sol que se colaba por la cortina y se deslizaba sobre su piel. Yo estaba de pie junto a la ventana, con las montañas a la vista, todo bañado en blanco y

dorado. Había silencio, tanto silencio que oía los latidos de mi corazón.

Y no quería irme.

Ese era el problema. Normalmente me voy sin dudar. Sin una nota, sin una mirada atrás, sin sentimentalismos innecesarios. Son noches, nada más. Pero con ella fue diferente. Me quedé ahí, buscando razones para alargar el tiempo un poco más. Solo un minuto más. Solo un momento más para mirarla.

Pero el reloj fue implacable. Mi vuelo de regreso a Nueva York esperaba, mi día ya estaba planeado. Inversores, reuniones de la junta, decisiones. No podía quedarme. Así que hice lo que siempre hago: dejé los sentimientos a un lado, me autoconvencí de que no significaba nada. Un hermoso error, nada más.

Pude haberle dejado algo. Unas pocas palabras. Mi número. Al menos un «gracias». Pero no lo hice. Porque sabía que sería peligroso. Que una simple nota complicaría todo más de lo que debía.

Y eso me costó más de lo que jamás admitiría.

«¿Mr. Blackwell?». La voz del jefe de finanzas me trae de vuelta. Todas las miradas están puestas en mí. Parpadeo, vuelvo a concentrarme.

«Nos quedamos con la opción B», digo secamente. «Pero quiero un análisis de riesgo en mi escritorio para el viernes».

Él asiente, satisfecho con mi decisión. La reunión continúa. Pero mis pensamientos se desvían de inmediato otra vez.

Recuerdo el momento en que cerré la puerta en Aspen detrás de mí. Qué silenciosa se volvió de repente la habitación. Qué difícil me resultó no volver a entrar. En el taxi hacia el aeropuerto, vi desaparecer las montañas en el espejo retrovisor y sentí como si hubiera dejado atrás algo que era más que solo una noche.

Ahora sé qué.

Me recompongo, respondo preguntas, firmo documentos, me despido con un breve asentimiento. Diane ya me está apurando para la siguiente reunión. Luego otra. Una cita sigue a la otra, el tiempo se funde en una única cadena de voces y números.

Y una y otra vez la veo frente a mí. Kelly. Aquí. En mi empresa.

La mujer que quise olvidar, y sin embargo, no pude.

Capítulo 7

~ Kelly ~

Mi despertador suena como si se hubiera confabulado en mi contra. Lo apago, una vez más, luego otra, hasta que en algún momento me doy cuenta de que de verdad tengo que levantarme. El corazón ya me late más rápido, a pesar de que ni siquiera he olido el café. Primer día en la oficina nueva. Trabajo nuevo... bueno, no exactamente, pero nuevo entorno, nuevo equipo, nuevo jefe. En realidad, todo es como siempre, solo que... diferente. Y lo diferente siempre me provoca un poco de pánico de inmediato.

En el baño, me miro al espejo y me pregunto si puedo presentarme así ante la gente. Mi cabello ha decidido tomar su propio rumbo, mis ojeras podrían pasar sin problemas por sombra de ojos oscura, y mi piel se ve más pálida de lo que justificaría el frío aire de diciembre. —Genial —murmuro—. Adiós a la mujer de carrera segura de sí misma.

Me doy una ducha rápida, me hago una cola de caballo que se sostiene a duras penas y me unto corrector en la cara como si con eso pudiera cubrir también los nervios. Ya había preparado mi ropa la noche anterior: un blazer gris, pantalones negros, una blusa blanca. Seria, pero no rígida. O eso espero. Quería lustrar los zapatos, pero por supuesto lo olvidé. Ahora brillan pequeñas marcas de sal de la nieve de los últimos días. Qué vergüenza.

En la cocina, mi refrigerador me recibe con un vacío desolador. Ni café, ni pan fresco. Solo un paquete de croissants que tienen al menos dos días. Meto uno en mi bolso como si fuera un salvavidas y salgo corriendo.

Afuera, Nueva York me recibe con una ráfaga de viento que se siente como si alguien me estuviera lanzando cubitos de hielo. Se me desacomoda la bufanda y, como de costumbre, olvidé los guantes. Pero la ciudad ya se está poniendo en modo navideño: guirnaldas de luces en las farolas, música navideña saliendo de una tienda que en realidad vende aparatos electrónicos, y un árbol de plástico gigantesco frente al deli de la esquina. La gente pasa

apurada con bolsas de regalos, y yo solo pienso: *¡Apenas es principios de diciembre! ¿Podemos tomárnoslo con un poco más de calma, por favor?*

Corro hacia el metro. Por supuesto, veo el tren llegando justo en el momento en que bajo las escaleras corriendo. Y por supuesto, las puertas se cierran antes de que pueda acercarme lo más mínimo. Me quedo parada, jadeando, mientras el vagón se aleja con un estruendo, y maldigo contra mi bufanda.

El siguiente tren llega en tres minutos. Lleno. A reventar. Me meto a empujones, apretujada entre un hombre de traje y una mujer que lleva una estrella de Navidad demasiado grande, y me sujeto con una mano. Mi bolso está atascado en algún lugar entre dos chamarras, y rezo para que no se le caiga a alguien en el pie.

El viaje se hace eterno. La gente tose, sorbe por la nariz, alguien escucha música a todo volumen con un bajo claramente excesivo. Miro la pantalla sobre la puerta y cuento las estaciones que faltan mientras me repito por dentro: *Ya has hecho esto antes. Tú puedes. Trabajo nuevo, gente nueva... la misma Kelly.*

Finalmente, me bajo, emerjo de nuevo al aire frío, y ahí está: mi nuevo edificio de oficinas. Alto, moderno, una fachada de cristal que refleja el cielo. Frente a las puertas giratorias hay gente con abrigos, algunos con vasos de café, otros con identificaciones colgadas del cuello. Me uno a la fila, paso por la puerta giratoria y siento por un instante que el corazón me late aún más rápido.

Adentro, todo reluce. Piso de mármol, un gran mostrador de recepción, pantallas en las paredes que muestran el logo de la empresa. Me registro, recibo una tarjeta de visitante y me mandan para arriba. En el ascensor, veo mi reflejo en la pared de acero. La blusa sigue en su sitio, la cola de caballo aguanta de alguna manera y mi sonrisa se ve nerviosa, pero no catastrófica. —Okay, Kelly —susurro—, ahora no te vayas a tropezar.

El décimo piso es más luminoso, más acogedor. Alfombra, oficinas abiertas, muebles modernos que parecen de Ikea, solo que diez veces más caros. Me llevan a mi escritorio, que está perfectamente preparado: computadora portátil, libreta, bolígrafo, incluso una pequeña planta. Probablemente el regalo de bienvenida

de Recursos Humanos. Sonrío. Parece que eligieron un cactus que ya ha vivido tres vidas. —Lo lograremos los dos —murmuro y lo pongo al sol.

Los primeros colegas son amables, se presentan, asienten brevemente, algunos me dan la mano. Todo parece normal, profesional, nada hostil. Bien.

En la cocineta me encuentro con Paige. Rizos rojos, un vestido con estampado de flores, una energía que contagia al instante. —Tú eres Kelly, ¿verdad? Bienvenida al manicomio —se ríe y me pone una taza de café en la mano, como si hubiera sabido exactamente que sin él moriría.

—Gracias. Me estás salvando la vida. —Tomo un sorbo y siento al instante cómo la tensión me abandona.

—Hoy también vas a conocer al Boss —dice con naturalidad, como si me estuviera hablando de la sopa del comedor—. Ethan Blackwell. Un auténtico bombón.

Casi me atraganto con el café. —¿Perdón, qué?

Sonríe ampliamente. —No te preocupes. Es profesional. Pero tiene esa... presencia. ¿Sabes? Dominante, encantador, todo en uno. Ya lo verás.

Pongo los ojos en blanco. —Suena como un sueño y una pesadilla al mismo tiempo.

—Exacto. —Paige me guiña un ojo, como si hubiera revelado el último secreto de la humanidad.

Poco después, nos convocan. Cinco empleados nuevos, todos se ven tan nerviosos como yo me siento. Nos llevan a una sala de conferencias que parece sacada de una revista: paredes de cristal, mesa larga, pizarras blancas, una jarra de agua en el centro. Me siento, pongo la libreta delante de mí y sujeto el bolígrafo con demasiada fuerza. El corazón se me acelera.

Nuevo comienzo, me digo. *Es solo un jefe. Nada más.*

Paige tiene razón... qué tan malo puede ser.

El pasillo parece más largo de lo que es en realidad. Cinco personas caminan una al lado de la otra, cada una aferrada a sus documentos como si pudieran servir de escudo. Tengo las manos húmedas, así que me las seco disimuladamente en la falda.

Sostengo mi carpeta con tanta fuerza que seguro que pronto se le harán arrugas.

La empleada de Recursos Humanos va delante, alegre, casi animada, como si nos llevara a una recepción con prosecco y canapés, no a la sala donde nos espera nuestro CEO. —Por aquí —dice, como si fuera lo más natural del mundo.

El corazón me martillea. Intento respirar profundo, pero no lo consigo. Cada paso se siente como si caminara sobre hielo delgado. Hace un rato, en la cocineta, Paige habló de un *bombón*. De *dominante* y *encantador*. Yo me reí, asentí, le resté importancia a todo. Pero ahora, justo antes de que se abra la puerta, noto que se me revuelve el estómago.

La puerta se abre.

Entramos.

La sala es luminosa, moderna, impecable. Las paredes de cristal dejan entrever el horizonte de Nueva York, aunque afuera el día esté gris y nublado. Una mesa larga brilla, las sillas están perfectamente alineadas, y en el centro hay jarras con agua y vasos dispuestos a la perfección. El aire huele a cera para madera y a café cargado. Siento cómo se me seca la garganta.

Y entonces lo veo.

Ya está ahí.

Ethan Blackwell.

Alto. Seguro de sí mismo. Corpulento, como si alguien hubiera olvidado decirle que también podría haber sido más pequeño. Su traje le queda perfecto, oscuro, elegante, ni una arruga, ni un movimiento que no parezca calculado. Y, sin embargo, no es la tela lo que llena la sala, sino él mismo. Esa aura que deja claro al instante que él es el centro de atención, quieras o no.

Mi primer pensamiento: *Maldición. Paige tiene razón. Es realmente guapo.*

Mi segundo pensamiento: *Oh. Dios. Mío.*

Porque entonces levanta la cabeza. Y nuestras miradas se encuentran.

Verdes.

Esos ojos. Ese verde profundo, inolvidable, que se me quedó grabado. Los conozco. Ya los he visto antes... de cerca, demasiado cerca. Hace dos semanas. En Aspen.

Se me corta la respiración. Mi corazón tropieza y luego se acelera, como si golpeara contra mis costillas para escapar. Las imágenes aparecen en mi mente, tan rápido que casi me marean: nieve en un balcón, champaña, música, su boca sobre la mía, sus manos en mi piel, el calor que desatamos esa noche.

No. No, esto no puede ser.

Pero es verdad.

Ethan Blackwell, mi CEO, es el desconocido de Aspen.

Me quedo helada. Todo dentro de mí grita. Mi cabeza dice: *Corre. Di que tienes que ir al baño. Desaparece.* Pero mis pies no obedecen. Sigo caminando, en fila, como los demás. La empleada de Recursos Humanos nos presenta. Las palabras pasan zumbando a mi lado como si las escuchara bajo el agua.

—Esta es Kelly Anderson, de Marketing.

Mi nombre suena como un eco en mis oídos. Extiendo la mano automáticamente. Sus dedos se cierran alrededor de los míos. Cálidos. Firmes. Exactamente el mismo agarre que me sostuvo aquella vez, como si hubiera planeado no soltarme nunca más.

Quiero decir algo, cualquier palabra cortés, pero tengo la garganta seca. El corazón me martillea, las rodillas me flaquean. Solo consigo asentir. Y luego, en voz muy baja: —Mucho gusto, Kelly Anderson. Porque no se me ocurre nada más. Solo mi nombre.

Nuestras miradas se encuentran de nuevo. Y en ese diminuto instante, hay algo. Un destello que nadie más que nosotros dos nota. Me reconoce. Estoy segura.

Entonces me suelta la mano y se gira hacia la siguiente persona. Como si nada. Como si no hubiéramos pasado una noche juntos en Aspen que borró todo lo demás.

Me hundo en la silla, sosteniendo la carpeta frente a mí como un escudo y obligando a mis dedos a aferrar el bolígrafo. *Escribe algo, Kelly. Finge que estás escuchando*. Pero la mano me tiembla. Las letras se desdibujan porque mis ojos se desvían hacia él una y otra vez.

Él está de pie al frente, soberano, carismático, con cada gesto controlado. Habla de metas, disciplina, eficiencia. Su voz es tranquila, profunda, tan penetrante que llena toda la sala sin necesidad de un micrófono. Los demás escuchan atentamente, toman notas, asienten. Yo... finjo hacerlo. Pero apenas oigo una palabra. Todo se vuelve borroso.

Solo lo veo a él. Al hombre que no quería volver a ver. Al hombre que con una sola mirada me arrastra de vuelta a esa noche, a cada sentimiento que he reprimido desde entonces.

Mis pensamientos se atropellan. *Es mi CEO. Es mi jefe. Nadie puede enterarse. No podemos demostrar nada.* Y al mismo tiempo, una idea me cruza la mente: *¿Todavía se acuerda? Me reconoció. Tiene que ser así.*

El pánico se apodera de mí, caliente y frío a la vez. No puedo dejar de mirarlo. Sus hombros, la forma en que roza la mesa al pasar junto a las jarras. Sus ojos, que se deslizan sobre nosotros una y otra vez y luego se detienen en mí un instante de más.

Aprieto el bolígrafo con tanta fuerza que mis nudillos se ponen blancos. Inhala, exhala. *Convéncete de que pasas desapercibida. De que eres una más del montón*. Pero mi corazón se acelera, mis mejillas arden, mi cuerpo ya me ha traicionado.

Cuando termina su discurso, nadie aplaude; no es ese tipo de discurso. Pero el ambiente está electrizado, los otros nuevos parecen motivados. Quiero levantarme, pero siento las piernas como si fueran de goma. Lo consigo, pero a duras penas.

Nos guían hacia afuera, uno por uno, y siento su mirada en mi espalda, como una mano invisible. No me atrevo a voltear.

Cuando la puerta se cierra detrás de nosotros, boqueo en busca de aire, como si acabara de salir del agua. Tengo los dedos húmedos, el corazón todavía me martillea.

Esto no puede ser verdad.

Y sin embargo, lo es.

El extraño de Aspen. Mi aventura de una noche.

Mi jefe.

Siento las piernas como si fueran de goma mientras caminamos de nuevo por el pasillo. Me aferro a la carpeta como si fuera un bastón, intentando no parecer alguien que acaba de sufrir el ataque de pánico más intenso de su vida. Todos los demás se ven relativamente normales: un poco tensos, pero no como si estuvieran a punto de derrumbarse por dentro.

Yo, en cambio, siento que la piel me queda dos tallas más chica y el corazón todavía me martillea como loco.

De vuelta en la oficina de planta abierta, la empleada de recursos humanos nos muestra brevemente dónde está todo —la impresora, la máquina de café, la salida de emergencia— y luego nos da la bienvenida oficial a nuestro primer día de trabajo. Los otros nuevos se dispersan, se sientan en sus puestos, sacan sus cuadernos. Yo voy a mi escritorio y me dejo caer en la silla. Es ergonómica, probablemente carísima, pero solo noto que es demasiado blanda para darme el soporte en la espalda que necesito con urgencia ahora mismo.

Miro fijamente mi pantalla, que me muestra un amable saludo de bienvenida, pero en realidad no veo nada. Mi cabeza es un zumbido constante. Presiono las manos contra mis sienes e intento calmar mi corazón.

Ethan Blackwell.

El hombre con el que en Aspen... Dios, apenas puedo pensar la palabra. *Me acosté.* Como si fuera algo trivial. Pero fue todo menos trivial. Fue intenso, apasionado, absolutamente prohibido. Y ahora está aquí. No en un bar cualquiera, no como un extraño anónimo en las montañas, sino como mi jefe.

Aprieto los labios, me obligo a encender la computadora. Normal. Desapercibida. Simplemente el primer día de trabajo.

—¿Y bien? —La voz de Paige me saca de mis pensamientos. Está apoyada en el separador de mi puesto de trabajo, con una taza de café en la mano y una sonrisa que parece demasiado curiosa.

Esbozo una sonrisa que espero que parezca menos desesperada de lo que se siente. —Tenías razón.

Sus ojos brillan. —¿Ves? ¡Te lo dije! El hombre es un sueño, ¿o no?

Solo asiento. Las palabras serían peligrosas. Mi voz temblaría, y si digo algo más ahora, quizás me delate. —Mhm.

Paige levanta una ceja. —¿Eso es todo lo que vas a decir?

—Sí. —Fuerzo una sonrisa—. Simplemente tenías razón.

Me observa por un momento, luego niega con la cabeza. —Eres rara. La mayoría estaría como groupies en un concierto después de un saludo así. Y tú... pareces como si te doliera una muela.

Suelto una risa corta, demasiado aguda, demasiado nerviosa. —Solo... estoy cansada. El nuevo trabajo y eso.

Ella asiente lentamente, por suerte lo deja así y regresa a su escritorio.

Me reclino, respiro hondo. Mi corazón se ha calmado, pero mi cabeza está llena de preguntas. ¿Cómo va a seguir esto ahora? Ethan Blackwell. Mi Boss. ¿Tendrá esto alguna influencia en mi trabajo? ¿Se acordará? ¿Me tratará de alguna manera como si fuéramos... más? ¿O lo ignorará por completo, como lo hizo hace un momento?

Una parte de mí se siente aliviada de que se haya mantenido tan profesional. Otra parte... está dolida. ¿Por qué? Yo quería que fuera solo una aventura de una noche. Sin un mañana, sin drama. Y aun así, duele que ni siquiera se haya inmutado.

Niego con la cabeza. *Concéntrate, Kelly*.

Después de unos minutos, me pongo de pie de un salto. —¿Paige? —la llamo en voz baja. Ella mira de inmediato. Me acerco, me inclino hacia ella—. Oye..., ¿con qué frecuencia se trabaja con él? O sea, con... ¿el CEO?

Ríe en voz baja, como si acabara de preguntar si uno se encuentra al presidente en la cafetería. —No te hagas ilusiones. Prácticamente nunca lo vemos. Una vez al mes, quizás, y con suerte. Él se sienta en los pisos de arriba con la junta directiva. Nosotros aquí abajo somos..., bueno, los que hacemos el trabajo de verdad.

—Entonces... ¿de verdad nunca? —insisto, mi voz suena demasiado curiosa, me doy cuenta.

—Quizás de vez en cuando en reuniones grandes. Pero por lo demás, olvídate. Ese hombre tiene cosas más importantes que hacer que tratar con nosotros. —Hace un gesto con la mano para restarle

importancia y toma un sorbo de café—. Sería demasiado bueno si se le viera más a menudo por el pasillo de la oficina.

Exhalo. Más fuerte de lo que quería. —Bien.

Paige sonríe. —Vaya, eres realmente extraña. Cualquier otra estaría ahora esperando encontrárselo por casualidad en el ascensor, y tú suenas como si te acabaras de enterar de que los unicornios no existen.

—Es que... no me gustan mucho los ascensores. —Me doy la vuelta rápidamente, antes de que haga más preguntas.

De vuelta en mi puesto, me reclino en la silla y miro la pantalla. El alivio se extiende por mi interior. De acuerdo. Él es el CEO. Se sienta en algún lugar muy arriba, en una oficina con paredes de cristal y vistas al horizonte. Yo estoy aquí abajo, en el departamento de marketing, entre el ruido de las impresoras y la máquina de café. Nuestros mundos no se cruzan. Quizás hoy fue la primera y la última vez que realmente me lo encontré.

Y eso sería bueno. Muy bueno.

¿O no?

Porque ahora que sé que está ahí, que camina por los mismos pasillos, en este edificio, en algún lugar muy cerca de mí... no puedo dejar de pensar en ello. Quizás sí quiero cruzármelo. Quizás quiero averiguar si esa mirada de antes no fue solo producto de mi imaginación.

Cierro los ojos, apoyo la cabeza en el respaldo de la silla y suspiro. —Kelly —murmuro—, estás completamente perdida.

Capítulo 8

~ Kelly ~

El nuevo departamento de Valerie está en uno de esos edificios frente a los que uno reduce la velocidad automáticamente al pasar. Ventanales enormes, conserje en la entrada, un mármol tan brillante que casi te da miedo pisarlo. Entro tropezando por la puerta giratoria, le dedico una sonrisa insegura al conserje y finjo que pertenezco a este lugar. No es así. Valerie sí.

Arriba me recibe el espíritu navideño en su máxima expresión. Valerie no se anduvo con pequeñeces. Ya desde el pasillo huele a canela y vainilla, y cuando entro en la sala de estar, me quedo sin palabras por un momento. Guirnaldas de luces por todas partes, un árbol de Navidad enorme y perfectamente decorado, esferas doradas, lazos rojos, incluso una corona sobre la chimenea, que seguro nunca ha encendido. Es como si hubieran teletransportado una edición de *Home & Living* directamente hasta aquí.

—¡Kelly! —Valerie viene a mi encuentro en pants, con el pelo recogido, impecable de todas formas, por supuesto—. Levanta los brazos como si no nos hubiéramos visto en meses, aunque fue ayer —. ¡Siéntate! Voy a prepararnos algo caliente.

Me dejo caer en su sofá, que es tan grande que se podría dormir en él sin problema. Es gris oscuro, suave, con demasiados cojines que huelen a boutique. Me hundo en él y suspiro. Mi día fue largo, mi cabeza sigue siendo un caos.

Desde la cocina se oye el tintineo de la vajilla. Valerie tararea villancicos y no puedo evitar sonreír. Es tan típico de ella. Mientras que yo tengo una corona de Adviento con ramas secas del Ikea sobre la mesa, ella prácticamente se ha traído el mercado navideño del Rockefeller Center a su departamento.

—¡Y bien! —grita mientras la leche hace espuma—. ¿Cómo va el nuevo trabajo? ¿Ya los tienes a todos comiendo de tu mano? ¿O ya te pusieron en tu lugar?

—Ni lo uno ni lo otro —le contesto también a gritos, pero mi voz suena débil. Me quedo mirando la guirnalda de luces parpadeantes

en la ventana, como si pudiera ayudarme a encontrar una respuesta que no lo revele todo de inmediato.

Valerie regresa con dos tazas grandes en la mano. Chocolate caliente, el vapor sube en espirales y, sí, por supuesto, con crema batida. —Ten. Bebe, y luego hablamos. —Se sienta a mi lado, con las piernas cruzadas, y me estudia con esa mirada que ya ponía en la residencia universitaria cuando intentaba ocultarle algo.

Tomo un sorbo. Demasiado caliente. Casi me quemo la lengua y tengo que toser.

Valerie levanta una ceja. —Ajá.

—¿Ajá, qué?

—Estás rara. Normalmente, en tu primer día de trabajo, te desbordas con historias. Quién es guapo, qué zapatos lleva cada quien, quién te cayó mal a los cinco minutos. ¿Y ahora? Solo silencio y tos.

Pongo los ojos en blanco. —Estoy cansada. Fue un día largo. Y además, acabo de quemarme la lengua. Esta cosa está jodidamente caliente.

—Cansada, claro. —Se recuesta, da un sorbo a su taza sin quitarme los ojos de encima ni un segundo—. Pasa algo.

—No pasa nada.

—Sí que pasa algo.

Gimo y hundo la cara en un cojín. —Val...

—Kelly. —Sonríe—. Te conozco. A mí no me engañas. Así que suéltalo ya. Tengo tiempo. Y galletas.

Levanto la cabeza. —¿Galletas?

Señala hacia la cocina. —Recién horneadas. ¿Y bien? ¿Qué pasa?

Me muerdo el labio. Tal vez podría mentir. Contar algo irrelevante. Pero Val ve a través de mí, siempre lo ha hecho. Y si no digo nada ahora, me presionará hasta que ceda.

—Está bien. —Me enderezo, respiro hondo—. Hay... algo. Pero no puedes alterarte.

Valerie deja la taza y junta las manos, como si se estuviera preparando oficialmente. —No te prometo nada.

—¡Val!

—Bueno, lo intentaré.

Me miro las manos, juego con la taza. —Bueno... ¿recuerdas Aspen?

—Claro. Nuestro viaje del año. Champaña, esquí, una resaca mortal. ¿Qué pasa con eso?

—Ahí... hubo un tipo.

Los ojos de Valerie se abren como platos. —¿El tipo del balcón? ¿Ese del que nunca hablaste, excepto para decir que habías desaparecido esa noche?

Asiento lentamente. Mi corazón vuelve a latir más rápido, como si el simple recuerdo bastara para desequilibrarme. —Ese mismo.

—De acuerdo. —Valerie se inclina hacia adelante—. ¿Y?

Respiro hondo. —Es... mi nuevo Boss.

Silencio.

Por un segundo pienso que no me ha entendido. Entonces se levanta de un salto, lanza los brazos al aire y chilla: —¡No! ¡Cállate! ¡No es en serio!

—Sí.

—¡Kelly! —Corre en círculos, se ríe, se agarra el estómago—. ¡Es como en esos libros que lees a escondidas! ¡Una aventura de una noche con un extraño y, ¡PUM!, resulta que es tu Boss!

—¡No tan alto! —La jalo de la manga para que vuelva al sofá—. ¿Quieres que te oiga el conserje?

Ella suelta una risita y se vuelve a sentar. —Ay, por Dios. Así que cuenta. Todo.

—No hay mucho que contar —murmuro—. Nos... reconocimos. Por un instante. Pero él no dijo nada. Yo tampoco. Y ahí se acabó.

—¿Se acabó? —Valerie me mira como si acabara de spoilearle el final de una serie—. ¡Eso no fue el final! ¡Fue el principio!

Pongo los ojos en blanco, pero una parte de mí sabe que podría tener razón.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

Me encojo de hombros. —Ahora... finjo que no pasó nada. Y espero que así se quede. Él es el CEO. Yo estoy en Marketing. Tal vez no nos volvamos a ver jamás.

Valerie me observa. —¿Y? ¿De verdad esperas eso?

Quiero decir que «sí» de inmediato. Claro. Por supuesto. Pero las palabras se me atascan en la garganta. Porque en el fondo, una voz susurra: *Tal vez sí quieres volver a cruzarte con él.*

Suspiro, me recuesto y vuelvo a poner el cojín en mi regazo. —No lo sé, Val. De verdad que no.

Ella sonríe, toma una galleta y me la pone en la mano. —Bueno, pues. Bienvenida a tu propio pequeño drama, querida. Voy por las palomitas. —Luego vuelve a tomar su taza y bebe un sorbo antes de mirarme de nuevo. Sus ojos brillan, sus manos se agitan emocionadas en el aire, y sé que no me dejará en paz tan fácilmente —. Bien, Kelly. Tenemos que analizar esto paso a paso. —Deja la taza, abraza sus rodillas y me mira como si yo fuera un proyecto que tiene que gestionar sí o sí—. Primero: te acostaste con Ethan Blackwell.

—¿Tienes que decirlo tan alto? —Subo más el cojín que tengo en el regazo, y casi por instinto miro a mi alrededor, como si pudiera haber un micrófono escondido en alguna parte.

—¡Sí! ¡Tengo que hacerlo! Porque es simplemente... increíble. —Se levanta de un salto, toma su laptop y la abre con un sonido triunfal—. Vamos a googlearlo.

—Val, por favor, no.

—Claro que sí. Ahora mismo. Es obligatorio. —Sus dedos vuelan sobre el teclado, y segundos después veo su rostro en una calidad impecable en la pantalla.

Y ahí está. Ethan. Impecable. Serio. Ese rostro que acababa de estar frente a mí en la sala de juntas. Debajo de la foto: *Ethan Blackwell, CEO de Blackwell Enterprises*.

Valerie jadea. —¡Santo cielo, Kelly! El tipo no solo se ve bien en persona, sino también en las fotos oficiales. Y..., ay, por Dios. —Se desplaza hacia abajo—. ¡Salió en Forbes! ¡Ganó algún premio! ¡Y aquí, una entrevista! ¿Cómo no te diste cuenta de inmediato? ¡No es un tipo cualquiera!

Hundo mi cara en el cojín. —Porque en Aspen no llevaba una laptop para googlearlo. Y... ¡no!, tampoco mi celular. Y además, porque no andaba por ahí con un cartel que dijera *Hola, soy multimillonario*.

Valerie se ríe y sigue tecleando. —Bueno, punto número dos: ahora eres su empleada. Esto es..., ay, por Dios, esto es material para una serie de Netflix.

—¡Val! —Casi le arranco la computadora de las manos—. No es nada. De verdad. Ni siquiera me miró hoy. Bueno, sí..., pero como se mira a cualquier empleado. No dijo nada, no me dio ninguna señal, absolutamente nada.

Valerie sonríe con picardía. —Eso solo significa que está siendo profesional. Claro que no dice nada. ¿Pero por dentro? —Se da unos golpecitos en la sien—. Ahí adentro todo arde, nena.

Pongo los ojos en blanco, pero aun así mi corazón da un pequeño saltito.

—Entonces, ¿mi consejo? —Valerie se cruza de brazos—. No le quites el ojo de encima. Fíjate si surgen oportunidades. Fiestas de la empresa, noches hasta tarde en la oficina, encuentros casuales en el ascensor...

—Eso suena a un fanfiction muy malo.

—O a tu futuro.

Le lanzo un cojín, que ella para entre risas. —Val, en serio. Incluso si fuera así..., ¿qué se supone que haga? ¿Ir y decirle: «Oye, Boss, ¿te acuerdas de Aspen? ¿Repetimos?»?

—Sería un comienzo.

—No. —Niego con la cabeza enérgicamente—. Fue una aventura de una noche. Punto. A la mañana siguiente simplemente me dejó plantada. Ni un mensaje, ni una nota, nada. Está claro que no quería nada más.

Al pensar en ello, se me vuelve a hacer un nudo en el estómago. La imagen aparece ante mí, tan nítida como si hubiera sido ayer: me despierto, miro a mi alrededor, la cama vacía, sus cosas ya no están. Recuerdo la sensación que me invadió. Confusión. Vergüenza. Una pequeña punzada que no me esperaba. Nunca quise nada, y aun así me dolió que simplemente se hubiera ido.

—Quizá tenía que irse —dice Valerie, como si me hubiera leído la mente—. Quizás no fue nada en tu contra.

—O quizá fue exactamente eso. —Me quedo mirando mi taza—. Se levantó temprano, decidió que solo fue cosa de una noche y ni

siquiera se tomó la molestia de escribirme una nota. O sea..., ¿qué tanto esfuerzo le habría costado un emoji de carita feliz en un pedazo de papel?

—Kelly... —Valerie se sienta de nuevo a mi lado y me rodea con su brazo—. Eres muy dura contigo misma. Quizá él quería lo mismo que tú: nada de enredos. Una aventura de una noche. Fin, se acabó.

Asiento, pero no lo siento correcto.

—¡Pero! —Valerie se levanta de un salto, recupera su computadora y se pone a navegar—. Ahora lo tienes en la oficina. Esto es el destino. No puedes ignorarlo.

—Val, por favor. —Me llevo una mano a la frente—. Esto no es el destino. Es el peor chiste del universo.

—O el comienzo de algo grande.

Me río con amargura. —O el comienzo de mi renuncia.

Ella me resta importancia con un gesto. —Tonterías. Los CEOs se enamoran de sus empleadas todo el tiempo.

—¿En qué mundo?

—En el mío. —Valerie sonríe radiante, como si ya lo hubiera decidido todo—. Y te digo una cosa: si no te pones las pilas, te vas a arrepentir. Quizá no hoy. Pero algún día.

Frunzo los labios, con la mirada fija en las guirnaldas de luces parpadeantes de su árbol. En mi cabeza, vuelve a aparecer esa imagen: Ethan, hoy, de pie al frente de la sala, tan sereno, tan inalcanzable. Y, al mismo tiempo, la imagen de él en la habitación del hotel, de cómo me miraba, de cómo me tocaba.

Mi corazón late más rápido. Y me odio por ello.

—Quizá simplemente no me quiere —murmuro—. Quizá eso quedó claro en su momento. Y quizá debería aceptarlo y ya.

Valerie se acerca de nuevo y me engancha del brazo. —O estás equivocada. Y te quiere precisamente a ti. Solo tienes que... averiguar si es verdad.

Suspiro y apoyo la cabeza en su hombro. —Val, de verdad que no me la pones fácil.

—Ese es mi trabajo —dice riendo y choca su taza contra la mía—. Por amigas caóticas, CEOs guapísimos y demasiado vino caliente.

Me río débilmente, tomo un sorbo y pienso para mis adentros: *Y por las noches que no se pueden olvidar, por mucho que uno lo intente.*

El metro chirría al detenerse en mi estación. Salgo a empujones junto a los demás pasajeros, con la bufanda más apretada al cuello, y el frío me golpea al instante. Brooklyn en diciembre es una mezcla de aliento helado y aroma a pan de jengibre; siempre hay alguien con canela en la ventana, alguien asando castañas en la esquina, pero al mismo tiempo un viento atraviesa las calles que se cuela hasta en las chamarras más gruesas.

Camino por la calle, con las manos hundidas en los bolsillos. Las nubes de mi aliento danzan frente a mí, mientras las luces de colores se balancean sobre la calle. Alguien del barrio las colgó a principios de noviembre: pequeñas bombillas rojas, verdes y azules, tendidas sobre la calzada, que se mecen ligeramente con cada ráfaga de viento. Algunas casas también se han esmerado: renos inflables, estrellas parpadeantes, e incluso, en un jardín, un Santa Claus que «trepa» por una escalera de plástico.

Es... caótico. Kitsch. Y precioso.

Cuanto más me acerco a mi calle, más siento algo que no había sentido en mucho tiempo: la emoción por la Navidad. Por el calor, las luces, las galletas de canela, por la sensación de que la ciudad, por un momento, baja el ritmo.

Saco la llave, la sujeto entre mis dedos fríos y abro la puerta de casa. Mi departamento me recibe con silencio. Y frío. La calefacción, como siempre, tarda en arrancar, pero al menos: este es mi reino. Mi pequeño, peculiar y demasiado estrecho refugio en medio de la ciudad.

Un ambiente y medio; así me gusta venderlo. En realidad, es más bien una sala con una cama en un clóset. Otros lo llamarían «alcoba», yo prefiero decir «diseño práctico tipo loft». Suena mejor. Lo principal: no tener la cama en medio de la sala, esa sería mi pesadilla personal.

Enciendo la luz, dejo mi bolso y me dejo caer en el sofá. El día todavía me pesa en los huesos. Pero mi mirada se detiene en el alféizar vacío de la ventana. Sin decoración. Sin luces. Nada que delate remotamente que afuera pronto será Navidad.

Y de repente lo sé: esto no puede ser.

—Bueno, Kelly —me digo a mí misma—. Si Valerie tiene medio mercado navideño montado en su departamento de lujo, tú por lo menos puedes colgar un poco de espumillón.

Me levanto de un salto, busco en mi pequeño armario de cachivaches, donde va a parar todo lo que no tiene un lugar fijo. Ahí está la caja polvorienta con los restos del año pasado: una guirnalda de luces con cinco focos fundidos, un paquete de esferas (dos de ellas rotas) y un diminuto árbol artificial que parece más bien un arbusto triste.

Suelto una carcajada al sacarlo de la caja. —Hola, hermosura. Hoy te rescataré.

Primero, la guirnalda de luces. La desenredo con cuidado; por supuesto, está hecha un nudo. Después de diez minutos de lucha y una sonora maldición, por fin cuelgan sobre la ventana. Conecto el enchufe y, por un instante, las lamparitas parpadean, luego se encienden con un cálido tono amarillo. Toda la habitación se ve al instante más acogedora.

Luego, las esferas. Las cuelgo en la pequeña maceta del aparador, porque mi arbusto de árbol parece demasiado inestable para soportarlas. Dos esferas ruedan y caen de inmediato, tintineando en el suelo, pero al menos, hay un poco de brillo.

Por último, el arbusto. Lo coloco en el centro de la mesita de café, le ato un lazo rojo y, ¡listo!: Navidad en Brooklyn, estilo Kelly.

Me hundo de nuevo en el sofá, esta vez con una manta sobre las piernas y una taza de té en la mano. El departamento ya no se ve tan vacío. Las luces proyectan un cálido patrón en la pared, afuera todavía oigo los lejanos ruidos de la ciudad, pero adentro, por primera vez en días, se siente realmente hogareño.

Mi mirada se desvía hacia las luces y siento cómo los pensamientos se van calmando de nuevo. Hoy fue mucho.

Demasiado. Ethan. Aspen. Valerie, a quien le encantaría ser la mánager de mi historia de amor.

Respiro hondo. Quizá no sea tan grave. Quizá todo se calme si acepto que ahora las cosas son simplemente... así. Tengo mi trabajo. Tengo mi departamento. Tengo guirnaldas de luces que ni siquiera funcionan bien. Y quizá eso sea suficiente para anclarme.

Una pequeña parte de mí —la que siempre huele el drama— susurra de todos modos: *Pero él está ahí. Muy cerca de ti. Y no lo vas a olvidar tan fácilmente.*

Pero hoy hago a un lado esa parte y, en cambio, disfruto de la acogedora calma que me rodea.

Capítulo 9

~ Ethan ~

La música está demasiado alta, el lugar demasiado lleno, los rostros demasiado alegres. Sostengo un vaso en la mano cuyo contenido alguien ha llamado «ponche festivo de invierno». Sabe a canela, a azúcar y al intento de meter alcohol en un postre. Odio la canela.

En la otra mano hago equilibrio con una galleta de Navidad en forma de estrella, con glaseado rojo. Se me pega entre los dedos, como si quisiera aferrarse a ellos. Nunca me han gustado las galletas. Pero todos los años me las ofrecen con una sonrisa y todos los años me obligo, al menos, a fingir que comparto el entusiasmo.

Sonrío. Profesionalmente. Una expresión que he perfeccionado. Sonreír, asentir, escuchar. Y, mientras tanto, oír el tictac del reloj en mi interior.

—Este año los niños quieren un trampolín —me cuenta un socio con ojos brillantes—. Y mi mujer está empeñada en ir a Hawái para huir del invierno.

—Suena como un plan estupendo.

En realidad, no me interesa. No porque sea un desalmado, sino porque mi cabeza ya está en otro lugar. Cifras, cierres, informes anuales. Para nosotros, diciembre no es un mes de recogimiento, sino un infierno. Fechas límite, presupuestos, estrategias para el próximo año. Mientras afuera todos fingen que el mundo se detiene por un momento, mi agenda echa humo.

Y, sin embargo, aquí estoy, en el salón de baile de un hotel cualquiera que parece una postal sobrecargada. Cadenas de luces, un árbol de Navidad demasiado grande, guirnaldas que huelen a plástico barato. Los meseros pasean bandejas con champaña y canapés como si con eso pudieran salvar la noche.

No es mi primera recepción de este mes. Tampoco será la última. Diciembre es una sarta de fiestas, cocteles, galas benéficas, cenas navideñas. Todos quieren que uno «se reúna una vez más antes de que termine el año». Como si once meses no fueran suficientes para hacer negocios.

Sigo sonriendo, asintiendo, escuchando quién esquía dónde, qué regalo ya compraron, quién teme que la suegra se quede demasiado tiempo. Podría repetir cada conversación hasta dormido. Son siempre las mismas frases, los mismos temas.

Siento los hombros rígidos, el traje me queda perfecto, pero solo quiero salir de aquí. Quiero volver a la oficina, donde al menos las cifras son honestas. Un plan de presupuesto no miente. Un contrato no finge ser una amistad.

Me llevo el vaso a los labios, doy un sorbo del asqueroso ponche y me obligo a no hacer una mueca. Mi mirada recorre la sala. Todo brilla. Todo resplandece. Y yo estoy en medio de todo como alguien que asiste a una obra de teatro sin saberse el guion.

Una mujer con un vestido rojo suelta una risa vivaz, me da un golpecito en el brazo y me pregunta si ya he comprado todos los regalos. —Todavía no —respondo, amable pero tajante. Ella ríe como si hubiera contado un chiste.

Le devuelvo la sonrisa. Automáticamente.

En mi cabeza, pienso en la lista de pendientes que hay sobre mi escritorio. En los contratos que tengo que revisar mañana. En las reuniones que ya quiero agendar para enero. Pienso en que cada noche que paso aquí me cuesta una hora de trabajo que nadie me va a reponer.

Pero sé que tengo que estar aquí. Es lo que se espera. Un CEO hace acto de presencia. Un CEO es el que brinda con la gente adecuada, el que se acuerda del nombre de los hijos, el que menciona las vacaciones familiares. Es parte del trabajo, igual que los balances y las adquisiciones.

Miro la galleta en mi mano. El glaseado rojo se me pega a los dedos y el olor dulzón me llega a la nariz. La dejo en la bandeja de un mesero que pasa en ese momento. La sonrisa del hombre es genuina. La mía no.

A unos metros, resuena un fuerte «¡Feliz Navidad!», seguido del tintineo de copas. Asiento, sonrío, murmuro la misma frase. Pero por dentro, cuento los minutos que faltan para poder escabullirme sin que se note.

Nunca he entendido qué es lo que la gente ama de diciembre. Para mí significa estrés. Expectativas. Compromisos. Demasiadas fiestas, demasiadas luces falsas. Todos actúan como si el mundo se volviera suave y cálido por un momento, pero para mí es como si me asfixiaran con guantes de seda.

Recuerdo vagamente que de niño me encantaba la Navidad. Los días de nieve, la espera, la emoción. En aquel entonces, cuando todavía pensaba que mi padre aparecería en algún momento para abrir regalos con nosotros. Nunca lo hizo. Mi madre lo disimulaba con champaña y conversaciones triviales, mientras yo preguntaba la hora. En algún momento, dejé de preguntar. Y en algún momento, también dejó de gustarme la Navidad.

Ahora es solo un mes como cualquier otro. Solo que más ruidoso. Y lleno de canela.

Doy otro sorbo a la bebida, fuerzo una sonrisa en mis labios y me vuelvo hacia mi interlocutor, que en este momento presume de lo fantástica que es su cabaña de esquí en Vermont. Asiento y digo: —Suena fantástico.

Y solo pienso: *Quiero irme de aquí.*

El salón de baile está demasiado caluroso. Demasiado lleno. Demasiado ruidoso. Cada paso se siente como si caminara a través de un jarabe pegajoso. Risas, música, corchos de champaña, todo se funde en un zumbido monótono que me irrita.

Dejo mi vaso, asiento cortésmente a modo de despedida y me abro paso entre los invitados hacia el pasillo. Desde allí, solo hay unos pocos pasos hasta el patio interior. Una puerta de cristal, un tirón breve, y el aire frío del invierno me golpea en la cara.

Por fin.

El frío es como un golpe, pero uno que me sienta bien. Inhalo profundamente el aire, sintiendo cómo mis hombros se relajan un poco. El patio está casi vacío. Dos fumadores están en una esquina, con abrigos gruesos, cigarrillos encendidos que brillan en la oscuridad. Aparte de ellos: silencio. Solo las cadenas de luces sobre los árboles desnudos, que tintinean con el viento, y el olor a humo frío, que se disipa de inmediato.

Me quedo quieto, meto las manos en los bolsillos y observo mi aliento, que se eleva frente a mí en nubes blancas. Por primera vez esta noche, siento que de verdad puedo respirar.

Y entonces sucede. Un pensamiento que surge tan de repente que me sorprende.

Kelly.

Su rostro, su mirada, la profundidad azul de sus ojos. Aspen. Nieve, música, la noche en la habitación de mi hotel. Y luego... Nueva York, la sala de conferencias, el reencuentro que debería haber sido imposible.

Aprieto los labios. *Menuda coincidencia.*

Coincidencia, nada más. Los neoyorquinos pasan sus vacaciones de esquí en Aspen. Y tampoco es raro que alguien termine en una gran empresa después de la universidad. Estadísticamente hablando, no es nada del otro mundo.

Pero... aun así.

Aun así, no se siente de esa manera.

Dos semanas. Dos mundos. Un encuentro que quise reprimir y, de repente, está frente a mí, en mi empresa, oficialmente parte de mi personal. Es como si el destino tuviera un extraño sentido del humor.

Resoplo en voz baja. No creo en el destino. Nunca. Eso es para la gente que busca excusas. Azar, estadísticas, decisiones... en eso es en lo que confío.

Y, sin embargo, no puedo sacármela de la cabeza.

La forma en que me miró entonces, como si no existiera nada más. Cómo rio, despreocupada, sin inhibiciones. Cómo se movió en mis brazos, sin miedo, sin cálculo. Fue crudo, honesto, real.

Y luego hoy... ese momento en la sala de conferencias. Su apretón de manos. La mirada que me lanzó. Pánico, sí, pero también algo más. Me reconoció. Igual que yo a ella.

Me apoyo en el frío muro de piedra del patio, miro al cielo, que brilla anaranjado por las luces de la ciudad. Debería dejar de pensar en eso. Es un error. Es una empleada. Eso es suficiente para hacer imposible cualquier nivel personal.

Pero la verdad es que no quiero dejar de pensar en ella.

Ese es el problema.

Mi mente dice: distancia.

Mi instinto dice: cercanía.

Me pregunto si hay alguna forma de verla más a menudo sin que parezca sospechoso. ¿Reuniones? ¿Juntas de proyecto? ¿Eventos oficiales? Tengo el poder para que eso suceda. Una palabra a Recursos Humanos, un cambio estratégico y estaría más cerca de mí más a menudo.

Aprieto los dientes. Esto es peligroso. Un juego que no debería empezar. Pero la idea no me abandona.

Quizá sea curiosidad. Quizá algo más. Solo sé que dos semanas deberían haber bastado para olvidarla. En cambio, su imagen se vuelve más nítida cada día.

Los fumadores abandonan el patio, la puerta se cierra suavemente. Me quedo solo, con las manos hundidas en los bolsillos, la mirada fija en mi aliento que se disipa en el aire.

Odio diciembre. Pero en este momento me pregunto si no me acaba de dar algo que nunca esperé.

Mi aliento todavía flota en volutas blancas en el aire cuando la vibración en el bolsillo de mi chaqueta me saca de mis pensamientos. Saco el celular, veo el nombre iluminado en la pantalla —Daisy— y respiro aliviado. Por fin, una distracción que no sabe a ponche ni a canela.

—Hola —digo, y me recuesto en el frío muro.

—¡Por fin contestas! —La voz de Daisy suena alegre, llena de energía, como siempre—. Ya temía que hubieras desaparecido en un ventisquero por ahí. ¿Dónde estás metido?

—En el hotel, en la fiesta de Navidad —digo, torciendo la boca—. Ya te imaginarás lo entusiasmado que estoy.

Ella se ríe. —Oh, ojalá pudiera verte. Tú, con una galleta en la mano y esa sonrisa forzada. Como antes, cuando mamá te arrastraba a las fiestas de sus amigas.

—No es tan gracioso —murmuro, pero no puedo reprimir del todo una sonrisa.

—Adivina quién preguntó por su tío —dice, y al instante siguiente, la pantalla cambia. Videollamada. Veo a mi sobrino Luke,

arropado en un suéter navideño demasiado grande con la cara de un reno. Su cabello está alborotado, sus mejillas rojas de tanto jugar.

—¡Tío Ethan! —Saluda con tanta fuerza que el celular tiembla—. Mamá dice que otra vez estás trabajando demasiado.

—¿Así que eso dice mamá? —Sonrío, y esta vez no es una sonrisa forzada—. ¿Y qué dices tú?

—Yo digo que tienes que volver a patinar sobre hielo conmigo.

Se me encoge el corazón. Afloran recuerdos: cómo lo llevaba de la mano por la pista de hielo el año pasado, cómo se reía a pesar de que se caía constantemente. Un momento en el que el mundo, por una hora, simplemente dejó de ser ruidoso.

—Pronto —prometo.

—Nada de «pronto» —interviene Daisy, su voz se vuelve severa —. El miércoles.

—¿El miércoles? —Frunzo el ceño—. Tengo citas, Daisy.

—Citas, citas. —Rueda los ojos—. Luke quiere verte. Y yo... sinceramente, no me vendría mal dejártelo un par de horas. Para comprar los regalos de Navidad sin que lo descubra todo al instante.

—Daisy...

—El miércoles. —Me mira seria—. Dijiste pronto. Él te oyó. Y si ahora te echas para atrás, tendré que explicarle que su tío no tiene tiempo para él. ¿Quieres eso?

Vuelvo a mirar la pantalla. Luke está ahora más cerca de la cámara, sus ojos brillan mientras asiente. —¿Por favor, tío Ethan? Quiero enseñarte mi nuevo truco. ¡Ya puedo patinar solo!

Maldita sea.

Mi agenda grita que no. Sé perfectamente que el miércoles está lleno: reuniones, llamadas, cierre de año. Pero la cara de mi sobrino..., esa mirada, esa emoción.

Siento cómo mi resistencia se desmorona.

—Está bien —digo en voz baja—. El miércoles.

Luke levanta los brazos. —¡Yuju!

—Ya lo oíste —dice Daisy, satisfecha—. Te lo llevo sobre las once. Tú te encargas de todo: el almuerzo, la pista de hielo y, por favor, nada de correos electrónicos mientras tanto.

—Daisy...

—Sin réplicas. —Su voz se suaviza—. Gracias, Ethan.

La pantalla tiembla, Luke saluda una vez más con entusiasmo y luego la conexión se corta.

Estoy en el patio, con el celular todavía en la mano, y me doy cuenta de que el silencio regresa. Pero ya no es el mismo.

Hace un momento, mi cabeza estaba llena de Kelly, llena de preguntas y pensamientos prohibidos. Ahora, Luke la ha inundado de calidez, de recuerdos, de algo que casi se siente como alegría.

Guardo el celular, respiro hondo. Quizás el miércoles sea un problema para mi agenda. Pero no lo es para mi corazón.

Capítulo 10

~ Kelly ~

El día había empezado de lo más inofensivo. Estaba sentada en mi escritorio, el teclado repiqueteaba, mi taza de café humeaba y Paige me contaba algo sobre su vecina, que supuestamente trataba a su gato como si fuera un bebé. Yo asentía, me reía en los momentos adecuados y pensaba que este día por fin se convertiría en uno de esos raros momentos en los que no pasaba *nada* dramático.

Tenía mis tareas delante, una lista de pendientes que se sentía factible y la reconfortante rutina de la primera semana en un nuevo trabajo. Por fin, nada de taquicardias, ni sudores fríos, ni cavilaciones sobre unos ojos verdes que no podía olvidar.

Hasta que alguien se detuvo frente a mi escritorio.

—¿Anderson?

Levanté la vista. Un colega de otro departamento, se me escapó su nombre. Traje impecable, rostro serio. —¿Sí?

—El Boss quiere verla.

Fruncí el ceño. —¿Cuál Boss?

—Mr. Blackwell.

Mi corazón se detuvo.

Por un momento, estuve segura de haber oído mal. Quizá se refería al jefe de departamento. O a algún jefe de equipo. Pero no; lo dijo con calma, sin el menor rastro de duda: —El Mr. Blackwell. En su oficina. Inmediatamente.

Un frío se extendió por mi cuerpo, desde la boca del estómago hasta la punta de los dedos. Me le quedé mirando, incapaz de pronunciar palabra. Él asintió secamente y desapareció, como si fuera la cosa más normal del mundo.

—Paige —mi voz sonó débil. Me giré hacia ella, que estaba sentada a solo dos escritorios—. ¿Qué... qué significa esto?

Ella parpadeó, sorprendida. —¿Que el Boss quiere verte?

—Sí, pero... ¿por qué? —mi voz se agudizó—. ¿Hice algo mal? ¿Envié por accidente un correo a todo el mundo? ¿Será que él...? —

me interrumpí, porque mi cabeza estaba tomando el rumbo que quería evitar.

Aspen.

No. No, no puede ser.

Paige se reclinó y se encogió de hombros. —No tengo idea de qué quiere de ti.

—¿O sea que no siempre hace esto con todos los nuevos? ¿Llamarlos a su oficina para... charlar un poco con ellos?

Soltó una carcajada. —¿Charlar con ellos? No. No tiene tiempo para eso.

—Pero entonces, ¿por qué quiere verme a mí?

Se encogió de hombros de nuevo. —Averígualo.

—¿Y lo dices así de tranquila? —me temblaban las manos—. ¡Es Ethan Blackwell! Yo..., ¡no puedo subir ahí!

—Claro que puedes —Paige sonrió—. Quieres conservar el trabajo, ¿o no? Así que ve. Y respira. No muerde.

Si tú supieras, pensé, pero en voz alta solo logré esbozar una sonrisa forzada.

Agarré un bolígrafo, aunque sabía perfectamente que no necesitaría nada para escribir allá arriba. Tal vez solo quería tener algo en las manos para que no se notara tanto el temblor. Luego, me levanté. Sentía las piernas flojas, como si estuviera caminando sobre algodones.

El camino al ascensor se sintió como un paseo hacia el patíbulo. Cada paso retumbaba demasiado fuerte en mi cabeza. Mi corazón martilleaba. Me imaginé todos los escenarios posibles:

Quizá solo quiere hablar conmigo. Una amable bienvenida o algo así.

Pero quizá también sabe quién soy. Que soy la mujer con la que se acostó en Aspen.

Quizá quiere... oh, Dios..., deshacerse de mí. Despedirme. Por «comportamiento inapropiado». Ya me veía en los titulares: *CEO despide a nueva empleada porque ella...* No. *Basta, Kelly.*

Apreté el botón. El ascensor llegó, las puertas se abrieron y entré. Paredes de espejo. Mi rostro se veía más pálido de lo normal, mis ojos demasiado grandes. Respiré hondo, pero no sirvió de nada.

Mantén la calma. A lo mejor no es nada. A lo mejor solo quiere hablar de marketing. A lo mejor ni siquiera se acuerda.

Pero eso era mentira. Yo sabía que se acordaba. Lo había visto en sus ojos.

Los números sobre la puerta saltaron del diez al veintinueve, luego al treinta. Un suave «ding» y las puertas se abrieron.

El pasillo de arriba se sentía diferente. Más silencioso. Alfombras más anchas, luz tenue, paredes de cristal a través de las cuales se veían oficinas elegantes. Otro planeta, muy lejos del bullicioso espacio abierto de la planta de abajo.

Caminé despacio, casi con vacilación. Mis tacones sonaban demasiado fuerte. Un mostrador de recepción, una asistente que me saludó con una sonrisa profesional. —Señorita Anderson, el Mr. Blackwell la está esperando.

Se me cortó la respiración.

Asentí en silencio, obligando a mis pies a seguir avanzando. Sentía como si cada paso me acercara a una decisión que no entendía.

Me detuve frente a la gran puerta de cristal. Mi corazón golpeaba tan fuerte que estaba segura de que él podría oírlo. Levanté la mano y toqué.

Y entonces... la manija giró.

La puerta se abrió y mi corazón dio un brinco, como si estuviera a punto de salírseme del pecho.

Ahí estaba él, sentado.

Su oficina era enorme, casi intimidante. Techos altos, un ventanal que dejaba ver el horizonte de Manhattan como si fuera parte de su decoración. El suelo: de madera oscura. El escritorio: liso, ordenado, con solo una laptop, unos cuantos papeles y —claro— una escultura perfectamente colocada que seguramente costaba más que todos los muebles de mi apartamento.

Y él. Ethan Blackwell. Con un traje hecho a la medida. Cabello oscuro, perfectamente peinado. Ojos verdes, como aquella vez, solo que más intensos al ser iluminados por la luz del día. Un hombre que parecía hecho por naturaleza para sentarse en tronos como ese.

Cuando levantó la cabeza y me vio, sucedió: una sonrisa. No una cortés, no superficial, sino una que iba más allá. Y entonces sus ojos brillaron; un destello breve, casi imperceptible, que me lo dejó claro: él lo sabía. Sabía quién era yo.

Se me cortó la respiración.

Se levantó lentamente, con seguridad, como si todo fuera una escena perfectamente ensayada. Y luego caminó hacia mí, extendiéndome la mano. Formal. Profesional.

—Miss Anderson —dijo con calma. Su voz era más profunda de lo que recordaba.

Por un momento, estuve completamente confundida. Mis pensamientos se atropellaban. Su mano. La mía. Él... ¿estaba actuando como si fuéramos extraños?

Entonces mi mirada se posó en las paredes de cristal que separaban la oficina del pasillo. Desde afuera, cualquiera podía ver lo que pasaba aquí. Sin gestos sospechosos. Sin sonrisas de complicidad. Solo profesionalismo.

Tragué saliva y obligué a mis dedos a tocar los suyos. El apretón de manos fue firme, cálido, y sentí un zumbido en las venas, como si alguien hubiera subido el volumen.

—Por favor, tome asiento.

Me dejé caer en la silla frente a su escritorio, tratando de mantener las piernas quietas, pero temblaban. Entrelacé las manos para no empezar a tamborilear nerviosamente con los dedos.

Él volvió a sentarse y se reclinó relajadamente. Para él, todo esto parecía rutina. Para mí, un infarto a cámara lenta.

Entonces empezó a hablar. Sin ninguna introducción de sobremesa, sin un trivial «¿Qué le parece su nuevo puesto de trabajo?». Directo al grano.

—Debo confesar —dijo, y su mirada se quedó fija en mí—, que no esperaba volver a verla por aquí.

Se me revuelve el estómago. El corazón se me acelera. Entonces, era cierto.

—Pero —continúa—, me alegro.

Eso es todo. Ninguna explicación. Ni una palabra sobre cómo se escabulló de la habitación del hotel sin dar señales de vida. Ninguna

admisión de culpa, ningún arrepentimiento. Simplemente esas dos palabras, acompañadas de una sonrisa que me descoloca.

No sé qué responder a eso. Se me seca la boca.

—Vayamos directo al grano —dice entonces, como si hubiera notado mi confusión—. Hay una vacante en mi equipo. Es un puesto exigente, cercano al núcleo de la empresa. Y cuando escuché que usted había empezado a trabajar aquí, pensé en usted de inmediato.

Parpadeo. Una vez. Dos veces. Espero que la frase se disuelva y cobre sentido.

—Disculpe, ¿qué?

Él se inclina hacia adelante y entrelaza las manos. —Quiero que trabaje en mi equipo, Miss Anderson. Directamente conmigo.

Mi mente grita: *Es una broma. Tiene que ser una broma.* No soy gerente ni estratega, soy... Kelly. La mujer que estuvo con él en una habitación de hotel en Aspen hace dos semanas.

—¿Por qué yo? —me oigo preguntar, con la voz más aguda de lo que pretendía.

Su sonrisa se acentúa, sutil, peligrosa. —Porque usted tiene justo lo que necesito.

¿Qué? ¿Humor? ¿Caos? ¿Una afición por los espresso martinis?

Tartamudeo: —Yo... no estoy segura de si...

—Miss Anderson. —Pronuncia mi apellido lentamente, con firmeza, y de repente el espacio se siente más pequeño—. Es una oferta. Pero creo que es lo suficientemente inteligente como para no rechazarla.

El corazón me martillea. Siento que mi cuerpo se pone en piloto automático. Todos mis instintos me dicen que no aceptará un no por respuesta. No porque me amenace, sino porque está acostumbrado a que la gente diga que sí.

—¿Y bien? —pregunta.

El aire se siente pesado. Mis pensamientos se aceleran: si me niego, levantaré sospechas. Si acepto, estaré sentada justo a su lado, todos los días, bajo su mirada.

—Sí —me oigo decir. Suena débil, entrecortado, pero ya lo dije.

Sus ojos brillan de nuevo. Satisfacción, quizá incluso triunfo. —Muy bien. Bienvenida al equipo.

Se recarga en su asiento, como si nunca hubiera existido otra posibilidad. Y yo me quedo sentada, con la garganta seca y la sensación de que acabo de ser arrastrada a un juego cuyas reglas desconozco.

Me quedo sentada, aunque mi cuerpo me dice que debería levantarme de un salto y desaparecer. Mis manos descansan tensas sobre mis rodillas, mi corazón martillea contra mis costillas y, sin embargo... espero.

Espero algo.

Una explicación, tal vez. Una pequeña palabra, una pista de que sabe lo que pasó entre nosotros. De que entiende lo absurdo que es todo esto.

Pero él permanece en silencio. Sentado frente a mí, como si todo estuviera en perfecto orden, como si no acabara de poner mi vida entera patas arriba.

Me muerdo los labios, abro la boca. «Ethan...», empieza a formarse en mi cabeza, pero cuando lo miro, sus ojos, ese verde tranquilo y controlado, me quedo sin voz.

¿Qué se supone que iba a decir? «¿Por qué te fuiste?». «¿Por qué me dejaste allí sin decir una palabra?». «¿Me reconociste cuando entré en tu oficina?».

Cada pregunta que formulo en mi mente suena ridícula. Vergonzosa. Inapropiada. No estoy aquí como la mujer que pasó una noche apasionada con él, sino como una empleada.

Y él es mi Boss.

Mi malditamente atractivo Boss, sí. Pero en esta habitación, detrás de este escritorio, yo soy pequeña. Y él lo es todo.

Así que respiro hondo, me trago las palabras y solo consigo decir lo que suena más seguro: —Gracias.

Una breve sonrisa cruza su rostro, como si esperara exactamente eso. —Lo está haciendo bien, Miss Anderson.

Miss Anderson. No Kelly. Suena tan... ajeno. No como si hubiéramos compartido una cama hace apenas dos semanas. Y mucho menos como si le hubiera arañado la espalda mientras nos dejábamos sin aliento el uno al otro. Ahora vuelvo a ser un apellido en su empresa.

No lo soporto ni un segundo más. Mis piernas se mueven con rapidez y, antes de que él pueda responder algo, ya me he dado la vuelta y camino hacia la puerta. Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que retumba en las paredes de cristal.

La asistente de la recepción levanta la vista cuando salgo a trompicones. Su sonrisa es educada, rutinaria, como si todo fuera normal. Le devuelvo la sonrisa a la fuerza y espero que no se me note que lo que más me apetece es correr hacia el pasillo de escape más cercano.

El elevador tarda una eternidad. Miro fijamente los números sobre la puerta, respiro agitadamente, intentando recuperar el control. Pero mis pensamientos dan vueltas en círculo.

Podría haber dicho algo. Sobre Aspen. Sobre nosotros. Cualquier cosa. En lugar de eso, ¿me ha... ascendido?

Un «bienvenida al equipo» en lugar de una explicación.

Cuando las puertas finalmente se abren, me meto dentro, me apoyo contra la pared y cierro los ojos. Mi reflejo casi se burla de mí. Pelo alborotado, mejillas demasiado rojas, ojos que parecen demasiado grandes.

De vuelta en la oficina abierta, siento como si estuviera entrando en otro mundo. Conversaciones, el tecleo de los teclados, olor a café. Todo como siempre. Nadie aquí sospecha que mi vida acaba de quedar en manos de Ethan Blackwell.

—¿Y?

Paige aparece a mi lado en cuanto llego a mi sitio. Me examina, curiosa, como si acabara de tener una cita.

Me dejo caer en la silla, suelto el aire y me quedo mirando mi teclado.

—¿Y? —repite.

La miro, torciendo la boca. —Te voy a extrañar.

—¿Qué? No. No me digas que te despidió. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Hiciste algo que yo no sepa?

Me encojo. *Sí, me acosté con él.*

—No, no me despidió... Me ascendieron. Directamente al equipo del Mr. Blackwell.

Por un momento se queda en silencio. Luego se echa a reír, fuerte e incrédula. —¿Qué? ¿Tú? ¿Después de solo una semana?

—Sí. —Me cubro la cara con las manos—. No me preguntes. Ni yo misma lo entiendo.

Paige niega con la cabeza, como si le acabara de decir que me gané el premio mayor de la lotería sin siquiera haber comprado un boleto. —No puede ser. Normalmente tienes que partirte el lomo durante años para siquiera acercarte a él. ¿Y tú de repente te sientas a su mesa?

Me hundo más en mi silla. —Justo lo que pienso.

—Kelly... —Se inclina hacia mí—. ¡Esto es fantástico! ¿Tienes idea de cuántos colegas te van a odiar por esto?

—Genial —murmuro—. Justo lo que quería. Miradas de odio desde el café de la mañana.

Me da un ligero codazo. —Vamos. ¡Esta es LA oportunidad! Y sé sincera. El tipo está que arde. Y ahora vas a trabajar directamente con él. Jackpot.

Me río con amargura. *Si tú supieras.*

Paige sigue parloteando, ya soñando con reuniones glamorosas y almuerzos elegantes, mientras yo solo puedo pensar en una cosa: no me ascendieron porque sea brillante. Me ascendieron porque Ethan Blackwell me recogió en la nieve de Aspen.

Y no sé si ese es mi mayor sueño o mi peor pesadilla.

Capítulo 11

~ Ethan ~

La puerta se cierra suavemente y, por un momento, solo queda el silencio. Sigo sentado en mi sillón, con las manos entrelazadas sobre el borde del escritorio, y miro el lugar que ella ocupaba hasta hace un momento. Su nerviosismo todavía flota en el aire, casi palpable.

Dijo que sí.

Por supuesto que sí.

La oferta era demasiado buena para rechazarla. Pero debo admitir que me agrada la rapidez con la que respondió. Sin largas negociaciones, sin falsa modestia. Solo un «sí» fugaz que reveló más de ella de lo que es consciente.

Me recuesto, dejando que mi mirada recorra la oficina. Quizá debería idear algunas razones plausibles por las que la elegí precisamente a ella. Sus muestras de trabajo, su dinámica en el equipo, alguna justificación formal. Pero la verdad es que nadie me lo preguntará. Nadie cuestiona mis decisiones, y mucho menos cuando se trata de un puesto que no es crucial para la estructura general de la empresa.

Si yo digo que Kelly Anderson pertenece a mi equipo, entonces pertenece a mi equipo. Y punto.

Agarro un bolígrafo y lo hago girar entre mis dedos. Mientras tanto, la veo de nuevo frente a mí. La forma en que se veía cuando entró en mi oficina. Pequeña. Insegura. Casi intimidada por el ambiente. Por mí. Ni la sombra de la mujer que estaba en el balcón de Aspen, con champán en los labios, nieve en el cabello, con esa risa que podría haber contagiado a cualquiera en un radio de diez metros.

Esa era otra Kelly. Salvaje, desinhibida, libre.

Y aquí, en la oficina, la que estaba sentada era una empleada que apenas tenía el valor de mirarme a los ojos.

Debería estar satisfecho. Una empleada que muestra respeto. Una que sigue las reglas. Eso es lo que se quiere en un equipo.

Pero, en cambio, me tienta. Quiero ver si puedo sacar a relucir su otro lado de nuevo.

Dejo el bolígrafo, entrelazo las manos detrás de la cabeza y miro fijamente el techo. Vaya juego.

Recuerdo Aspen. El momento en que la vi por primera vez, en el balcón, bajo la luz plateada, con las mejillas sonrojadas por el frío. Esos ojos que se encontraron con los míos como si me conociera de toda la vida.

Y luego la noche. La forma en que se me acercó, sin vacilar, sin dudar. Cómo me desafió, cómo se entregó a mí. Ni rastro de timidez, ni de inseguridad.

Ahora, la misma mujer se sienta frente a mí y parece que podría romperse bajo mi mirada.

Interesante. Muy interesante.

Me enderezo de nuevo y tomo la tableta que está sobre mi escritorio. Reviso citas, correos, tareas. Pero las palabras se vuelven borrosas porque mi cabeza no está en las cifras trimestrales ni en los documentos de estrategia.

Sino en ella.

Ahora pertenece oficialmente a mi equipo. Eso significa que la veré. Con regularidad. Que podré observar cómo trabaja, cómo reacciona. Y que tendré la oportunidad de derribar capa por capa la fachada de «Miss Anderson» hasta que la mujer de Aspen vuelva a aparecer.

Será un acto de malabarismo. No puedo permitirme ningún error. No aquí, no en este edificio, no con todos los ojos puestos en mí. Pero he aprendido a jugar. Y yo no pierdo.

Unos suaves golpes en la puerta interrumpen mis pensamientos. Diane asoma la cabeza, impecablemente vestida como siempre, con una pila de documentos en el brazo. —Su llamada es en diez minutos.

—Gracias.

Ella asiente y desaparece de nuevo. La puerta se cierra y, una vez más, queda el silencio.

Respiro hondo. Kelly Anderson. Miss Anderson. Miembro del equipo. Empleada. Y al mismo tiempo... la única mujer en mucho

tiempo que ha logrado sacarme de mi rutina.

Debería concentrarme en el trabajo. En el próximo cierre, en el próximo trato. Pero por dentro no dejo de escuchar su «sí» entrecortado. Veo cómo le temblaban los dedos con nerviosismo. Siento la mirada que buscaba tan desesperadamente respuestas; respuestas que no le di.

Todavía no.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro mientras cierro la tableta.

Está en mi equipo. Y voy a descubrir hasta dónde está dispuesta a llegar.

Capítulo 12

~ Kelly ~

La tarde se me hace eterna, y estoy sentada en mi escritorio, incapaz de concentrarme de verdad en nada. Las palabras en la pantalla se me nublan; las cifras y las tablas parecen acertijos crípticos. Es que todavía le doy vueltas a la conversación con Ethan. Y al hecho de que de ahora en adelante voy a trabajar en su equipo. Sin embargo, nadie me ha dicho qué es lo que sigue. Bajé, me senté en mi escritorio y actué como si nada. Paige me dijo que siguiera con mis tareas como de costumbre. Que ya alguien me daría instrucciones sobre cuándo estaría listo mi nuevo escritorio. Pero no vino nadie. Y sigo sentada aquí. En algún momento, decido que no tiene caso. Las cuatro en punto, fin de la jornada.

Al salir a la calle, el aire invernal me envuelve de inmediato con sus dedos helados. El cielo ya está gris, el sol se ha escondido detrás de los rascacielos. Sopla un viento ligero que enrojece la nariz. Me ajusto la bufanda al cuello y me dirijo al metro.

Esta noche tengo algo que me ilusiona: las chicas. Quedamos en ir a un pequeño mercado navideño que está instalado en medio de la ciudad. No es una atracción turística gigantesca, sino un mercado acogedor con coloridos puestos de madera, luces cálidas y el olor a azúcar y especias en el aire.

Cuando salgo de la estación, ya oigo la música. Un saxofonista en una esquina toca *Jingle Bells*, un poco desafinado, pero de alguna manera encantador. Por todas partes brillan guirnaldas de luces, los niños corren riendo junto a sus padres y las parejas están de pie, muy juntas, calentándose con tazas humeantes.

Diviso a Valerie primero. Está de pie junto a un puesto que vende wafles y me saluda con una mano mientras con la otra se sacude un poco de azúcar glas de la chaqueta.

—¡Kelly! ¡Por aquí!

Me abro paso entre la multitud y, en un instante, también aparecen Teresa y Sandra. Las tres tienen las mejillas enrojecidas por el frío y ese brillo en la mirada que se contagia al instante.

—Ya pedimos —dice Valerie, pasándome un vaso de vino caliente —. Con piquete, por supuesto.

El aroma a vino tinto, canela y naranjas me llega a la nariz y doy un sorbo con gratitud. El calor se extiende de inmediato por mi interior, calmándome y reanimándome a la vez.

—Y te pedí un wafle —agrega Teresa, que justo en ese momento arranca un trozo del suyo con deleite—. Pero apúrate, o solo te va a quedar el azúcar glas.

—Yo me sacrifico —sonríe Sandra y agarra el trozo más grande.

Nos reímos, y por un momento, todo es ligero. Los sonidos del mercado, el gentío, las luces... Se siente como si estuviera en un lugar muy lejos de mi vida cotidiana.

Paseamos de puesto en puesto, probamos almendras garapiñadas, admiramos gorros tejidos a mano y nos reímos de unas bolas de nieve cursis con renos brillantes. Finalmente, Sandra se detiene y dice con una sonrisa notablemente inocente:

—Bueno... tengo algo que contarles.

La miramos expectantes.

—Estoy saliendo con alguien.

Valerie suelta un grito de alegría, Teresa y yo nos echamos a reír al mismo tiempo.

—¡Por fin! —exclamo—. ¿Y quién es el afortunado?

Sandra sonríe misteriosamente.

—Un chico de sistemas. Nos encontramos por casualidad en la cafetería y él me habló.

—¿Al menos tiene encanto? —pregunta Teresa con escepticismo.

—¿Y músculos? —añade Valerie, riendo.

—Ambas cosas —responde Sandra, y le da un sorbo a su vino caliente con aire de suficiencia—. Y sabe hacer chistes sin que parezca que los sacó de un calendario.

Nos reímos, la molestamos y la conversación fluye con facilidad. Luego es el turno de Teresa. Se ve un poco avergonzada por un momento, pero entonces su rostro se ilumina.

—Y yo..., bueno..., salí con una mujer el fin de semana.

—¿Qué? —Valerie casi se atraganta con el vino caliente.

—Sí —Teresa se ríe nerviosamente, pero sus ojos brillan—. Se llama Chloe, trabaja en una galería. Y fue... genial, de alguna manera. Diferente. Pero genial.

—¡Ay, por Dios! —exclamo—. ¡Teresa, eso es fantástico!

—Y sorprendente —añade Valerie—, pero bueno, si funciona, funciona.

—Fue simplemente... fácil —dice Teresa, mirando las luces con aire soñador—. Sin juegos, sin presión. Solo diversión. Y creo que quiero volver a verla.

Brindamos con nuestros vasos y no puedo evitar sonreír. Sandra con su chico de sistemas, Teresa con su Chloe, Valerie con su Mister millonario... ¿y yo? Me aferro a mi vino caliente y disfruto el momento, sin comparaciones, sin pensamientos que de otro modo me arruinarían el humor.

La noche transcurre al ritmo de risas, historias y bebidas humeantes. Valerie cuenta un intento de cocina totalmente fallido con su novio, Sandra sobre momentos vergonzosos en la cocina de sistemas, Teresa sobre sus primeros mensajes con Chloe. Escucho más de lo que hablo. Y está bien. Dejo que sus voces fluyan sobre mí, como una manta cálida que me hace olvidar el frío del día.

En algún momento volvemos a los recuerdos de Aspen. Valerie se ríe al contar su odisea nocturna en tacones, Teresa gime al pensar en sus primeros intentos de esquiar y Sandra afirma con rotundidad que ella *jamás* estuvo borracha, hasta que todas estallamos en una carcajada.

Compramos otra ronda de wafles, cubiertos generosamente con Nutella, y nos quedamos juntas mientras la música del escenario se apaga lentamente y un coro de niños canta *Noche de paz*. Las voces son desafinadas, las notas vacilantes, pero suena más hermoso que cualquier grabación perfecta.

Me recargo, me ajusto la chaqueta y veo las luces parpadear sobre nosotras. Tengo los dedos pegajosos de chocolate, las mejillas me arden por el frío, y por primera vez en días me siento... en calma.

Aquí no hay preguntas, ni expectativas, ni decisiones que podrían cambiar mi vida. Solo amigas, vino caliente, wafles y la certeza de

que a veces eso es exactamente lo que se necesita.

El coro enmudece, los últimos vasos de vino caliente están vacíos y el frío se cuela lentamente bajo nuestros abrigos. Decidimos que ya fue suficiente mercado navideño por hoy. Teresa y Sandra se despiden, agitando la mano una vez más antes de desaparecer en direcciones opuestas; Teresa con una sonrisa misteriosa en los labios, Sandra con una bolsa de almendras garapiñadas en la mano.

Valerie, sin embargo, se engancha de mi brazo incluso antes de que pueda pensar en mi metro.

—Tú vienes conmigo.

—¿A dónde? —pregunto con desconfianza.

—A mi casa. Tengo que mostrarte algo.

—¿Qué cosa?

—No te voy a decir.

Enarco las cejas.

—Val...

—Ni se te ocurra protestar —sonríe ampliamente, sus labios aún más rojos por el frío—. Confía en mí, vale la pena.

Así que caminamos una al lado de la otra hasta que estamos en el vestíbulo elegante de su rascacielos. Mármol, brillantes adornos de latón, un árbol de Navidad que parece salido de una revista de lujo. Dos empleados uniformados nos saludan amablemente con la cabeza. Me ajusto la bufanda, porque con mi chaqueta de invierno demasiado barata me siento como una turista.

Esperamos el ascensor, y ahí sucede: Valerie no aguanta más.

—Y bueno —empieza, la voz de repente llena de tensión—, ¿qué va a pasar ahora con tu CEO guapísimo?

Suelto un gemido.

—Val.

—¿Qué? —levanta las manos con inocencia—. Al menos esperé a que Teresa y Sandra se fueran. Podría haberte preguntado en medio del mercado navideño.

—¿Y se supone que debo agradecértelo?

—Por supuesto. —Se ríe, se apoya en la pared junto al ascensor y me mira con picardía—. ¿Y bien? Cuenta.

Niego con la cabeza. —No hay nada que contar.

—Mentira.

Las puertas se abren, entramos y Valerie presiona el botón de su piso. Me cruzo de brazos y clavo la mirada con terquedad en la pared de espejo, pero mi cara me delata al instante.

—¡Ja! —Valerie me da un codazo suave en el brazo—. Hay algo. Lo veo. ¿Y bien? Suelta la sopa.

Suspiro, dándome por vencida. —Me... ascendió.

Silencio. Luego: —¿Cómo dices?

—Sí. —Respiro hondo—. Ahora trabajo en su equipo. Directamente con él.

Valerie abre los ojos de par en par, como si le acabara de decir que soy la princesa secreta de Mónaco. —¡Oh. Por. Dios. Kelly!

—No. Nada de «¡Oh, por Dios!». Esto no es bueno, Val. Es peligroso.

Ella desestima mi preocupación con un gesto. —¿Peligroso? ¡Es fantástico! Imagínatelo: tú y él, tarde en la noche en la oficina, todos los demás ya se fueron, y entonces... —hace un gesto exagerado con la mano que apunta claramente hacia el cuarto de fotocopias.

—¡Valerie!

—¿Qué? —sonríe con descaro—. Es el escenario más obvio. Jefe y empleada, bajo la luz de neón, entre pilas de papeles... ¡Pum!, pasión pura.

—Eso es absurdo.

—No, eso es candente.

Me cubro la cara con las manos. —Eres increíble.

—Y tú estás ciega. —Se pone las manos en las caderas—. Kelly, esto es de película. Ya tuviste la noche ardiente en Aspen y ahora estás en su empresa, justo bajo sus narices. Créeme, el destino los quiere empujar al cuarto de fotocopias.

Las puertas del ascensor se abren y salimos al pasillo lujoso, pero Valerie está lejos de terminar.

—O sobre la mesa de conferencias —continúa mientras caminamos hacia su apartamento—. O en el ascensor. O...

—Por favor, para.

—... sobre su escritorio. Aunque no, eso es demasiado obvio. El cuarto de fotocopias es mejor. Mucho más drama.

Aun así, me río con ella porque suena tan seria como si estuviera a punto de dibujar un guion gráfico.

Al llegar a su apartamento —grande, elegante, decorado para Navidad, por supuesto—, arroja su abrigo y bufanda descuidadamente sobre el sofá y se vuelve hacia mí. —Bueno, detalles. ¿Dijo algo? ¿Te dijo que te reconoció?

Niego con la cabeza. —Nada. Solo charla de trabajo. Como si Aspen nunca hubiera pasado.

Valerie entrecierra los ojos. —Pff. Típico de hombres. Pero vamos, Kelly. Ese tipo no te eligió por casualidad. Quiere algo.

—O simplemente quiere controlarme —murmuro, hundiéndome en el sofá—. Tal vez esta es su forma de encubrir el asunto. Mantenerme vigilada para que yo no... diga nada.

Valerie pone los ojos en blanco. —Ay, por favor. Un tipo como él no hace nada a medias. Si quiere mantenerte vigilada, no es porque te tenga miedo. —Se sienta a mi lado y me da un toquecito con el dedo—. Sino porque te desea.

Arrugo la cara. —Es mi Boss.

—¿Y? —Valerie se encoge de hombros—. Mejor aún. Más tensión. Más prohibido. Más cuarto de fotocopias.

Le lanzo un cojín al hombro y ella suelta una carcajada.

Sin embargo, cuando desaparece en la cocina para preparar té poco después, me quedo en el sofá y siento cómo mi sonrisa se desvanece lentamente. Recuerdo la mañana después de Aspen. La cama vacía, la almohada fría. La sensación de haber sido usada y abandonada. Por mucho que Valerie quiera presentar esto como una aventura romántica, la realidad se siente complicada y dolorosa.

Quizás me desea. Quizás no. Quizás Aspen solo fue un desliz que él ya olvidó.

¿Pero yo? Yo no puedo olvidar.

Mi mañana comienza como cualquier otra. Frío, metro, café en vaso de cartón, el habitual gentío frente al torniquete. Me abro paso por el vestíbulo, saludo con la cabeza al guardia de seguridad y subo corriendo las escaleras, medio despierta, medio perdida en mis pensamientos.

Pero cuando llego a mi escritorio en la oficina de planta abierta, me quedo sin aliento.

Está vacío.

Nada de laptop. Nada de post-its. Nada de la taza de café que dejé aquí ayer. Nada. Solo una superficie lisa y pulcra que parece como si nadie hubiera trabajado aquí jamás.

—Eh... —parpadeo y miro a mi alrededor. Paige está sentada como siempre, dos puestos más allá, tecleando como si todo fuera normal.

—¿Paige? —pregunto con cautela—. ¿Dónde están mis cosas?

Levanta la cabeza, me observa brevemente y luego enarca una ceja. —Tienes que reportarte arriba.

—¿Arriba?

—Sí. Piso 30.

Mi estómago se encoge. *Arriba.* Eso significa Ethan. Eso significa... Blackwell.

—Oh, Dios —murmuro—. Así que llegó el momento. Me van a despedir.

Paige pone los ojos en blanco. —O simplemente te van a dar tu nueva oficina. Ahora eres de la alta sociedad, Miss Ascenso.

Gimo. —Por favor, no digas «Miss Ascenso». Suena como un concurso de belleza de mala muerte.

—Bueno, en parte lo es —se ríe—. Fuiste la elegida. Así que, anda. Ponte en marcha antes de que te sigas haciendo pis del susto aquí.

Miro de nuevo mi escritorio muerto, como si pudiera darme respuestas. Luego me cuelgo el bolso al hombro y camino hacia el ascensor. Tengo las manos húmedas y la cabeza llena de preguntas.

Cuando las puertas se abren en el piso 30, respiro hondo. El aire aquí arriba huele diferente. Más fresco. Más caro. Probablemente

usan un aire acondicionado distinto. Me acerco a la recepción, esforzándome por no parecer un conejo asustado.

—Kelly Anderson —digo, con la voz demasiado aguda—. Me... eh... me dijeron que me reportara aquí.

La asistente —elegante, estricta, con una sonrisa que no le llega a los ojos— teclea algo en su computadora. Luego asiente secamente. —Miss Anderson. Su oficina está lista.

¿Mi... oficina?

Me guía por el pasillo, pasando junto a paredes de cristal y elegantes salas de reuniones, hasta que nos detenemos frente a una puerta. La abre como si me estuviera mostrando un secreto.

Y ahí está. Mi oficina.

Una oficina individual. Ventanales del suelo al techo con vistas a medio Manhattan. Un escritorio tan grande que casi podría perderme detrás de él. Un sillón de piel que probablemente cuesta más que mi sueldo mensual. Y silencio. Un silencio denso, pulcro e imponente.

—Aquí encontrará todo lo que necesite —dice la asistente y me entrega unos documentos—. Por favor, firme estos formularios, los permisos de acceso y las autorizaciones de TI. También un acuerdo de confidencialidad.

Asiento en silencio, me siento en el enorme sillón que casi me traga y garabateo mi firma en hojas que apenas ojeo.

—Bien —dice ella secamente, recoge las carpetas de nuevo y me observa un momento, como si quisiera preguntar qué demonios vio Ethan Blackwell en mí. Luego, deja una pila gruesa de documentos sobre el escritorio—. Estas son sus primeras tareas. Bienvenida al equipo.

Antes de que pueda responder algo, ya está afuera y la puerta se cierra de golpe.

Ahí estoy sentada. Sola. En mi propia oficina.

Ventanales del piso al techo. El horizonte de la ciudad. Un escritorio que brilla como si lo hubieran pulido para la portada de una revista. Y sobre la mesa: una torre de trabajo tan alta como mis inseguridades.

Pongo las manos sobre la superficie. Se siente fría. Lisa. Inalcanzable.

Esto... debería ser un sueño. Una oficina privada en Manhattan, un puesto directamente con el CEO. Cualquiera mataría por esto. Pero en mi estómago solo retumba un pensamiento: estoy expuesta. Visible. Encerrada en una cúpula de cristal que me hace parecer más grande, pero que al mismo tiempo me hace sentir más pequeña que nunca.

Miro hacia la puerta. Esperando. Con expectación. Se supone que debería entrar en cualquier momento. Asignarme tareas. Explicarme por qué estoy aquí.

Pero la puerta permanece cerrada.

Solo se abre una vez. Diane, su asistente, entra haciendo sonar sus tacones, me examina con frialdad, como si todavía no pudiera descifrarme del todo. Luego, me tira otra pila de documentos sobre el escritorio.

—Esto para mañana, por favor.

Parpadeo. —Eh... de acuerdo.

Ella asiente secamente, se da la vuelta y sus tacones resuenan en el pasillo hasta que el silencio regresa.

¿Y Ethan? Ni una señal. Ninguna explicación. Ninguna bienvenida.

Me quedo sentada, mirando fijamente las hojas, tratando de descifrar las palabras, pero mi cabeza no coopera. En su lugar, un zumbido resuena en mis oídos.

¿Qué significa todo esto?

Una oficina de ensueño, y me siento como si estuviera en una jaula.

Si alguna vez creí que tener una oficina propia significaba automáticamente que las cosas serían más fáciles, me retracto de todo.

El primer día es un infierno.

Estoy sentada en mi escritorio gigante, que todavía no puedo tomar en serio, y miro fijamente la pila de papeles que Diane me tiró

en las narices. Formularios, análisis, cifras, informes. Todo urgente, todo importante, todo «para mañana».

Mis dedos vuelan sobre el teclado, mi cabeza zumba mientras intento abrirme paso entre todo. Quiero lograrlo. *Tengo* que lograrlo.

Porque no quiero que nadie piense que Ethan Blackwell me dio este trabajo por... otras razones.

Los rumores en mi cabeza son más ruidosos que cualquier realidad: «¿Por qué ella? ¿Por qué tan rápido? ¿Qué tiene ella que no tengamos nosotras?». Preguntas que nadie hace en voz alta, pero que ya he sentido en sus miradas. Y no tengo respuesta. Ninguna que pudiera dar sin ponerme colorada o caerme de la silla desmayada.

Así que tengo que cumplir. Impecablemente. Perfectamente. Para que a nadie se le ocurra mirar detrás de mi fachada.

Hacia el mediodía, mi estómago ruge tan fuerte que casi temo que alguien en el pasillo pueda oírlo. Me aparto del escritorio, me pongo de pie, con la intención de ir a la cafetería.

Pero entonces las veo: las otras oficinas. Puertas de cristal, ventanales abiertos. Nadie se mueve. Todos están sentados, concentrados en sus escritorios, tecleando, pasando hojas, hablando por teléfono. Nadie baja.

Me quedo clavada en el sitio.

Si bajo ahora, seré la única. La nueva. La que cree que tiene tiempo para pausas de almuerzo mientras los demás acumulan horas extra. Ya puedo sentir las miradas que recibiría. Las preguntas que surgirían en sus cabezas.

Así que vuelvo a sentarme.

Quizá sea mejor así, de todos modos. No tengo tiempo para una pausa. La montaña de tareas crece, aunque trabajo como una loca. Cada vez que creo que he terminado una carpeta, aparece la siguiente.

Mi estómago sigue rugiendo, lo ignoro. El café ayuda, al menos por un rato. Me convenzo de que más tarde puedo simplemente tomar un bagel por el camino.

La tarde se alarga como un chicle. Noto que mi concentración disminuye, las cifras se vuelven borrosas, las letras bailan. Pero

aprieto los dientes y sigo. No quiero cometer errores. No en el primer día. No en esta oficina.

Cada vez que alguien pasa por el pasillo, me sobresalto, pensando que es Ethan. Que por fin aparecerá, se parará junto a mi escritorio, me explicará las tareas o me hará preguntas. O peor: me pedirá explicaciones.

Pero no viene.

La puerta sigue cerrada, la oficina sigue vacía. Solo Diane pasa de vez en cuando, como una sombra en tacones altos, lanzándome otro comentario o una mirada. Sin sonrisas, sin una palabra de más.

Cuando afuera empieza a oscurecer y las luces de la ciudad se encienden, sigo sentada en mi escritorio. Me duelen los hombros, me arden los ojos y siento como si tuviera el teclado tatuado en los dedos.

Finalmente, hago a un lado la última carpeta. Terminé. De alguna manera. No perfecto, no tan a fondo como me gustaría, pero al menos lo logré.

Miro el reloj. Horas extra. Más de las que me gustaría admitir.

Recojo mis cosas, me levanto lentamente, siento las piernas como si fueran de plomo. Cuando camino por el pasillo, está casi en silencio. La mayoría de las oficinas están a oscuras. Unas pocas luces siguen encendidas, alguien teclea esporádicamente. Pero por lo demás, silencio.

¿Y Ethan?

Nada. Ni una señal. Ni una visita. Ni una palabra.

Entro en el ascensor, me apoyo contra la fría pared de espejo y miro mi reflejo. Pálida, con ojeras, los labios secos. Parezco alguien que acaba de correr un maratón de doce horas.

Las puertas se abren abajo, salgo al lobby. La decoración navideña resplandece, el gran árbol brilla, algunos turistas se detienen asombrados. Se ve precioso. Pero por dentro, todo se siente vacío y agotador.

Salgo a la calle, el frío me golpea en la cara y me ajusto más la chaqueta. Me duelen los pies, me zumba la cabeza y lo único que puedo pensar es: *¿Qué se supone que es esto?*

¿Un trabajo de ensueño? Quizá para otra persona. Para mí, ahora mismo se siente como una jaula. Una dorada, con ventanales del piso al techo y sillones de cuero, pero una jaula al fin y al cabo.

¿Y Ethan Blackwell? Estuvo invisible todo el día.

Camino por la calle, respiro el viento frío y me pregunto si alguna vez piensa explicarme de qué va todo esto en realidad.

Capítulo 13

~ Ethan ~

Diciembre puede ser malditamente agotador, pero no hoy. Hoy es un día brillante, ruidoso y sorprendentemente ligero.

Luke se aferra a mi mano mientras nos deslizamos con cuidado sobre la pista de hielo. Su rostro resplandece de emoción, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes. Lleva puesto un suéter navideño demasiado grande debajo de su chaqueta, con un reno cuya nariz parpadea en la oscuridad. Le dije que era cursi. Él sonrió y dijo: —¡Exactamente por eso!

—¿Listo, tío Ethan? —grita, y su voz casi se quiebra.

—Listo —respondo, aunque ya sé que va a terminar de trasero en el hielo. Pero no importa. Me arrastra con él, tan rápido como se lo permiten sus pequeñas piernas, y nos deslizamos unos metros sobre el hielo antes de que empiece a tambalearse.

—Te tengo —digo y lo sujeto antes de que se caiga.

Luke suelta una carcajada tan sonora que no puedo evitar reírme con él. Y por un momento, todo lo demás desaparece: la oficina, las interminables reuniones, la responsabilidad. Aquí solo importa esto: mi sobrino, su risa y las luces de colores que brillan a nuestro alrededor.

La pista de hielo está rodeada de árboles adornados. Por todas partes cuelgan guirnaldas de luces que brillan como pequeñas estrellas. Un altavoz pone canciones navideñas, los niños chillan, los adultos se gritan unos a otros, las parejas se toman de la mano y dan vueltas. Huele a algodón de azúcar, a almendras garapiñadas y a chocolate caliente.

—¡Otra vez! —grita Luke, tirando de mi mano.

Tomamos impulso, esta vez un poco más rápido. Se mantiene firme, aunque se tambalea, pero no se cae. Lo animo, me río cuando levanta los brazos en señal de triunfo y pierde el equilibrio al instante.

—Auch —dice, sentado en el hielo.

Me pongo en cuclillas y lo ayudo a levantarse. —¿Estás bien?

—Todo genial —sonríe de oreja a oreja—. ¡Me mantuve de pie más tiempo que la última vez!

—Es verdad —digo, sacudiéndole la nieve del pantalón—. Estás mejorando.

Seguimos patinando y noto cómo se siente más seguro vuelta tras vuelta. Su risa resuena por toda la pista de hielo y sé que Daisy tenía razón: no puedo perderlo de vista ni un segundo. Pero no se siente como una obligación. Se siente como un regalo.

Después de media hora nos retiramos al borde de la pista. Luke está sudado, con el pelo pegado a la frente, pero sonríe como un pequeño profesional. —¿Chocolate caliente? —pregunto, y él asiente de inmediato, entusiasmado.

Vamos al puesto y pido dos tazas de chocolate caliente con crema batida. El vendedor las pone en el mostrador y, cuando tomo las tazas, oigo una risita a mis espaldas.

—Se le dan muy bien los niños —dice una mujer. Me doy la vuelta y veo a dos madres jóvenes que me observan abiertamente. Una de ellas sonríe de oreja a oreja—. ¿Es su hijo?

—Mi sobrino —la corrijo.

—Ah, ya veo. —Sus ojos recorren mi rostro, mi traje debajo del abrigo de invierno, mis manos que en ese momento le pasan con cuidado la taza a Luke. Asiento cortésmente y me vuelvo de nuevo hacia Luke.

—Cuidado, está caliente —le digo y soplo sobre la taza antes de que beba. Me mira con los ojos muy abiertos, da un sorbo con cuidado y suspira satisfecho.

Nos sentamos en una banca a observar la pista de hielo. Con la boca llena, Luke me habla del colegio, de sus amigos, de un perro que vio en el parque. Yo lo escucho, me río, le hago preguntas. Cada gesto, cada expresión suya me recuerda lo mucho que significa para mí.

Más tarde quiere waffles. Por supuesto. Pedimos una porción, bien cubierta de azúcar glas que termina inmediatamente por todas partes: en su chaqueta, en mis guantes, en la nieve a nuestros pies. A Luke le parece genial.

—Parece que perdiste una pelea de bolas de nieve —digo riendo, mientras muerde el waffle con la cara manchada de azúcar.

—Y tú también —replica, y ambos nos reímos tan fuerte que la gente se detiene a mirarnos.

Y sí, lo noto. Las miradas. Sobre todo de las mujeres. Algunas sonríen, otras susurran, otras me miran como si de repente hubieran olvidado que también hay waffles.

Sé por qué. Me veo como alguien a quien le gusta mirar. Abrigo hecho a medida, la sonrisa adecuada y ahora, además, un niño a mi lado. La mezcla perfecta.

Y sin embargo... no me interesa. No hoy.

Hoy solo importa que Luke sea feliz.

Cuando más tarde quiere volver al hielo, me arrodillo delante de él y le ato los patines más apretados. Mis dedos están entumecidos, pero me aseguro de que no vuelva a torcerse el tobillo. A nuestro lado, una mujer se detiene, sonríe y dice: —A mí también me hubiera gustado tener un tío así.

Le devuelvo la sonrisa, cortésmente, pero nada más. Mi atención sigue centrada en Luke.

—¿Listo? —pregunto.

—¡Listo!

Y de nuevo nos lanzamos al hielo, de la mano, con las luces sobre nosotros y las risas a nuestro alrededor.

—¡Ahí está mi tesoro!

Daisy está al borde de la pista de hielo, incluso antes de que nos hayamos quitado los patines. Luke corre hacia ella, casi tropieza, pero se recupera enseguida y se lanza a sus brazos. Sus mejillas están sonrojadas, su pelo apunta en todas direcciones y empieza a hablar sin parar: —¡Mamá, mamá! ¡Patiné yo solo! El tío Ethan me sujetaba, ¡pero luego ya pude solo! Y tomamos chocolate caliente y comimos waffles y...

—Despacio, mi campeón —ríe Daisy, acariciándole el pelo—. Ya veo que te divertiste.

—¡El mejor día de mi vida! —Luke la mira radiante. Luego me lanza una mirada llena de orgullo y admiración—. El tío Ethan es el mejor.

Siento cómo una sonrisa se dibuja en mi rostro. No la que pongo en las comidas de negocios. Sino una que viene de dentro.

—Qué alivio —dice Daisy, observándome mientras le arregla la chaqueta a su hijo—. Está de una pieza. Sin moretones ni dientes rotos. Así que hiciste un buen trabajo.

—Prometí no perderlo de vista ni un segundo.

—Y lo cumpliste. —Me mira, más tiempo del necesario—. Y además te ves bien. Satisfecho. Incluso lleno de vida.

Enarco una ceja. —Eso suena casi como un reproche.

—No —sonríe—. Más bien como un cumplido. Rara vez te veo así. Normalmente pareces como si llevaras el peso del mundo sobre tus hombros. Hoy... no.

No respondo de inmediato. En lugar de eso, ayudo a Luke a quitarse los patines, le desato los cordones y le entrego sus zapatillas. Se las pone a toda prisa, moviéndose con impaciencia.

—¿Nos acompañas? —pregunta Daisy.

—Por supuesto.

Caminamos juntos por la calle. Luke no para de parlotear, contando las mismas historias dos veces de lo emocionado que está. Yo asiento, le hago preguntas y cada vez sus ojos brillan aún más.

Daisy camina a mi lado, lanzándome de vez en cuando esa mirada inquisitiva. Como si quisiera asegurarse de que sigo siendo su hermano y no solo el CEO que el tiempo se ha tragado.

—Deberías tener más días como este —dice en algún momento —. Te hacen bien.

—Y perjudican mi agenda.

—Tu agenda sobrevivirá. Pero Luke se acordará de esto. De ti, aquí, ahora. No de cifras ni de reuniones.

No digo nada. Pero sus palabras se me quedan grabadas.

Frente a su apartamento, me detengo un momento para despedirme de Luke, que se aferra a mí y susurra: —¿La próxima semana otra vez?

Le acaricio el pelo. —Ya veremos, campeón.

—Promételo.

—Prometo tenerlo en cuenta.

Él sonríe satisfecho, aunque sabe que estoy cubriéndome las espaldas. Daisy me mira una vez más, con sus ojos cálidos. — Gracias, Ethan.

Solo asiento y los veo desaparecer en su edificio.

El camino de vuelta a la oficina se siente extraño. La ciudad está intensamente iluminada, por todas partes hay decoraciones navideñas, guirnaldas de luces, escaparates llenos de ideas para regalos. La gente ríe, lleva bolsas, camina por la nieve con las narices rojas.

Cuando entro de nuevo en el vestíbulo de mi edificio, el ambiente es diferente. Tranquilo. Profesional. No hay niños, ni risas, ni olor a azúcar. Solo el chasquido de los tacones sobre el mármol y el zumbido de la calefacción.

Subo a mi oficina. El pasillo está casi vacío, solo unas pocas puertas siguen iluminadas. Diane me saluda con la cabeza al pasar, mientras apila documentos para mañana.

Mi oficina está exactamente como la dejé. Oscura, ordenada, con el horizonte de Manhattan afuera como un mar de luces. Entro, me quito el abrigo y la bufanda, y me dejo caer en el sillón.

Mis pensamientos vuelan automáticamente hacia ella. Kelly.

Hoy fue su primer día en mi equipo. Me había propuesto darle tiempo para que se adaptara. Sin una presencia innecesaria, sin presión por mi parte. Quería ver cómo reaccionaba cuando estuviera sola.

Pero ahora, al mirar el reloj, lo sé: ya se ha ido.

Por un lado, me siento aliviado. Por otro, me hubiera gustado observarla, ver cómo trabaja, cómo afronta las tareas. Si está a la altura. Si la mujer de Aspen asomaba en algún momento bajo la empleada de mi oficina.

Pero hoy no.

Hoy solo queda el recuerdo de Luke, de su risa, de las palabras de Daisy. Y la pregunta de cómo podrán reconciliarse alguna vez estos dos mundos: el tío en la pista de hielo y el CEO tras las paredes de cristal.

Capítulo 14

~ Kelly ~

Las luces están por todas partes. En cada farola, en cada árbol, en cada escaparate. Los copos de nieve danzan en el aire y se derriten en mis mejillas mientras camino por la calle. En realidad, debería estar sonriendo. Esta es mi época favorita del año. Diciembre, Navidad, vino caliente, guirnaldas de luces. Me encanta, cada maldito detalle.

Pero hoy siento que las luces me ciegan en lugar de darme calor.

Tengo la cabeza pesada por el día. La presión, las tareas, la oficina de Ethan, las paredes de cristal. Lo siento todo en los huesos. Solo quiero llegar a casa, a mi pequeño departamento, dejarme caer en el sofá y comerme un trozo del chocolate que guardo para emergencias.

Brooklyn me recibe como siempre: ruidoso, lleno de vida, un poco caótico. En las escaleras de mi edificio hay un anciano con un perro que me saluda con un gesto de cabeza. Levanto la mano brevemente, le devuelvo una sonrisa cansada y me meto en el vestíbulo del edificio.

Ahí es cuando lo oigo: voces, risas, música. Frunzo el ceño hasta que lo recuerdo.

Los vecinos. La fiesta de Navidad.

Acepté ir. Por supuesto que acepté. Y luego... lo olvidé. Entre Aspen, Ethan, la nueva oficina y todo el caos en mi cabeza, ni siquiera volví a pensar en ello.

—Qué genial —murmuro mientras miro mi bolso y mi blusa arrugada. Estoy cansada, estresada, cualquier cosa menos con ganas de fiesta. Pero si no voy, mañana tendré que inventarme todas las excusas del mundo.

Así que respiro hondo y subo al primer piso, donde la puerta ya está abierta de par en par. Me golpea una ola de calor, música, el aroma a canela y galletas.

—¡Kelly! —grita alguien de inmediato y, antes de que pueda siquiera decir hola, ya tengo un vaso de ponche en la mano.

El departamento está lleno. Hay guirnaldas de luces colgadas por todas partes y, al fondo, un fuego artificial de chimenea parpadea en el televisor. Por todos lados hay vasos, platos, galletas. Gente que veo a veces más, a veces menos: vecinos, conocidos, caras del edificio.

—Te ves agotada —dice la Mrs. Chang, mi vecina, y me pone un plato con galletas caseras en la mano—. Toma, come. Esto ayuda.

Sonrío agradecida y le doy un mordisco. Estrellas de canela. Mis favoritas.

Y de repente siento cómo mis hombros se relajan un poquito.

Las conversaciones giran en torno a todo tipo de cosas: dónde compra cada quien, qué departamento tiene la decoración más bonita este año, qué planes hay para Año Nuevo. Escucho, respondo aquí y allá, y poco a poco, muy lentamente, el calor se filtra en mí.

Un vecino cuenta cómo casi se pelea en la fila de la juguetería para conseguir el último juego de mesa de moda para su hija. Todos se ríen, brindan y yo me río con ellos.

Tomo otro sorbo de ponche. Es dulce, caliente y demasiado fuerte, pero calienta desde adentro. Y de repente, estoy sentada en el sofá con dos mamás discutiendo si de verdad tiene sentido regalarles celulares a los niños menores de diez años.

Más tarde, alguien me pone un plato con manzanas asadas en la mano. El relleno es pegajoso y dulce y, aunque en realidad no tengo hambre, me lo como todo a cucharadas. Mi estómago se siente agradablemente cálido, mi cabeza un poquito más ligera.

—Ya llevas viviendo aquí algunos años, ¿no? —me pregunta una mujer del tercer piso y yo asiento. Hablamos de Brooklyn, de las rentas que suben, de los cafés favoritos de la zona. Se me olvida la hora, se me olvida la presión del día, incluso se me olvida por un rato que, en algún lugar allá arriba en un edificio de oficinas, existe Ethan Blackwell.

Este es mi mundo. Mi pequeño edificio, mis vecinos, esta fiesta que se celebra cada año, sin importar lo caótica que sea la vida afuera.

Cuando más tarde estoy de pie junto a la ventana, con un vaso de ponche recién servido en la mano, miro hacia afuera. Los copos

de nieve danzan bajo la luz de las farolas, los autos tocan la bocina, en algún lugar alguien canta «Jingle Bells» borracho.

Y por fin, por fin, siento esa sensación que tanto me gusta: Navidad.

Por un momento pienso: quizás esto es exactamente lo que necesito. Menos caos, menos darle vueltas a las cosas, menos preguntas. Simplemente el aquí y el ahora.

Brindo con un vecino, tomo otra galleta y, cuando me río, noto cómo la tensión del día se va disipando lentamente.

Despierto con una buena sensación. Como si la fiesta de los vecinos me hubiera quitado de verdad un poco del peso que llevo arrastrando desde hace días. Mi departamento todavía huele a canela y manzana asada porque comí demasiadas y un tazón con las sobras sigue en la mesita de centro. Abro las cortinas, veo las luces de afuera y, por primera vez en mucho tiempo, pienso: *Quizás de verdad pueda con esto.*

Pero la realidad no tiene ganas de dejarme con ese pequeño sueño.

Apenas me siento en mi escritorio, la primera carpeta aterriza frente a mí. Gruesa, atiborrada de documentos. —Para el mediodía —dice Diane bruscamente y sigue de largo. Apenas logro leer la primera página cuando la siguiente ya cae con fuerza en la esquina de mi escritorio. Luego otra. Y otra más.

Mi pequeña oficina, después de menos de una hora, parece sepultada por una avalancha de papel.

Respiro hondo, me subo las mangas e intento concentrarme. Cifras, tablas, comentarios, fechas de entrega. El tiempo vuela mientras lucho por abrirme paso entre todo y, aun así, la pila no deja de crecer.

En algún momento, mi estómago ruge tan fuerte que casi doy un respingo. Mediodía. Por fin. Tomo mi celular, quiero escribirle a Paige para ver si bajamos juntas como habíamos quedado. Pero entonces ya hay alguien más en la puerta, esta vez un colega con cara seria.

—¿Podría revisar esto rápido, por favor? —Me deja otra carpeta, como si fuera solo una gota más en el océano.

—Eh... claro —digo, forzando una sonrisa.

Cuando se va, miro el reloj. Doce y media. Imposible terminar todo si bajo ahora. Así que nada de Paige. Nada de comer juntas. En su lugar, pido un sándwich en la panadería de al lado, que una pasante amablemente me trae. Como en mi escritorio mientras sigo tecleando, llenando todo de migajas y pensando que este es quizás el momento más glamoroso de mi carrera: mayonesa sobre un documento multimillonario.

Una y otra vez oigo pasos en el pasillo. Voces, risas, el zumbido de los ascensores. Y entre todo eso, a él.

Ethan.

Lo veo pasar, hablando con un colega, con un expediente en la mano, la mirada concentrada. Lo veo colgado del teléfono, con el ceño fruncido, mientras vuelve a su oficina. Y cada vez, mi corazón late más rápido, solo para volverse pesado de inmediato.

Porque nunca viene en persona.

Ni una sola vez. Ni una mirada a mi oficina, ni una palabra, ni un «¿Cómo va todo?». Existe, sí. Pero ¿para mí? Solo como una sombra que pasa por fuera.

Y me pregunto: ¿cuál es su plan, en realidad?

¿Fui solo un perfil que encajaba? ¿Una solución rápida porque se necesitaba a alguien? ¿O hay algo más detrás de todo esto?

Recuerdo nuestra conversación en su oficina, la forma en que me miró, lo seguro que sonaba cuando dijo que me quería en su equipo. Y yo, como una idiota, le dije que sí de inmediato.

¿Pero para qué?

Las horas se hacen eternas. Lucho, tecleo, hago cálculos hasta que me arden los ojos. Cada vez que me tomo un respiro, aterriza otra carpeta frente a mí. En algún momento, las manos me tiemblan ligeramente por el café, la cabeza me martillea y, aun así, sigo adelante. Porque no quiero que nadie piense que estoy sobrepasada.

Hacia la noche, noto que tengo la espalda rígida, como si no hubiera respirado en todo el día. Me reclino y miro hacia afuera a través de los cristales. Está oscuro. Las luces de la ciudad brillan, los

copos de nieve se arremolinan por las calles. Ojalá pudiera disfrutarlo. Pero todo lo que veo son números, carpetas y la silueta de Ethan en alguna parte, inalcanzable.

Cuando por fin hago a un lado la última carpeta, tengo el estómago vacío, la cabeza pesada y los nervios a flor de piel. Recojo mis cosas, me pongo la chaqueta y salgo.

La mayoría de las oficinas del pasillo están a oscuras. Solo una que otra pantalla sigue encendida. Diane pasa a mi lado a toda prisa, hablando por teléfono, y apenas me saluda con un gesto. ¿Ethan? De nuevo, nada. Su oficina está cerrada, ya no hay luz.

Una parte de mí se siente aliviada. Otra está decepcionada.

Atravieso el vestíbulo, pasando junto al enorme árbol de Navidad adornado de oro y rojo. Los turistas se detienen frente a él, toman fotos, se ríen. Para ellos, parece un cuento de hadas. Para mí, en este momento, se siente como un escenario al que no pertenezco.

Afuera, el frío me muerde la cara. Me ajusto la bufanda y camino a paso rápido hacia el metro. Me duelen los pies, tengo los hombros contracturados, pero nada de eso importa. En mi cabeza solo da vueltas una pregunta:

¿Por qué estoy aquí?

¿Porque él me quiere? ¿Porque me necesita? ¿O porque fue pura casualidad que yo encajara en el puesto que justo estaba vacante?

Quizás sea así de simple.

Y, sin embargo, cada vez que oigo su voz en el pasillo, lo sé: nunca será simple.

Los días se confunden unos con otros.

Lunes, martes, miércoles... todo es lo mismo. Estoy sentada en mi oficina, rodeada de montañas de carpetas y hojas de cálculo, y siento que me ahogo en papeles y números. Cada vez que termino una tarea, ya tengo la siguiente sobre mi escritorio. Como si alguien hubiera instalado una tubería secreta que bombea expedientes a mi oficina sin cesar.

Mi calendario está lleno de fechas límite, mis notas son ilegibles y mi consumo de café ha alcanzado un nivel que probablemente ya es médicamente preocupante.

Y empeora. Cada día.

Noto cómo mi concentración disminuye, cómo se cuelan errores que nunca antes habría cometido. Una coma por aquí, un número por allá; pequeñeces, pero que podrían llamar la atención de inmediato.

Por las noches, me voy a casa, veo las luces de Navidad en las calles, pero no siento nada. Ni alegría, ni resplandor, ni ambiente festivo. Solo agotamiento.

El dinero es bueno. Sí. Mi cuenta bancaria está feliz. La vista desde mi oficina es impresionante, tan por encima de la ciudad que a veces me gustaría quedarme mirando por minutos. ¿Pero para qué? No tengo tiempo para gastar el dinero, ni tranquilidad para disfrutar de la vista.

Cada vez más a menudo me sorprendo pensando: *¿para qué todo esto?*

Ya me imagino en la oficina de Ethan, estampándole la renuncia en la cara. En mi cabeza formulo las frases que le diré. Tajante, segura de mí misma, de tal forma que deseará no haberme incluido nunca en su equipo.

Y al mismo tiempo me pregunto: ¿seguirá libre mi antiguo trabajo? Ese que me parecía aburrido. Del que me quejaba constantemente. Pero que al menos no amenazaba con devorarme viva.

Es jueves por la tarde cuando mis pensamientos vuelven a tomar esa dirección. Miro fijamente la pantalla, veo números borrosos y considero si simplemente debería mandarlo todo al diablo.

Y entonces sucede.

La puerta se abre.

Y ahí está él.

Ethan.

En persona. En mi oficina.

Como siempre, lleva un traje que le queda perfecto, gris oscuro con un toque de brillo, combinado con una camisa blanca y una

corbata que parece hecha para esa luz. Su cabello está impecable, sus hombros llenan el marco de la puerta y sonríe. Esa sonrisa controlada y segura que domina la habitación al instante.

—Kelly —dice, como si fuera lo más normal del mundo que el mismísimo CEO entre en mi oficina—. ¿Cómo va todo?

Se me para el corazón por un segundo. Mi cabeza grita: *Dile cómo va de verdad. Dile que te estás hundiendo. Que estás a punto de mandarlo todo al diablo.*

Pero entonces se acerca, y lo huelo: esa fragancia sutil y cara, amaderada, cálida, irresistible. Su presencia es abrumadora.

¿Y qué hago? Sonrío. Y me oigo decir: —Genial. Va todo genial.

Mentira. Una mentira descarada y sin vergüenza.

Se apoya con una mano en mi escritorio, mirándome directamente. Sus ojos —verdes, claros, demasiado intensos— no dejan lugar a la distracción. —Bien —dice lentamente, como si estuviera comprobando si puede creerme. Luego sonríe—. Es justo lo que esperaba. Si usted aguanta aquí, Kelly, tendrá todas las oportunidades. Carrera. Influencia. Todo lo que quiera.

Mi corazón late más rápido.

Carrera. Influencia. Todo lo que quiero.

Su voz suena tan segura, tan convincente, que me sorprendo sintiendo cómo algo se agita en mi interior. Ambición. Esperanza. Fuego.

Estuve a punto de rendirme. Quise dejarlo todo. Pero ahora, con él frente a mí, con esas palabras en mis oídos, ya no quiero rendirme.

Quiero lograrlo.

Por mí. Por él. Por esta sensación de que puedo ser más de lo que soy ahora.

—Gracias —digo, y mi voz suena más débil de lo que quisiera. Pero él asiente satisfecho, como si hubiera superado una prueba invisible.

—Siga así —dice, se endereza y se dirige a la puerta—. Veo en usted más de lo que usted misma imagina.

La puerta se cierra tras él.

Y yo me quedo sentada, mirando los documentos frente a mí y, de repente, ya no parecen una sentencia de muerte. Sino un desafío.

Quiero esto. Quiero aguantar. Quiero demostrar que puedo más de lo que nadie cree que soy capaz.

Y mientras el sol se pone afuera y la ciudad resplandece con mil luces, me invade una ambición que creía haber perdido hace mucho tiempo.

Capítulo 15

~ Ethan ~

A veces es sorprendente lo rápido que se deciden las cosas. Durante días solo he visto a Kelly a la distancia: cómo se abría paso entre pilas de expedientes en su nueva oficina, cómo trabajaba de más porque quiere demostrar que se merece este puesto. Y esa era exactamente la prueba.

Ahora lo sé: la aprobó.

Se avecina un nuevo proyecto. Importante. De alta visibilidad. Uno de esos que pueden acaparar los titulares si lo jugamos bien, o arruinar carreras si fracasamos. Normalmente, en estos casos, solo confío en la gente que lleva años trabajando a mi lado. Mis asesores. Diane. Uno o dos expertos externos que puedo reemplazar en cualquier momento.

Pero esta vez será diferente. Esta vez quiero que Kelly participe.

Cuando lo menciono en un círculo reducido, las reacciones son inmediatas.

Finn, mi asesor más antiguo, no muestra emoción alguna, pero levanta una ceja imperceptiblemente. Diane, que nunca se guarda una opinión, cierra su bloc de notas de forma ostentosa. Otro colega, tras una breve vacilación, dice: —Mr. Blackwell, no sé si sea prudente. Ella es nueva. Inexperta. Y el proyecto es... bueno, arriesgado.

Los dejo hablar. Por un momento, incluso disfruto de la falsa sensación de seguridad que les doy. De que crean que voy a dar marcha atrás.

Entonces los miro a cada uno, dejando que mi voz suene deliberadamente calmada e inquebrantable. —Kelly es exactamente la persona adecuada para este trabajo. Ha demostrado su valía. Piensa rápido, trabaja más duro que la mayoría de ustedes y entiende de qué se trata.

—Pero... —empieza Diane.

Levanto una mano. Un diminuto y decidido tajo en el aire. De inmediato, se hace el silencio.

—He tomado una decisión —digo, sin elevar la voz—. Kelly Anderson formará parte de este equipo. Si alguien tiene un problema con eso, puede recoger sus cosas.

Silencio. Solo el tictac de un reloj en la pared, contando los segundos.

Nadie las recoge. Por supuesto que no.

Finn asiente lentamente, con una mirada neutral, como siempre. Diane se muerde el labio y garabatea algo en su bloc, lo que podría significar algo así como: *Lo mantendré vigilado*. Pero no dice nada más.

—Bien —concluyo—. Entonces, asunto zanjado.

Me reclino y miro por la ventana. Manhattan yace a mis pies, resplandeciente bajo la luz invernal. Y por un momento siento esa expectación que, por lo general, solo me embarga en los negocios más difíciles.

Kelly va a trabajar a mi lado.

No es un favor. Ni un reflejo sentimental de lo de Aspen. Se lo ha ganado. Es más lista de lo que ella misma cree, y esa es precisamente su fortaleza. La inexperiencia no significa debilidad. Significa que no está maleada. Que todavía hace preguntas donde otros hace mucho que dejaron de hacerlas.

Los demás solo ven los riesgos. Yo veo las posibilidades.

Y sí, veo más.

Veo a la mujer que me hizo perder la cabeza en Aspen. La mujer a la que habría querido volver a besar al instante, aunque ya estuviera amaneciendo. Y veo a la empleada que hoy todavía está insegura, pero que en un par de meses podría tomar el liderazgo si la presiono lo suficiente.

Algunas decisiones se toman con la cabeza; otras, con el instinto. Kelly es ambas cosas.

Tomo mi teléfono. —Diane —digo cuando contesta—. Por favor, organice una reunión. Hoy por la tarde. Inicio del proyecto. Asegúrese de que todos estén presentes. Incluida Kelly. Una breve vacilación al otro lado de la línea. Luego: —Por supuesto, Mr. Blackwell.

Cuelgo y me reclino en mi asiento.

Aprenderán que es un error cuestionar mis decisiones. Y Kelly aprenderá que es capaz de mucho más de lo que cree.

Quizás también aprenda que no se puede escapar de mi atracción.

La sala de conferencias está llena. Laptops abiertas, documentos apilados, tazas de café al alcance de la mano. La vista de Manhattan se extiende como un telón de fondo detrás de las paredes de cristal, pero nadie le presta atención. Aquí solo importa lo que está sobre la mesa: un proyecto que nos mantendrá ocupados los próximos meses.

Ocupo mi lugar en la cabecera de la mesa. Es rutina. Todos saben dónde deben sentarse, cómo organizar sus documentos y cuáles son los procedimientos. Todos, excepto Kelly.

Está sentada un poco más abajo, casi como si quisiera hacerse invisible. Su bolígrafo golpetea suavemente contra el papel mientras toma notas frenéticamente. Tiene los hombros tensos, y su mirada se desvía constantemente de los documentos a los ponentes y viceversa.

Parece una pasante. Y, sin embargo, está aquí porque así lo quise yo. La discusión comienza. Cifras, pronósticos, análisis de mercado. Finn, preciso como siempre, presenta su evaluación. Diane, con su habitual agudeza, plantea objeciones de inmediato. Un par de asesores más lanzan palabras clave a la conversación. Es un juego de rutina; todos conocen las reglas.

Los dejo hablar mientras observo a Kelly. Escribe demasiado rápido, como si quisiera registrar cada palabra. Pero nunca levanta la vista. Ningún comentario, ninguna pregunta. Solo silencio.

—Deberíamos considerar la expansión recién en el próximo trimestre —dice uno de los gerentes sénior.

—Eso es demasiado tarde —replica Diane—. Para entonces, el mercado ya estará ocupado.

Finn se aclara la garganta. —Quizás deberíamos...

—¿Kelly? —Mi voz atraviesa el murmullo de conversaciones.

De inmediato, las cabezas se giran. Ocho pares de ojos se clavan en ella.

Se queda helada. El bolígrafo en su mano se detiene, sus labios se entreabren ligeramente, pero no sale ninguna palabra. —Yo... bueno... creo que...

Apenas se oye su voz. Se sonroja y vuelve a bajar la mirada.

La tensión en la sala aumenta. Veo que Diane ya está torciendo las comisuras de los labios, como si estuviera a punto de lanzar un comentario mordaz. —Más tarde —digo con calma, antes de que caiga en la trampa—. Después de la reunión.

Una inhalación colectiva, y luego la discusión continúa. Kelly se hunde de nuevo en su silla, sus dedos aferrando el bolígrafo como si fuera lo único que la sostiene.

Tomo una nota. *Demasiado callada. Por ahora.*

La reunión se alarga más de una hora, se esbozan estrategias y se reparten tareas. Finalmente, me pongo de pie. —Gracias, eso es todo por hoy.

Se oye el arrastrar de las sillas, las laptops se cierran, la gente se despide. Solo Kelly permanece sentada. Parece que está decidiendo si huir o quedarse.

—Usted. Se queda —digo en voz baja al pasar a su lado.

La puerta se cierra y, de repente, estamos solos.

Me apoyo en la mesa, cruzando los brazos. —¿Por qué guardó silencio?

Levanta la cabeza, sus ojos se encuentran con los míos: inseguros, pero desafiantes. —Porque... no quería decir una tontería.

—¿Una tontería? —ladeo la cabeza—. ¿Cree que por eso está sentada aquí?

Guarda silencio.

Me acerco hasta que solo la mesa nos separa. —Escúcheme, Kelly. Yo no traigo a nadie a esta mesa para que se quede callado y bonito. Usted está aquí porque creo que tiene algo que aportar. Más que los demás. Pero si no abre la boca, nadie se dará cuenta.

Aprieta los labios como si quisiera replicar algo, pero no dice nada.

—En la próxima reunión —digo, con voz baja pero inequívoca—, quiero oír lo que tiene que decir. Sin dudar, sin silencios. Usted puede hacerlo.

—¿Y si no? —pregunta en voz baja.

—Entonces aprenderá. —Le sostengo la mirada, sin ceder, hasta que por fin asiente.

Por un momento veo cómo su respiración se acelera, cómo algo cambia en su mirada; una mezcla de miedo y ambición. Justo lo que quiero.

—Bien. —Me enderezo y voy hacia la puerta—. Entonces, hasta pasado mañana.

Ella se queda sentada, mirando fijamente sus apuntes, como si tuviera que encontrar una respuesta allí. Pero yo sé que la respuesta está en ella. Solo se lo he recordado.

Y el juego apenas comienza.

La segunda reunión se siente diferente, incluso antes de empezar.

La sala es la misma: mesa larga, paredes de cristal, el perfil de la ciudad de fondo. Los rostros son los mismos. Pero la energía ha cambiado. Porque sé que todos estarán atentos a lo que haga Kelly hoy. Sobre todo ella misma.

Está sentada de nuevo en la cabecera de la mesa, con el bolígrafo y el cuaderno delante, esta vez no tan tensa. Su mirada se cruza brevemente con la mía, pero se desvía en cuanto la atrapo.

Bien. Está nerviosa. Quiero que esté nerviosa. La presión forja.

—Empecemos —digo, y de inmediato Finn presenta sus documentos, habla sobre los primeros escenarios. Diane contraataca, con su agudeza habitual. Un gerente sugiere un enfoque cauteloso, el siguiente considera que es una pérdida de tiempo.

El juego de siempre. Voces que chocan entre sí.

Los dejo seguir hasta que la discusión empieza a dar vueltas en círculo. Entonces me reclino, cruzo las manos y digo: —Kelly.

Silencio. Las cabezas se giran. De nuevo, todos los ojos sobre ella.

Respira hondo. Veo cómo sus dedos se cierran sobre el bolígrafo, cómo se le tensan los hombros. Luego empieza a hablar.

Al principio, con vacilación. Pero no se rinde. Habla de un punto que ha descubierto, algo que ninguno de los demás ha mencionado hasta ahora. Un nicho en el mercado que implica riesgo, pero también potencial.

Su voz se va haciendo más firme mientras habla. Por fin levanta la vista, ya no mira solo sus apuntes, sino a los presentes. Directa. Clara.

Finn asiente lentamente. —Es... un enfoque interesante.

Diane levanta las cejas, hojea sus documentos. Quiere encontrar un error. Pero no lo hace.

—Deberíamos partir de ahí —murmura uno de los gerentes.

Veo cómo los ojos de Kelly se abren un poco más. Esperaba resistencia, no aprobación.

Me contengo. Ningún elogio desmedido. Solo una sonrisa que no puedo reprimir.

—Mejor —digo, mientras la discusión continúa. Mi voz está destinada solo a ella—. Esa es la dirección.

Sus labios tiemblan, casi formando una sonrisa. Luego vuelve a tomar apuntes.

La reunión continúa, se añaden estrategias, se perfeccionan planes. Una y otra vez la hago participar, a veces directamente, a veces solo con una mirada. Cada vez responde más rápido, con más seguridad.

Y cada vez le doy lo que necesita: presión.

—Eso no es suficiente —digo cuando suena demasiado cautelosa.

—Usted puede más —murmuro al pasar, mientras reviso unos documentos.

Ella reacciona. No con enfado, no ofendida. Sino con más esfuerzo.

Justo lo que quería.

Cuando la sesión se acerca a su fin, veo los rostros de mi gente. Hay escepticismo, sí. Pero también respeto. Kelly los ha impresionado. No porque lo sepa todo —no es así—. Sino porque tiene algo que a los demás les falta: valor. Frescura. Energía.

Me pongo de pie, cierro la carpeta. —Buen trabajo. Mañana continuaremos desde este punto.

Las sillas se mueven, las conversaciones comienzan, la gente abandona la sala. Me quedo un momento más, observando cómo Kelly recoge sus cosas. Sus manos tiemblan casi imperceptiblemente. Sabe que hoy ha ganado.

Cuando se levanta, le sostengo la mirada. Un instante fugaz, nada más. Pero suficiente para que entienda: lo he visto. Todo.

Apenas tengo tiempo entre reuniones, pero eso no me impide desviarme. En dirección a Kelly.

Su oficina es más pequeña, más discreta que la mía, pero la ubicación con los ventanales que van del suelo al techo le da un aire sublime. Cuando abro la puerta, está inclinada sobre sus documentos, bolígrafo en mano, los labios apretados. Ni siquiera se da cuenta de que he entrado, tan absorta está.

Interesante.

—Anderson —digo.

Se sobresalta, casi como si la hubiera pillado durmiendo. —Mr. Blackwell. —Se endereza apresuradamente, se ajusta la chaqueta como si tuviera que saludarme militarmente.

Me apoyo en el marco de la puerta. —Cuánto empeño. Espero que no sea solo para aparentar.

Sus ojos se entrecierran mínimamente, pero asiente. —Estoy trabajando en los análisis para mañana.

—Bien. —Entro en la oficina, paso junto a su escritorio como si fuera mío y observo las cifras que ha anotado—. Se ve sólido. Pero si hubiera querido algo sólido, se lo habría pedido a otra persona.

Ella guarda silencio y yo disfruto de ese ínfimo momento en el que no sabe si dar las gracias o defenderse.

—Usted es capaz de más, ¿o no? —pregunto en voz baja, haciendo que mis palabras suenen como una promesa y una amenaza a la vez.

—Doy lo mejor de mí.

—Lo mejor de usted —repito con una sonrisa—. Eso quiero verlo. Y todos los días. Cualquier otra cosa sería un desperdicio.

Se muerde el labio. Veo cómo batalla internamente, cómo se traga las palabras que le gustaría decir. Una parte de ella quiere replicar. Pero no lo hace. Todavía no.

Me apoyo en el borde de su escritorio, tomo uno de sus bolígrafos y lo giro entre mis dedos. —¿Cómo se siente? ¿Todavía abrumada? ¿O ya encontró el ritmo?

—Yo... me las arreglo —dice, vacilante.

—«Me las arreglo» no es suficiente. —Dejo rodar el bolígrafo de vuelta, justo para que se detenga a un pelo de sus documentos—. No debe solo seguir el ritmo. Debe brillar. ¿Entiende?

—Sí, Sir.

El «Sir» me arranca una sonrisa. —Eso me gusta.

Me mira, irritada, insegura, quizá también furiosa. Lo disfruto.

—Tiene potencial, Kelly —digo finalmente, tan tranquilo que casi suena como un cumplido—. Pero el potencial sin esfuerzo no vale nada. Recuérdelo.

Me enderezo, echo otro vistazo al perfil de la ciudad que se extiende detrás de su escritorio. —Bonita vista, por cierto. Disfrútela. Pero no por mucho tiempo.

Luego voy hacia la puerta, la abro y me detengo una vez más. —Mañana a las diez. Espero algo que me sorprenda.

Antes de que pueda responder, ya estoy fuera.

Sé que odia que aparezca así. Lo veo en sus ojos, lo oigo en su forma de hablar. Pero eso es precisamente lo que lo hace interesante.

Quiero que me deteste. Que todos lo hagan. Solo así se hará lo suficientemente fuerte para hacer lo que espero de ella.

Y si un día no solo me odia, sino que al mismo tiempo ya no puede despegarse de mí, entonces habré alcanzado mi objetivo.

Capítulo 16

~ Kelly ~

La puerta se cierra de golpe. No pasan ni dos segundos antes de que todo mi cuerpo reaccione. El calor me sube a la cara, mis dedos se aferran al bolígrafo que él hizo rodar sobre la mesa con tanta displicencia hace un momento.

¿Qué demonios...?

«Anderson». Así me saludó, como si yo fuera una colegiala cualquiera que tuviera que mostrar su tarea. Y luego todo este teatro: comentarios que pretenden sonar como cumplidos, pero que en realidad no son más que puyas.

Ser sólida no es suficiente.

El potencial sin esfuerzo no vale nada.

Espero algo que me sorprenda.

¿Quién se cree que es?

Ok. Sí. Es mi Boss. El Boss de todos los jefes. El maldito CEO. Pero eso no le da el derecho de entrar aquí como si nada, sentarse en mi escritorio y tratarme como si fuera una niñita a la que tiene que educar.

Aparto el bolígrafo como si me hubiera quemado.

¡Y esa mirada! Esa sonrisa arrogante y satisfecha que siempre pone cuando sabe perfectamente que tiene el poder. Me saca de quicio. Me habría encantado preguntarle si de paso quería que le lustrara los zapatos.

En lugar de eso, me quedé ahí sentada, como una maldita marioneta, asintiendo y diciendo: «Sí, Sir». *¡Sí, Sir!* ¿Se puede ser más patética? Podría darme una bofetada a mí misma.

¿Debería estarle agradecida? ¿Por la oportunidad? ¿Por esta oficina, por esta vista, por las tareas que casi me aplastan? ¿Qué es lo que quiere de mí? ¿Que me derrumbe? ¿O que me amolde dócilmente como una de sus columnas de cifras en el papel, hasta que no quede nada de mí?

Dejo escapar un sonido, algo entre un suspiro y un gruñido, y me pongo de pie de un salto. Caminar ayuda. Al menos en mi diminuta

oficina. Dos pasos hacia la puerta, dos de vuelta. Una y otra vez. Mis tacones resuenan en el suelo mientras me aparto el pelo de la cara y vuelvo a escuchar sus frases en mi cabeza.

Usted puede más.

Quiero ver de lo que es capaz.

Sí, quizá pueda más. Pero no si me trata como una atracción de circo que tiene que hacer piruetas delante de sus ojos.

Me detengo frente a la ventana. El perfil de la ciudad brilla, como siempre. Los autos serpentean como guirnaldas de luces por las calles, los rascacielos parpadean con vallas publicitarias y miles de oficinas donde gente como yo está sentada, intentando no hundirse. Normalmente, esta vista me calma. Hoy solo me hace sentir aún más pequeña.

Porque sé perfectamente que Ethan está sentado en su oficina, probablemente ya en la siguiente reunión, intocable, superior, con esa misma sonrisa en la cara que me está volviendo loca.

Aprieto las manos en puños.

Debería ir a verlo. Decirle lo que pienso. Que no puede simplemente entrar y soltarme esos comentarios condescendientes. Que trabajo aquí, sí, pero no para sus caprichos, sino para hacer mi trabajo.

Pero tan solo con imaginarme la escena, mi valor se desinfla.

Es el CEO. Mi jefe. El hombre que me ascendió hasta aquí con una sola frase, y que podría mandarme de vuelta abajo con esa misma frase.

Y, maldita sea, encima se ve tan... tan... bien. Demasiado bien como para concentrarse en él sin que la sangre se te alborote. Demasiado alto, demasiado seguro de sí mismo, demasiado impecablemente vestido. Y luego ese aroma cuando se inclina.

Aprieto los labios. —Para ya, Kelly.

Sí. Para ya. Fue Aspen. Un fin de semana, un error, un encuentro de una noche. Eso no tiene nada que ver con esto. Él es mi Boss y cuanto más aparece por mi oficina, más claro me queda que nunca será otra cosa.

No es un príncipe salido de una tormenta de nieve. Sino el tipo que ha construido su imperio en un rascacielos y cree que puede

manejar a cada uno de nosotros como una pieza de ajedrez.

Vuelvo a sentarme, abro la siguiente carpeta con brusquedad, aunque los números se desdibujan ante mis ojos. Todavía me tiemblan los dedos, mi furia hierve, pero en algún lugar bajo la rabia acecha un pensamiento amargo:

Quizá tenga razón.

Quizá quiero demostrárselo.

Y eso es precisamente lo que me enfurece aún más.

—Entonces, ¿calcetines? —Valerie sostiene un par en alto, verdes con pequeños árboles de Navidad—. ¿O demasiado aburrido? Tom es un hombre con estilo, después de todo. ¿Quizás mejor cachemira? ¿Hay cachemira por aquí en algún sitio?

Parpadeo mirando los calcetines y en su lugar veo la mirada de Ethan ante mí. Fría, arrogante, con esa sonrisa que me saca de quicio. —Demasiado arrogante —murmuro.

—¿Arrogantes? —Valerie frunce el ceño, hurgando ya en la siguiente caja—. ¿Te parecen arrogantes unos árboles de Navidad? ¡Por favor, si es un clásico!

—No los calcetines. Ethan. —Levanto la cabeza, y solo entonces me doy cuenta de que he hablado demasiado alto. Dos dependientas me observan con curiosidad. Me aparto mientras Valerie sonríe de oreja a oreja.

—Ay, Dios, no llevamos ni cinco minutos en la tienda y ya sale a relucir. —Cuelga los calcetines de nuevo y toma una corbata de moño con puntos rojos—. Pero en serio: ¿corbatas de moño? ¿Elegantes o solo para imitadores de James Bond?

—James Bond al menos tendría estilo —gruño—. A diferencia de un hombre que simplemente entra en mi oficina como si nada, se sienta en mi escritorio y me suelta comentarios condescendientes.

—¿Comentarios condescendientes? —Valerie gira la corbata de moño en la mano—. Pues yo personalmente creo que un hombre puede ser condescendiente siempre y cuando, al menos, se vea bien mientras lo hace.

—Se ve demasiado bien —se me escapa.

Valerie se echa a reír. —¿Ves? ¡Obsesionada!

—¡No lo estoy! —Tomo una caja de bombones al azar del estante, como si con eso pudiera reforzar mi argumento—. Estoy furiosa. ¿Entiendes? Furiosa.

—A Tom no le gustan los bombones —dice Valerie secamente, devolviendo la caja a su sitio—. ¿Quizás palos de golf? ¿El nuevo *driver*? A los hombres les encantan esas cosas. Pero tal vez eso es demasiado... ¿masculino?

—¿Masculino? —Suelto una risa amarga—. Cuando Ethan entra en una habitación, asfixia el aire. Todo en él grita *Soy el Boss*. Créeme, *demasiado masculino* ni siquiera existe en su vocabulario.

Valerie se detiene, apoya una mano en la cadera y me estudia como si acabara de admitir que he planeado un robo a un banco durante la pausa del almuerzo. —¿Te das cuenta de que estás ignorando a mi novio en cada uno de tus intentos de regalo y en su lugar metes en la conversación a *tu Boss*?

—No es mi Boss. —Niego con la cabeza enérgicamente—. Es mi... problema.

—Tu atractivo problema. —Valerie sonríe y sigue caminando.

Terminamos frente a un estante con frascos de perfume. Valerie agarra uno al azar. —¿Este? ¿O demasiado fuerte? A Tom en realidad le gusta lo fresco. Pero quizá debería tomar algo que lo sorprenda...

—Sorprender —repito, casi para mis adentros—. Eso es exactamente lo que él quiere de mí. Que lo «sorprenda». Todos los malditos días.

—¿Tom?

—¡Ethan! —Echo la cabeza hacia atrás—. Siempre es Ethan. Nada de lo que hago le parece suficiente. Ser «sólida» no es suficiente. «Salir adelante» no es suficiente. Debo brillar, sorprender, ser mejor. Y él sonríe mientras lo dice, como si me tuviera bajo su control, y...

—Kelly. —Valerie devuelve el perfume a su sitio y se cruza de brazos—. Te has dejado llevar por la ira. Por Ethan. Mientras yo estoy pensando si la lencería sería un mejor regalo de Navidad.

—¿Lencería?

—Sí. —Saca un sostén rojo y negro de un cajón y se lo pone por encima del pecho—. ¿Demasiado atrevido o justo lo que busco?

Miro fijamente la tela y no veo a Valerie en ella, sino a mí: de pie frente a Ethan en Aspen, semidesnuda, su mirada, su agarre...

—Justo lo que buscas —digo sin emoción.

—¡Ajá! —Valerie sonríe radiante, como si me hubiera pillado con las manos en la masa—. Estás pensando en él.

—No lo estoy.

—Sí, lo haces. Y todo el tiempo.

—¡No! —doy un paso atrás—. Solo pienso en mi trabajo. En ese hombre horrible, controlador y arrogante que cree que tengo que demostrarle mi valía solo porque él tiene el poder para exigirlo.

—Kelly. —Valerie me pone la lencería en el brazo, como si me estuviera confiando un tesoro—. Llevas media hora sin hablar de otra cosa que no sea Ethan. Que si es arrogante, que si es demasiado masculino, que si quiere que lo sorprendas. A eso, querida, se le llama obsesión.

—Es rabia —la corrijo.

—Eso te dices a ti misma. Pero en realidad... —Valerie me da un golpecito en la frente con el dedo—, en realidad, él vive aquí dentro. De forma permanente. Y sin pagar alquiler.

Le devuelvo el sostén. —Tonterías.

—Para nada. O sea, ¡vamos! Es alto, rico, increíblemente sexy, tu Boss, tu rollo de una noche... y ahora hablas de él como si fuera la peste y la Navidad juntas. Eso no es un rechazo normal. Es... —Entrecierra los ojos—. Un romance en cámara lenta.

—¡Es una pesadilla! —Levanto las manos, como si tuviera que defenderme del mundo entero—. Lo odio. De verdad. Me vuelve loca.

Valerie asiente. —Exacto. Y ese es el primer paso.

—¿Hacia qué?

—Hacia tu tórrida aventura de oficina.

Gimo, mientras Valerie, entre risitas, sigue curioseando por la tienda como si acabara de soltar el chiste perfecto. Pero mientras la sigo a tropezones, su comentario me retumba en los oídos.

Obsesionada.

Quizá tenga razón. Quizá de verdad estoy obsesionada.

Y eso es precisamente lo que me da más miedo de lo que su sonrisa arrogante jamás podría.

—Necesitamos espumillón. —Valerie está parada en medio del pasillo, con las manos en jarras, como si acabara de decidir que iba a salvar toda la sección—. Sin espumillón, la Navidad no es Navidad.

Miro fijamente los estantes, que ya están a reventar. Esferas brillantes de color dorado, plateado, rojo. Estrellas, ángeles, renos. —¿Necesitamos? ¿Desde cuándo soy parte de tu equipo de decoración?

—Desde que estás aquí conmigo. —Valerie agarra con decisión un rollo de treinta metros de espumillón plateado—. Esto convierte cualquier departamento en un paraíso invernal.

—O en una fábrica de papel de aluminio. —Suspiro, pero algo en mi interior se relaja. El bullicio es ruidoso, frenético, pero también tiene algo cálido. La música navideña suena a todo volumen por los altavoces, la gente ríe, los niños se quejan, las vendedoras hacen malabares con las ofertas. Huele a las almendras garapiñadas del puesto de abajo en el centro comercial.

Nos abrimos paso entre la multitud y, mientras Valerie saca una estrella brillante tras otra de los estantes, intento simplemente no pensar en Ethan.

—¡Mira, qué monada! —Valerie sostiene una figura de porcelana: un diminuto Papá Noel montado en un reno.

—¿Monada? Parece que se va a caer del animal en cualquier momento.

—Eso lo hace humano. —La pone en la cesta sin esperar mi aprobación.

Me río, en voz baja, pero me sienta bien. —¿Sabes que estás comprando más cosas de las que caben en tu departamento?

—De eso se trata la Navidad. —Me lanza una mirada que no admite réplica—. Más es más. El minimalismo es para la gente de verano.

Niego con la cabeza, pero agarro una guirnalda de luces que brilla con un tono dorado cálido. —Okay, me llevo esta. A mi departamento le vendría bien ser un poco más acogedor.

Valerie resplandece, como si acabara de cumplir su misión. —¿Ves? No puedes escapar de la magia.

Al final pagamos demasiado dinero por cajas llenas de adornos que tenemos que acarrear como si fuera una mudanza. Afuera nos recibe el aire fresco del invierno. Por todas partes cuelgan guirnaldas de luces, los faroles están envueltos en ramas de abeto, los mercados navideños atraen a la gente. Todo el barrio brilla, como si estuviera a punto de estrenarse una película de cuento de hadas.

—¿Comemos algo? —pregunta Valerie mientras intenta organizar sus bolsas en un sistema medianamente portátil.

—Definitivamente. —Mi estómago ruge en señal de acuerdo.

Terminamos en un pequeño restaurante italiano que oscila entre el romanticismo cursi y una acogedora trattoria. Velas en las mesas, manteles de cuadros rojos. El aroma a ajo y pizza recién hecha flota en el aire. Nos dejamos caer en un rincón, con nuestras bolsas apiladas a nuestro lado como una muralla.

—Yo quiero la lasaña —dice Valerie de inmediato en cuanto llega el mesero.

—Spaghetti Aglio e Olio para mí. —Necesito carbohidratos. Muchos.

Brindamos con dos copas de vino tinto y por un momento nos quedamos en silencio. Es un silencio agradable, acompañado solo por el tintineo de los platos y el murmullo de las voces a nuestro alrededor.

Cierro los ojos un instante. Se siente bien estar sentada aquí, ser simplemente Kelly, no la empleada de Ethan Blackwell, no la mujer que se deja desequilibrar por él.

—Entonces... —empieza Valerie finalmente, y siento cómo mi alarma interna se dispara incluso antes de que termine la frase—. ¿Ya habló contigo sobre Aspen?

Abro los ojos de golpe y la miro. —Val...

—¡Solo es una pregunta! —levanta las manos en señal de defensa—. Pero vamos. Es tu Boss. Pasaron una noche juntos y ¿ahora actúan como si nada? ¿Ni una palabra, ni una indirecta, nada?

Niego con la cabeza, deslizando el tenedor en los espaguetis. —Nada. De verdad. Nosotros... simplemente lo ignoramos. Tanto él como yo.

—¿Y piensas dejarlo así?

—Por supuesto. —Enrollo la pasta, intentando que el movimiento parezca más importante de lo que es—. ¿Qué más se supone que haga? ¿Decirle en medio de la oficina: «Oye, ¿te acuerdas de Aspen, de la noche en que nosotros...»? —Me interrumpo al sentir que el calor me sube a la cara.

Valerie sonríe. —Al menos sería una jugada de oficina legendaria.

—Sería mi fin. —Me meto un bocado de pasta en la boca para zanjar el tema.

Valerie ladea la cabeza y me estudia durante un buen rato. —Él actúa como si no hubiera pasado nada.

—Sí.

—Y tú le sigues el juego.

—Sí.

—¡Incluso me habla de usted!

—¿Qué?

—Solo me llama Anderson.

—No puede ser —dice, llevándose una mano a la boca—. Por otro lado... es un poco sexi.

—¿Qué tiene eso de sexi?

Se encoge de hombros. —No sé... Parece un poco como un juego de roles.

—No es un juego de roles. Es mi vida.

—Sí, ya sé. Pero aun así...

—Val. —Dejo el tenedor y suspiro—. No tiene caso. Pasó, fue... lo que fue. Y ahora es mi Boss. Fin de la historia.

Ella toma un sorbo de su vino, no dice nada más y por un momento disfruto de la ilusión de que el tema está realmente cerrado. Pero en el fondo sé que Valerie no es la única que duda.

Porque aunque ambos guardemos silencio —Ethan y yo—, Aspen no ha desaparecido. Pende sobre mí, como las guirnaldas de luces sobre la calle. Visible. Inevitable. Y siempre presente.

El camino a casa se siente como si caminara por una postal. Por todas partes cuelgan guirnaldas de luces, de un dorado cálido, rojo parpadeante, azul centelleante. En los escaparates, trenecitos giran en mundos en miniatura, los niños pegan la nariz a los cristales mientras los padres intentan llevárselos. De una panadería emana el olor a canela y vainilla.

Me aprieto la bufanda al cuello, respiro el aire frío y no puedo evitar contagiarme un poco de este ambiente. A pesar de todo. A pesar de Ethan. A pesar de la rabia que todavía siento por dentro.

Las bolsas se me clavan en las manos cuando por fin llego a mi departamento. Brooklyn no es un cuento de hadas invernal, pero las luces que mis vecinos han colgado en las ventanas hacen el intento. Mi edificio parece haberse esforzado un poco en las últimas semanas por embellecer su fachada gris.

Adentro está oscuro y fresco. Enciendo la luz, pateo los zapatos hacia un rincón y extiendo mi botín por el suelo: guirnaldas de luces, estrellas, figuras, espumillón. Valerie habría llorado de alegría si pudiera ver esto.

—Muy bien, Kelly —murmuro—. Vamos a construir un paraíso invernal.

Y resulta ser un paraíso invernal caótico.

La guirnalda de luces se me enreda en el pelo, el espumillón se esparce de inmediato por la alfombra y la figura de porcelana que Valerie insistió en comprar parece, sobre mi aparador, como si Papá Noel estuviera a punto de estrellar la cabeza contra la pared. Pero aun así: cuando enciendo la última vela, mi pequeño departamento resplandece con una luz cálida y dorada.

Me hundo en el sofá, en medio de los cojines, con la guirnalda de luces todavía medio anudada en mi suéter y me quedo mirando el espacio. Es acogedor. Festivo. Casi cursi... y eso es exactamente lo que se siente correcto.

Y de repente, vuelvo a las palabras de Valerie.

Estás obsesionada.

Aprieto los labios, no quiero admitirlo, pero entonces mis pensamientos se permiten divagar.

¿Y si tuviera razón?

Solo por un momento.

Cierro los ojos y lo veo: Ethan apareciendo en mi oficina, esta vez no con esa sonrisa arrogante, sino con esa mirada que tenía en Aspen: ardiente, exigente, como si solo existiéramos nosotros dos. Me imagino cómo cierra la puerta detrás de sí, cómo se acerca a mí, sin palabras, sin reglas. Cómo su mano me rodea el cuello, cómo su aliento forma mi nombre.

Mi corazón late más rápido. Me imagino cómo podríamos encontrarnos en secreto en una de las salas de conferencias, después del horario de trabajo, cuando las luces de la ciudad proyectan nuestras sombras en las paredes de cristal. Cómo me apoyo en la mesa, mientras él...

Abro los ojos de golpe, me pongo de pie de un salto como si pudiera espantar mis propios pensamientos. —Oh, no. Así no.

Pero la imagen permanece. Se me pega como el polvillo de brillantina que nunca te puedes quitar.

Vuelvo a hundirme en el sofá, me cubro la cara con las manos y me río histéricamente. —Val tiene razón. Estoy perdida.

El resto de la noche se vuelve borroso. Pongo a sonar una vieja lista de reproducción navideña, como unas galletas que en realidad quería guardar para más tarde e intento no volver a sumergirme en fantasías. Pero cada vez que cierro los ojos, aparecen unos ojos verdes.

Sus ojos.

La mañana siguiente me devuelve a la realidad de forma brutal.

Entro al edificio de oficinas con un vaso de café en la mano, el viento me ha despeinado el cabello, mis guantes han desaparecido en algún lugar del caos de mi departamento. Me convenzo a mí misma: *Solo un día de trabajo. Todo como siempre.*

Pero cuando llego a mi piso, él está ahí. Ethan. En traje, impecable, como siempre. Está de pie frente a mi oficina, hablando con Diane, y su sola presencia es suficiente para que se me ablanden las rodillas.

Entonces se vuelve hacia mí.

Una sonrisa, pero no la de mis sueños. No la de Aspen. Sino esa sonrisa profesional, segura de sí misma, superior, que me deja claro de inmediato: aquí no está el hombre con el que pasé una noche en las montañas. Aquí está el CEO.

—Anderson —dice secamente—. Llega tarde.

Abro la boca, quiero decir algo, pero no me sale nada.

Me mira como si ya hubiera ganado. —Venga. Tenemos mucho que hacer.

Y así, mis sueños se revientan como pompas de jabón.

Capítulo 17

~ Ethan ~

Mi departamento me recibe con esa clase de silencio que se puede comprar: atenuado, impecable, caro. El elevador se abre directamente a la sala, que se despliega ante mí como una galería: mucho cristal, mucho espacio, poca casualidad. Pisos de parqué oscuro, estanterías hechas a medida, arte que expresa más postura que emoción. Detrás del ventanal se extiende Manhattan: una alfombra de luces que llega hasta el río.

Cuelgo el abrigo en el perchero, doy un par de pasos y me detengo. Algo no está bien. Algo... brilla.

En la esquina donde normalmente solo se alza la escultura de piedra negra pulida, se eleva un árbol. Alto, esbelto, casi arquitectónico. Luces blancas, esferas de un dorado mate, un puñado de gotas de cristal distribuidas con tal precisión como si alguien hubiera decorado con una regla. Sin colores de caramelo, sin rojo, sin cursilerías. Y, sin embargo: un árbol de Navidad. En mi sala.

—¿Clara? —Mi voz se proyecta bien en esta habitación, construida para voces que se hacen escuchar.

Aparece en el umbral de la cocina, impecable como siempre, con el delantal liso y una sonrisa cautelosa—. Buenas noches, Mr. Blackwell.

Señalo el árbol—. Esto es nuevo.

—Pensé —dice, sin justificarse— que un poco de la temporada le vendría bien al espacio. Algo cálido. No demasiado. —Señala con la barbilla hacia la ventana. Solo entonces noto las delgadas guirnaldas de luces que ha colocado a lo largo de las cortinas; un resplandor cálido que hace que el cristal parezca menos duro. Sobre la mesa de centro hay un cuenco sencillo de madera clara, lleno de piñas y rodajas de naranja secas. Ni un estallido de velas aromáticas, ni una avalancha de guirnaldas. Sutil. Intencionado.

Mi primer impulso es mandarlo a quitar. No porque esté mal hecho —Clara acierta con mi gusto de forma alarmante—, sino porque la Navidad siempre parece una interrupción. Los proyectos

no conocen de temporadas. Los tratos se cierran, o no se cierran. La ciudad trabaja, sin importar lo que diga el calendario.

—Tiene buen gusto —digo finalmente, yendo hacia el árbol y deslizando un dedo sobre una de las gotas de cristal. Fría. Perfecta.

—Gracias, Sir. —No hace ningún movimiento para defender el arreglo, simplemente espera. Esa es su fortaleza: presenta y luego guarda silencio. La decisión es mía.

Respiro hondo. Y en mi mente veo a Luke aquí parado. Cómo arrugaría la nariz y luego sonreiría, mientras la nariz de reno parpadeante de su suéter compite con las luces blancas. Cómo gritaría: «¡Tío Ethan, es más alto que yo!», como si ese fuera todo el sentido de un árbol. Cómo preguntaría dónde están las galletas y si podemos poner más luces, «para que el árbol también gane desde afuera».

Algo cambia. La resistencia, el reflejo de mantener todo limpio y controlable, pierde peso.

—Déjelo así —digo—. Luke vendrá pronto. Le va a gustar.

Clara asiente casi imperceptiblemente; el suspiro de alivio es más una sensación que un sonido—. Además, he horneado unas galletas sin mantequilla. Su hermana dijo que le sientan mejor.

Por supuesto que habló con Daisy. Por supuesto que recordó lo que a Luke le sienta bien. Para eso le pago. Y también no. —Tenga algunas listas —replico—. Y mañana consiga un segundo juego de luces. Para su habitación.

—Por supuesto.

Desaparece en la cocina. Me quedo a solas con el árbol y la ciudad, y hago un recorrido. Costumbre. Control a través del movimiento.

En el estudio, ha colgado una delgada corona en el interior de la puerta: ramas de olivo, eucalipto, apenas algo de pino. Sin cinta. Bien. En el aparador del pasillo hay una hilera de velas gruesas y blancas en un candelabro de metal; sin encender, como me gusta. En la cocina, un cuenco de clementinas junto a una taza de porcelana para expreso. Detalles. Esmero. Una silenciosa súplica de calidez, sin alterar las líneas.

Me detengo frente al árbol y lo observo como si fuera un proyecto. Equilibrio, distancias, ritmo. Mi mirada se fija en una esfera que cuelga un matiz demasiado bajo. Levanto la mano para corregirla... y la dejo caer. Déjala. Luke la descubrirá, seguro, y la «salvará» con la solemne seriedad de un niño de seis años. Necesita oportunidades para hacer algo «bien». Y yo, probablemente, también. —Clara —llamo, sin apartar la vista—, ¿está asegurado el árbol?

—Con un gancho en la moldura y un alambre fino —responde desde la cocina—. No se caerá, Sir.

—Bien. Gracias.

Me acerco al ventanal. La ciudad pulsa, como si alguien hubiera instalado una máquina bajo el asfalto que nunca se detiene. Los taxis dibujan hilos luminosos, los semáforos marcan el ritmo del tráfico, sobre una calle lateral cuelga una estrella descomunal hecha de luces. Allá, a lo lejos, puedo distinguir la pista de hielo como un disco reluciente. Me imagino que intuyo la música, aunque aquí arriba no existe. Quizás sea el recuerdo.

El recuerdo es más simple que todo lo que mi vida se volvió después: aire brillante, aliento frío, manos pequeñas dentro de mis guantes. «¡Otra vez, tío Ethan!». Y esa sensación de que, por dos horas, el mundo es muy pequeño y, al mismo tiempo, completamente suficiente.

Mi celular vibra. Daisy. Una foto. Luke posando frente a un árbol ridículamente grande, que obviamente está en algún centro comercial, con una taza de chocolate caliente y un bigote de crema. *Le está diciendo a todo el mundo que su tío tiene el mejor árbol de la ciudad. No me dejes mal,* escribe.

Siento cómo una sonrisa se me escapa por la cara. No la amable que tranquiliza a los colegas. Una de verdad. *No se decepcionará*, tecleo de vuelta. *Dile: las luces están encendidas.*

—¿Quiere que encienda las velas esta noche? —Clara ha vuelto, con una caja de metal en la mano; las galletas, supongo.

—No todas —digo—. Dos son suficientes. Y las luces de las cortinas... déjelas encendidas una hora, luego ponga el temporizador.

Asiente—. ¿Desea cenar? ¿O solo una copa de vino?

Miro el árbol, la ciudad, y de vuelta a ella—. Vino. Y dos de esas galletas para probar. El resto es para Luke.

—Naturalmente. —Se va. Yo me quedo.

Es sorprendente lo poco que se necesita para que un espacio respire de otra manera. Un árbol. Unas cuantas luces. Un cuenco con piñas. Para otros, es algo natural; para mí, es una decisión consciente. No eficiencia, sino intención.

Me siento en el borde del sofá, con la copa en la mano. El vino es oscuro y tranquilo, combina con la ciudad, con la madera, incluso con este árbol absurdo que es obstinadamente lo contrario a todo lo que pienso sobre mi hogar; y, sin embargo, se siente correcto.

Mis pensamientos quieren seguir adelante, porque están acostumbrados: al plan de reuniones de mañana, a las cifras, al proyecto que tiene a todos nerviosos. Y sí... a ella. Un reflejo: un rostro, ojos de un azul luminoso, una mezcla de desafío y ambición. Kelly en una sala llena de gente que está segura de tener la razón. Kelly, que a pesar de todo, habla.

No dejo que el pensamiento termine su curso. No ahora. No aquí, donde las líneas se han suavizado y el espacio huele a naranja y pino. Hoy, esto le pertenece a Luke. Y quizás, contra todo pronóstico, una pequeña parte me pertenece también a mí.

—¿Mr. Blackwell? —Clara pone la bandeja en la mesa baja: la copa, dos galletas, una servilleta delgada—. ¿Le gustaría que mañana por la mañana consiguiera el arbolito para la habitación de huéspedes? Algo que él pueda decorar.

Dudo un segundo y ya puedo oír a Luke decir: «Ese es *mi* árbol». Asiento—. Sí. Uno pequeño. Esferas sencillas. Y... —hago una pausa, sintiendo lo absurda que suena la palabra en mi boca—... bastones de caramelo.

Clara sonríe, esta vez sin cautela—. Por supuesto.

Cuando se ha ido de nuevo, tomo una de las galletas y la parto por la mitad. Migas, mantequilla, vainilla. Sabe a algo que antes era natural y que en algún momento ya no tuvo cabida. Como lentamente, observando cómo el árbol proyecta su luz tenue en la habitación.

Dejo la esfera que cuelga demasiado bajo donde está. Y la gota que está mínimamente torcida. No le hace nada al espacio. No me hace nada a mí. También se pueden dejar las cosas sin corregir a propósito. Para alguien. Para después. Tomo un sorbo de vino, respiro hondo y siento cómo el silencio es menos clínico. Comprado, todavía, sí. Pero hoy pagado con intereses. A Luke le va a gustar el árbol. Contará las luces, moverá las esferas, descubrirá el alambre en el tronco, extenderá su suéter sobre él y fingirá que lo ha vuelto invisible. Dejará migas de galleta en el parqué y Clara fingirá no entender cómo llegaron allí. Y yo... lo soportaré. Quizás incluso lo extrañe cuando se haya ido.

—Temporizador a dos horas —digo en voz baja, me levanto y programo la escena en el panel junto a la puerta. Las luces de las cortinas ahora saben cuándo apagarse. El árbol no. Se queda hasta que Luke diga que está «listo». Apago la iluminación del techo. La habitación cambia a un dorado cálido. Manhattan me guiña un ojo de vuelta. Y por primera vez en mucho tiempo, mi departamento no se siente solo como una dirección, sino como un lugar.

El resto puede volver a ser tan frío como quiera mañana. Hoy, dejo las luces colgadas. Por Luke. Y —no me gusta admitirlo— por mí.

Lunes por la mañana. Normalmente se siente como un nuevo pistoletazo de salida: reuniones, cifras, listas interminables. Hoy casi tropiezo con... una guirnalda de luces.

No literalmente, claro. Pero las luces cuelgan en la pared de cristal de la recepción del piso 50, donde Diane dirige su pequeño reino. Blancas, sutiles, ordenadas. Seguro que las colgó ella misma.

—Buenos días, Mr. Blackwell —dice ella y me entrega, como siempre, una pila de carpetas. Pero su mirada se desvía hacia mí, como para comprobar si voy a decir algo. Si la voy a regañar por haber convertido mi oficina en un salón de suburbio.

Observo las luces un momento. Se reflejan en el cristal, proyectando un suave brillo sobre la superficie pulida. Normalmente,

lo habría rechazado en un segundo, habría dicho «¡Quítelas!». Así de simple.

¿Pero hoy? Asiento lentamente. —De hecho... no nos vendría mal un poco más de esto aquí arriba.

Diane parpadea. Sus manos se detienen a mitad de movimiento. —¿Más...? ¿Más luces?

—No solo luces. —Me quito el abrigo y me lo echo sobre el brazo —. Un árbol. Discreto, pero grande. Y quizás un par de coronas. Nada recargado. Sencillo. De buen gusto.

Me mira fijamente, como si acabara de proponer convertir todo el lugar en una feria. —Mr. Blackwell, si mal no recuerdo, hace dos años mandó a casa a la empleada de Recursos Humanos porque llevaba un suéter de reno con luces intermitentes.

—Parpadeaba —replico secamente—. Esto no debe parpadear.

Sus labios se contraen. Casi una sonrisa. Casi. Sabe muy bien que no debe reírse de mí. Pero hay un destello en sus ojos. —Así que... festivo. Discreto. Pero festivo.

Asiento. —Exacto.

Coloca las carpetas sobre la mesa, como si se le hubiera olvidado cómo se dejan los documentos. —Anotado. —Se aclara la garganta —. ¿Y... algo más?

Respiro hondo. En realidad, quería posponer este tema. Pero desde que vi a Luke persiguiéndose por la pista de hielo, la idea no se me va de la cabeza.

—La fiesta de Navidad.

—Por supuesto. —Abre su tableta de inmediato, el automatismo de una asistente que sabe lo que viene—. Como cada año: usted con la junta directiva en el «Blue Note». Cena de seis platos, maridaje, pequeños obsequios.

—Este año no.

Levanta la cabeza. —¿No?

—Quiero que esté todo el personal.

—¿Todo el...? —Vuelve a parpadear—. O sea... quiere decir...

—Todos. —Me apoyo en la mesa—. Asistentes, consultores, secretarias. Todos los que trabajan aquí. Sin niveles separados. Una fiesta. Juntos.

Cierra la tableta de nuevo, como si tuviera que asegurarse de que no se lo está imaginando. —Disculpe, Sir, pero... usted odia las fiestas de Navidad.

—Odio el teatro ineficiente —corrijo—. Un montón de gente sobrecargada de trabajo, forzada a beber ponche en salones de hotel baratos y a fingir que son una familia. Eso no le sirve a nadie.

—¿Y de qué sirve si...?

—Si se hace bien. —Me doy cuenta de que me estoy entusiasmando demasiado. Pero la idea es clara—. No necesitamos un espectáculo, necesitamos... un recuerdo. Algo que perdure. Patinaje sobre hielo, por ejemplo.

Sus ojos se abren de par en par. —¿Patinaje sobre hielo?

—Sí. —La miro directamente—. Alquile una pista. Exclusiva. Sin multitudes. Y también chocolate caliente, vino caliente, lo que sea. Botanas. Dulces y saladas. Música. Una noche para recordar.

Ahora sí que se le queda la boca entreabierta. Diane, la inalterable, la que me ha acompañado durante años. —¿Usted... de verdad quiere...?

—Sí. —Me cruzo de brazos—. Hágalo bien. Pero eficiente. Sin disfraces ridículos, sin un Papá Noel repartiendo regalos. Calidad. Algo que todos puedan disfrutar.

Abre su tableta de nuevo, lentamente, como si se hubiera convertido en un milagro. —Entonces... una verdadera fiesta.

—Una verdadera fiesta. —Asiento—. Y esta vez, asistiré.

Casi se le cae el lápiz. —¿Usted... asistirá?

—Por supuesto.

Por un momento, reina el silencio. Solo el suave tictac del reloj en la pared.

Luego sacude la cabeza, apenas perceptiblemente, y murmura: —Los milagros existen.

Enarco una ceja. —¿Dijo algo?—No, Sir. —Su mirada vuelve a ser estricta, profesional. Pero sus labios la delatan. Un toque de diversión imposible de reprimir.

—Bien. —Me enderezo, tomo la primera carpeta de la pila—. Y ahora... empecemos. Tenemos mucho que hacer hasta que su programa «festivo» esté listo.

Ella anota frenéticamente, murmura algo sobre «encontrar pista, catering, música» y sale de la oficina casi a toda prisa.

La puerta se cierra. Diane desaparece y por un momento solo queda el eco de sus pasos. La sigo con la mirada mientras avanza por el pasillo e iba a volver a mi escritorio, cuando mi atención se desvía hacia otra cosa.

O mejor dicho: hacia alguien.

Kelly.

Acaba de entrar a su oficina, un piso más abajo, visible a través del frente de cristal por el que nuestro departamento se asoma a la ciudad como un escaparate. Cree que nadie la ve, cuando deja caer el bolso sobre la silla y se detiene un momento, con los hombros pesados por el cansancio.

Pero yo la veo.

Y sé que, si no hago algo ahora, todo se quedará de nuevo en insinuaciones. En sus dudas. En mi silencio.Así que me levanto, presiono la manija y recorro el corto camino hasta su oficina. Mis pasos resuenan en el pasillo y veo cómo levanta la cabeza.

—Anderson —digo, como si fuera lo más natural del mundo. Mi voz es tranquila, seca, profesional—. Llega tarde.

Sus labios se abren, como si quisiera protestar. No sale ni un sonido de su boca.

Enarco una ceja y la miro hasta que se sonroja. Conozco esa mirada: dice que cree que ya ha perdido, incluso antes de que empiece el juego.

—Venga —añado, sin dejarle opción—. Tenemos mucho que hacer.

Obedece, recoge apresuradamente unos documentos que apenas necesita y me sigue a mi oficina. El espacio es grande, luminoso, todo en su sitio: cristal, madera, acero, líneas claras. Mi mundo. No el suyo.

Cierro la puerta y le señalo la silla de enfrente. Se sienta, con las piernas cruzadas pero nerviosa, sus manos se aferran a la carpeta.

Tomo asiento, me echo hacia atrás y dejo que mi mirada la recorra. Ella se da cuenta, se le nota; cómo se prepara por dentro, como si tuviera que demostrar que pertenece a este lugar.

—Ahora forma parte de mi equipo directo —comienzo, tranquilo, profesional—. Eso significa que espero que entregue resultados más rápido que los demás. Que trabaje con más precisión. Y que entienda lo que necesito antes de que lo pida.

Frunce el ceño, sus labios se aprietan. —Entendido —dice en voz baja.

Me inclino un poco hacia adelante. —No, Anderson. No quiero un «entendido». Quiero resultados. ¿Claro?

—Claro —repite ella, esta vez con más firmeza.

Me echo hacia atrás, observándola de nuevo. Una parte de mí disfruta esto: verla titubear entre la inseguridad y el desafío. Otra parte... guarda silencio.

Porque en esta habitación, en esta mujer, hay algo que me transporta al pasado. Tres semanas. Aspen. Nieve en su pelo. Sus labios sobre los míos.Abro la boca, quiero decir algo. *En aquel entonces. Allá. ¿Te acuerdas?*

Pero ella es más rápida. —Entonces... lo que yo todavía... eh...

Se interrumpe. Y sé que ella también quería mencionarlo. Está entre nosotros, como electricidad en el aire, a punto de descargarse.

Pero el trabajo es el puerto seguro. Así que me aferro a él. —Diane le dará los documentos.

Ella asiente, con demasiada vehemencia, como si quisiera borrar todo lo demás. —De acuerdo.

Llaman a la puerta.

—Adelante —digo, más bruscamente de lo necesario.

Diane asoma la cabeza, con una pila de expedientes en la mano. —Disculpe, Mr. Blackwell. Pero la reunión con el consejo de supervisión se adelantó. Tendría que ir inmediatamente...

—Bien. —Asiento, tomo los expedientes y los pongo sobre la mesa. Diane le lanza una mirada curiosa a Kelly y luego se retira.Me levanto, voy hacia la puerta y me detengo un momento. Kelly me mira como si quisiera decir algo. Preguntar. Exigir.

Le sostengo la mirada, siento de nuevo esa atracción que casi me descontrola. Y, sin embargo, solo digo: —Ya sabe lo que tiene que hacer.

Luego salgo de la habitación.

Lo que no se dijo queda atrás. Entre nosotros.
Esperando.

Capítulo 18

~ Kelly ~

Qué imbécil. Miro fijamente la puerta que se cerró de golpe tras él, como si pudiera explicarme cómo puede existir una persona así. Incluso su forma de salir de la habitación —como si el maldito mundo entero fuera suyo— grita «imbécil».

Me recliné, respiré hondo y negué con la cabeza. —Increíble —mi voz resonó suavemente en la enorme oficina, donde me sentía diminuta—. Absolutamente. Increíble.

O sea, ¿a qué vino todo eso? Primero me hace llamar a su oficina delante de todo el mundo, solo para después mirarme con aires de superioridad, como si fuera una pasante que ni siquiera sabe sacarle punta a sus lápices. Y luego esa voz. Ese *claro, Anderson*, como si tuviera que recordarme cada mañana que él es Dios en persona y yo solo una nota al pie de página en su biblia.

Solté el aire, abrí la carpeta de golpe y miré los documentos. Palabras, números, gráficos... nada de eso tenía sentido en ese momento. Porque, en lugar de concentrarme en lo que debería estar haciendo —mi trabajo, mi nuevo e increíblemente estresante trabajo —, mi cabeza seguía atrapada en Aspen.

Sus ojos. Verdes. Intensos. La forma en que me miraron antes. Por un instante diminuto y ridículo, hubo algo. Lo sentí. Él también. Hubo ese... tic, como si quisiera decir algo. Igual que yo.

Y entonces, *¡tachán!*, Diane con sus interminables carpetas. Se acabó el show, fin, gracias, eso fue todo.

Apoyé las palmas de las manos sobre la mesa y dejé caer la cabeza. *Habríamos dicho algo, ¿verdad?* Seguro. Lo habríamos hablado. La noche, la mañana siguiente, todo. Quizás nos habríamos reído, quizás habríamos discutido. Algo. En cambio, estamos aquí sentados, fingiendo que nunca pasó nada. Como si no nos hubiéramos devorado el uno al otro, como si no estuviera pensando cada maldito segundo en cómo me... entonces...

—Basta —lo dije en voz alta, como si pudiera asustar a mis pensamientos—. Basta, Kelly.

Me obligué a mirar de nuevo los documentos. Un proyecto. Alianzas estratégicas. Fechas límite, cifras, prioridades. Exactamente lo que se supone que se me da tan bien. Quería demostrar que no estaba sentada en esta oficina solo por él. Que tenía lo necesario.

Así que: concéntrate. Trabaja. Sálvate el pellejo.

Tomé el bolígrafo, marqué, anoté, escribí listas de tareas pendientes. Y sí, por unos minutos, funcionó. Me metí de lleno. Tecleé, calculé, pensé. Hasta que el siguiente pensamiento sobre él regresó como una molesta ventana emergente. Su mirada cuando dijo antes: «Sabe lo que tiene que hacer». Esa pequeña y arrogante contracción en las comisuras de sus labios. Y mi corazón, que se desbocó de inmediato, aunque mi cabeza gritaba: *¡Ódialo! ¡Ahora mismo!*

—¿Qué demonios quiere de mí? —murmuré.

Ninguna respuesta. Solo las carpetas silenciosas, impecablemente apiladas, mirándome como si quisieran decir: *No estás aquí por Aspen, estás aquí por trabajo.*

Y quizás tenían razón. Quizás necesitaba empezar a creérmelo de una vez. O me perdería por completo.

Así que me obligué a fruncir el ceño, como si solo estuviera molesta por los documentos. Fingí que Ethan Blackwell no era más que un Boss fastidioso. Y no... lo que sea que fuera.

El reloj de la pared marcaba un poco más de las nueve. Nueve de la noche. Sentía los ojos como si alguien me hubiera echado arena en ellos y mi espalda protestaba con cada respiración. Pero las carpetas seguían amontonadas como un pequeño ejército sobre mi escritorio, y sabía que, si me rendía ahora, si dejaba aunque fuera una sola pila, mañana me ahogaría.

Así que me quedé.

Los pasillos estaban en silencio desde hacía mucho. Ni voces, ni risas, ni siquiera el tecleo de los teclados. La mayoría se había ido a las seis, algunos de los más aplicados aguantaron hasta las siete y media. Ahora solo quedaba yo.

Bueno. Y él.

Ethan.

Porque si levantaba la vista del escritorio y miraba a través del frente de cristal hacia la oficina de planta abierta, veía una luz encendida al final del todo. Su oficina. Esa esquina imponente desde la que nos vigilaba a todos. Así que él también seguía aquí.

Claro que sí. Mr. Workaholic en persona.

Suspiré, me masajeé las sienes y dejé caer el bolígrafo. Me concedí una pequeña pausa por un segundo, me recliné y eché la cabeza hacia atrás.

Y ahí estaban de nuevo: las palabras de Val.

—Un romance de oficina candente, Kelly. Imagínatelo. El cuarto de las fotocopiadoras, él entra, tú contra la pared, ¡zas!, la blusa vuela...

Se me escapó una risa que se desvaneció de inmediato en la habitación. ¿Pero mi cabeza? Mi cabeza proyectó las imágenes al instante. Yo, sentada aquí en este escritorio y él entrando, poniendo sus grandes manos sobre mis hombros, levantándome. Su boca en mi cuello, su mirada tan verde oscuro que me derretía.

Cerré los ojos. Lo permití por un momento. Por cinco segundos. Diez, quizás. Sus manos, sus labios, mi respiración acelerándose.

Y entonces...

Un carraspeo profundo.

Abrí los ojos de golpe.

Ahí. Justo delante de mí.

Ethan.

En el umbral de la puerta. Alto, oscuro, insultantemente guapo. Su mirada fija en mí, como si hubiera visto exactamente dónde estaban mis pensamientos en ese momento.

Mi corazón se saltó un latido. O dos. Quizás cinco.

—Todavía está aquí —dijo, su voz profunda y serena. No era una pregunta. Una constatación.

Me enderecé deprisa, acerqué la silla a la mesa como si eso pudiera salvarme. —Yo... sí. Las carpetas. Quería terminarlas.

Entró, lento, controlado. Ningún ruido, excepto el de sus zapatos sobre el parqué. Sentí cómo se me cerraba la garganta. —Todos los

demás se han ido hace mucho —sus ojos recorrieron mi escritorio, las pilas, a mí.

—No... no quería que pareciera que no puedo con el trabajo —mi voz sonó demasiado aguda, demasiado apresurada. Lo odié. Sonaba como una colegiala disculpándose.

Se detuvo, justo delante de mi escritorio. Alto. Cerca. Abrumador.

—No lo parece —dijo finalmente. Tranquilo. Frío—. Parece ambición. Alguien que quiere demostrar que pertenece a este lugar.

Abrí la boca para responder algo, pero las palabras se quedaron pegadas en mi garganta.

Me estudió con la mirada, como si quisiera memorizar cada gesto de mi rostro. Y volví a sentir esa corriente entre nosotros. El recuerdo de Aspen, el aire chispeando como si ambos estuviéramos pensando en la misma noche en el mismo instante.

—Anderson —dice en voz baja, casi con suavidad—, debería aprender cuándo es suficiente.

Mi corazón martillea. Asiento, pero siento que voy a estallar en cualquier momento. A preguntar. A exigir. Por qué se fue en ese entonces. Por qué ahora actúa como si no hubiera pasado nada.

Mi corazón da un vuelco cuando no se va.

Se queda parado justo frente a mi escritorio, alto, imponente, como si hubiera llenado toda la oficina con su sola presencia. Sus ojos no me sueltan. Ese verde profundo que ya me había vuelto loca en Aspen.

—Debería irse a casa, Anderson —dice. Su voz es profunda, tranquila, peligrosa.

Me obligo a levantar la vista. —Quizá solo hago lo que usted espera.

Un músculo en su mandíbula se contrae. Y entonces, da un paso hacia mí. Otro más.

Yo también me levanto, sin querer. Mi cuerpo reacciona más rápido que mi mente. Mi respiración se acelera, mis manos tiemblan mientras las apoyo en el borde del escritorio.

—Ethan...

Su nombre se me escapa antes de que pueda contenerlo.

Y con eso basta.

Me agarra del brazo, me atrae hacia él y al segundo siguiente sus labios están sobre los míos. Duros. Calientes. Exigentes. Sin vacilación, sin juegos. Es como si ambos hubiéramos estado esperando este momento durante tres semanas.

Dejo escapar un sonido bajo, en algún punto entre la sorpresa y el hambre. Mis manos se aferran a su camisa, atrayéndolo más cerca, como si así pudiera retenerlo para que no vuelva a desaparecer.

Él me besa como si quisiera poseerme. Y yo le devuelvo el beso como si quisiera desafiarlo.

Sus manos se deslizan por mi cintura, firmes, controladoras. Mi espalda choca contra el borde del escritorio, unos documentos caen al suelo con un ruido sordo. No importa. Nada importa.

Mi cabeza grita: *Para, es tu Boss.*

Mi corazón grita: *Sigue, ahora mismo.*

¿Y mi cuerpo? Mi cuerpo ya decidió hace mucho.

Su boca sobre la mía, dura, codiciosa, y yo cedo, de inmediato, como si mi cuerpo solo hubiera estado esperando esa señal. Lo saboreo, caliente y exigente, y todo dentro de mí explota.

Sus manos me abren el blazer, sus dedos encuentran de inmediato el borde de mi blusa. Dejo escapar un jadeo cuando me la quita por la cabeza, como si estuviéramos de nuevo en Aspen: sin vacilación, sin vergüenza, solo deseo puro y duro.

—Llevo tanto tiempo queriendo hacer esto —jadea, sus labios descienden por mi cuello, mordiendo, succionando. Echo la cabeza hacia atrás, apoyándome a medias en el escritorio mientras él me presiona contra su cuerpo.

Lo odio. Lo deseo. Lo necesito.

—Más rápido —susurro con voz ronca, mis dedos en su cinturón. Tiro de la hebilla mientras él sube la costura de mi falda, ávido, brusco.

Cuando por fin me penetra, profundo, duro, jadeo con fuerza. Todo mi cuerpo se arquea contra él, mi escritorio cruje, las hojas vuelan y estoy a su merced... y lo quiero exactamente así.

Cada embestida es como un golpe contra la tensión acumulada durante semanas, cada gemido una confesión que nunca hemos

pronunciado. Me aferro a él, rasguño su espalda mientras él me toma una y otra vez, más duro, más rápido.

—Dime que me deseas —apremia contra mi oído.

—Te deseo —jadeo, y es la pura verdad—. Maldita sea, te deseo.

Y en ese momento, todo da igual: el trabajo, las reglas, el odio. Lo único que cuenta es él, profundo dentro de mí, y el orgasmo que me arrastra como una tormenta mientras él me lleva consigo.

Su embestida es tan profunda que me deja sin aliento. Grito, incapaz de contenerme. Me importa una mierda si alguien todavía tiene una luz encendida en el pasillo; en este momento solo cuenta él, su cuerpo duro embistiéndome contra el escritorio.

Los papeles revolotean hasta el suelo, mi computadora casi se cae, pero él me sujeta con fuerza, tanta fuerza que me duelen los muslos. —Estás tan jodidamente apretada —gruñe en mi cuello, mordiendo bruscamente mi piel, y siento cómo todo mi cuerpo solo quiere ir a su encuentro.

—Más duro —fuerzo la voz, mis uñas se clavan en sus hombros hasta que él gime—. ¡Fóllame más duro!

Se ríe entre jadeos, me agarra las caderas y me embiste como si quisiera castigarme. Cada golpe da justo donde yo estoy a punto de explotar. Mis piernas lo rodean, mis talones martillean contra sus muslos mientras me entrego a él por completo.

—Maldita sea, eres adicta a mí —sisea, su mirada oscura mientras gotas de sudor le recorren la frente.

—Cállate la puta boca y sigue —gimo, y mi voz se quiebra de placer.

Me agarra del pelo, me echa la cabeza hacia atrás, obligándome a mirarlo mientras sigue follando sin piedad. Esa sonrisa arrogante en sus labios, ese saber que me tiene justo donde quiere... y me encanta.

—Dilo —ordena entre embestidas—. Di que lo extrañabas.

—Sí... —jadeo, apenas capaz de formar palabras—. Lo extrañaba... maldita sea, lo extrañaba tanto.

Eso solo hace que se ponga aún más duro. Me levanta, me acomoda bien en el borde del escritorio, me atrae hacia él de un

tirón, empujando aún más profundo. Grito, todo mi cuerpo tiembla, el mundo se desdibuja mientras me aferro a él.

El dorso de su mano golpea mi pecho, me aparta el sostén de un tirón y succiona con brusquedad mi pezón. Me retuerzo, semidesnuda, sudada, completamente a su merced mientras él me embiste sin parar.

—Así te follé en Aspen —sisea con voz ronca—. Y gritabas, igual que ahora.

—¡Sí! ¡Oh, Dios, sí! —Me vengo, con violencia, convulsionando, todo mi cuerpo pulsa mientras él sigue tomándome hasta que el orgasmo me desgarra. Caigo a medias sobre el escritorio, jadeando, sudando, mientras él, con embestidas rápidas y profundas, me lleva con él una vez más.

Él se viene con un gruñido profundo, casi tirándome del escritorio en el proceso, pero me sujeta con fuerza, como si no quisiera soltarme. Su aliento caliente roza mi cuello, sus manos sujetan mis caderas como tornillos de banco mientras termina de venirse dentro de mí, temblando.

Por un momento todo queda en silencio, solo el sonido de nuestras respiraciones llena la habitación. Mi corazón se acelera, mi cuerpo tiembla, y aun así sonrío tumbada medio desnuda sobre el escritorio.

—Nunca debimos haber repetido esto —digo sin aliento, y al mismo tiempo siento que, sin duda alguna, lo volveremos a hacer.

Mi respiración es entrecortada, mi corazón martillea como si quisiera reventarme el pecho. Durante unos segundos, quizás minutos, no soy más que un amasijo sudoroso y tembloroso que apenas puede asimilar lo que acaba de pasar.

Parpadeo en la oscuridad de la oficina, iluminada solo por el tenue resplandor de la lámpara del escritorio. Hay documentos esparcidos por el suelo, una silla está fuera de lugar, la mesa debajo de mí todavía está tibia por el calor de nuestros cuerpos.

Y yo. Yo estoy sentada aquí. Mi piel arde, mis labios me queman, mi garganta está ronca por los sonidos que se me escaparon.

Sonidos que nunca, jamás en la vida, habría hecho si hubiera conservado una pizca de control.

—Mierda —murmuro, apenas audible.

Las imágenes vuelven de golpe. Cómo lo animé. Cómo dije palabras que ni en mis fantasías más salvajes me hubiera atrevido a pensar. Yo, la que siempre tiene el control. Yo, la sensata, la responsable.

Y, sin embargo, le supliqué. Sin inhibiciones, salvajemente, como si fuera otra mujer.

La adrenalina que hace un momento corría como fuego por mis venas se transforma en un calor que quema. No del bueno. Del vergonzoso.

Apasionadamente, bajo las piernas de la mesa y me deslizo al suelo. Me tiemblan las rodillas mientras agarro mis cosas. Mi ropa, arrugada, en algún lugar entre la silla y el piso. Mis zapatos, con un tacón torcido, como si él los hubiera apartado sin cuidado.

Me pongo la ropa, temblando, sudando. Mis dedos están torpes, como si ya no me pertenecieran. Tengo el pelo revuelto sobre la cara, el rímel corrido. Seguro que parezco una mujer que se reconoce al instante: *Walk of Shame, nivel oficina del CEO.*

Ethan sigue ahí. Frente al escritorio. Me mira. Intensamente, de forma insondable, con esa mirada que podría volver a encenderme en llamas si yo lo permitiera.

Pero no le sostengo la mirada. No puedo. No ahora.

—Tengo que... tengo que irme —mascullo, demasiado deprisa.

Su mirada se estrecha, como si quisiera decir algo, detenerme, darme algo. Pero yo ya me doy la vuelta, agarro mi bolso y meto unos documentos sin mucho esmero.

Y entonces me voy.

Así, sin más. Sin un gracias. Sin una explicación. Sin decir una palabra más.

Siento su mirada en mi espalda mientras abro la puerta. La siento sobre mi piel mientras corro por el pasillo oscuro. La sigo

sintiendo mientras golpeo el botón del ascensor hasta que las puertas por fin se abren.

Él se queda atrás. Esta vez, soy yo la que se va.

—Oh, Dios; oh, Dios; oh, Dios.

Lo murmuro mientras salgo a tropezones del edificio. Mis tacones resuenan demasiado fuerte sobre el brillante piso del vestíbulo, como si me delataran. El portero de noche levanta una ceja cuando casi me choco contra la puerta giratoria. Asiento con la cabeza, nerviosa, aprieto el bolso contra mí y salgo al frío.

—Oh, Dios.

El aire helado me golpea en la cara, me arde en los pulmones, pero sigo caminando. Mis piernas me llevan, sin rumbo, sin dirección, solo lejos de allí.

Lejos de *él*.

Mis pensamientos se atropellan.

Yo.

Sexo.

Con Ethan Blackwell.

En mi oficina.

Sobre mi maldito escritorio.

—No, no, no —jadeo mientras cruzo una intersección. Un taxi toca la bocina, me sobresalto, casi tropiezo con el borde de la acera. La falda todavía se me pega a la piel, arrugada, torcida, y mi pelo... debo verme como si hubiera salido de una pesadilla.

Le supliqué. Dije cosas que nunca en la vida quise decir. Yo...

—Oh, Dios.

Me detengo, luchando por respirar. A mi alrededor, la ciudad pulsa. Luces, gente, autos. ¿Y yo? Soy una catástrofe andante. El corazón se me acelera, me tiemblan tanto las manos que casi se me cae el celular cuando lo saco del bolso.

¿A quién se supone que debo llamar? ¿A mi madre? Jamás. ¿A Sandra o a Teresa? Por el amor de Dios.

Solo una opción. Val.

Marco su número, pero mis dedos están entumecidos y presiono la tecla equivocada. Maldigo, marco de nuevo, pero entonces alzo la

vista: su edificio. Ya estoy enfrente. No tengo idea de cómo llegué aquí. Mis piernas se pusieron en piloto automático.

—Ok. Bien. Perfecto. Catástrofe.

Entro corriendo, pasando junto al portero, que me lanza una mirada que grita: *¿Y esta qué habrá hecho?*

Presiono el botón del ascensor, golpeándolo como una loca hasta que las puertas se abren.

Arriba. Salgo a tropezones del ascensor, corro por el pasillo y martilleo su puerta.

—¡Val! ¡Abre! ¡Ahora!

No pasan ni cinco segundos. La puerta se abre de golpe y ahí está ella. En pantalones de pijama, con una copa de vino en la mano y el pelo recogido en un moño desordenado.

—¿Kelly? —Sus ojos se abren de par en par—. ¿Qué demonios...?

Entro como una tromba, lanzo el bolso a un rincón y me dejo caer en el sofá. El corazón me martillea, mi respiración es entrecortada.

—Yo... lo hice —exclamo—. Oh, Dios, de verdad lo hice.

Val deja la copa, se acerca a mí y me agarra por los hombros. —¿Qué hiciste? ¿Te atropellaron? ¿Mataste a alguien?

—Peor —jadeo—. Tuve sexo con mi Boss.

Sus ojos se abren como platos. —No.

—Sí —hundo la cara entre mis manos—. En mi oficina. Sobre el escritorio. Val, yo... yo he... ¡ya no era yo! Dije cosas... supliqué, yo... oh, Dios, me muero.

Val suelta una risa chillona que de inmediato se convierte en una risita medio histérica. —Oh. Por. Dios. Eso es... Kelly, eso es...

—¡No es gracioso! —alzo la cabeza, con la voz quebrada—. Fue un error. Un error gigantesco. ¡Es mi Boss! ¡Mi Boss! Yo... ¡no puedo volver a ese lugar!

Val todavía se ríe, ahora agarrándose el estómago mientras yo camino de un lado a otro. —Tuviste sexo con Ethan Blackwell. En tu oficina. Eso no es solo un error, es... es legendario.

—¡Valerie! —la agarro por los brazos, la sacudo—. ¡Estoy acabada! ¡Mi carrera se terminó! Llama a mi antiguo trabajo, por favor, te lo ruego...

—¡Kelly! —me empuja de vuelta al sofá—. Respira. Hondo. Inhala. Exhala.

Boqueo en busca de aire como un pez. —Se acabó. No puedo volver allí. No puedo volver a mirarlo a los ojos.

Val sonríe. —Le viste mucho más que solo los ojos.

—¡VAL!

Estalla en una carcajada, casi se cae. Me aprieto las manos contra la cara y gimo. Mi corazón está desbocado, mi cabeza es un completo caos.

Pánico. Vergüenza. Y muy en el fondo, un parpadeo de algo que no quiero admitir: deseo.

Capítulo 19

~ Ethan ~

La puerta se cierra de golpe, un clic seco que de repente hace que la habitación parezca más grande y vacía.

Me quedo quieto, con las manos aún apoyadas en su escritorio, la respiración entrecortada, como si mi cuerpo necesitara más tiempo que mi cabeza para asimilar lo que acaba de pasar.

Kelly se fue.

Así, sin más. Sin una palabra. Sin una explicación, sin una mirada atrás.

Huyó.

Lentamente me enderezo, me aliso la camisa y miro a mi alrededor en su oficina. El caos habla por sí solo: papeles en el suelo, una silla medio desplazada, su lámpara en un ángulo incorrecto. Es la huella de lo que acabamos de hacer, visible en cada detalle. Y no puedo evitar sonreír.

Fue intenso. Jodidamente intenso.

Fue salvaje, descontrolado, sin inhibiciones.

Y eso es exactamente lo que lo hace tan peligroso.

¿Prohibido? Quizás.

Pero para mí, lo prohibido nunca fue una razón para no hacer algo.

Rodeo el escritorio y me siento en su silla. Todavía huele a ella, un aroma débil, floral, con una nota que se me clava en los sentidos. Me recuesto y reproduzco la escena en mi mente una vez más. Cómo temblaba, no de miedo, sino de deseo. Cómo me susurró al oído lo que quería: más fuerte, más exigente, más voraz de lo que jamás le habría creído capaz.

Esa mujer, que durante el día se muestra correcta y casi excesivamente cautelosa, se transformó en algo completamente diferente en esta oficina.

Y luego... huyó, como si pudiera deshacer lo hecho.

Sonrío para mis adentros. Me divierte, más de lo que debería. Cree en serio que puede escapar, que una salida apresurada lo borra

todo. Pero la vi. Escuché lo que dijo. Sé cuánto se dejó llevar.

Eso fue real. Auténtico.

Y ella también lo sabe.

Tamborileo con los dedos sobre el borde de su escritorio, lenta y rítmicamente. La realidad se abre paso de nuevo entre mis pensamientos.

Lo que hicimos podría crear problemas. No para mí; mi reputación es más estable que cualquier cotización en la bolsa. Soy Ethan Blackwell. Incluso si la prensa se enterara, yo capearía la tormenta. Eso lo aprendí mucho antes de hacerme cargo de esta empresa.

Pero ¿ella? Kelly no tiene armadura. Ni una red que la proteja, ni titulares de los que pueda sobrevivir. Para ella, sería una sentencia de muerte para su carrera. Un solo rumor de pasillo, y quedaría etiquetada: *la mujer que se acuesta con el CEO para ascender.*

Así funciona el juego en esta ciudad.

Y es jodidamente injusto.

Debería terminar con esto. Debería poner un límite, asegurarme de que se recomponga y de que nadie se entere jamás de lo que pasó.

Sin embargo, mientras pienso en eso, surge la siguiente imagen: Kelly, tirando de mí hacia ella, exigiéndome, como si temiera que yo desapareciera si no me mantenía muy cerca.

No. No puedo olvidar eso. No quiero olvidarlo.

Despierta algo en mí que no había planeado.

Y eso es raro.

Estoy acostumbrado a mandar. En reuniones, en negocios, en todo lo que conforma mi vida. La gente hace lo que digo. Las mujeres sonríen cuando las miro. Pero ¿Kelly? Ella no es un caso sencillo. Quiere ser correcta, pasar desapercibida, hacerse pequeña detrás de su escritorio. Pero debajo de esa máscara hay un fuego más grande de lo que jamás admitiría.

Y yo lo encendí.

Me inclino hacia adelante, apoyando los antebrazos en su escritorio.

Sí, fue arriesgado. Sí, podría haber chismes. Pero eso es precisamente lo que lo hace interesante. No es solo una empleada cualquiera. Es un enigma. Una contradicción. Un riesgo que vale la pena.

Y luego está ese último punto: ella se fue. No yo. Ella.

Eso me gusta. La hace impredecible.

Me demostró que tiene miedo de sí misma, y eso me atrae aún más.

Me levanto, vuelvo a colocar la silla en su sitio. Luego recojo los papeles del suelo y los pongo en orden. Borrar las huellas es parte de mi vida. Siempre supe que no se trata solo de tener poder, sino también de camuflarlo para que nadie vea sus sombras.

Pero en mi cabeza, todo sigue siendo caótico. Ella sigue siendo caótica.

Voy hacia la puerta y me detengo un momento, con la mano ya en el pomo. Una parte de mí dice que debería mantener la distancia, ser profesional. Pero sé que no es lo que quiero. Quiero llevarla de nuevo a ese punto en el que lo olvida todo. Quiero ver si se atreve a hacerlo de nuevo.

Y, sobre todo, quiero saber hasta dónde puedo llevarla.

Salgo de su oficina, con mi rostro de nuevo bajo la máscara habitual: neutral, inaccesible, controlado. Nadie que me viera ahora sospecharía lo que acaba de pasar aquí.

Y así es exactamente como debe quedar.

Pero por dentro, ya he tomado una decisión:

Kelly Anderson ya no es solo una de mis empleadas.

Forma parte de mi juego.

Capítulo 20

~ Kelly ~

La cabeza me retumba, mis pensamientos se agolpan y lo único que sé es que así no puedo seguir. Tengo que tomar una decisión. ¿Renunciar? No. De ninguna manera. No pasé por todo esto para ahora tirar la toalla. Eso sería exactamente lo que él esperaría: que huyera, que me diera por vencida, que me escondiera en un rincón mientras él sigue imperturbable como si nada hubiera pasado.

Pero ¿cómo se supone que me siente en esa oficina, y mucho menos que me pare frente a él, si con cada respiro pienso en lo que pasó? ¿En lo que dije?

—¡Kelly, no puedes simplemente renunciar ahora! —Val suena tan convencida que casi quiero creerle. Está parada frente a mí, con una taza humeante de chocolate caliente en la mano, y me la tiende como si el agua azucarada pudiera disolver el caos en mi cabeza—. Piénsalo. Tienes un trabajo con el que otros solo sueñan. ¡Una oficina propia! ¡Ventanas del suelo al techo! Un sueldo que por fin te permite no tener que hacer cuentas cada vez que quieres pedir sushi a domicilio.

Gimo, presionando la frente contra las palmas de mis manos. —Val, yo... con mi Boss... en la oficina... —mi voz se quiebra, como si solo decirlo pudiera hacer que el suelo se abriera y me tragara.

—Sí, lo hiciste. —Se sienta a mi lado en el sofá, me golpea en el costado con el cojín y sonríe demasiado—. ¿Y? ¿Se supone que esté impresionada o envidiosa? Me inclino por ambas.

—¡Valerie! —Me sonrojo tan rápido que casi duele. No necesito un espejo para saber que mi cara le está haciendo la competencia a la decoración navideña que parpadea por todo su apartamento—. Le susurré al oído que él... que él me f... —Ni siquiera puedo decirlo, así que entierro la cara entre las manos—. Ay, Dios, ¿cómo pude...?

—¿Cómo pudiste por fin ser tú misma? —me interrumpe Val, seca—. Llevas semanas sin hablar de otra cosa. Primero Aspen, ahora Nueva York. Te conozco, Kelly. Cuando desconectas la cabeza, sale un montón de pasión.

Gimo más fuerte. —Val, no es gracioso. Es mi trabajo. Mi vida. Si alguien se entera...

—¡Si! —Levanta una mano, como si con eso pudiera espantar todas mis preocupaciones—. Nadie lo vio. Nadie lo oyó. Queda entre ustedes. A menos, claro, que vayas por ahí pregonándolo.

—¡Claro que no! —levanto la cabeza de golpe, mirándola horrorizada—. Solo quiero que... que no exista.

—Demasiado tarde. —Val sorbe con deleite de su popote de malvavisco, mientras el chocolate de su taza se derrama lentamente por el borde—. Eso ya existe. En tu cabeza. En tu cuerpo.

Quiero contradecirla, pero ahí está de nuevo, el pensamiento que me vuelve loca. Su aliento en mi cuello. Sus manos en mis caderas. Lo que dije sin pensar. Aprieto las piernas y maldigo por dentro. Maldita sea.

—¿Ves? —Valerie sonríe—. No tienes que renunciar. Simplemente tienes que... aguantar. Superarlo. Actuar como si nada.

Suelto una risa histérica. —¿Actuar como si nada? Val, él es Ethan Blackwell. El CEO. El hombre que con una mirada hace callar a toda una sala de juntas. ¿Y yo debo simplemente... actuar como si no hubiera... con él?

—Sí. No sería la primera vez. —Se encoge de hombros, como si acabara de recomendarme que probara un nuevo color de labial—. O mejor aún: dale la vuelta a la tortilla. Evítalo. Deja que él dé el siguiente paso. A ver cómo lo maneja.

—No puedo. —Me dejo caer de nuevo en el sofá, con el corazón desbocado—. El próximo proyecto... me obliga a trabajar con él. De cerca. Todos los días. Estaré sentada ahí y no podré ni mirar al frente sin recordar cómo... —Me interrumpo, mordiéndome el labio.

Valerie entrecierra los ojos, como si quisiera leerme por dentro. —¿Cómo fue?

—Cómo fui yo. —Mi voz es apenas un susurro—. Cómo... me dejé llevar. Cómo perdí el control.

Por un momento no dice nada. Luego me pone la taza de chocolate en la mano. —Quizá no sea tan malo, Kelly. Quizá era justo lo que necesitabas. No siempre puedes ser la sensata, la que

sopesa todo, la que lo controla todo. A veces... simplemente tienes que vivir.

La miro fijamente, quiero contradecirla, quiero gritar que no tiene idea de lo que está en juego. Pero entonces recuerdo Aspen. Cómo se sintió soltar el control. Cómo se sintió en la oficina. Mi cara vuelve a arder.

—Kelly —dice en voz baja, casi con ternura—, quizá puedas mantener la distancia. En la medida de lo posible. Pero si te quiere, vendrá por ti. Y entonces tendrás que decidir si tú también lo quieres.

Aprieto la taza contra mis labios, bebo el chocolate demasiado dulce y siento cómo me tiemblan las manos. Quizás pueda mantener la distancia. Quizás. Pero cada vez que cierro los ojos, veo a Ethan. Lo siento. Y solo pensarlo ya me descontrola.

—Está bien, —digo finalmente, casi más para mí que para Val—. Distancia. En la medida de lo posible. Lo mantendré a distancia.

—Exacto. —Val sonríe, se recuesta y me lanza una galleta—. Y si vuelve a pasar... entonces quiero todos los detalles.

Gimo. —¡Valerie!

La cabeza me martillea como una maldita obra en construcción, el estómago lo siento vacío y no sé si voy a vomitar o a desmayarme. Quizá ambas cosas. Excelentes condiciones para este día tan importante como empleada recién ascendida en Blackwell Enterprises.

Estoy parada afuera del enorme edificio de cristal, mientras la gente con abrigos elegantes pasa a mi lado como si nunca hubieran hecho otra cosa que entrar y salir de rascacielos con aire de importancia. Yo, en cambio, estoy aquí, aferrada a mi vaso de cartón con un café demasiado caliente, demasiado aguado, y miro la puerta giratoria como si fuera la entrada al infierno.

—Puedes con esto —murmuro, respirando hondo. Mis palabras forman pequeñas nubes blancas en el frío aire de diciembre—. Él es solo un hombre. Un hombre que... ayer en la oficina... —Me corto y

abro los ojos de par en par. No. No puedo pensar en eso. Estoy aquí para trabajar.

—Kelly, contrólate —me espeto a mí misma—. No eres la primera mujer que comete un desliz. Y lo de ayer fue... Bueno, no fue un desliz, fue... —Gruño y aprieto los labios—. Fue sexo. Con el hombre más sexy y arrogante que has conocido. Pero él estaba tan desinhibido como tú. Esto tiene que darle al menos tanta vergüenza como a ti.

Exacto. Me convenceré de eso.

Tiro el vaso de cartón a la basura, echo los hombros hacia atrás, levanto la barbilla. Showtime. Hoy me enfrentaré a él con serenidad profesional. Con una calma soberana. Quizá incluso con una sonrisa que diga: «Ja, estoy por encima de ti. Ya ni siquiera pienso en ello».

Dios, por favor, déjame soportar esto.

El vestíbulo está abarrotado. La gente va y viene, teclea en sus celulares, charla, ríe. Presiono mi tarjeta de identificación contra el escáner, espero a que suene el pitido y me dirijo a los ascensores con la determinación de quien ha hecho esto toda su vida. Un ascensor se abre, entro junto con otras cinco personas. Todas con cara seria, todas importantes, todas ocupadas mirando sus brillantes smartphones. Respiro aliviada cuando se cierran las puertas. Lo logré. Solo unos minutos de viaje en ascensor, luego rápido a mi oficina, cerrar la puerta, respirar. Ni rastro de Ethan.

El indicador salta al «14». El ascensor se sacude, las puertas se abren... y el tiempo se detiene.

Él.

Ethan Blackwell. Con su traje oscuro, una corbata perfectamente anudada y esa mirada tan afilada como su mandíbula. Entra como si no solo este ascensor, sino todo el maldito edificio le perteneciera. Su sola presencia cambia la atmósfera: de repente, todos se enderezan, parecen aún más concentrados. Yo también. Solo que apenas puedo respirar por los nervios.

Nuestras miradas se cruzan. Un instante fugaz, apenas un segundo. Pero es suficiente. La comisura de su boca se levanta mínimamente. No lo suficiente como para llamarlo «sonrisa». Más bien un tic, una insinuación, una promesa. ¿Sus ojos? Verdes.

Descaradamente verdes. Y no dicen otra cosa que: *Ayer te follé sobre tu escritorio... y te encantó.*

Mi corazón da un vuelco. Mis piernas se sienten como gelatina. Apenas puedo respirar. Miro rápidamente al suelo, luego al indicador, que salta de piso en piso con demasiada lentitud. 25. 26. 27. Ay, Dios, ¿por qué tarda tanto?

A mi lado, alguien teclea en su celular. Alguien se aclara la garganta. ¿Y Ethan? Está ahí, tan cerca que huelo su perfume. Esa fragancia fresca y masculina, mezclada con un calor que claramente emana de su piel. Podría jurar que mi cuerpo recuerda cómo era tener ese olor mucho más cerca. Demasiado cerca.

—Buen día, —dice en voz baja. No a mí. A todos. Pero sé que yo soy la única a la que se dirige.

—B-buen día, —susurro y me odio al instante. ¿Qué diablos fue eso? ¿El chillido de un ratoncito? ¡Quería mostrarme soberana, maldita sea! El indicador salta al 29. Un piso más. Puedo sobrevivir a esto. Aguantaré. Simplemente me concentro en mi respiración. Adentro. Afuera. Adentro. Afuera. No lo mires.

No.

Lo.

Mires.

Mirar.

Pero lo hago. Solo un instante, solo una mirada. Y, por supuesto, lo pillo justo en el momento en que me está mirando. Directamente. Intensamente. Y la comisura de su boca se contrae de nuevo, esta vez con más claridad. Como si supiera que no he dejado de pensar en él desde anoche.

Me sonrojo. Tan roja que estoy segura de que los demás en el ascensor pueden verlo. Quizá ya me están mirando. Quizá ya lo saben todos. Tengo *sexo con el jefe*. Sobre el escritorio. Con el hombre que ahora está de pie junto a mí y actúa como si todo esto fuera solo una pequeña nota al margen de su día.

El indicador salta al 30. Ding. Las puertas se abren. La gente sale en tropel. Yo también. Casi corro, tropiezo con mis propios pies y murmuro un «disculpe» cuando choco con alguien. Lo principal es salir. Lo principal es alejarme de esa mirada que me desmonta por

completo por dentro. Me dirijo a trompicones hacia mi oficina, cierro la puerta de golpe detrás de mí y me apoyo en ella con la espalda. Me tiemblan las piernas. El corazón me martillea. Presiono la mano contra mi pecho, como si pudiera calmarlo.

—Estuvo cerca, —susurro—. Demasiado cerca.

Pero en el fondo sé que esto es solo el principio.

Estoy sentada en mi escritorio, con las manos aferradas a mi taza de café como si mi vida dependiera de ello. El café ya está frío, no sabe a nada más que a amargura, pero aun así tomo otro sorbo porque necesito hacer algo para distraerme del caos que hay en mi cabeza. Siento como si llevara tres horas aquí, pero quizás solo han pasado veinte minutos.

Mi corazón sigue latiendo como loco. Apenas dormí, mi desayuno consiste en exactamente cero calorías y tengo los nervios de punta. Bienvenida a mi glamorosa vida como asistente ascendida o lo que sea que soy ahora.

La puerta se abre de golpe. Me sobresalto tanto que casi vuelco la taza. Diane está en el marco de la puerta. Perfecta como siempre, impasible como siempre, con esa mirada que me dice claramente: *Eres nueva, así que apúrate.*

—Sala de reuniones tres. Ahora.

—¿Ahora? —se me quiebra la voz, como si acabaran de ponerme un castigo.

Ella levanta una ceja. —Sí. Con el Mr. Blackwell y todo el equipo del proyecto. Muévase.

Se me hace un nudo doloroso en el estómago. Reunión. Con Ethan. Con Ethan y todos los demás. Genial. De inmediato siento las rodillas como si fueran de gelatina, pero solo asiento con la cabeza, me levanto y agarro un bloc de notas, como si de alguna manera pudiera protegerme.

El pasillo parece un túnel interminable. Mi corazón martillea tan fuerte que temo que la gente en las oficinas de al lado pueda oírlo. Mis pensamientos se atropellan: *Actúa profesional. No lo mires.*

Responde de manera objetiva. Por nada del mundo te sonrojes. Y por favor, por favor, nada de flashbacks de... ayer.

La puerta de la sala de reuniones está abierta. Voces. Risas. El típico murmullo antes de empezar. Respiro hondo, pongo mi mejor cara de póker y entro.

Ya todos están sentados. Mesa larga, computadoras portátiles, expedientes, tazas con café. Reconozco algunas caras de los últimos días, que me saludan amablemente con un gesto. Y entonces lo veo. A Ethan. En la cabecera de la mesa. Se ve relajado, soberano, como si no tuviera otra cosa que hacer hoy más que dirigir el mundo a su antojo.

Y entonces: sus ojos. Verdes, penetrantes, descarados. Me clavan la mirada.

Entro en calor. De inmediato. Siento cómo me arden las mejillas y me obligo a caminar derecha mientras busco el asiento libre en la mesa. No tropezar, no sudar, no parecer una idiota. Me siento, pongo mi bloc de notas delante de mí, destapo el bolígrafo; todo demasiado agitado, mis manos tiemblan.

—Me alegro de que haya llegado, Miss Anderson —dice Ethan con calma. Su voz llena la sala como si le perteneciera solo a él. Trago saliva. Todos se giran brevemente hacia mí, asiento y espero no parecer demasiado una colegiala que llega tarde a clase.

La reunión comienza. Temas, cifras, estrategias. Todos hablan, todos parecen relajados. ¿Yo? Siento que mi cerebro funciona en dos niveles. En uno, intento desesperadamente seguir el contenido: presupuesto, cronograma, análisis de mercado. En el otro... lo veo a él. Sus manos, cómo ayer... ¡No! Sacudo la cabeza para mis adentros. Concéntrate. Trabajo. ¡Trabajo, Kelly!

—¿Miss Anderson?

Su voz. Me sobresalto, levanto la vista. Me mira directamente. Sonríe. Una sonrisa pequeña y superior, como si supiera exactamente lo que pasa por mi cabeza.

—¿Qué opina de eso? —pregunta él.

—Eh... —Todos los ojos se posan en mí. Siento que me sube el calor, el estómago me da un vuelco—. Sí, creo que... es una buena idea.

Algunos en la sala asienten, alguien toma nota. Respiro aliviada. Tuve suerte.

Pero no pasan ni dos minutos cuando sucede de nuevo. —¿Miss Anderson, su opinión?

Otra vez. De nuevo esa mirada, como si quisiera provocarme. Digo algo que suena medianamente inteligente. Al menos, eso espero.

Y así transcurre toda la reunión. Me pregunta una y otra vez. No a su asesor. No a los colegas que llevan años trabajando aquí. A mí. Cada vez una punzada en el estómago. Cada vez la sensación de que me está desenmascarando. Que solo está esperando a que me derrumbe y grite: *¡Sí, carajo, me acosté contigo ayer!*

Aguanto. Respondo, sonrío forzadamente, garabateo tanto en mi bloc que la página parece un cuadro de Picasso. Mis manos tiemblan, mi corazón se acelera, quiero huir. Simplemente levantarme, dejarlo todo y manejar directamente al aeropuerto. Tal vez incluso emigrar. Australia suena como un plan genial ahora mismo.

Pero me quedo. Me obligo a hacerlo. ¿Porque qué más puedo hacer?

Ethan, por otro lado, se ve totalmente tranquilo. Relajado. Se sienta reclinado, habla con claridad, sin insinuar ni una sola vez que recuerda lo de ayer. Y eso es precisamente lo que me está matando.

Porque él tiene el control. Porque para él es solo un juego.

Cuando la reunión finalmente termina, casi me levanto demasiado rápido, tomo mi bloc de notas, murmuro algo como «Gracias» y «Sí, muy revelador». Siento las piernas como plomo mientras camino hacia la puerta.

Y de nuevo: esa mirada. Ethan. Sus ojos verdes, fijos en mí. Un toque de diversión, de superioridad. Como si quisiera decirme sin palabras: *Puedes actuar como si no hubiera pasado nada. Pero sé que piensas en ello cada segundo.*

Casi tropiezo en el umbral, me salvo llegando al pasillo y solo respiro de verdad una vez afuera. Mis rodillas tiemblan, mi corazón late como si hubiera corrido un maratón.

—Tal vez de verdad debería emigrar —murmuro mientras me apoyo en la pared—. Lejos. Australia. O de una vez al Polo Norte.

Pero en el fondo sé que no escaparé de él. No aquí. No ahora. No con este proyecto.

Y la pregunta que me desgarra: ¿acaso quiero hacerlo?

No voy hacia la oficina, ni hacia el ascensor; giro, tan rápido que casi choco con alguien, y me dirijo al primer pasillo que encuentro. Baño de mujeres. Mi salvación.

La puerta se cierra, me apoyo en el lavamanos, me miro en el espejo. Mis mejillas están rojas como un tomate. Mi cabello es un desastre, como si hubiera atravesado una tormenta. Y en el fondo, es verdad. Una tormenta llamada Ethan Blackwell.

—Ok, Kelly. Respira. Inhala. Exhala. —Aprieto las manos contra la porcelana fría y me obligo a calmarme—. Tienes que soportar esto. Puedes hacerlo. Es solo un trabajo. Estás aquí para trabajar.

Pero mi cabeza grita otra cosa. Imágenes demasiado claras. Su voz, diciendo mi nombre. Sus ojos, que me han clavado en la reunión como si quisiera devorarme. Y cada vez que se dirigía directamente a mí, esa pequeña y burlona contracción de sus labios. Él lo sabe. Sabe exactamente lo que me está haciendo.

Cierro los ojos, me echo agua fría en la cara, me la seco con una toalla de papel. —Aguanta —me digo—. Ignóralo. A él. Ignóralo.

Con renovado valor, me enderezo, tomo mi bloc de notas y abro la puerta. Quiero volver a mi oficina, enterrarme en trabajo, fingir que la reunión nunca existió.

Pero apenas salgo al pasillo, choco directamente contra él.

Ethan.

Su brazo, firme, duro, choca contra el mío antes de que pierda el equilibrio. Me sujeta como si fuera lo más normal del mundo, y su mirada se clava en la mía. Verde, intensa, demasiado cerca.

Mi corazón se detiene.

—Miss Anderson —dice con esa sonrisa descarada que odio al instante y al mismo tiempo siento demasiado—. ¿Todo en orden?

Asiento agitadamente, demasiado rápido, demasiado evidente. Mis mejillas arden tanto que juraría que se podría freír un huevo en ellas. —S-sí. Todo... todo perfecto.

Él levanta una ceja, me examina como si pudiera ver dentro de mis pensamientos. Luego, como si nada, me pone la mano en el brazo. Solo ligeramente, pero con la firmeza suficiente para dejarme sin aire. —Venga conmigo.

Y antes de que pueda protestar, me arrastra con él. Unos pasos por el pasillo, pasando por puertas de oficinas abiertas, pasando por empleados que ni siquiera nos prestan atención. Mi corazón se acelera, mis rodillas tiemblan, y sé exactamente a dónde se dirige incluso antes de ver el letrero en la puerta.

Sala de fotocopias.

No. No, no, no. Esto no puede estar pasando.

Pero solo pienso en Valerie. En sus palabras. En su tonta fantasía de la que me reí. *Tú y él. En la sala de fotocopias.* Se me revuelve el estómago, mi pulso se dispara aún más.

Él abre la puerta, me hace entrar, la cierra detrás de nosotros. Huele a papel, a tóner, a ese olor a plástico ligeramente cálido de las fotocopiadoras que se usan demasiado. La luz de neón es brillante, demasiado brillante.

Ethan se apoya en la mesa, me examina. —Se ve... tensa.

Me cruzo de brazos, como si eso pudiera protegerme. —La reunión fue... intensa.

—La noche de ayer fue intensa. —Lo mencionó. La noche de ayer. Oh, Dios. Realmente lo está diciendo. Su mirada recorre mi cuerpo, lenta, controlada, demasiado como una promesa. Luego se pasa la lengua por los labios. Solo una vez, de pasada, y es suficiente para quitarme el piso bajo los pies—. ¿Quieres repetirlo?

Quiero morirme. Aquí y ahora. Quiero que el suelo me trague y aparecer en otro lugar. ¿China? ¿Australia? Por mí, incluso Rusia. Pero no aquí.

Sé lo que quiere. Sé lo que debería decir. Que me deje en paz. Que solo quiero hacer mi trabajo. Que lo de ayer fue un error y que ambos somos lo suficientemente adultos para olvidarlo.

Pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta. En cambio, me oigo decir en voz baja: —Sí.

Sus ojos brillan. —¿Sí?

—Sí —repito, mi voz apenas un susurro. Siento mi cara arder aún más, mis manos temblar.

Él se inclina hacia adelante, tan cerca que puedo sentir su aliento. —Bien —dice, lento, saboreando, como si estuviera paladeando cada una de las palabras—. Eso quería oír.

¿Y entonces? Entonces sucede lo inesperado.

Se endereza, abre la puerta y sale. Así de simple. Como si nada. Como si no acabara de hacer que mis rodillas flaquearan, que temblara y tartamudeara.

—Hasta luego, Miss Anderson —dice con frialdad y me deja allí plantada.

La puerta se cierra.

Me quedo atrás. Con el corazón desbocado, las mejillas ardiendo y la cabeza llena de caos. ¿Qué demonios fue eso?

Valerie se habría partido de la risa. La sala de fotocopias, de verdad. Pero no como me lo imaginé. No como me lo había profetizado. En cambio, estoy aquí, confundida hasta la médula, sabiendo que acaba de descolocarme por completo otra vez.

Y lo que es peor: que se lo permití.

Capítulo 21

~ Ethan ~

Brooklyn huele a otra vida. A asfalto mojado, a comida frita de las tienditas de la esquina, a humo y a café demasiado cargado para venderse en Midtown. Rara vez vengo para acá; no porque no pudiera, sino porque nunca tengo tiempo. O nunca me hago el tiempo. Pero hoy hago una excepción. Por Josh, siempre la hago.

El bar está en una calle lateral, enmarcado por un estudio de tatuajes y una librería de viejo que probablemente no ha visto libros nuevos en décadas. El letrero sobre la puerta está pintado a mano, ligeramente torcido, las letras brillan en colores vivos que ya están un poco desvaídos. Nada de letreros de neón, nada de elegantes fachadas de cristal. Solo madera de aspecto desgastado y una puerta de entrada que rechina desde lejos cuando la empujas para abrirla.

Me ajusto la chaqueta de cuero y entro.

El aire es cálido, un poco cargado, y huele a cerveza, a madera y a esa mezcla difícil de definir de demasiado perfume y demasiada cotidianidad. Unas cuantas personas están esparcidas por las mesas: estudiantes inclinados sobre sus laptops, dos hombres con ropa de trabajo que toman una cerveza después de la jornada, una mujer que lee un libro a solas. Suena una música suave, algún sonido indie que no conozco, y las paredes están repletas de pósteres antiguos, fotos enmarcadas y garabatos que seguramente dejaron los clientes con unas copas de más.

Detrás de la barra está Josh.

Está secando un vaso, con las mangas de su camisa a cuadros arremangadas y los rizos cayéndole sobre la frente. Se ve igual que hace diez años, solo que con más patas de gallo y un poco más de serenidad. Levanta la cabeza cuando me ve, y esa sonrisa amplia y abierta se extiende por su rostro.

—¡Blackwell! —Su voz resuena por el lugar—. Ya era hora. Pensé que nunca más ibas a bajar de tu rascacielos.

Me siento en un taburete de la barra. —Un rascacielos tiene sus ventajas. La vista. La tranquilidad. Nada de manchas de cerveza en el suelo.

—Pero no tiene alma —replica al instante y me pone un vaso delante. Cerveza. Por supuesto. Ni whiskey, ni vino, ni un coctel. Simplemente cerveza, como siempre. La tomo, la pruebo y es igual que el bar: honesta, sencilla, sin adornos.

—No has cambiado —digo.

—Y tú demasiado —responde, como si estuviera confirmando un hecho conocido desde hace mucho.

Es nuestra forma de saludarnos.

Nos conocemos desde la universidad. Yo era el tipo que siempre se sentaba demasiado temprano en los seminarios, todo estructurado, cada proyecto como un pequeño plan de negocios. Josh era el que llegaba cinco minutos tarde, con una guitarra a cuestas, y descolocaba a los profesores con alguna comparación absurda pero encantadora. Dos mundos. Dos idiomas. Y, sin embargo... nos entendíamos. Quizás porque yo veía en su desorden algo que a mí me faltaba. Y él, en mi orden, algo que lo fascinaba.

—¿Te acuerdas —dice Josh mientras se sirve un vaso— de la primera vez que estuviste aquí?

Me río en voz baja. —¿Cómo podría olvidarlo? Acababas de tomar el bar. No tenías ni la menor idea de nada. El refrigerador estaba roto, la barra se tambaleaba y tu cocinero renunció al tercer día.

—¡Ja! Y aun así te quedaste. Tres horas enteras. En traje. —Golpea la barra—. Entre estudiantes que bebían cerveza barata y, te juro, nunca te habías visto tan fuera de lugar.

—Tal vez —digo y me recuesto—. Pero también fue la primera vez en semanas que me reí.

Y es verdad. Josh tiene ese talento. No se toma la vida demasiado en serio. Se ríe de cosas que a mí me volverían loco. Si el grifo de cerveza se descompone, si llega la auditoría fiscal, si los clientes borrachos arman un escándalo; para Josh, nunca es el fin del mundo. Se sacude, maldice un poco y luego se ríe.

—A veces me pregunto —digo pensativo— cómo le haces. Para tomarte todo con tanta calma.

Se encoge de hombros. —Porque de todos modos no tiene sentido romperse la cabeza pensando. Las cosas salen mal, claro. Pero también vuelven a salir bien. Y, sinceramente, un día en el que no me río es un día perdido.

Asiento, sorbiendo la cerveza. —Eres increíble.

—Y tú eres demasiado serio. —Choca su vaso con el mío—. Por eso funciona. Yo te bajo a la tierra, tú me levantas. Equilibrio.

Equilibrio. Una palabra que rara vez aparece en mi vida. En mi caso, es más bien: más rápido, más alto, más lejos. En el de Josh: más lento, más profundo, más cerca. Quizás es justo lo que necesito.

—Y bien —dice finalmente, apoyándose en la barra—. ¿Cómo es la vida en la torre de marfil? ¿Sigue todo brillante, sigue todo perfecto?

—Lo perfecto no existe. —Lo miro—. Y eso lo sabes.

—Entonces dime qué no es perfecto.

Guardo silencio.

Él solo sonríe, comprensivo, sin insistir. Siempre ha sido así. Hace las preguntas correctas, pero nunca me obliga a responder. Sabe que, en algún momento, las daré por mi cuenta.

La puerta se abre y entran un par de clientes nuevos. Josh les asiente con la cabeza, los saluda por su nombre. Conoce a todos aquí. A todos. Este es su mundo. Cálido, pequeño, familiar. Un lugar donde uno se siente en casa, sin importar quién sea.

Miro a mi alrededor. Un estudiante juega con un perro que se ha acurrucado debajo de la mesa. Dos mujeres ríen a carcajadas, chocando sus vasos. En la pared cuelga una foto enmarcada en blanco y negro: Josh y yo, con poco más de veinte años, riendo, borrachos, abrazados. Había olvidado que existía.

—Deberías venir más a menudo —dice él.

—Tal vez —respondo—. Pero ya sabes cómo es.

—No —replica con calma—. Sé cómo eres tú.

Y de nuevo esa sonrisa, que no exige nada y, sin embargo, lo dice todo.

Josh se sirve una cerveza y apoya los codos en la barra. —Bueno —dice—, basta de mí y de mi pequeño paraíso. ¿Cómo estás en

realidad?

Levanto el vaso, bebo lentamente. —Bien.

—Bien —repite con escepticismo—. ¿Tan bien que pareces como si no hubieras dormido en días? Te conozco, Ethan. Tus ojeras dicen otra cosa.

Ignoro el comentario. En lugar de eso, me recuesto. —¿Cómo estás tú? ¿Qué tal Michelle?

Josh estalla en una carcajada tan fuerte que hasta los estudiantes de la mesa de al lado levantan la cabeza por un momento. —¿Michelle? Oh, hombre. Ella es historia desde hace meses. No estás al día.

—Pensé que era algo serio.

—¿Serio? —Sonríe, negando con la cabeza—. Sabes perfectamente que nunca he sido el tipo de persona para algo serio. Michelle quería hijos, yo quería mi tranquilidad. Fin de la historia.

Resoplo, sin poder reprimir una sonrisa. —¿Tu tranquilidad? Por favor. Tú y la tranquilidad encajan tanto como yo y las vacaciones. Desde que te conozco, nunca has vivido solo más de un par de semanas. Siempre había alguien. Y la mayoría de las veces, alguien más a un lado.

—Me atrapaste —dice, y brinda en mi dirección—. Pero te juro que esta vez es diferente. De verdad estoy disfrutando la vida de soltero.

—Disfrutando. —Tengo que reírme—. Odias estar solo.

—Quizás antes. —Su mirada se vuelve más seria. Golpea su vaso con el dedo, como si tuviera que sacar las palabras a la fuerza—. Pero últimamente... no sé. Ya no quiero eso. Ni los cambios constantes, ni las cosas a medias. Quiero a la indicada.

Lo miro. Josh, el tipo caótico, el vividor, el que siempre se las ha arreglado. Y de repente, suena a algo de lo que siempre se había burlado: anhelo.

—La indicada —repito.

—Sí. —Asiente lentamente—. La que se queda.

Por un momento hay silencio. Tomo un sorbo de mi cerveza, dejando que las palabras resuenen en mi interior.

—Ya estás pensando demasiado otra vez —dice finalmente—. Se te nota. Vamos, dime qué te pasa por la cabeza. ¿Cómo va tu vida amorosa?

Me recuesto, niego con la cabeza. —No hay nada.

—¿Absolutamente nada?

—No.

—¿Ni un chispazo, una aventura de una noche, un...?

—Nada —lo interrumpo, con más firmeza de la necesaria.

Josh no se rinde. Se inclina hacia adelante y estudia mi rostro. —Mientes. Lo veo en tus ojos. Estás pensando en alguien en específico. Todo el tiempo.

Guardo silencio. Por lo general, no dejo que nadie se me acerque tanto. Pero Josh me conoce demasiado bien. Por más que intente darle vueltas, él lee entre líneas.

—Quizás —digo finalmente en voz baja—, hay alguien.

Josh sonríe, triunfante. —¡Ja! Lo sabía. ¿Y?

—Es... complicado.

—Complicado es bueno. —Se reclina y le da un trago profundo a su vaso—. Complicado significa que vale la pena. Si es fácil, se acaba rápido.

Alzo una ceja. —¿Desde cuándo eres filósofo?

—Desde que estoy soltero y tengo demasiado tiempo para pensar en mi vida. —Se ríe y me da una palmada en el hombro—. Pero en serio, Ethan: si te tiene ocupado, entonces es importante. Sin importar lo complicado que sea.

No digo nada más. No quiero decir nada más. Josh seguiría insistiendo, y eso es lo que quiero evitar.

Así que dejo que mi mirada recorra el bar, las coloridas guirnaldas de luces, las fotos antiguas, las sillas de madera torcidas. Todo en este lugar respira una vida que está tan lejos de la mía que resulta casi absurdo que seamos amigos. Y sin embargo... lo somos.

Josh se da cuenta de que he zanjado el tema. Levanta su vaso, sonríe cálidamente. —Entonces, brindemos. Por lo complicado.

—Por lo complicado —repito y chocamos los vasos.

El tema queda fuera de la mesa, pero su sonrisa permanece. Y en el fondo, lo sé: tiene razón. Complicado significa que vale la

pena.

Josh se inclina sobre la barra con los brazos cruzados, como si se hubiera propuesto interrogarme hasta que la última capa de mi fachada se desmoronara. Lo dejo hacer, tomo un sorbo de mi cerveza y me relajo más de lo que admitiría.

—¿Y cómo va todo con tu hermana? —pregunta finalmente—. ¿Sigue felizmente casada?

Asiento. —Sí. Daisy y Matt son... bueno, son el ejemplo perfecto de constancia. Se conocen desde la preparatoria, se hicieron novios a los dieciocho, se casaron a mediados de sus veinte y ahora tienen a Luke.

Josh se ríe en voz baja y niega con la cabeza. —No sé si admirar eso o considerarlo una locura. O sea, ¿quién aguanta tanto tiempo con una sola persona?

—Aparentemente, ellos —replico secamente, y aun así siento una chispa de calidez. Daisy y Matt, eso es algo que nunca entenderé, pero que siempre respetaré.

—¿Y cómo está el pequeño? —continúa Josh.

—¿Luke? —No puedo evitar sonreír—. Está de maravilla. Me llamó ayer. O mejor dicho: obligó a mi hermana a apuntarlo con el celular para poder decirme que a fuerza quiere hornear galletitas. Conmigo.

—Contigo. —Josh sonríe como si acabara de escuchar el mejor chiste de la semana—. Por favor, dime que lo dices en serio.

—Muy en serio. —Me reclino y lo miro desafiante—. Clara, el ama de llaves, ya se ofreció a preparar la masa. Luke y yo solo tenemos que cortar las galletas y decorarlas.

Josh suelta una carcajada. Fuerte, sonora, tanto que dos clientes en la mesa de al lado nos miran irritados. —Tengo que guardarme esa imagen. Ethan Blackwell. Mr. Perfecto. Con un delantal de cocina, harina en la cara, cortando galletas de Navidad. Por favor, esa es la mejor película mental que he tenido en semanas.

Pongo los ojos en blanco. —Qué gracioso.

—¡No, en serio! —Se seca una lágrima de la risa del rabillo del ojo—. Tú con una galleta en forma de estrella completamente

deforme, y Luke riéndose de ti... por favor, déjame presenciarlo. Simplemente iré a tu casa y me sentaré en un rincón.

—Ni en sueños —replico, pero una leve sonrisa permanece en mis labios.

Josh brinda en mi dirección. —¿Sabes? Eso es lo que me gusta de ti. Todos ven al gran CEO, al tipo del traje que tiene a media ciudad en el bolsillo. Pero cuando hablas de Luke, suenas como cualquier otro tipo que consiente a su sobrino. Me encojo de hombros. —Es familia. Y la familia... —callo un instante, porque la palabra pesa en mi boca más de lo que debería—. La familia es lo que queda.

Josh asiente, y por un momento hay silencio entre nosotros. Sin intercambios ingeniosos, sin bromas. Solo dos amigos compartiendo una cerveza y sabiendo que a veces basta con sentir algo parecido a la normalidad.

—Entonces —dice él, sonriendo de nuevo—. ¿Cuándo te consigo el delantal adecuado? ¿Con renos? ¿O prefieres uno que diga «Besa al cocinero»?

Gimo y choco mi vaso contra el suyo. —Una palabra más y me voy.

—Jamás en la vida. —Josh se ríe, levanta su vaso y bebe.

Las calles están mojadas, la luz de las farolas se refleja en el asfalto. Brooklyn pasa a mi lado en cuanto arranco el auto. Dejo la ventanilla un poco abierta, el aire frío se mezcla con el pesado olor a cuero del interior. No hay música. Necesito silencio para procesar lo que Josh me acaba de decir a la cara.

—Quiero a la indicada. La que se queda.

Palabras que no encajan con él y que, sin embargo, se me quedan grabadas en la cabeza. Josh, el vividor, el que siempre tenía una nueva novia, a veces dos al mismo tiempo, el que nunca había pasado más de unas pocas semanas solo. Si hasta él habla de querer a la indicada, ¿qué dice eso sobre nosotros dos?

Me aferro al volante. Siempre he creído que no necesito algo así. Que mi vida era suficiente: trabajo, éxito, control. Y sin embargo... algo me carcome por dentro. Quizás porque veo a Luke. Quizás porque Daisy sigue casada con su amor de la preparatoria y me pregunto cómo demonios funciona eso. O quizás, porque pienso en Kelly.

Josh se rio al imaginarme con un delantal y harina en la cara en mi cocina. Sonreí, sí. Pero la idea no era solo absurda. Era... cálida. Casi agradable. Y sé que no le negaré ese momento a Luke. Voy a hornear galletitas con él, sin importar lo ridículo que me vea.

Y entonces, ahí está ella de nuevo. Kelly.

Azul. Sus ojos, mirándome, nerviosos, desafiantes, vulnerables. He intentado sacarla de mi cabeza. Esta noche, con Josh, no mencioné su nombre ni una sola vez. Pero ahora, mientras manejo de regreso a Manhattan, está en todas partes.

Cómo yacía sobre el escritorio. Cómo me miró cuando dijo «sí». Cómo se sonrojó cuando la saludé en el elevador.

Aprieto la mandíbula. No debería pensar en ella. Soy su jefe. Ella es mi empleada. Todo en esta situación grita riesgo, catástrofe. Y sin embargo...

El semáforo se pone en rojo. Me detengo, dejo el motor en marcha en punto muerto. Afuera, una mujer con un perro cruza por el paso de peatones. Un taxi toca la bocina porque alguien va demasiado lento. Apenas me doy cuenta. Mi mirada cae sobre el celular que descansa en el portavasos. Un solo clic y podría contactarla. No debería hacerlo. Debería mantener todos los límites, seguir siendo profesional. Pero, ¿desde cuándo he mantenido los límites cerca de ella?

Mi mano se mueve por sí sola. Tomo el celular, lo desbloqueo, abro los mensajes. Su nombre no está guardado. Solo el número que anoté después de traerla a mi equipo. Para emergencias, por supuesto.

Mi pulgar flota sobre el teclado. Una parte de mí grita que lo deje. La otra quiere que sepa ahora mismo que está en mis pensamientos. Que no es la única que se desvela por la noche.

Escribo: *No puedo sacarte de mi cabeza*

Me quedo mirando las palabras. Un instante. Más tiempo. Mis dedos no tiemblan. Pero el pulso de mi corazón se acelera.

Un deslizamiento del pulgar y el mensaje es enviado.

El rojo cambia a verde. Vuelvo a poner el celular en su sitio, piso el acelerador. La ciudad pasa a mi lado, pero mi cabeza no está aquí. Está con ella. Con Kelly. Y con la pregunta de qué pasará cuando responda.

Capítulo 22

~ Kelly ~

Mientras el ascensor sube al último piso, ya siento el bajo vibrar bajo mis pies. Incluso antes de que las puertas se abran, una mezcla de voces, risas y música me envuelve. Y entonces: luz. Tanta luz. Candelabros de cristal, brillantina, ventanales con vistas a media ciudad. Entrecierro los ojos.

—Holy shit —murmuro y miro a mi alrededor asombrada mientras entramos al *penthouse*.

—Bueno... —dice Valerie con una sonrisa triunfante—. Bienvenida a mi vida.

Por supuesto. Val camina delante como si este fuera su segundo hogar. En cierto modo lo es; después de todo, el *penthouse* le pertenece a su novio. Él está justo en la entrada, con un traje a la medida, perfectamente arreglado, y nos recibe como el gerente de un hotel que acaba de darle la bienvenida a la mismísima reina.

—*Ladies* —dice, y besa primero a Valerie y luego, amablemente, nuestras manos. Teresa y Sandra ríen como dos adolescentes a las que acaban de presentarle a una celebridad. Yo, en cambio, me siento fuera de lugar. Mi vestido es bonito, sí, pero no está en la misma liga que los brillantes vestidos de alta costura que nos rodean.

Dejamos los abrigos y los bolsos en el guardarropa y enseguida se nos abalanzan los primeros meseros. Bandejas de plata, copas de champaña, pequeños canapés que se ven demasiado elegantes como para simplemente metérselos a la boca. Teresa toma dos de inmediato, Sandra sigue su ejemplo. Yo tomo una copa, más por compromiso que por un deseo real.

—¡Vamos, vengan! —Val sonríe radiante, nos hace señas para que la sigamos, pero antes de que me dé cuenta, ya ha desaparecido de nuevo. Por supuesto. Nuestra anfitriona conoce a todo el mundo aquí y la arrastran de una conversación a otra cada minuto.

Nosotras tres nos quedamos atrás. Teresa examina el enorme ventanal, Sandra a los hombres de esmoquin y yo... estoy ahí plantada sin saber qué hacer.

—Mmm... guau —susurra Sandra—. Esto es... otro nivel.

—Definitivamente —concuerda Teresa y me dirige una mirada—. Y nosotras en medio de todo. ¿Tú también te sientes como la hermanastra fea en el baile?

Asiento en silencio y tomo un sorbo de champaña demasiado grande. Las burbujas me suben por la nariz y tengo que toser. Genial. Muy sutil, Kelly.

Paseamos por la sala, nos detenemos, bebemos de nuestras copas. A nuestro alrededor, la alta sociedad: modelos, socios de negocios, famosos que solo conozco de las revistas. Intento parecer relajada, pero por dentro todo grita que huya.

Y entonces vuelve a surgir. Ethan. Su mirada, su sonrisa, su maldita arrogancia cuando me preguntó en la sala de fotocopias. *¿Te gustaría que lo repitiéramos?* Y yo —idiota— le dije que sí, porque pensé que lo quería hacer en ese mismo instante. En la sala de fotocopias. Pero en lugar de eso... Cierro los ojos y respiro hondo. En lugar de eso, simplemente se fue y me dejó plantada, como a un perro al que le muestran una golosina que luego no le dan.

Mi corazón se acelera, me tiemblan las manos. Tengo que hablar. Ahora mismo.

<="" classdígame="" está="" span="" val?="" —pregunto="" —¿dónde="">

Sandra y Teresa se encogen de hombros. En algún lugar entre el gentío, probablemente riendo, con una copa de champaña en la mano, rodeada de hombres.

—La voy a buscar. —Mi voz suena más cortante de lo que pretendía. Me abro paso entre la multitud, ignorando las miradas de desconcierto. Escaneo la sala con la mirada hasta que la encuentro, perfectamente situada en un grupo, riendo de algo que su novio acaba de contar.

—Val —le digo, tomándola del brazo—. Ven conmigo.

—¿Qué? —me mira sorprendida—. Estoy hablando con...

—Ahora. —Me tiembla la voz. Simplemente la arrastro conmigo.

—Kelly, ¿estás loca? No puedo simplemente...

—Sí, sí puedes.

Terminamos en el vestidor. Una habitación enorme, más grande que todo mi apartamento, con espejos, sillones y una mesa llena de joyeros. Val se suelta de mi agarre y pone las manos en las caderas.

—Muy bien, ¿qué pasa? Pareces como si acabaras de cometer un asesinato.

Respiro hondo. —Es... Ethan.

Sus ojos se abren de inmediato. —Oh. Dios. Mío. ¿El CEO? ¿Tu Boss?

Asiento.

—¡Suéltalo ya!

Las palabras brotan de mi boca. —Ayer él me... bueno... me llevó a la sala de fotocopias.

—¡¿QUÉ?! —Val chilla tan fuerte que temo que la hayan oído afuera. Me agarra por los hombros y me sacude—. ¡¿EN LA SALA DE FOTOCOPIAS?! ¡Oh, Dios; oh, Dios; oh, Dios!

—¡Cálmate! —espeto, pero ella ya está completamente fuera de sí.

—¡Kelly! ¡Eso es tan... es como en una porno! ¡En la sala de fotocopias! ¡Con el CEO! No puedo creer que...

—¡Escucha! —levanto las manos en un gesto apaciguador—. No pasó nada.

Val se calla. Parpadea. —¿Cómo dices?

—Solo me preguntó... si yo... bueno... si queríamos repetirlo.

—Y le dijiste que sí. —Me mira con los ojos muy abiertos.

Mi voz casi se quiebra. —Y... le dije que sí.

Se me acerca más. La sonrisa en sus labios se vuelve insinuante. —¿Le dijiste que sí? —repite—. ¿Y luego? ¿Qué pasó? ¿Te tomó ahí en la sala de fotocopias? Oh, Dios —con un giro, se sienta en el sofá de terciopelo que hay en medio de la habitación—. ¿Te apretó contra la pared con sus fuertes brazos, tomó tu cara entre sus manos y luego te besó? ¿Te subió la falda, te levantó por la cadera como si no pesaras nada y luego...? —fantasea, y se le ponen los ojos vidriosos.

—Val. No. No pasó nada.

Al instante abre los ojos de par en par y me mira. —¿Cómo? Que no pasó nada. Yo pensé...

Vuelvo a sonrojarme. —Sí, yo también lo pensé. Pensé que me estaba preguntando si queríamos hacerlo ahí mismo y en vez de eso, simplemente se fue.

—¡¿Qué?! —Valerie se levanta de un salto, horrorizada—. ¿Simplemente se fue?

—Bueno. No exactamente. Murmuró algo así como que eso era justo lo que quería oír.

Ahora se abanica con la mano. —Okay. Eso es excitante.

—¡¿Qué?!

—Que te tenga así en sus manos. Que te controle. Él sabe lo loca que estás por él y ahora...

—Cierra la boca —la interrumpo y hundo la cara entre mis manos —. ¿Qué hago ahora? Deberías haberme visto. En la reunión. No podía concentrarme. Y cada vez que me lo encuentro en el pasillo, en el ascensor o en cualquier otro lugar, me tiembla todo el cuerpo y me sonrojo.

—Tienes que relajarte. Mantén la calma.

Me río. —Gracias por el consejo. Qué fácil de poner en práctica.

Vuelve a reír.

—¿Qué te da risa? Esto es una completa catástrofe.

—No sé qué tiene de malo que el tipo más guapo de todo Nueva York sepa que estás loca por él. Todas, bueno, casi todas las mujeres, y seguramente también muchos hombres, habrían actuado igual que tú. Yo tampoco habría dicho que no.

—¡Val, es mi Boss!

Se encoge de hombros. —¿Y qué? ¿Sabes cuántos empresarios de esta ciudad terminaron casándose con sus secretarias? O al menos tuvieron una aventura con ellas.

—Sí, ¿y sabes cuántas carreras se han destruido precisamente por eso? —Mi voz casi se quiebra, de lo aterrada que me oigo.

Val se recarga, se cruza de brazos y levanta una ceja. —Kelly, cariño, tu carrera acaba de despegar hacia la estratósfera. ¡Estás en una oficina privada con ventanales del piso al techo! ¿Crees que eso habría pasado si no te tuviera en la mira?

—¡Ese es exactamente el problema! —Me levanto de un salto y empiezo a caminar de un lado a otro por la habitación. La alfombra es tan gruesa que mis tacones se hunden en ella, pero necesito moverme o explotaré—. La gente va a hablar. Van a pensar que me acosté con él para ascender.

—¿Y qué? —Val sonríe con picardía—. Mientras tú te diviertas, no importa lo que piensen.

—¡Valerie! —Me detengo en seco y la fulmino con la mirada—. No es gracioso.

—Sí que lo es. Un poquito. —Se ríe por lo bajo y se arregla el vestido de seda, que brilla bajo la luz de la centelleante lámpara de cristal—. Y vamos, Kelly, no me dirás que no piensas en él todas las noches.

Siento la cara arder. Quiero contradecirla, pero la verdad se me atasca en la garganta. —Yo... no pienso tanto en él.

—Ajá. —Se endereza, apoya los codos en las rodillas y se inclina hacia mí—. ¿Así que para nada? ¿Ni en la cama, cuando cierras los ojos? ¿Ni en el ascensor, cuando de repente está detrás de ti? ¿Ni cuando te acuerdas de Aspen?

Hundo el rostro entre las manos. —Oh, Dios mío.

—Exacto. —Val da una palmada, como si hubiera ganado un punto—. Estás perdida.

—NO estoy perdida. —Dejo caer las manos y la miro fijamente—. Solo estoy... confundida. Eso es todo.

—Confundida. —Saborea la palabra, alargándola—. ¿Sabes lo que es la confusión? Es cuando no sabes si quieres comer pasta o pizza. Lo que tú tienes es un flechazo con todas las de la ley.

—¿Un flechazo? —Resoplo—. Es mi jefe. Mi Boss. El hombre que podría destruir mi vida profesional si le diera la gana.

—O el que podría darte la mejor vida sexual de la historia. —Val se recuesta y pone los ojos en blanco, soñadora—. Kelly, sinceramente, ya te veo en su suite, con una copa de champaña en la mano, lencería de La Perla, él te tira en la cama y...

—¡BASTA! —Le lanzo un cojín que cae a medio camino del sofá de terciopelo—. Val, no es gracioso. ¡Es mi vida!

—Y por eso es tan emocionante. —Recoge el cojín, se lo pone en el regazo y me examina con una mirada que me vuelve loca—. Tienes miedo, pero en el fondo de tu ser, lo deseas.

Abro la boca para protestar. Pero entonces recuerdo sus labios sobre mi piel, el calor que me invadió, las palabras que le susurré al oído. Me hormiguea todo el cuerpo, la cara se me calienta.

—¿Ves? —Val asiente, satisfecha—. Justo así te pones cuando piensas en él.

—Yo... no... —balbuceo, dándome la vuelta—. Solo quiero que me dejen en paz.

—Pff. La paz está sobrevalorada. —Se levanta, se acerca a mí y pone las manos sobre mis hombros—. Kelly, escúchame. Sea lo que sea que esté pasando, ya sea que termine ahora, empiece mañana o se alargue por meses, tienes que dejar de entrar en pánico. Disfrútalo. Tienes enganchado al hombre más sexy de la ciudad. No es el fin del mundo, es el maldito premio gordo.

—O una bomba de tiempo. —La miro, mi voz apenas un susurro.

—A veces hace bum, a veces hay fuegos artificiales. —Val se ríe y se gira de nuevo hacia el sofá justo cuando el picaporte de la puerta se mueve.

Ambas nos quedamos heladas.

—¿Val? —grita una voz desde afuera—. ¿Estás aquí? ¡Te necesitamos para una foto de grupo!

—¡Un momento! —responde Val con fingida serenidad, mientras su mirada recorre la habitación frenéticamente. Se abanica con la mano; sus mejillas están tan rojas como las mías.

Agarro mi bolso de mano y esbozo una sonrisa que se siente completamente falsa. —No puedo volver ahí afuera.

—Claro que puedes. —Val me empuja hacia la puerta—. Y te juro que nadie notará que acabas de medio confesarte en un vestidor.

—Bueno, al menos eso —replico con resignación.

—Exacto. —Sonríe—. Y ahora: que empiece el espectáculo.

La música retumba en las altas salas, la luz destella en los espejos y en la enorme lámpara de araña. Me dejo llevar. Sandra me grita al oído, porque con el ruido no tiene otra opción, y me jala a la pista de baile. Teresa la sigue, tropezando y riendo, con una copa de vino caliente en la mano que se derrama peligrosamente a cada paso. Bailamos, reímos, cantamos a todo pulmón cuando el DJ, increíblemente, pone «Last Christmas» y siento cómo la tensión se disipa de mí poco a poco.

Por un momento —no, por varios— no pienso en Ethan Blackwell. No pienso en salas de fotocopias, ni en miradas ardientes en el ascensor, ni en ascensos que se sienten como trampas. Solo pienso en mis amigas, en el ponche demasiado dulce que Val nos sirvió en tazas navideñas cursis y en el hecho de que siempre nos encontramos, sin importar cuánto cambien nuestras vidas.

Cuando la música cambia, nos separamos entre carcajadas. Val saluda desde el otro lado de la habitación, medio abrazada a su novio, medio ocupada sirviendo champaña a alguien. Irradia esa luz que siempre tiene cuando está en su mundo: pomposo, lujoso, siempre un poco exagerado, pero, diablos, me alegro por ella.

—¡Regalos! —grita en algún momento, haciéndonos señas para que nos acerquemos a una torre de paquetes brillantes. Al parecer, Val y su novio no han escatimado en gastos. Abrimos los regalos: velas aromáticas, perfumes, vales para días de spa. A mí me toca un chal de cachemira, tan suave que no quiero soltarlo—. Solo lo mejor para mi mejor amiga —dice Val y me guiña un ojo antes de desaparecer de nuevo entre la multitud.

Las horas pasan, el caos no cesa. Bebemos demasiado, reímos demasiado fuerte y me digo a mí misma que esta noche he logrado reprimir a Ethan. Lo he apartado, a algún lugar donde no pueda alcanzarme.

Pero más tarde, con las mejillas sonrojadas y un cálido mareo en la cabeza, mientras estoy parada afuera del edificio y me subo a un taxi, esa ilusión se hace añicos en segundos.

Mi celular vibra.

Lo saco del bolso, todavía a media conversación con el conductor, y entonces se me corta la respiración.

Ethan Blackwell: *No puedo sacarte de mi cabeza.*

Mi corazón se detiene. Luego se acelera, tan rápido que me mareo. Miro fijamente la pantalla, como si el mensaje pudiera desvanecerse en el aire si parpadeaba lo suficiente. Pero ahí sigue. Negro sobre blanco. Seis palabras que me quitan el suelo bajo los pies.

—¿Qué significa esto? —susurro. El conductor no se da la vuelta. Mejor así.

¿Qué significa esto? ¿Por qué me escribe algo así? ¿No le basta con hacerme la vida un infierno en la oficina? ¿Ahora también tiene que irrumpir en mis noches?

Tecleo.

Deja de escribirme. Me estás arruinando la vida. Déjame en paz.

Mis dedos vuelan sobre el teclado, las palabras arden en mi cabeza. Las veo ante mí, casi listas para ser enviadas, y entonces... me detengo. Mi pulgar flota sobre el botón.

Lo veo ante mí. Su sonrisa socarrona cuando se paró frente a mí en la sala de fotocopias. La mirada que decía: Te he calado. Sé lo que quieres.

Inhalo, exhalo. Mi corazón late demasiado fuerte.

Y en vez de enviarle la respuesta perfecta y furiosa, tecleo cinco palabras ridículas después de borrar todo lo demás.

A mí me pasa igual.

Y entonces lo envío.

Me quedo mirando la pantalla. Se me revuelve el estómago. *¿Qué acabo de hacer?*

El taxi arranca, las luces de la ciudad pasan a mi lado y aprieto el celular contra mi pecho, como si pudiera absorber las palabras. Pero ya están ahí afuera. Él ya las ha leído, lo sé.

Me hundo en el asiento, cierro los ojos y mi cabeza grita una sola pregunta:

¿Qué demonios me está pasando?

Capítulo 23

~ Ethan ~

Diciembre es una guerra. Al menos, así se siente. Corro de reunión en reunión, firmo contratos, hablo por teléfono con socios que de repente necesitan todo «antes de fin de año», y parece que todos en la oficina han decidido que tengo que salvar el mundo personalmente antes de que el calendario cambie a enero.

Diane es la única razón por la que sigo vivo. Anda todo el tiempo detrás de mí, con la *tablet* en la mano, listas de pendientes, citas, nombres. Apenas la veo, borrosa, como un recordatorio andante de que el día está lejos de terminar.

—En cinco minutos tiene la llamada con los inversionistas de Londres —me grita a mis espaldas.

—Dígales que empiecen. Ya me uniré.

Nunca me uno. En lugar de eso, termino en otra reunión donde tres jefes de departamento discuten sobre a quién le recortarán el presupuesto para la fiesta de Navidad. Escucho, asiento, tomo una decisión... y siento que me están robando años de vida en el proceso.

Odio diciembre.

Luces por todas partes, árboles de Navidad, caras sonrientes. Gente bebiendo vino caliente y paseando por la nieve con bufandas gruesas. ¿Y yo? Estoy sentado en una habitación con aire acondicionado que zumba demasiado fuerte, escuchando por qué en el cuarto trimestre estamos un dos por ciento por debajo de las previsiones.

No hay nada que me irrite tanto en esta época del año como...

—¿Mr. Blackwell?

Levanto la vista de la computadora. Kelly está en la puerta.

Perfecto.

Tiene el pelo ligeramente alborotado, el ceño fruncido y un montón de documentos en la mano. Se ve cansada, pero, maldita sea, incluso con ojeras se ve mejor que la mayoría de las mujeres en las portadas de las revistas de sociedad.

—Quería ver los documentos del proyecto Parker.

—Déjelos ahí. —Señalo la mesa sin levantar la vista. Intento mantenerme profesional, concentrarme en las cifras. Solo en las cifras.

Pero ella deja las carpetas y mi mirada sigue automáticamente su movimiento.

Ese es el error.

—¿Algo más? —pregunta, y oigo el asomo de desafío en su voz.

—No. —Soy demasiado cortante, lo sé, pero no quiero alargar la conversación. No ahora. No cuando vuelvo a pensar en su mensaje de anteayer.

A mí me pasa lo mismo.

Nunca debí haberle escrito.

Desde esa noche, no deja de darme vueltas en la cabeza, como una canción interminable. Puedo trabajar, hablar, funcionar... pero en algún lugar dentro de mí, su risa se repite en bucle.

—De acuerdo —murmura y se da la vuelta.

—Anderson —digo antes de que alcance la puerta.

Se detiene. Se gira. Esos ojos azules: claros, furiosos, vulnerables.

—¿Sí?

—Tenga lista la presentación para mañana esta misma noche. Quiero revisarla antes de que se la envíen a Parker.

—¿Hoy? —parpadea—. Son más de cien páginas.

—Entonces debería empezar.

Me mira fijamente, atónita, antes de darse la vuelta y desaparecer de mi oficina con el resonar de sus tacones.

Cierro los ojos, me reclino y respiro hondo.

¿Por qué demonios hago esto? ¿Por qué soy tan cortante, tan injusto, tan... insoportable?

Porque quiero verla. Porque quiero tenerla en mi oficina en lugar de hundirme en este torrente interminable de reuniones. Porque quiero tocarla y no debo.

Y porque tengo miedo de que, si la trato con demasiada amabilidad, volveré a cruzar esa línea que yo mismo tracé.

Diane entra de repente. —Mr. Blackwell, el socio de relaciones públicas está esperando en la línea.

—Enseguida voy.

—Y la prensa quiere una declaración sobre la adquisición en Boston.

—Mañana.

—Sería mejor hoy.

Me masajeo las sienes. —Entonces hoy. Pero solo por escrito.

Ella asiente, sale de la habitación y me quedo solo. Afuera cae la nieve, silenciosa, casi pacífica. Adentro se apilan contratos, informes, listas de pendientes. Y en algún lugar en medio de este caos, Kelly está trabajando, probablemente furiosa porque le he arruinado la noche.

Veo su cara frente a mí, cómo me mira en la reunión: tensa, sonrojada, nerviosa. Recuerdo cómo reaccionó cuando la arrastré al cuarto de las fotocopiadoras aquella vez. Cómo se le dilataron las pupilas, cómo tembló. Cómo dijo que sí.

Aprieto las manos en puños. No. Ahora no. Ninguna distracción.

Me obligo a volver al trabajo, dejo de pensar, escribo correos, hablo por teléfono, firmo, apruebo, corrijo, planifico, decido.

Horas más tarde, ya está oscuro. Diane se despide, los pasillos se vacían. Solo en la oficina de Kelly sigue habiendo luz.

Me levanto, camino hasta la puerta de cristal, me detengo.

Está sentada en el escritorio, concentrada, con el pelo recogido en la nuca. La pantalla se refleja en sus ojos. Se muerde los labios mientras comprueba cifras.

No debería mirarla. Pero lo hago de todos modos.

Navidad. Luces. Trabajo. Caos. Y en algún lugar en medio de todo, ella.

Un error que no puedo olvidar. Y un riesgo que, maldita sea, quiero volver a correr.

Me quedo sentado un momento más en mi oficina. Las luces de afuera parpadean sobre la ciudad, a lo lejos se escuchan las bocinas de algunos autos y adentro la calefacción funciona en silencio, luchando contra el gris infinito del invierno. Debería irme a casa. El

día fue largo, diciembre ha sido implacable. Pero aquí estoy, sentado, pensando en una sola cosa.

En el mensaje.

Cinco palabras que nunca debí haber enviado. *No puedo sacarte de mi cabeza.*

Y su respuesta. *A mí me pasa lo mismo.*

Las veo una y otra vez, esas letras negras en la pantalla, tan simples, tan sinceras... y al mismo tiempo, un golpe en el estómago. Sé lo que ella arriesga con esto. Sé lo que yo arriesgo. Y aun así, no puedo dejar de pensar en ello.

No soy un hombre que juega. No soy un hombre que se deja distraer por los sentimientos. Pero desde que Kelly Anderson apareció en mi vida, ya no me queda ni uno solo de mis principios.

Me pongo de pie. La idea de saberla sentada abajo en su oficina, sola, en medio de la noche, mientras afuera cae la nieve, no me deja en paz. Solo quiero ir a ver cómo está. Solo asegurarme de que se vaya a casa a una hora decente. Eso me digo a mí mismo mientras camino por el pasillo.

La luz de su oficina sigue encendida.

Me detengo en la puerta. No se da cuenta de mi presencia de inmediato. Su mirada está fija en la pantalla, una mano en el cabello, la otra con una pluma que raspa distraídamente sobre los documentos. La concentración le sienta bien. Ese ceño fruncido, ese pequeño y nervioso mordisqueo de labio.

Me apoyo en el marco de la puerta. Solo nota mi presencia cuando ya no puedo reprimir un ligero carraspeo.

Levanta la cabeza de golpe.

Por un momento, ninguno de los dos dice nada. Solo el tictac del reloj llena el silencio.

—Mr. Blackwell —dice por fin, con la voz tensa, demasiado suave.

—Kelly —replico en voz baja. Sé que debería mantener la formalidad, pero no puedo.

Se endereza, se cruza de brazos, un mecanismo de defensa. Sus hombros están tensos, su mirada es cautelosa. Lo veo en sus ojos: la lucha entre la rabia y la atracción. Entre lo que quiere y lo que se prohíbe.

Me acerco. Solo un paso. Luego otro.

—¿Todavía está trabajando?

—Quería terminar la presentación antes de que usted me la pidiera —sus palabras son profesionales, pero el filo que contienen es cortante.

Asiento con la cabeza, observándola. Cómo se esfuerza por mantener la calma. Cómo intenta no mirarme.

Debería decir algo. Algo correcto. Una disculpa, quizá. Pero en lugar de eso, solo sale:

—Tiene que aprender a parar de vez en cuando.

Parpadea, sorprendida. —¿Disculpe?

—Es tarde. Váyase a casa.

—Creí que quería ver los documentos hoy mismo.

—Hoy no.

Su mirada se vuelve insegura, casi estupefacta. Puedo ver cómo todo se revuelve dentro de ella, cómo intenta descifrar cuál es mi juego. Y sé que piensa que es uno.

Por un momento hay silencio. Solo el ligero zumbido de la computadora, el chasquido de la calefacción.

Entonces asiente. Sin una palabra, sin expresión... solo ese pequeño asentimiento dolido que se me mete más bajo la piel de lo que quiero admitir.

Junta los documentos, agarra su bolso. Sus manos tiemblan un poco cuando cierra la laptop. La pantalla se apaga, la habitación se oscurece y solo la débil luz de la ciudad entra por las ventanas.

La observo mientras recoge sus cosas.

Cómo baja la mirada para que no pueda leerle el rostro. Cómo se levanta, en silencio, con determinación, como si no quisiera volver a mirar atrás.

Y algo dentro de mí se rompe.

Quiero dejarla ir. Debería hacerlo. Pero no puedo.

Me doy la vuelta, con la intención de simplemente ir hacia la puerta. Distancia. Control. Profesionalismo. Todo lo que normalmente me define. Pero cada paso se siente equivocado.

Me detengo.

Siento su respiración detrás de mí. Serena. Atormentada. Sé que en este momento está pensando lo mismo que yo: no puede ser.

Me doy la vuelta.

Ahí está ella, de pie, con el bolso al hombro, el abrigo medio abierto, los labios ligeramente entreabiertos, el ceño fruncido. Esa imagen —ella bajo la luz fría y pálida, agotada y hermosa— se me graba a fuego.

Y entonces pierdo el último ápice de cordura.

Dos pasos, quizá tres, y estoy junto a ella. Veo cómo se le agrandan los ojos, cómo contiene la respiración, como si supiera lo que viene ahora y aun así no pudiera resistirse.

La agarro por la cintura, siento su calor bajo mis dedos, la atraigo hacia mí. Dudo una fracción de segundo, lo suficiente para que ella pudiera haberse apartado.

Pero no lo hace.

Así que la beso.

No es un beso lento y meditado. Ni un tanteo. Solo este anhelo crudo e inevitable que se ha ido acumulando.

Inspira bruscamente, sus manos encuentran el cuello de mi camisa y siento cómo cede.

La idea de que no debería estar haciendo esto parpadea en mi mente... y desaparece de inmediato.

Porque en este momento, no existe nada más.

Ni la oficina. Ni las reglas. Ni el riesgo.

Solo ella.

Capítulo 24

~ Kelly ~

Su boca se encuentra con la mía y, por un instante, me olvido de todo. El tiempo, el aire, la razón por la que estaba enojada. Es como si todo explotara dentro de mí: calor, deseo, caos. Siento su mano en mi cintura, firme, decidida, y podría jurar que mi corazón late tan fuerte que se puede oír desde el pasillo.

Quiero esto.

Maldita sea, lo deseo tanto.

Quiero perderme en este beso, en el calor, en lo que me provoca. Solo quiero dejarlo ir todo: los pensamientos, las dudas, la ira... todo lo que ha estado rondando mi cabeza durante días.

Pero entonces lo veo frente a mí.

La forma en que me miró en la reunión, gélido, arrogante.

La forma en que me trata, como si fuera una empleada cualquiera que simplemente debe cumplir.

La forma en que me da a entender con una sola mirada que él tiene el poder.

Y todo eso regresa de golpe.

Me aparto bruscamente, tan de repente que el beso se rompe, como si alguien hubiera succionado todo el aire de la habitación. —¿¡Qué se supone que es esto, Ethan!? —Mi voz es fuerte. Demasiado fuerte. Retumba entre las paredes de cristal, cortando el silencio como un cuchillo.

Él se queda ahí, respirando con dificultad, con la mano aún a medio levantar, como si no supiera si bajarla o extenderla de nuevo hacia mí. Su mirada vacila y, por un momento, no parece el CEO inalcanzable, sino simplemente... sorprendido. Quizás incluso inseguro. —Kelly, yo...

—No. —Levanto la mano, temblando por la adrenalina—. No se le ocurra decir algo que no sienta.

Él cierra la boca, se muerde el labio como si se estuviera conteniendo.

—¿Qué fue eso? —Siento que el calor me sube a la cara, no de vergüenza, sino de rabia—. ¿Cree que puede entrar aquí como si nada cuando está aburrido y a mí... simplemente...?

Me interrumpo porque las palabras se me atascan en la garganta.

Él baja la mirada y murmura en voz baja: —Fue un error.

Un error.

Me río. Brevemente. Con amargura. —¿Un error? ¿Habla en serio?

Asiente casi imperceptiblemente. Veo cómo intenta recuperar el control, cómo se endereza para volver a meterse en su papel de Mr. Blackwell.

Pero soy más rápida. —¿Sabe cuál fue el verdadero error? —Me acerco a él, cada sílaba ardiéndome en la lengua—. Haber creído que usted podía diferenciar entre el trabajo y... lo nuestro.

—Kelly, no quise decir eso...

—¡Claro que no! —Suelto una risa seca y nerviosa—. Nunca es su intención, ¿verdad? Primero llevan a una mujer a su oficina, la besan, y cuando ella les reclama, lo llaman *un error.*

No dice nada. Solo su mandíbula se tensa, como si quisiera replicar algo, pero no le doy la oportunidad.

—No puede tratarme como a una de sus empleadas y luego, cuando todas las luces se apagan, de repente... hacer algo así. —Hago un gesto entre nosotros—. Así no funcionan las cosas. No conmigo.

Respira hondo. —Lo sé.

—¿Ah, sí?

Sus ojos se encuentran con los míos, y en ellos hay algo por un momento que casi me desequilibra: culpa, quizás, o arrepentimiento. Pero sostengo su mirada. Tengo que hacerlo.

—Llevo semanas preguntándome qué es lo que quiere —continúo en voz más baja, pero mi corazón martillea—. Si todo esto tiene algún sentido. Si me está volviendo loca a propósito o si simplemente es así. Pero ahora... —Niego con la cabeza—. Ahora ya es suficiente.

Abre la boca para decir algo, pero lo interrumpo. —Yo nunca le he mentido. Nunca lo he utilizado. Y espero que usted tampoco lo haga.

Por un segundo, veo cómo lucha consigo mismo. Sus manos se crispan, como si quisiera tocarme, pero no lo hace. En lugar de eso, asiente lentamente. —Tiene razón.

Respiro hondo. —Sí. La tengo. —Entonces tomo mi bolso, me aparto el pelo de la cara y camino hacia la puerta. Mis piernas tiemblan un poco, pero las obligo a llevarme.

Detrás de mí, no dice nada. Ni una palabra. Ningún intento de detenerme.

Me detengo brevemente en la puerta y me doy la vuelta. Él sigue ahí, con la mirada baja, las manos en los bolsillos, la personificación perfecta del autocontrol... y, aun así, veo que algo se agita en su interior. —No puede volver a tratarme así —digo en voz baja—. No si quiere que me quede.

Luego, me voy.

El pasillo está en silencio, solo el zumbido de las lámparas me acompaña. Afuera cae la nieve y juro que, por un instante, siento como si por fin pudiera volver a respirar.

La nieve cae en copos densos y silenciosos cuando salgo del edificio. Por un momento, me quedo quieta, inhalo el aire frío y observo cómo mi aliento se convierte en nubes blancas. Hay silencio. Tan silencioso que puedo oír los latidos de mi corazón. Quizás sea por la nieve. O por lo que acaba de pasar.

Le canté las verdades a Ethan.

Finalmente.

Y aunque todavía siento ese aleteo salvaje en mi estómago, me siento... fuerte. Libre. Como si, por primera vez en semanas, volviera a pisar tierra firme. Me ajusto el abrigo, busco mis guantes en el bolsillo y me pongo en marcha.

La calle está brillantemente iluminada. De los árboles cuelgan guirnaldas de luces doradas, los escaparates relucen, y por todas

partes huele a canela y a almendras tostadas. Época navideña en Nueva York; normalmente es mi mes favorito, pero en los últimos días no había espacio para eso en mi cabeza. Hoy es diferente. Hoy he recuperado algo que casi había perdido.

Acelero el paso, la nieve cruje bajo mis botas y un taxi a mi lado salpica una pequeña ola de agua sucia. Me río en voz baja, me hago a un lado y, por primera vez en días, no es una risa amarga. Sino genuina.

Realmente lo hice. Lo detuve.

Le dije que no puede tratarme así.

Una pequeña sonrisa de autosatisfacción se dibuja en mi rostro mientras recorro las siguientes cuadras. Veo mi reflejo pasar en las fachadas de cristal: la cara sonrojada, el pelo revuelto, el pintalabios corrido. Pero la mujer que me devuelve la mirada parece más decidida que hace una hora. Vuelvo a reconocerme. Cuando llego a casa de Valerie, subo los últimos escalones casi corriendo. Ya en el pasillo huele a vainilla, a cera de velas y a un toque de perfume. Típico de Val. Si hay alguien que vive la Navidad, es ella. Toco la puerta, y apenas se abre, me jala adentro con un chillido de sorpresa.

—¡Por fin llegaste! Y te ves... —Entrecierra los ojos, observándome de arriba abajo—. ...como si acabaras de matar a alguien. O de besarlo. O ambas cosas.

—Casi. —Me sacudo los copos de nieve del abrigo y me río.

—¡Oh, Dios, qué pasó? —Me toma del brazo y me lleva hacia el sofá, donde ya hay dos tazas humeantes de chocolate caliente; por supuesto, con malvaviscos, canela y un chorrito de Baileys, porque Val no hace las cosas a medias. Me dejo caer, respiro hondo y se lo cuento. Todo. El beso. Mi rabia. El momento en que finalmente me aparté de él. Cómo le grité. Cómo se quedó ahí parado: sin palabras, desconcertado, de alguna manera... humano.

Cuando termino, Val se me queda mirando. Por un instante no dice nada, luego aplaude con fuerza. —¡No lo puedo creer! ¡De verdad lo hiciste!

—Sí —digo—. Lo hice.

Se pone de pie de un salto y extiende los brazos como una presentadora de concursos sobreactuada. —¡Un aplauso para Kelly Anderson, la mujer que por fin recuperó su maldito respeto!

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonreír. —Por favor, nada de ovaciones de pie.

—¡Claro que sí! —Se deja caer de rodillas dramáticamente y hace una reverencia profunda—. Estoy tan orgullosa de ti. Le plantaste cara al CEO guapo. Al hombre que probablemente nunca ha escuchado un no en su vida.

—Se merecía escuchar uno al menos. —Tomo el chocolate caliente, sujeto la taza entre mis manos y observo cómo los pequeños malvaviscos se derriten lentamente.

Val se sienta de nuevo a mi lado y se apoya en mí. —¿Sabes? Yo esperaba que ustedes empezaran una pequeña y sexi aventura de oficina. ¿Pero esto? Esto es mejor.

Enarco una ceja. —¿Mejor?

—Oh, sí. —Sonríe—. No te achicaste. No te escondiste de él. Le demostraste que eres más que una simple empleada a la que puede darle órdenes después del trabajo.

Asiento con la cabeza. Lentamente. Sus palabras me sientan bien. Más de lo que quiero admitir.

Afuera la nieve cae más densa, brillando bajo las luces de la ciudad. El apartamento de Valerie está cálido, huele a chocolate y canela, y la música suena suavemente de fondo: algún villancico con campanitas cursis.

Por un momento me reclino, cierro los ojos y asimilo todo.

No sé qué pasará ahora. Quizás todo se complique más, quizás mañana ya me arrepienta. Pero ahora, en este momento, estoy orgullosa.

No dejé que él me definiera.

Me recuperé a mí misma.

Y eso se siente mejor que cualquier beso, cualquier fantasía, cualquier promesa inalcanzable que me haya hecho con sus ojos.

Tomo un sorbo profundo de mi chocolate, miro a Valerie, que me observa con una sonrisa de satisfacción, y digo en voz baja: —¿Sabes qué? Creo que puedo con esto. Pase lo que pase.

Ella asiente, como si lo supiera desde hace mucho, y choca su taza con la mía. —Claro que puedes con esto, nena. Esto es Nueva York. Aquí solo sobreviven los fuertes.

Sonrío. Afuera la nieve sigue cayendo y, por primera vez en mucho tiempo, siento que vuelvo a tener el control de mi vida.

Val y yo ya estamos casi tumbadas en el sofá, con lágrimas en los ojos de tanto reír.

—A ver, en serio —jadea entre dos carcajadas—, ¿qué crees que esté haciendo ahora mismo? ¿El gran Ethan Blackwell, CEO, multimillonario, Mr. «Siempre tengo todo bajo control»?

Me reclino, miro al techo y le sigo el juego. —Seguro está en su *penthouse*, completamente solo, con un vaso de whisky en la mano, mirando melancólico el horizonte de la ciudad.

Valerie suelta una carcajada. —¡No! Está sentado en el suelo, descalzo, en traje —pero sin corbata— y pensando en su vida. En todas las mujeres que lo han adorado. Y entonces piensa en ti y en tu «no», ¡y se bebe su whisky carísimo directamente de la botella!

Río. Fuerte, sinceramente, hasta que me duele el estómago. —O renuncia a su carrera. Simplemente lo manda todo al diablo porque escuchó un «no» por primera vez en su vida.

—¡Oh, sí! —Val se incorpora, levantando dramáticamente una nota imaginaria en el aire—. «Yo, Ethan Blackwell, por la presente renuncio a mi cargo y me mudo a un pequeño suburbio donde nadie me conoce. Me convertiré en carpintero. O jardinero. O...».

—O en un trotamundos en Australia —añado, y ambas soltamos un chillido—. Descalzo en la playa, con un sombrero de paja y un perrito. Vende collares de conchas a los turistas y no vuelve a hablar jamás sobre la bolsa.

Val se queda sin aliento, riendo tan fuerte que se agarra el estómago. —O se va a China y se hace monje. Voto de silencio. Nunca más mujeres. Nunca más Kelly.

—¡Basta! —grito, presionando un cojín contra mi estómago—. No puedo más.

Resoplamos, nos reímos tontamente, nos lanzamos miradas que solo empeoran la risa. Toda la escena es tan absurda que por un

momento olvido que lo que estamos discutiendo no está tan lejos de la realidad. Al menos la parte en la que *le* dije que no.

En algún momento, la risa disminuye. Me hundo de nuevo en los cojines, Val también, con una risita ahogada en la garganta. Luego todo se vuelve más silencioso. —Pero, hablando en serio —digo en voz baja, y el buen humor en mi voz se resquebraja—. ¿Qué hago ahora?

Val gira la cabeza hacia mí. —¿A qué te refieres?

Suspiro. —Pues eso. Mañana voy a la oficina, me siento en mi escritorio y él estará allí. Con su traje, con esa mirada que te congela. ¿Y entonces qué? Entonces actuará como si nada hubiera pasado. Otra vez. Y yo... —Trago saliva—. No sé cómo voy a soportarlo.

Val me mira y, por un momento, se queda en silencio. Sin bromas, sin ironía. Solo compasión. —Eres más fuerte de lo que crees —dice finalmente—. Hoy le plantaste cara. No fue una casualidad. Puedes volver a hacerlo.

Quiero creerle. De verdad. Pero en mi cabeza ya está otra vez la cara de Ethan. Esa cara tranquila, controlada, peligrosamente encantadora que siempre finge que nada lo saca de sus casillas.

Y entonces, de repente, un pensamiento me atraviesa la mente y me deja helada.

Me levanto de un salto. —Oh. Dios. Mío.

—¿Qué pasa? —pregunta Val alarmada, incorporándose también.

—¡Le dije que no a Ethan Blackwell! —grito, y empiezo a caminar de un lado a otro por la sala—. Le grité. Le dije que me dejara en paz. ¡A él, al maldito Ethan Blackwell!

—¿Sí? —Val levanta las cejas lentamente.

—¡¿Y si me despide?!

—Kelly...

—O peor, ¿y si me ignora? ¿Y si de repente soy invisible para él? ¿Si actúa como si yo no existiera? —Me paso las manos por el pelo frenéticamente, sigo caminando de un lado a otro, sintiendo cómo se me acelera el pulso—. La regué con mi jefe. ¡Con *el* jefe! Podría hacer que no consiga trabajo en todo Nueva York. ¡Qué digo! En todos los Estados Unidos. ¡En toda América! Tiene contactos en

Inglaterra. Así que Europa también queda descartada. ¡Oh, Dios, al final voy a terminar descalza en Australia!

Val se levanta, me toma por los hombros y me obliga a mirarla. —Cálmate. No hiciste nada malo.

—¡Le grité!

—¡Él te besó!

Parpadeo. Vale, punto para ella.

—Kelly, tenías todo el derecho a decirle lo que pensabas. Y si él no lo entiende, entonces es un idiota.

—Un idiota con poder sobre mi trabajo —murmuro.

Val sonríe y me atrae en un abrazo. —Entonces esperemos que el idiota tenga suficiente clase como para saberlo.

Respiro hondo y le devuelvo el abrazo. Pero el pánico sigue ahí. Como un nudo pequeño y persistente en el estómago.

Le dije que *no* a Ethan Blackwell.

Y mañana tengo que volver a mirarlo a los ojos.

Capítulo 25

~ Ethan ~

Estoy de pie en mi oficina, la luz de la ciudad inunda el espacio en largas franjas doradas a través del frente de cristal, mientras afuera la nieve cae en silencio. El horizonte brilla con la luz del atardecer... y apenas puedo concentrarme en él. Mis pensamientos están en otra parte. En ella.

Kelly Anderson.

Todavía puedo oír cómo le temblaba la voz; no de miedo, sino de rabia. Esa mezcla de indignación y pasión con la que se plantó frente a mí, gritándome como si no fuera su jefe, sino simplemente un hombre que había ido demasiado lejos. Y tal vez lo fui. Tal vez lo soy siempre.

Me apoyo en el escritorio, meto las manos en los bolsillos y noto cómo una sonrisa se dibuja en mis labios. Me plantó cara. A mí. A Ethan Blackwell.

Y, maldita sea, me gusta.

La provoqué, lo sé. Quería romper su fachada, esa Kelly disciplinada y controlada que se esconde detrás de expedientes y hojas de cálculo. Quería ver qué pasaba cuando por fin dejara de ser tan malditamente sensata.

Y lo conseguí.

Explotó. Echó chispas. Ardió. Y de repente, ahí estaba de nuevo: esa mujer de Aspen. Salvaje. Real. Indómita. Casi había creído que solo la había imaginado, que el frío de la ciudad se la había tragado. Pero no, nunca se fue. Solo tenía que provocarla para que saliera de nuevo.

Me río en voz baja, una risa grave y sincera. Esta vez fue ella la que me dejó plantado. Y en lugar de enojarme, eso me excita aún más.

Me acerco a la ventana, observo las luces allá abajo, donde personas diminutas corren a través de la nieve, cada una con su propio destino, su propio pequeño drama. Y en algún lugar ahí fuera, ella está ahora, con esa energía que me vuelve loco desde el

primer momento. Quizás esté maldiciéndome. Quizás esté golpeando una almohada porque la estoy volviendo loca. Y quizás esté sonriendo un poco al hacerlo; como en Aspen, cuando creía que yo podía ver a través de ella.

Respiro hondo, inclino ligeramente la cabeza y siento cómo algo se agita dentro de mí. Me desafió. Me desequilibró. Eso no pasa a menudo.

La mayoría de la gente a mi alrededor es predecible. Quieren algo —dinero, influencia, mi nombre en sus documentos— y puedo calarlos en dos minutos. ¿Pero Kelly?

Ella es diferente. Lucha. Contra mí. Contra sí misma. Y cuanto más lo hace, más la deseo.

Me alejo de la ventana y regreso lentamente a mi escritorio. El vaso que dejé allí está vacío desde hace rato, pero aun así lo tomo. El sabor del whisky aún se adhiere a él, áspero y cálido, como el recuerdo de sus labios.

Maldición.

Debería dejarlo. Sé lo que esto significa. Sé lo peligroso que es. Pero me atrae como un imán. Con cada palabra que me lanza, se vuelve más interesante.

Me siento, apoyo los brazos en los reposabrazos, echo la cabeza hacia atrás.

La veo ante mí: la Kelly que acaba de gritarme. La que me plantó cara, con los ojos centelleantes y un fuego en la voz que me electrizó.

La recuperé.

No a la empleada de manos nerviosas que apenas se atreve a moverse en mi oficina. Sino a la mujer que yació debajo de mí en Aspen, la que me provoca, me desafía, me incita... y al mismo tiempo me vuelve loco.

Sonrío, cierro los ojos por un momento. La saqué de nuevo.

La hice *revivir*.

¿Y ahora?

Ahora la deseo más que nunca.

Capítulo 26

~ Kelly ~

Estoy acostada en la cama, mirando fijamente el techo. ¿Dormir? Ni hablar. El corazón me martillea, la cabeza me retumba y los pensamientos se me atropellan.

Le grité. A Ethan Blackwell. *A mi jefe.*

Oh. Dios. Mío.

Me quito la manta de encima, me siento y me presiono la cara con las manos. ¿En qué estaba pensando? Le grité como si fuera un tipo cualquiera en la calle, no el CEO de una empresa multimillonaria. Estoy arruinada. —Estoy completamente arruinada —murmuro en voz baja y me dejo caer de espaldas otra vez.

Pero entonces —y esa es la parte que más me atormenta— la imagen vuelve a mi mente. Su rostro. Tan cerca. Tan malditamente cerca.

La forma en que me miró, justo antes de besarme.

Cómo sentí su mano en mi espalda.

Cómo *no* lo aparté.

Gimo y golpeo el colchón con la almohada. —¡No! ¡Basta ya!

Mi cabeza es un completo caos.

Ethan Blackwell me besó. Mi Boss. El tipo que me humilla en las reuniones, que me pone a prueba, me provoca, me vuelve loca con una sola mirada. Ese mismo hombre me besó y fue —maldita sea— bueno.

Demasiado bueno.

Me pongo de lado, me tapo la cabeza con la almohada y solo quiero que los pensamientos desaparezcan. Pero no lo hacen. Una y otra vez lo veo frente a mí, siento ese momento en el que todo el aire entre nosotros empezó a crepitar, como si la habitación estuviera en llamas. Y lo deseo. Lo deseo tanto que me da miedo.

—No, Kelly —murmuro—. No, no y no. No puedes permitirlo. No otra vez. —Soy su empleada. Él es mi jefe. Solo eso debería ser razón suficiente para sofocar cualquier fantasía de raíz.

Pero parece que mi cuerpo no tiene intención de hacerle caso a la razón.

Me levanto, camino por mi pequeño apartamento, enciendo una vela, solo para hacer algo. La llama danza en las paredes y me detengo junto a la ventana. Afuera nieva. Copos gruesos que se reflejan en las farolas. Tan pacífico. Tan tranquilo. Y en mi interior ruge la tormenta.

Apoyo la frente en el cristal frío.

Él me desea.

Todavía.

¿Por qué otro motivo me habría besado?

Pero ¿acaso me desea *a mí*, o simplemente el juego? ¿Eso que pasa entre nosotros cuando nadie mira? No soy una mujer con la que se juega. Ya no. Nunca más.

Durante el día me trata como una subordinada, una pieza de ajedrez en su vida perfectamente controlada. Y por la noche, entra en mi oficina, me mira, me besa como si le perteneciera.

Niego con la cabeza y siento que las lágrimas me suben a los ojos; no de tristeza, sino de rabia.

¿Cómo puede alguien ser tan arrogante, tan controlado, tan... fascinante?

Voy a la cocina, me sirvo un vaso de agua y me lo bebo de un trago. No ayuda. Nada ayuda. Vuelvo, abro de golpe la puerta del armario, agarro mi cárdigan de punto grueso y me lo pongo. Quizás el aire fresco ayude. Quizás el frío me haga entrar en razón.

Pero me detengo justo en la puerta. No puedo moverme. No quiero encontrármelo. No ahora. No mañana. No cuando no sé cómo voy a reaccionar.

Quiero odiarlo. De verdad. Quiero despreciarlo por su arrogancia, por esa mirada engreída con la que me evalúa cada vez.

Pero cada vez que pienso en él, siento calor.

Me llevo las manos a la cabeza y me río con desesperación. — Estoy perdida.

Me dejo caer de nuevo en la cama, tomo mi celular solo para volver a dejarlo a un lado. No, no le voy a escribir. De ninguna manera. Sería lo más estúpido que podría hacer.

Tengo que mantenerme fuerte. Tengo que controlarme.

A partir de mañana —sí, mañana—, lo voy a ignorar. Iré a trabajar, haré mi trabajo y lo trataré como a cualquier otro superior. Sin chispas, sin miradas de más, sin pensar en sus labios.

Me vuelvo a tapar la cabeza con la manta y cierro los ojos. Me convenzo de que todo va a funcionar. De que puedo olvidarlo.

Pero en el fondo sé que es mentira. Porque cuando mañana vuelva a estar frente a mí, con esa mirada que hace que me tiemblen las rodillas, volveré a sentirlo todo.

Y lo odio por eso.

Lo odio porque me hace sentir así.

Me despierto antes de que suene el despertador. El estómago se me contrae, como si alguien me lo hubiera anudado. Tengo náuseas. Muchas náuseas.

No es el tipo de náuseas que desaparece con un antiemético y un café; esto es más profundo.

Salgo de la cama a trompicones, la manta se me enreda en las piernas y, antes de que pueda siquiera ponerme de pie, el pensamiento me atraviesa la cabeza: *Ethan.*

Y al instante se me revuelve aún más el estómago.

Corro al baño, me inclino sobre el lavamanos, respiro hondo, exhalo. Agua fría. Necesito agua fría. Abro la llave, me echo agua en la cara, boqueo en busca de aire. El agua me corre por el cuello, me arde en la piel, pero ayuda, al menos un poco.

—Puedes con esto, Kelly —le susurro a mi reflejo en el espejo. Mi voz suena áspera, temblorosa, nada que ver con la mujer que me gustaría ser. Tengo un aspecto horrible. Pálida, con ojeras que casi proyectan sombras. Genial. Justo así es como una quiere enfrentarse a su Boss después de haberle gritado porque la besó.

Me apoyo en el lavamanos y me obligo a seguir mirándome en el espejo. —Hoy vas a entrar ahí. Vas a hacer tu trabajo. No vas a dejar que se te acerque. Ni literal ni figuradamente. Sin temblores, sin tartamudeos, sin sonrojarte. Eres más fuerte que esto.

Asiento hacia mi reflejo, pero mi reflejo no me cree.

Yo tampoco.

Con las piernas débiles, me arrastro de vuelta al dormitorio y abro de par en par el armario.

Filas de blusas, pantalones de tela, blazers. Todo correcto. Todo profesional. Todo como se debe vestir en una oficina de lujo donde cada paso huele a perfección.

Paso la mano por las telas, buscando apoyo, pero en mi cabeza el caos vuelve a desatarse.

¿Debería reportarme enferma?

Podría llamar. Decir que tengo gastroenteritis. Lo cual ni siquiera sería del todo mentira, ya que mi estómago se está rebelando al ritmo de mis pensamientos.

Un día de descanso. Un día para recomponerme. Para olvidar.

Pero entonces vuelvo a ver su rostro ante mí. Su mirada, fría y penetrante, como si me atravesara con los rayos X.

Su sonrisa, esa sonrisa arrogante y engreída que dice: *Sé que eres más débil que yo.*

Agarro una blusa. Blanca. Sin arrugas. El cuello perfecto. Me la acerco, respiro hondo.

No. No me voy a quedar en casa. No seré la empleadita que se esconde porque el gran Boss la ha desestabilizado.

Voy a ir.

Voy a mirarlo a los ojos.

Y voy a demostrarle que no soy la marioneta que él cree que soy.

Saco la blusa de la percha, me la pongo y la abotono con dedos temblorosos. Tengo las manos heladas. La blusa me queda ajustada, casi demasiado, y me recuerda cómo sus dedos se deslizaron por mi espalda anoche. Me detengo, inspiro, cuento mentalmente hasta tres. *No pienses en eso.*

Me pongo el blazer, me paro frente al espejo. La mujer que me devuelve la mirada parece tenerlo todo bajo control. Pelo liso, labial, postura erguida. Solo yo sé que todo es una fachada.

—No va a quebrarme —murmuro—. Va a ver lo que le espera.

Me pongo los tacones, agarro mi bolso y salgo por la puerta.

Afuera, el frío me golpea. El aire huele a nieve, a café y a Nueva York en diciembre: frenético, ruidoso, vivo. La gente pasa a mi lado a toda prisa, riendo, hablando por teléfono, como si hoy fuera un día normal.

Quizás para ellos lo sea. Para mí no.

Me presiono la mano contra el estómago, sintiendo cómo el nerviosismo me revuelve por dentro. Pero sigo caminando. Paso a paso, por las calles, pasando junto a las vitrinas que ya relucen con decoración navideña. Guirnaldas de luces, estrellas doradas, maniquíes con gorros rojos.

Todo me recuerda que, en realidad, amo esta época. Pero justo ahora, con mi vida patas arriba, todo parece una burla.

Subo al metro, me sujeto de la barra y me obligo a respirar con calma.

Es solo trabajo. Solo una oficina. Solo él.

Pero pensar en él es suficiente para que mi corazón se acelere de nuevo.

—Eres mejor que esto —me susurro a mí misma mientras el vagón se sacude—. Voy a demostrarle que merezco este trabajo. No porque él me haya ascendido. No porque me desee. Sino porque soy buena en lo que hago.

Soy mejor que el juego que él está jugando conmigo.

Y quizás, solo quizás, también soy mejor que él.

Casi corro. No tengo idea de dónde meter todo mi nerviosismo, pero mis piernas son más rápidas que mi cabeza. En el vestíbulo, tropiezo con mis propios pies y apenas logro sujetarme del pasamanos —¡genial, Kelly, súper discreta!— y murmuro un «perdón» con voz ronca, aunque nadie me presta atención. Me tiemblan tanto las manos que apenas puedo sacar la tarjeta de acceso del bolsillo.

La presiono contra el escáner, bip, la puerta se abre y mi corazón se acelera como si estuviera a punto de entrar a un interrogatorio.

Tú puedes, me digo. *Eres una adulta. Estudiaste una carrera. Puedes trabajar en el mismo edificio que tu jefe sin sonrojarte al*

pensar en... en las cosas que hicieron sobre un escritorio.

En el ascensor, los espejos me descuadran dos veces: primero veo mi rostro pálido y descompuesto, luego los ojos de acero de la persona frente a mí —un colega se sube también y, en la fracción de segundo en que se da la vuelta, creo ver a Ethan. El mismo cabello oscuro, la misma postura erguida. Mi estómago se revuelve al instante. Siento calor, luego frío, y después todo me da vueltas. Cierro la mano en un puño, inhalo profundo, contengo la respiración, cuento hasta cuatro, exhalo. Yo puedo con esto. No soy de azúcar.

—¿Todo bien? —pregunta la mujer a mi lado, porque me estoy aferrando al pasamanos como si fuera a desplomarme.

—Sí, sí... solo... no desayuné —digo con dificultad. Claro, Kelly. Genial. La explicación perfecta.

Respiro hondo, fijo la vista en mis zapatos de tacón y cuento los segundos en mi mente hasta que la puerta se abre. Salgo disparada como si el ascensor fuera a explotar detrás de mí y camino directo a mi oficina. Me quito el abrigo, dejo el bolso, respiro. Okay. Estás aquí. Estás viva. No te moriste.

Y entonces lo veo.

Ethan.

En su oficina.

A través de la pared de cristal.

Está ahí de pie, con su asesor, relajado como siempre. Traje perfecto, perfil perfecto. Y esa sonrisa. Esa maldita, descarada, jodida sonrisa.

La odio. Odio cuánto la amo.

Puedo verlo reír desde aquí. Es esa risa en la que inclina ligeramente la cabeza, como si supiera exactamente lo peligroso que se ve. Se me hace un nudo en el estómago. Podría acercarme. Simplemente ir, disculparme, decirle que reaccioné de forma exagerada. Y entonces todo quedaría olvidado. Todo volvería a estar bien. Podría seguir con mi trabajo sin tener que estar pensando constantemente en qué pasará si volvemos a encontrarnos.

O podría esperar a que esté solo, acercarme y besarlo. Así, de la nada. Tal como lo hizo él y esperar a ver qué pasa. Confundirlo. Como él me confundió a mí.

O —y esta es la opción claramente más loca, pero más honesta— podría arrastrarlo al cuarto de las fotocopias.

Como siempre dice Valerie. *¡En el cuarto de las fotocopias, Kelly! ¡Todas las grandes historias de amor ocurren en el cuarto de las fotocopias!*

Me lo imagino. Yo, contra la pared, sus manos por todas partes, sus labios... —¿¡Alto!? —sacudo la cabeza con fuerza—. Estás loca, Kelly.

No soy una de esas mujeres que se dejan arruinar por una sonrisa. Soy profesional. Soy fuerte. ¡Anoche mismo proclamé mi independencia a los cuatro vientos, carajo! Puedo con esto.

Me siento, intento abrir mi laptop, pero mis manos siguen temblando. Inhalo, exhalo, de nuevo. Debería ir por un café. O un vodka. Pero el café es socialmente más aceptable.

Voy a la máquina, presiono el botón dos veces, veo el vapor que sale de la taza y me reprendo mentalmente: *Es tu jefe. Tu Boss. El hombre que ni siquiera se inmuta en las reuniones cuando haces algo bien. El que te atrae con una mirada y luego te ignora con una frialdad glacial. No puedes seguir pensando en él.*

Le doy un sorbo a mi café. Caliente. Demasiado caliente. Por supuesto que me quemo la lengua. Por supuesto.

Dejo la taza, vuelvo a mi escritorio, intento concentrarme en el trabajo, pero mi mirada se desvía de nuevo hacia allá.

Ahora está apoyado en la mesa. Los músculos de sus brazos se marcan a través de la fina tela del traje.

Se ve bien.

Se ve increíblemente bien.

Estoy perdida.

—Contrólate —susurro y abro una carpeta. Papel. Cifras. Tablas. Cosas que no tienen ojos verdes.

Garabateo notas en el margen, solo para hacer algo, mientras mi corazón martillea sin cesar. Tengo que ignorarlo. Es sencillo. Sin contacto visual, sin pensamientos, sin nada de nada.

Soy Kelly Anderson. He sobrevivido a cosas peores que un CEO atractivo con una sonrisa más letal que cualquier fecha de entrega.

Puedo con esto.

Lo *haré*.

Miro fijamente la pantalla como si pudiera hipnotizar el tiempo con ella. Solo ocho horas más. Ocho horas. No es nada. Puedo lograrlo. Soy adulta, soy competente, soy... Oh, Dios mío, ahí está, caminando.

Ethan Blackwell, en toda su divina apariencia, atraviesa el departamento como si protagonizara un comercial de trajes pecaminosamente caros. Su andar es tan sereno, tan controlado, que probablemente ni siquiera toca la alfombra. Y cada vez que mira a alguien, le dedica esa sonrisa encantadora, mitad peligrosa, mitad celestial.

—Concéntrate, Kelly —murmuro, mientras finjo escribir un correo. En realidad, solo tecleo letras sin sentido. *dskljfw9djf*. Genial. Muy profesional.

Bebo un sorbo de café frío, me obligo a pensar en cualquier otra cosa —tablas, cifras trimestrales, mi declaración de impuestos, la ropa sucia— pero todo se transforma en el rostro de Ethan. Ethan inclinándose. Ethan mirándome. Ethan...

—Oh, Dios —me doy una ligera bofetada—. Reacciona.

Casi había logrado recomponerme cuando sucede.

Unos golpes. Cortos. Secos. Autoritarios.

Me quedo helada.

Entonces se abre mi puerta.

Y ahí está él.

Él. Justo ahora. Ethan Blackwell en persona, con esa expresión que se debate entre la curiosidad, la seguridad en sí mismo y una sensualidad descarada. No puedo pensar tan rápido como mi pulso explota.

Me hundo de inmediato en mi silla. Literalmente. Me deslizo tan abajo que mi cabeza casi queda al nivel del borde de la mesa. Quizás así no me vea. Quizás piense que no estoy aquí.

Se detiene. Levanta una ceja. —¿Anderson? —Su voz. Ese timbre profundo, tranquilo, controlado. Vibra en la habitación.

Me hundo aún más en la silla. Quizás eso ayude.

Se acerca. Oigo sus pasos. Zapatos caros. Pasos seguros.

Oh, no. Oh, no, no, no.

Encojo las piernas, intentando hacerme pequeña, y me deslizo ligeramente hacia un lado. Si me dejo caer debajo de la mesa ahora mismo, quizás...

Demasiado tarde.

Ahora está de pie justo frente al escritorio. Veo su mano sobre el borde de la mesa.

Y entonces... se inclina hacia abajo.

Le devuelvo la mirada, paralizada.

Ethan Blackwell me está mirando por debajo del tablero de la mesa.

Por un segundo, nadie dice nada.

Entonces se ríe. No a carcajadas, sino una risa profunda. Esa risa silenciosa y peligrosamente divertida que te sube como un escalofrío por la columna vertebral. —¿Se está escondiendo de mí, Miss Anderson?

Parpadeo frenéticamente, salgo a medias de debajo del escritorio mientras me golpeo la cabeza. —¿Qué? ¡No! Yo... yo... eh... solo... este... se me cayó... algo.

—Ajá —sonríe—. ¿Algo importante?

—Un... pensamiento —quiero morirme. Ahora mismo.

Vuelve a reír, y su risa es peor que cualquier tormenta. Sus labios, sus dientes, ese brillo descarado en sus ojos... y yo, la tonta de Kelly, estoy aquí sentada, tartamudeando, mientras mi cerebro suspende todas sus funciones.

—Solo vine a buscar los documentos —dice finalmente. Tranquilo. Totalmente profesional.

—¡Claro. Los documentos! —suelto, como si acabara de despertar de un coma. Agarro la pila de papeles que lleva media hora lista sobre la mesa y se la tiendo con un movimiento demasiado brusco.

—Tenga.

—Gracias —sus dedos rozan los míos cuando los toma, y lo siento hasta en la punta de los pies.

Maldita sea, ¿por qué tiene que ser tan electrizante?

Me aclaro la garganta, me enderezo y finjo estar completamente concentrada. —Debería seguir trabajando. Tengo mucho que hacer.

—Por supuesto —dice, y su tono es tan sereno que casi creo haberme imaginado el brillo de sus ojos.

Se da la vuelta y se dirige a la puerta.

Aprieto los labios y me obligo a contener la respiración hasta que oigo el clic de la puerta. Entonces, vuelvo a desplomarme.

Necesito alcohol. O una nueva identidad. Quizás ambas cosas.

—Okay, Kelly —susurro, mientras me inclino con cuidado sobre el escritorio—. Eso fue... terrible. Pero sobreviviste.

Y entonces sonrío, mitad aterrorizada, mitad orgullosa.

De algún modo, voy a sobrevivir a todo esto.

Solo... por favor, Dios, que hoy no vuelva a entrar.

Capítulo 27

~ Ethan ~

Está sentada en su escritorio como si nada. La taza de café al alcance de la mano, la mirada fija en el monitor, el ceño ligeramente fruncido mientras sus dedos vuelan sobre el teclado. Profesional. Concentrada. Casi descaradamente tranquila para haberme gritado ayer como si yo fuera el mismísimo diablo.

Me reclino en mi silla y la observo. Solo por un momento; o al menos eso me digo.

Se ve diferente cuando trabaja. Concentrada, seria, pero también está ese brillo que no puede reprimir. Esa energía presente en cada uno de sus movimientos.

Anoche era otra. Enojada, impredecible, llena de fuego.

Todavía la veo frente a mí: cómo estaba parada, cómo le temblaban las manos, cómo me miró con ojos centelleantes. Ni un poco intimidada, aunque tenía todos los motivos para estarlo.

Y cómo después simplemente... me apartó.

No recuerdo cuándo fue la última vez que me pasó eso.

A mí, Ethan Blackwell, me apartaron de un empujón.

Y por una mujer a la que, en realidad, hubiera querido arrinconar contra la pared.

Una leve sonrisa se dibuja en mis labios. No con sorna, sino más bien... divertida.

Me sorprendió. Y eso no me pasa a menudo.

Podría simplemente seguir como si nada. Mandar a Diane a que busque los documentos que necesito. Sería lo normal.

Pero lo normal hoy no me interesa.

Quiero ver cómo reacciona.

Cómo me mira, después de haberse impuesto con tanta vehemencia ayer.

Si de verdad va a llevar hasta el final su plan de ignorarme, o si su corazón se acelera tanto como el mío cuando estoy cerca.

Así que me pongo de pie. Lento, tranquilo. Cada paso es deliberado, controlado. Tomo la taza de café de mi escritorio, solo

para parecer ocupado al salir de mi oficina.

Un par de empleados levantan la cabeza, asienten, saludan. Les devuelvo el saludo secamente y camino con paso decidido por el pasillo hasta que me paro frente a su puerta.

No se da cuenta de mi presencia. Aún no. Está absorta en algo, mordiéndose ligeramente el labio inferior... una distracción malditamente peligrosa.

Toco a la puerta. Una vez.

Se sobresalta.

Abro la puerta y entro.

Y lo que pasa a continuación es... inesperado.

Ella... se hunde.

Lenta pero inexorablemente, se desliza hacia abajo en su silla, como si pudiera esconderse en ella.

Necesito un momento para asimilar lo que estoy viendo. Y entonces, no puedo evitarlo, tengo que reírme.

En voz baja, pero de verdad. Esa risa que normalmente reservo para veladas privadas, no para la oficina.

Está medio sentada debajo del escritorio, con los ojos como platos y las mejillas rojas, y juro que está considerando si de verdad debería *arrastrarse debajo*.

—¿Anderson? —Mi voz suena más grave de lo que pretendía. Me aclaro la garganta ligeramente.

Ninguna respuesta. Solo un carraspeo nervioso.

Me acerco. Veo cómo su mano desaparece bajo el borde del escritorio. Quizá busca algo, quizá... huye.

Me inclino, apoyo una mano sobre la superficie de la mesa y la miro.

Sus ojos se encuentran con los míos, grandes y llenos de pánico.

—¿Acaso se está escondiendo de mí, Miss Anderson? —pregunto, mitad en serio, mitad divertido.

Parpadea, sus labios se abren, pero no sale ningún sonido. Luego, con dificultad, logra decir: —¿Qué? ¡No! Yo... yo... eh... solo... se me... se me cayó algo.

—Ajá. —Enarco una ceja y sonrío de lado—. ¿Algo importante?

—Un... pensamiento.

No puedo evitar reírme de nuevo. Esta chica me va a volver loco. Me enderezo, me cruzo de brazos y me apoyo en su escritorio.

Al instante se incorpora en la silla, jugueteando nerviosamente con una pila de papeles.

—Vine a buscar los documentos —digo finalmente, y reacciona como si hubiera detonado una bomba.

—¡Claro! ¡Los documentos!

Me empuja una pila de papeles, demasiado rápido, con demasiada energía. La hoja de encima se le escapa de la mano, pero la atrapo en el último momento. Nuestros dedos se rozan y, en ese instante, el aire entre nosotros vuelve a cargarse de electricidad.

Lo veo en su mirada: ese maldito destello.

El mismo de ayer.

El mismo de Aspen.

Tomo los documentos y asiento, como si fuera lo más normal del mundo.

—Debería seguir trabajando —murmura ella, sin mirarme—. Tengo mucho que hacer.

Me quedo de pie un momento más, mirándola. Finge estar completamente absorta en la pantalla, pero su respiración la delata.

Entonces me doy la vuelta, abro la puerta y salgo.

Y mientras recorro el pasillo, sonrío.

No porque se haya escondido. Sino porque me ha vuelto a sorprender.

Porque con cada día que no sucumbe a mí, se vuelve más interesante.

Regreso a mi oficina como si nada. Como si no acabara de pillar a una empleada intentando hacerse invisible debajo de su escritorio.

Entorno la puerta, dejo los documentos sobre mi mesa y respiro hondo.

Mantén la calma. Sigue trabajando. Ese es el plan.

Escribo correos, hago llamadas, reviso informes. Rutina. Pero mi cabeza... mi cabeza no colabora.

Se desvía una y otra vez hacia ella. Hacia ese absurdo momento bajo el escritorio. Hacia sus mejillas sonrojadas, hacia sus ojos que brillaban con una mezcla de pánico y desafío. Maldita sea, no recuerdo cuándo fue la última vez que alguien me descolocó tanto.

Unos golpes en la puerta me devuelven a la realidad. Diane asoma la cabeza. —La reunión, Mr. Blackwell. Sala de conferencias C.

Asiento, tomo mi tableta y la sigo.

Cuando entro en la sala, el equipo ya está reunido. Un murmullo de voces, el crujido de papeles, la habitual atmósfera ajetreada. Recorro los rostros con la mirada y entonces mis ojos se clavan en ella.

Kelly.

Está sentada en el lado izquierdo de la mesa, con un cuaderno delante y un bolígrafo en la mano. Apenas me ve, todo su cuerpo se tensa. Casi puedo sentirlo.

Y cuando ocupo mi lugar, se hunde unos centímetros más en su silla, como si pudiera desaparecer en ella. Otra vez.

Reprimo una sonrisa de lado.

Casi.

Maldita sea, es adorable cuando está nerviosa. No de esa manera desvalida y fingida, sino de verdad. De esa que no se puede actuar.

Enciendo la pantalla y veo cómo de inmediato parece ocupada, a pesar de que todavía no tiene ninguna tarea.

Me aclaro la garganta. —¿Anderson, preparó las cifras?

Parpadea, levanta la cabeza y asiente frenéticamente. —Sí, Sir. Eh, sí. Por supuesto.

Sir. Esa palabra suena demasiado bien en su boca.

—Entonces, empiece.

Se endereza, acerca los documentos, respira hondo.

Por un momento pienso que se va a caer de la silla.

Pero entonces... se transforma.

Su voz es firme, clara, profesional. Presenta los resultados como si llevara años aquí. Ni rastro de la Kelly caótica y nerviosa que suelo ver. Habla de estrategias, pronósticos de mercado, columnas de cifras; y lo hace con una calma que me impresiona.

La observo.

Cómo levanta la cabeza cuando cambia una diapositiva. Cómo mira deliberadamente a todos —a Diane, a dos de mis analistas, incluso al pasante—, menos a mí. Ni por un instante.

Veo cómo se obliga a no mirar en mi dirección. Cómo sus hombros se tensan un poco más cada vez que me muevo.

—Y ¿qué propone exactamente para estabilizar el rendimiento en el cuarto trimestre? —pregunto finalmente.

Su mano se detiene un instante. Luego responde. Con soltura. Con seguridad. Sin tartamudear, sin vacilar. Solo un ligero temblor al final de la frase, que corrige rápidamente.

Me recuesto en mi silla, entrelazo las manos y la miro.

Ella... evita mi mirada.

Sabe perfectamente lo que estoy haciendo. Sabe que la estoy mirando. Y se niega a concederme esa mirada.

Siento cómo una excitación sutil y peligrosa crece en mí. No es solo deseo, eso sería demasiado simple. Es este juego que ha surgido entre nosotros. Este *quiero que me veas, pero no debo mirarte* que no se dice.

Termina su presentación, se sienta sin dignarse a mirarme. Diane la elogia, un colega hace una pregunta; ella responde con inteligencia, con calma, de forma casi exageradamente correcta.

Asiento, no digo nada más.

El equipo discute, las voces se superponen. Pero mi mirada permanece fija en ella.

Actúa como si fuera intocable, como si tuviera todo bajo control, pero veo cómo sus dedos se aferran al bolígrafo, cómo su respiración se acelera en cuanto me muevo.

Debería dejarla en paz.

Esto es peligroso. Para ella, para mí, para todo lo que he construido.

Y sin embargo.

Cuanto más me ignora, más deseo que ya no pueda hacerlo. Que en algún momento levante la vista —solo por un segundo— y ambos sepamos que todo esto es una fachada.

Que me desea tanto como yo a ella.

La reunión termina, el equipo se levanta, las sillas arañan el suelo, las voces se mezclan en un revoltijo de risas y alivio. Dejo que la gente hable un momento, que recojan sus notas, antes de aclararme la garganta.

—Un momento.

El silencio se instala de inmediato. Todas las miradas se dirigen de nuevo a mí, y aprovecho este breve instante para pasear la vista por la sala. Kelly está sentada a dos asientos de distancia, con las manos entrelazadas, atenta, pero por dentro —lo veo— desea que se la trague la tierra.

—Quería recordarles a todos la fiesta de Navidad de mañana —digo con calma, en un tono que no admite discusión, pero que suena relajado—. Espero que hayan reservado la noche.

Un murmullo de asentimiento recorre la sala. Algunos empleados asienten, otros se lanzan miradas interrogantes. Lo veo en sus caras: algunos todavía no tienen ni idea de lo que les espera.

Me apoyo ligeramente en la mesa y dejo que el juego comience. —Como saben, este año quería hacer algo diferente. Nada de una velada encorsetada, ni un menú carísimo en algún hotel de cinco estrellas.

Le sigue un murmullo bajo, casi de decepción. Noto las cejas enarcadas, sobre todo entre los colegas de más edad, que probablemente ya tenían en mente su esmoquin.

—En su lugar —continúo—, hemos alquilado una pista de hielo privada. Al aire libre, justo al lado del Hudson. Habrá vino caliente, chocolate caliente, waffles, música. Y sí, para todos los que prefieran quedarse en tierra firme, hay suficientes mesas altas para apoyarse.

Algunas risas aisladas. No muchas. La sorpresa es palpable.

Sonrío. —Sé que algunos probablemente esperaban algo más elegante.

Un jefe de departamento de más edad se aclara la garganta. —¿Así que... no hay gala?

—Eso vendrá después —digo secamente y dejo que la sonrisa en mi rostro se ensanche un poco—. Esto es para *todos*. No solo para

los altos cargos o los jefes de proyecto. Quiero que cada empleado, desde la recepción hasta la junta directiva, se sienta parte de este equipo. Este año hemos logrado cosas extraordinarias y no lo conseguimos con cifras, sino con personas.

Miro brevemente a Diane, que asiente satisfecha, y luego mi mirada se desvía, muy deliberadamente, hacia Kelly.

Está sentada erguida, pero su mirada la delata. Confusión, tensión, quizá también un toque de pánico.

Sostengo su mirada un momento más de lo necesario. Es casi como si pudiera oír los engranajes girando en su cabeza.

Vino caliente, waffles, patinaje sobre hielo.

Me pregunto qué estará pensando. Si me imagina sobre el hielo. Si recuerda que ya la vi una vez sobre el hielo, aquella vez, en Aspen. Nieve, frío, calor.

Me recuesto. —Y espero que todos asistan —añado—. Sin excusas. Sin un «tengo otros planes». Si hablamos de espíritu de equipo, eso es para todos. También para los directivos.

Algunos ríen. Unos cuantos miran a Diane. Otros me observan con curiosidad. Pero yo solo la veo a ella.

Kelly.

Sus dedos juguetean nerviosamente con su bolígrafo, y finge estar tomando notas, pero veo que no está escribiendo nada en el papel. Solo líneas, garabatos nerviosos.

Sé que está pensando en mí. Igual que yo pienso en ella.

Aguanto el momento hasta que finalmente, con vacilación, levanta la cabeza y me mira a los ojos.

Solo un instante. Pero lo suficiente como para que sienta la electricidad.

Entonces asiento lentamente. —Bien. Les deseo una tarde productiva.

Apago la tableta y me levanto mientras los demás empiezan a moverse.

Diane recoge sus documentos, los empleados cuchichean sobre la pista de hielo, el vino caliente, sobre mi supuesta «nueva faceta navideña».

Me dirijo a la puerta, me detengo un momento y me doy la vuelta.

Mi mirada la encuentra de nuevo. Se sonroja al instante, pillada, como si la hubieran sorprendido copiando en el colegio.

Sonrío. No mucho. Apenas lo justo para que lo vea. Luego me voy.

Y antes de cerrar la puerta, me pregunto qué aspecto tendrá cuando esté sobre el hielo.

Si se moverá con la misma inseguridad que hoy en la oficina.

Y si la sujetaría si se cayera.

Capítulo 28

~ Kelly ~

Sigo sentada aquí, aunque la mayoría ya está guardando sus cosas. El corazón me late con fuerza, los dedos me tiemblan un poco y, aun así... lo logré. Lo logré *de verdad*.

La presentación salió bien. Sin lagunas mentales, sin tartamudeos, sin risitas nerviosas. Respondí cada pregunta como si llevara años aquí, y no solo unas pocas semanas. Diane asintió con la cabeza, y dos de los analistas incluso tomaron notas mientras yo hablaba.

Y Ethan... sí, me miró. Claro que lo hizo. Con ese brillo penetrante, inquisitivo y ligeramente burlón en sus ojos que te derrite y te vuelve loca al mismo tiempo. Pero no dejé que me desconcentrara. Hoy no.

Sonrío un poco mientras guardo las plumas. *Quizás sí pueda con esto. Quizás pueda mantenerme profesional.*

Y entonces oigo a Ethan carraspear. —Un momento más.

Me quedo quieta. Claro. *Claro* que tenía que decir algo más. Y cuando empieza a hablar de la fiesta de Navidad, el corazón se me va a los pies.

La fiesta de Navidad.

Oh, Dios.

La había olvidado por completo. Completamente reprimida, encerrada en algún rincón oscuro de mi cerebro, en algún lugar entre *por favor, no volver a pensar en Aspen nunca más* y *quizás debería renunciar y volverme panadera.*

Pero ahora está aquí de nuevo: la idea. Una fiesta de Navidad. Luces, música, vino caliente. Justo lo que ya me hizo débil una vez.

Y esta vez... *él* está ahí.

Como mi Boss. Mi Boss ardiente, insoportable y descarado.

Siento que se me revuelve el estómago.

Él sigue hablando, describiendo todo el evento, mientras yo solo capto palabras sueltas:

—Pista de patinaje... puesto de vino caliente... waffles... todos los empleados... sin excusas.

Quiero reír. O llorar. O ambas cosas.

Patinaje sobre hielo.

Yo. Sobre patines de hielo. En un infierno de brillantina hecho de luces parpadeantes y bebidas calientes, rodeada de cientos de personas. Ya me veo cayendo. En medio del hielo. Justo delante de Ethan.

Él me ofrecería la mano, me miraría con esa sonrisa medio arrogante, medio seductora y diría: *—¿Todo bien, Anderson?*

Y yo me sonrojaría de nuevo, perdería la cabeza de nuevo, de nuevo...

No. ¡No! Eso no me volverá a pasar.

Me obligo a levantar la vista cuando siento que me está mirando.

Claro que me está mirando. Su mirada se clava en mí, justo en el momento en que enfatiza que *todos* deben estar ahí.

Asiento automáticamente, aunque por dentro se me hiela la sangre en las venas.

Cientos de empleados. Eso es bueno. Esa es mi salvación. Con tanta gente, podré evitarlo. No tendrá ninguna oportunidad de acorralarme en algún sitio.

Me lo imagino mentalmente: yo al borde de la pista de hielo, segura con una taza de chocolate caliente en la mano, mientras todos los demás hacen el ridículo en el hielo. Yo río, hablo, me quedo con mis colegas. ¿Y Ethan? Estará en algún lugar con los altos ejecutivos, ocupado en parecer importante.

Eso es perfecto. Eso *tiene* que ser perfecto.

Aprieto los labios y asiento para mis adentros.

Nada de alcohol. Nada de contacto visual. Nada de sonrisas. Y bajo ningún concepto vestidos de brillantina o faldas ajustadas.

Sobreviviré a esto.

Incluso lo dominaré.

Pero cuando Ethan vuelve a recorrer la sala con la mirada al final, se fija deliberadamente en mí y esboza esa maldita sonrisa —esa sonrisa de «sé que estás pensando en mí»—, sé que será más difícil de lo que me estoy diciendo.

Quizás debería tomar clases de patinaje sobre hielo después de todo.

O buscar un trabajo en el extranjero.

—Emergencia —le había dicho.

Y Val, sin dudarlo ni un segundo, había respondido: —Cuenta conmigo. ¿Dónde?

Y ahora estamos aquí. En una pista de hielo resplandeciente, abarrotada y demasiado fría en medio de Brooklyn. Todo brilla. Los niños gritan, las parejas se toman de la mano, los villancicos retumban por los altavoces. El suelo bajo mis pies es un espejo resbaladizo, me tiemblan las rodillas y me pregunto seriamente por qué no me quedé en casa.

¿Val, en cambio? Una maldita reina del hielo.

Con una bufanda roja, un gorro blanco y esa sonrisa radiante que siempre pone cuando es el centro de atención. Se desliza por el hielo como si estuviera en una película de Navidad. Elegante, grácil, con esas pequeñas piruetas perfectas que dejan a todos a su alrededor boquiabiertos.

Yo, mientras tanto, me aferro a la barandilla. —Esto es una pesadilla —murmuro, mientras mis patines se inclinan peligrosamente hacia afuera—. Una pesadilla helada y brillante.

Val se acerca a toda velocidad, frena justo delante de mí y me salpica nieve en los jeans. —¡Vamos! Solo tienes que soltarte.

—¡No *quiero* soltarme! ¡Ni siquiera quiero estar sobre el hielo!

—Kelly. —Levanta una ceja—. Entonces, por favor, explícame de nuevo *por qué* estamos haciendo esto.

Pongo los ojos en blanco. —La fiesta de Navidad.

—Ah. —Asiente y sonríe—. Ethan.

Gimo en voz alta. —¡Ay, Dios mío, Val!

—¿Qué? Tú misma dijiste que querías estar preparada. Para no hacer el ridículo.

—¡No quiero estar preparada, solo no quiero llamar la atención! —Señalo mis pies tambaleantes—. Ya soy la empleada de oficina

descoordinada que casi tira una pluma en la taza de café durante la reunión. No necesito también la reputación de «la que sufrió una conmoción cerebral en el hielo».

Val ríe a carcajadas y me jala de las manos hacia la pista. —Eres tan adorable cuando te entra el pánico. Ahora ven. Uno, dos... y deslízate.

—¡No me *deslizo* a ninguna parte! —protesto, pero ella sigue tirando de mí. Mis piernas hacen lo que quieren. Soy más Bambi que bailarina, más caos que control.

—¡Se te ve genial! —grita Val entusiasmada.

—¡Me estoy muriendo! —jadeo.

—¡No, te estás *deslizando*!

Y entonces, contra todo pronóstico, funciona por unos segundos. De verdad me deslizo: lento, de forma tambaleante, pero sin caerme de bruces al instante. Me río. Una risa auténtica y sorprendida.

—¡Lo ves! —exclama Val, triunfante—. ¡No es tan difícil!

—Díselo a mis pies —. Me tropiezo, me recupero y respiro hondo —. Te juro que ya no los siento. Probablemente tengo una hemorragia interna o algo así.

Val suelta una carcajada. —No tienes remedio.

—Soy realista —. La jalo de la manga para que nos deslicemos de nuevo hacia la baranda—. Hago esto solo para no parecer que nunca he visto el hielo en mi vida en esa maldita fiesta de Navidad.

—Y para impresionar a Ethan.

—*¡No!* —la fulmino con la mirada—. *No* quiero impresionar a Ethan. Quiero que no me note. Para nada. Soy invisible. Un fantasma navideño de oficina con un abrigo de lana.

Val vuelve a reírse, con esa risa profunda y a la vez cristalina que hace que la mitad de la pista de hielo se fije en nosotras.

—Claro —dice finalmente—. ¿Y aun así estás aquí, congelándote el trasero, porque quieres evitarlo?

Suspiro. —Es... complicado.

Se apoya en la baranda, con la barbilla sobre la mano, y me mira con esa mirada. —Complicada es tu segundo nombre.

Levanto las manos en el aire. —Lo tengo bajo control, ¿de acuerdo? Soy profesional. Lo ignoro. Estoy tranquila. Fría como el

hielo. Como este maldito hielo.

Val enarca una ceja. —Claro. ¿Y haces todo esto solo para no pensar en él?

—Exacto —. Asiento enérgicamente—. Soy racional. Sensata. Y completamente independiente de los hombres.

—Por supuesto.

—Mañana simplemente tengo que brillar. Profesionalmente. Segura de mí misma. Exitosa.

—Y, de paso, lucir deslumbrante.

—¡Val!

Ella ríe por lo bajo. —Está bien. Ni una palabra más sobre Ethan Blackwell.

—Gracias —. Exhalo aliviada.

—Pero, Kelly...

—¿Mmm?

—Si *de todos modos* te caes... al menos hazlo con elegancia. Como en cámara lenta. Así todos pensarán que fue a propósito.

Suelto una carcajada. —Te odio.

—Yo también te quiero, cariño.

Y mientras ella se desliza de nuevo sobre el hielo, yo me quedo junto a la baranda, respiro hondo y dejo que el viento frío me dé en la cara.

Voy a superar esto. Soy fuerte. Soy profesional.

Pero en mi cabeza vuelvo a escuchar la voz de Ethan: *«Venga. Tenemos mucho que hacer».*

Y de repente, el hielo bajo mis pies se siente aún más delgado.

El día siguiente pasa demasiado rápido. Demasiado *rápido*. Me abro paso entre correos, expedientes, hojas de cálculo, hago todo lo posible por concentrarme, pero mi mirada se desvía una y otra vez hacia el reloj. Cada hora que pasa me acerca un poco más a la catástrofe. *La fiesta de Navidad.*

Se me encoge el estómago cada vez que la manecilla avanza. Quiero que el día no termine nunca. Que pueda quedarme sentada

eternamente en esta oficina, fingiendo que no existe nada fuera de mi pantalla. Ni vino caliente, ni wafles, ni luces brillantes. Y, sobre todo, ningún Ethan Blackwell.

Hoy no está en la oficina. Reuniones fuera, dijo Diane.

Debería sentirme aliviada, y lo estoy. Al menos un poco.

Quizás llegue tarde esta noche. O, mejor aún: que no venga.

Entonces sí podría disfrutar de esta fiesta. Entonces podría concentrarme en mis colegas, en el hielo, en el chocolate caliente, en todas las luces navideñas, que seguro se verán preciosas. Podría simplemente ser yo misma. Sin palpitaciones. Sin caos en mi cabeza.

Pero, por supuesto, eso sería demasiado fácil.

Poco antes del fin de la jornada, la puerta se abre. Levanto la vista y ahí está.

Ethan.

Traje, abrigo, bufanda. El pelo ligeramente despeinado por el viento, las mejillas algo sonrojadas.

Se ve espectacular. Por supuesto que sí.

Es como si el aire en la habitación se volviera más denso en cuanto aparece.

—Anderson.

Solo mi apellido. No necesita decir nada más.

Sonrío débilmente. —Mr. Blackwell.

Se acerca, apoyándose en el marco de la puerta. Tan relajado. Tan natural. —¿Va con nosotros hoy?

Me le quedo mirando como si acabara de preguntarme si quiero escaparme con él a París de improviso. —¿Con quién? ¿A dónde?

—A la fiesta de Navidad. Pedimos un taxi grande. Diane, algunos de la junta directiva... y yo —. Lo dice de forma tan casual, tan inofensiva. Pero conozco este juego. Conozco esa sonrisa. Esa ligera contracción en la comisura de sus labios que revela que sabe exactamente el efecto que eso tiene en mí.

Me obligo a mantener la calma. —Oh. Gracias, pero... ya quedé en algo.

—¿Ah, sí?

—Sí —. Asiento—. Me voy a encontrar con una colega de otro departamento. Quedamos en ir juntas.

Ni siquiera es mentira. Paige se había ofrecido a que fuéramos juntas, aunque probablemente llegue tarde otra vez porque todavía está buscando el atuendo perfecto para Instagram.

Ethan sonríe. Esa sonrisa que es mitad broma, mitad amenaza. —Espero que llegue puntual de todos modos. Después de todo, este es un evento obligatorio.

Le sostengo la mirada. —Por supuesto.

—Bien —. Se da la vuelta para irse, pero se detiene una vez más —. ¿Y, Anderson?

—¿Sí?

—Tenga cuidado de no tropezar. Dicen que el hielo estará especialmente resbaladizo esta noche.

Sonríe con malicia —*esa* sonrisa— y desaparece.

Me quedo sentada un minuto más, mirando fijamente la puerta abierta y sintiendo cómo se me retuerce el estómago.

¿Qué demonios se supone que significaba eso?

Me hundo en la silla, presionando la mano contra mi pecho como si pudiera calmar mi corazón. —Ok, Kelly —murmuro—. Solo te estaba advirtiendo. Muy inofensivo. Muy normal. Nada de dobles sentidos. Absolutamente nada.

Pero, por supuesto, todo lo que dice Ethan tiene un doble sentido.

Suspiro y miro el reloj. Cuarenta minutos.

Cuarenta minutos hasta que me calce unos patines de hielo y finja que tengo mi vida bajo control.

Muevo pilas de papeles de un lado a otro, respondo a dos correos electrónicos sin importancia, actúo como si todo fuera completamente normal. Pero no es normal.

Yo *no* soy normal.

Soy un manojo de nervios que no para de hacer clic con el bolígrafo y repite un mantra internamente: *Soy profesional. Soy fuerte. Puedo con esto.*

Unos golpecitos suaves en la puerta me sacan de mis pensamientos. Diane asoma la cabeza.

—¿Kelly? Ya nos vamos. ¿Viene con nosotros?

Fuerzo una sonrisa. —No, gracias. Voy con una colega.

Ella asiente. —Entendido. Ethan solo nos pidió que preguntáramos.

Por supuesto que lo hizo.

—Sí, ya me preguntó él hace un momento —respondo con la mayor naturalidad posible.

Diane arquea ambas cejas. —¿Ah, sí? —murmura, y un asomo de ira se dibuja en su rostro. Me preguntó para nada. *Pérdida de tiempo.* Sé exactamente lo que se le pasa por la cabeza.

Me reclino, me froto la cara y respiro hondo.

Evento obligatorio. No pierdas el equilibrio.

Sabe perfectamente lo que hace.

Y lo que no dice... es que me está provocando. Que quiere que yo aparezca. Que se está acercando de nuevo a mí.

Agarro mi bolso, apago la computadora y me miro brevemente en el espejo junto a la puerta. Una sonrisa discreta, el rímel en su sitio, el labial también. Bien. Parezco alguien que tiene todo bajo control. —Soy fuerte —le digo en voz baja a mi reflejo—. Puedo con esto.

Y al salir de la oficina, oigo a lo lejos la risa de Ethan; esa risa oscura y cálida que siempre me desequilibra.

Cierro los ojos, inspiro profundamente.

Quiere que aparezca.

Muy bien.

Pues que me vea.

A la salida de la empresa ya está Paige, agitando los brazos con una amplia sonrisa. Su bufanda brilla con un rojo tan chillón que se la reconocería en medio de una tormenta de nieve. —¡Por fin! —grita en cuanto salgo por la puerta giratoria—. Ya pensaba que te habías reportado enferma.

—Quizá no hubiera sido tan mala idea —murmuro, mientras me agarra del brazo y me arrastra hacia un taxi.

En el auto ya hay dos colegas de otro departamento, charlando alegremente sobre algo que, con mi nerviosismo, no logro captar.

Subo, me siento junto a Paige y enseguida nos lanzamos a través del denso tráfico de la hora pico.

Cuando llegamos, me quedo sin palabras por un momento. Ethan realmente no escatimó en gastos. Una enorme pista de hielo, perfectamente iluminada, brilla bajo un techo de luces de colores. Todo está bañado en una luz cálida y dorada, como si alguien hubiera dado vida a una película de Navidad. De fondo suena música y por alguna parte huele a canela, vainilla y almendras garapiñadas.

Hay tres pequeñas cabañas de madera, una al lado de la otra. La primera con un cartel enorme: **VINO CALIENTE**, y a su lado, ollas humeantes y empleados sonrientes con gorros de Navidad.

Al lado: **CHOCOLATE CALIENTE, TÉ, CAFÉ**, todo decorado con esmero, pequeños bastones de caramelo asomando de las tazas y malvaviscos flotando en la crema batida.

Y al final de todo: **WAFFLES.** El aroma es tan dulce que casi te embriaga los sentidos.

Meto las manos en los bolsillos del abrigo, expulsando el aliento en pequeñas nubes en el aire.

—Wow —dice Paige, visiblemente impresionada—. Alguien se gastó un dineral.

—Puede permitírselo —murmuro.

Y entonces lo oigo. Su voz. Profunda, tranquila, familiar.

Me doy la vuelta.

Ethan.

Con un abrigo oscuro, una bufanda a juego, las manos metidas despreocupadamente en los bolsillos. Está hablando con alguien, incluso ríe, y esa risa atraviesa directamente el silencio invernal de mi cabeza.

Se ve relajado. Casi feliz.

Y cuando se gira hacia nosotras, sucede lo que he temido todo el tiempo.

Nuestras miradas se encuentran.

Por un instante, el mundo se detiene. Solo una respiración. Luego asiente brevemente, profesional, casi de pasada, y sigue su camino como si nada.

Me quedo clavada en el sitio. Se me encoge el estómago, mi corazón da un vuelco.

Se acerca a su asesor, intercambia unas palabras más, y luego —por supuesto— se pone los guantes, agarra un par de patines de hielo y entra a la pista.

Lo sabía.

Sabía que volvería a hacerlo todo perfecto.

Se mueve con una ligereza que me fascina y me enfurece al mismo tiempo. Sin vacilaciones, sin tambalearse; cada paso es preciso, elegante.

Paige silba por lo bajo. —Ese hombre puede hacer de todo, ¿verdad?

Hago una mueca. —Obviamente. Probablemente incluyó el patinaje sobre hielo en su currículum.

—A mí me parece sexi.

—A mí me parece detestable.

Ethan hace una curva elegante, habla con alguien en el hielo, ríe de nuevo y la luz brilla en su pelo oscuro.

Podría jurar que sabe que lo estoy observando. Por supuesto que lo sabe.

—Vamos a buscar un vino caliente —sugiere Paige.

—O dos —murmuro, mientras la sigo.

Me formo en la fila con las manos hundidas en los bolsillos e intento *no* mirar hacia allá.

Pero lo siento.

Su mirada.

No me mira directamente, por supuesto que no; hay demasiada gente. Pero de alguna manera lo *siento* de todos modos. Ese lazo invisible entre nosotros que, cada vez que pienso que me he liberado, me atrae de nuevo.

Respiro hondo.

—Kelly —me susurro a mí misma—. Solo es tu Boss. No tu destino.

Paige me da un codazo. —En serio, ¿quién podría decirle que no? ¿Crees que se levante a alguien esta noche?

La miro horrorizada. —¿Qué? No. Es el Boss. El CEO. Jamás haría algo así —digo demasiado apurada, y veo cómo Paige levanta las cejas, confundida.

—Relájate. Es la fiesta de Navidad. Siempre pasa algo.

—¿Qué podría pasar?

—Bueno, si yooo casualmente estuviera bajo el mismo muérdago que él, entonces tendría que besarme, ¿no? Después de todo, es la tradición.

Aspiro bruscamente. —Sí, claro. Tradición —murmuro, intentando zanjar el tema. No quiero pensar en Ethan besándome bajo un muérdago.

Mientras Paige sigue parloteando y contándome cómo el año pasado casi tuvo algo con alguien de contabilidad en la sala de fotocopias, mi mirada vuelve a Ethan. A cómo se desliza con elegancia sobre el hielo. Cómo cada movimiento suyo parece totalmente fácil. Sin esfuerzo.

Igual que aquella vez cuando me levantó y me apoyó contra la pared...

—¿Kelly? —Paige me mira fijamente.

—¿Sí?

—¿Quieres un waffle también? —me pregunta.

—Sí, un waffle. Un waffle suena bien —digo distraídamente, intentando apartar la mirada de él, pero no lo consigo del todo.

Capítulo 29

~ Ethan~

Estoy de pie al borde de la pista de hielo, con una taza de vino caliente humeante en la mano, y observo cómo los empleados van llegando poco a poco. Se oyen risas por todas partes, el ambiente es festivo. Diane de verdad hizo un trabajo excelente. Las guirnaldas de luces arrojan un resplandor cálido y dorado sobre el hielo, y en el aire flota ese aroma inconfundible a canela, azúcar y nieve. Perfecto.

Por supuesto, antes del evento no faltaron las voces que creían saberlo todo. *—¿Una pista de hielo, Ethan? Eso no es para los altos mandos.* Todavía puedo ver sus caras, esa mezcla de indignación e inseguridad. Personas que están tan atrapadas en sus estructuras de poder que han olvidado lo que se siente divertirse.

Les dije que en su tiempo libre hacen exactamente lo mismo con sus hijos, sobrinos, sobrinas o nietos. Y que nunca se arrepienten de esos momentos. Entonces, ¿por qué aquí no? ¿Por qué hoy no? ¿Ahora que están entre colegas?

La respuesta fue el silencio. Como siempre.

Ahora, de pie aquí, sé que tenía razón.

La fiesta es un éxito. Los empleados sonríen, beben, ríen, se ven... relajados.

Por fin, nada de un banquete estirado, ni charlas triviales sobre balances o acciones. Solo música, luces y personas que por un momento olvidan que normalmente andan corriendo de una reunión a otra.

Tomo un sorbo del vino caliente. Canela, naranja, demasiado dulce..., pero va bien. Diane se para a mi lado, se cruza de brazos y mira a su alrededor.

—Parece que fue todo un acierto.

—Y lo es.

—Admito que era escéptica.

—¿Lo era?

Ella asiente. —Pero retiro lo dicho. Funciona.

Sonrío. —No oigo eso muy a menudo.

—Tampoco me gusta decirlo.

Me echo a reír. El sonido casi se pierde con la música. En algún lugar de la pista, unos colegas se animan entre ellos, celebran cuando alguien se cae. Es maravilloso.

Entonces oigo mi nombre. —¡Ethan! ¡Vamos! ¡Demuestra lo que sabes hacer!

—¡Mr. Blackwell, a la pista!

Pongo los ojos en blanco ligeramente, pero Diane solo sonríe. —Vamos. Usted quería que el ambiente fuera relajado.

—Odio cuando tiene razón.

Dejo la taza, me quito el abrigo, se lo doy y voy hacia los patines de hielo. Enseguida, dos empleados se me acercan corriendo para ayudarme.

—Puedo hacerlo solo —digo, pero ellos insisten.

Cuando finalmente entro en la pista, es como si el mundo se detuviera por un instante. El primer paso, el ligero deslizamiento, la corriente de aire frío... familiar, reconfortante. Me impulso, gano velocidad y el hielo me sostiene.

Aplausos. Gritos. No puedo evitar sonreír.

Doy una vuelta, esquivo a un par de principiantes que se tambalean, giro, acelero... y se siente bien.

Libre.

Hacía años que no me sentía así.

Pienso en Luke. En la tarde en la pista de Central Park. Cómo se aferraba a mí, gorjeaba, reía. Cómo dijo que su tío era la persona más genial del mundo.

Me reí, pero en el fondo... eso me conmovió.

¿Y ahora? Ahora vuelvo a ser ese tío.

No el CEO, no el hombre con la agenda llena y la responsabilidad a cuestas, sino simplemente Ethan, que está patinando sobre hielo y, por un momento, no se toma la vida tan en serio.

Oigo vítores. Aplausos. —¡De verdad que sabe!

Hago una leve reverencia y le hago un gesto afirmativo a Diane, que levanta las manos riendo. —¡Luke estaría orgulloso de usted! —grita.

—Eso espero —le respondo a gritos.

Entonces la veo.

A Kelly.

Está de pie a un lado, con un abrigo grueso y las manos rodeando una taza de vino caliente. A su lado, una colega de otro departamento le dice algo que la hace reír. Esa risa... maldita sea, la siento hasta en el pecho.

Por un momento, me olvido de moverme.

Se ve hermosa. No arreglada, no perfecta... simplemente natural.

Sigo patinando, obligándome a no quedármele mirando, pero mi vista vuelve a ella una y otra vez.

Cada vez que ríe, algo se me encoge por dentro. Recuerdo su voz, sus manos, el momento en que me gritó. Cómo le brillaban los ojos, cómo temblaba porque estaba furiosa... y fuerte.

Y ahora está ahí, como si nada hubiera pasado. Relajada, segura de sí misma y, al mismo tiempo... tan lejana.

Doy otra vuelta, esta vez más rápido. Debería simplemente patinar, disfrutar.

Pero mi mirada se queda fija en ella.

Se da cuenta. Por supuesto que se da cuenta. Veo cómo se da la vuelta, toma un sorbo de vino caliente de forma ostentosa y finge que soy invisible.

Sonrío.

Esa es Kelly Anderson.

Resistencia, orgullo, fuego.

Y maldita sea, eso es exactamente lo que la hace tan peligrosa para mí.

Doy una última vuelta, me detengo, respiro hondo. Aire frío, azúcar quemado, música,

voces... todo se difumina.

La noche pasa volando. Todo brilla por doquier, la música llena el aire. Mis empleados ríen y todo se mezcla. Todo el mundo habla con todo el mundo. La señora de la cafetería con colegas que se sientan en mi piso. Gente de informática con los de ventas y,

constantemente, alguien se me acerca para decirme lo maravilloso que es todo esto.

No me contuve y planeé un par de sorpresas más. Diane me había tomado por loco cuando hablé del espectáculo de patinaje artístico, pero ahora que las luces se atenúan y la música comienza, veo en sus ojos que se alegra de que no le haya hecho caso.

Sobre el hielo, los profesionales se deslizan como si fueran de otro mundo. Las luces danzan sobre la pista, un reflector sigue sus movimientos mientras caen los primeros copos de nieve. Luego, chispas brotan de pequeñas fuentes, una pirueta sigue a la otra y, de fondo, suena una versión orquestal de *Have Yourself a Merry Little Christmas*.

Me recuesto a observar todo, con la copa de vino tinto en la mano. Los rostros a mi alrededor reflejan asombro. Incluso las mentes más duras de finanzas y los abogados más estirados de repente parecen niños pequeños. Y en ese momento lo sé: esto es exactamente lo que quería.

Diane está a mi lado y me susurra:

—Creo que usted acaba de hacer historia en la Navidad.

Me río en voz baja.

—Lo tomaré como un cumplido.

El espectáculo termina con fuegos artificiales. Chispas doradas que se extienden sobre la pista de hielo, luces que se reflejan en la nieve. Aplausos. Alguien silba. Yo también aplaudo y, por un momento, me olvido de toda la ciudad. Solo importa esta pequeña y resplandeciente burbuja de calidez, luz y vida.

Poco después, empieza la cena. El equipo de *The Ivy Room* organizó un banquete: mesas blancas en medio de la nieve, calefactores de exterior, pieles en las sillas, luz de velas. Parece sacado de un maldito cuento de hadas.

Me muevo entre la multitud, saludo a algunas personas, asiento con la cabeza a otras. Todos están relajados, ríen, hablan, beben. Exactamente como debería ser.

Tomo asiento en una de las mesas más grandes, hablo con dos colegas sobre el próximo proyecto; de forma superficial, por supuesto, hoy no quiero hablar de negocios.

Entonces oigo una voz familiar. Ligera, nerviosa, un poco demasiado aguda.

Levanto la vista.

Kelly.

Ahora lleva un gorro, tiene las mejillas enrojecidas por el viento, el pelo un poco alborotado y, aun así —o precisamente por eso—, se ve mejor que cualquier otra mujer aquí. Una colega la empuja hacia la mesa. Y, por supuesto —por supuesto—, termina justo frente a mí.

Kelly me ve. Primero sorprendida, luego asustada. Y después, esa indiferencia fingida que no logra mantener de forma convincente ni por asomo.

—Anderson —digo con calma.

—Mr. Blackwell. —El tono es formal, casi profesional, y eso es precisamente lo que lo hace aún más interesante.

La observo mientras se sienta, se pone la servilleta en el regazo, pero no sabe dónde poner las manos. Su mirada va de un lado a otro, a todas partes, menos hacia mí.

Las conversaciones en la mesa giran en torno a todo tipo de cosas: la velada, los fuegos artificiales, los wafles que se agotaron demasiado rápido. Participo, pero me mantengo al margen. En lugar de eso, la observo.

Cómo prueba el vino y luego lo deja a un lado sigilosamente, porque probablemente sabe lo que pasó la última vez. Cómo se ríe cuando alguien cuenta un chiste, pero se detiene de inmediato en cuanto sus ojos se encuentran por casualidad con los míos.

Me recuesto en la silla, deslizando la mirada sobre ella.

Está tensa, puedo sentirlo, pero al mismo tiempo parece llena de vida.

Recuerdo a la mujer que me gritó, a la que me besó, a la que me dejó plantado después. Todo en una sola persona.

Se da cuenta de que la estoy mirando. Levanta la cabeza brevemente, solo por una fracción de segundo, y en ese momento, esa chispa está ahí de nuevo.

Evidente.

Inevitable.

Tomo un sorbo de vino y me inclino un poco hacia adelante.

—Espero que esté disfrutando la velada, Anderson.

Se aclara la garganta, sus dedos se aferran a la servilleta.

—Es... bonita. Muy... bien pensada.

Sonrío.

—Hago mi mejor esfuerzo.

Me mira, brevemente, alerta, como si buscara una segunda intención.

Y quizás tenga razón. Quizás justo ahora estoy buscando un pretexto para hablar con ella más tiempo.

Un colega levanta su copa, brinda en mi dirección, atrae la atención y la conversación de la mesa cambia de tema.

Me recuesto de nuevo en la silla, deslizando la mirada sobre ella una vez más.

Intenta parecer tranquila, pero se delata con cada respiración. Con cada segundo que evita mirarme.

Y sé perfectamente que, por muy tranquila que parezca esta noche, lo que hay entre nosotros es una tormenta que apenas está volviendo a formarse.

No pensé que esta noche terminaría así. Que ella estaría sentada frente a mí, que volveríamos a hablar, así como si nada, sin reservas, sin la presión que normalmente hay entre nosotros.

Al principio es solo una charla trivial. Uno de los colegas empieza a hablar de un programa de televisión, algún reality show tonto de principios de los 2000, y de repente Kelly suelta una carcajada.

Esa risa clara y genuina. Veo cómo intenta reprimirla, pero no lo consigue.

—¿Qué? —pregunta el colega, desconcertado.

—Me encantaba ese programa —dice, y puedo ver el brillo en sus ojos—. Mi mejor amiga y yo nos juntábamos todos los jueves solo para verlo.

Me recuesto en la silla, con la copa en la mano, y la observo.

—¿En serio? —pregunto.

Me mira.

—¿Qué, usted nunca lo vio?

Me encojo de hombros.

—Digamos que lo veía, pero nunca lo admitiré si alguien pregunta.

Ella se ríe.

—Demasiado tarde. Ya lo oí.

—Entonces esperemos que sepa guardar un secreto.

—Depende de lo que ofrezca a cambio.

Algunas cabezas se giran, la conversación se amplía. Alguien habla de los peinados horribles de esa época, otro de videos musicales antiguos. Y de repente estamos hablando de música.

De bandas que hoy casi nadie conoce. De rock británico, de los grandes himnos que nunca sonaron en la radio.

—Juro que era la única en mi círculo de amigos a la que le gustaba *Kasabian* —dice ella.

Sonrío con suficiencia.

—Todavía tengo su primer álbum en el auto. En CD, para que conste.

Sus ojos se abren de par en par.

—¿CD? Así que es usted un anticuado.

—Clásico —la corrijo.

—Anticuado suena más honesto.

—Es usted muy insolente, Anderson.

—Usted también, Mr. Blackwell.

Algunos otros colegas escuchan, se ríen con nosotros, hacen bromas sobre mi «pasión musical retro». Yo les sigo el juego, ella también. Nadie sospecha nada. Para todos, parece que solo somos dos colegas que casualmente comparten el mismo sentido del humor.

Pero hay algo más.

Esa atracción subyacente.

Esa sensación eléctrica que hace que cada una de sus palabras sea un poco demasiado intensa.

Más tarde, cuando empiezan a desmontar las mesas, la mayoría de la gente desaparece en pequeños grupos hacia los puestos. Me

levanto, me estiro, y ella se levanta casi al mismo tiempo. Nuestras miradas se encuentran.

—¿Chocolate caliente? —pregunta en voz baja.

—Chocolate caliente suena bien.

Caminamos uno al lado del otro. Sin decir una palabra, sin tocarnos. Solo el suave crujido de la nieve bajo nuestros zapatos.

Pido dos, le paso el vaso, nuestros dedos se rozan fugazmente... y ese pequeño e inocente detalle es suficiente para que sienta un cosquilleo por dentro.

Nos sentamos en una de las bancas. A nuestro alrededor la gente ríe, conversa sin parar y la música suena de fondo. Por un momento, es casi... normal. La observo de lado, cómo sopla su vaso y cómo su aliento forma vaho en el aire frío.

—Me gusta esto —dice en voz baja—. No el hielo ni el frío. Sino... todo el ambiente.

—A mí también.

Ella sonríe y me mira. —No debías decir eso. Creí que odiabas la Navidad.

—Odio diciembre. Es diferente.

—¿Ah, sí?

—En diciembre no se tiene tiempo. La Navidad te obliga a hacer una pausa.

—Deberías hacerlo más seguido.

Voy a responder algo, pero en eso pasan corriendo dos empleados y nos gritan si no queremos ir a patinar con ellos.

Kelly duda.

—Vamos —digo, poniéndome de pie y tendiéndole la mano.

—Soy pésima para patinar sobre hielo.

—Yo la sostengo.

Ella pone los ojos en blanco, pero veo la sonrisa.

Vamos juntos a la pista, nos abrochamos los patines. Se ríe ya al ponerse de pie, casi tropieza, y uno de los colegas grita: —¡Cuidado, Anderson! ¡No se lleve por delante al jefe!

Me río con ella, la tomo de las manos y la ayudo a encontrar el equilibrio.

—Se lo advertí —dice, jadeando.

—Asumo el riesgo.

Patinamos. Primero con cuidado, luego con un poco más de seguridad. Se aferra a mi brazo hasta que se da cuenta de que no está tan inestable. Entonces se suelta, dibuja pequeños círculos y vuelve a reír a carcajadas.

Apenas recuerdo la última vez que me divertí tanto. Bromeamos con los demás, jugamos a las traes, nos lanzamos copos de nieve, reímos como dos niños.

Y aunque no nos tocamos ni una sola vez, aunque todo parece completamente inofensivo en apariencia, sé que entre nosotros vuelve a arder ese fuego, muy por debajo de la superficie, oculto bajo toda la nieve y el brillo de las luces.

La miro.

Ella me devuelve la mirada.

Y en ese momento sé que esta noche no nos salvará.

Nos llevará de vuelta exactamente a donde todo comenzó.

El cielo ya es de un azul profundo, casi negro, y las luces alrededor de la pista de hielo brillan como pequeñas estrellas. La mayoría ya se fue: primero los de más edad, luego los colegas con niñeras, después los que quieren llegar medio decentes a la oficina al día siguiente.

Ahora solo quedamos unos pocos. Diane se está despidiendo y me saluda con la mano. Levanto la mía y la veo desaparecer en la oscuridad.

Yo me quedo.

Y Kelly también.

Está de pie al borde de la pista con uno de los últimos vasos de vino caliente en la mano, el gorro ladeado sobre la cabeza y las mejillas sonrojadas. La luz se refleja en sus ojos y por un momento parece tan... relajada. Libre.

Me paro a su lado. —¿Otra vuelta?

Me mira y sonríe. —Claro.

Volvemos al hielo. Se ha vuelto más silencioso. Solo voces aisladas, el suave deslizar de las cuchillas sobre la superficie lisa, en alguna parte todavía suena música, baja, distorsionada, porque los parlantes suenan casi vacíos.

Patinamos uno al lado del otro. Sin palabras. Solo el aliento que se disuelve en nubes blancas.

La observo de lado, cómo se concentra, mantiene el equilibrio, cómo se ríe cuando está a punto de tropezar.

No sé cuánto tiempo patinamos. Minutos, quizá media hora. El tiempo pierde su significado.

Entonces, el encargado grita. —¡Última vuelta! ¡Ya vamos a cerrar!

Kelly se detiene y se gira hacia él. —¿Qué? ¿Ya?

—Lo siento, Miss —grita él de vuelta—. Ordenanza de la ciudad. Tenemos que cerrar a las once. No puedo hacer nada.

Me deslizo un poco más cerca de él. —¿Ni siquiera por dinero?

Él se ríe y niega con la cabeza. —Ni siquiera por su dinero, Mr. Blackwell.

Asiento, divertido, y patino de regreso hacia Kelly. —Parece que eso fue todo.

Ella suspira y mira a su alrededor, como si buscara una escapatoria, una forma de aferrarse al momento.

—¿Quieres que la noche termine ya? —pregunto en voz baja.

Ella levanta la mirada hacia mí. Cae nieve en finos copos danzantes, se posa en su cabello, en sus pestañas. Y entonces niega con la cabeza.

Lentamente.

Con calma.

—No.

Una simple palabra. Pero me golpea.

Me acerco y la miro.

Sin vacilación, sin resistencia. Solo ese consentimiento silencioso y tácito.

Asiento, muy levemente. —Entonces no debería hacerlo.

Unos minutos más tarde estamos afuera en la calle. Los últimos empleados se despiden, nos gritan un «buenas noches» y suben a

taxis o autos. Diane me envía un mensaje: *«Una noche estupenda. Todos están encantados. Descanse».*

No respondo. Miro a Kelly.

Está ahí, un poco perdida en el frío, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo y un resto de vino caliente en su vaso.

—¿Quieres que vayamos a mi casa? —digo sin rodeos.

Un breve momento de silencio. Entonces me mira. Su mirada es tranquila, pero hay un brillo en ella. Uno que conozco. Asiente.

Pido un taxi.

En el auto apenas hablamos. La ciudad pasa por la ventana: luces, sombras, nieve que brilla bajo las farolas.

Su mano descansa en su regazo, veo cómo pasa el pulgar sobre la tapa del vaso, nerviosa, inquieta.

Quiero decir algo, pero cualquier palabra sería demasiado.

Cuando el taxi finalmente se detiene frente a mi edificio, ella respira hondo. Me bajo y le abro la puerta.

Me mira, duda un momento y luego se baja.

La nieve cae más densa. El conductor nos desea una buena noche antes de marcharse.

La miro a los ojos.

Y sin decir una palabra más, entramos.

Capítulo 30

~ Kelly ~

La puerta se cierra tras nosotros y es como si el ruido del mundo se quedara afuera al instante. El pasillo de su departamento está tenuemente iluminado; una luz cálida cae sobre una sencilla consola en la que centellea una pequeña corona con diminutas guirnaldas de luces. Huele a pino y a algo ahumado, quizás su perfume, quizás el invierno impregnado en su abrigo. Mis dedos están fríos, pero mi nuca arde. Escucho mi propia respiración, demasiado rápida, demasiado fuerte. Ethan lanza la llave a un cuenco y empuja sus zapatos bajo el banco con el pie; un gesto casual, cotidiano, que de repente me parece absurdamente íntimo.

—Entra —dice en voz baja, y en su voz reside esa promesa intensa y oscura que llevo semanas ignorando para no consumirme en ella.

Doy un paso adelante, luego otro. Mis botas crujen sobre la alfombra mullida y soy consciente de cuánto he extrañado esta sensación: la de ser dos en una habitación. No el aire de la oficina del jefe, no el cuarto de fotocopias con su luz fría, sino algo que sabe a hogar. A posibilidad. Sacudo la cabeza, casi imperceptiblemente, porque sé exactamente lo peligrosos que son estos pensamientos. No estoy aquí para enamorarme. Estoy aquí porque, desde Aspen, pienso en sus manos todas las noches. Porque cada semana de sonrisas torcidas y miradas robadas ha sido peor que la anterior.

Ethan se acerca. Todavía lleva el abrigo, con el cuello levantado y las mejillas enrojecidas por el viento de la noche. Sus ojos me clavan la mirada, como si yo fuera lo único que importara en esta habitación. Como en la fiesta, cuando estábamos al borde de la pista de hielo bebiendo un chocolate caliente que me quemó la lengua y él me regaló una sonrisa que sentí en el bajo vientre.

—¿Kelly? —pregunta mi nombre como si se lo pusiera en la lengua para saborearlo.

—Sí —digo, y suena más ronco de lo que debería.

Levanta una mano. Por un instante, algo parpadea en su mirada: un eco de lo que se interpone entre nosotros: su papel, mi papel, las reglas que he portado como un escudo estas últimas semanas.

Y entonces me toca. Solo con las yemas de los dedos, en el borde de mi abrigo, como si preguntara si tiene permiso. Asiento apenas visiblemente y él me desliza el abrigo de los hombros. La tela cae al suelo, nuestro aliento condensa el aire.

—Intenté no pensar en ti —digo, sin saber si estoy presumiendo o disculpándome.

Sus labios esbozan una sonrisa torcida. —Yo no lo intenté. —Ladea ligeramente la cabeza—. No quise.

Me río en voz baja, nerviosa.

Se coloca detrás de mí y siento el calor de su cuerpo en mi espalda. Sus manos se posan en la parte superior de mis brazos; no aprietan, no sujetan, solo dan calor. Su aliento roza mi oreja. —Si dices que no, es no. Sin juegos, sin insistir. Lo dices y te llevo a casa.

Cierro los ojos, agradecida. —Lo sé.

—Dímelo —murmura.

—Quiero quedarme. —Mi voz no se quiebra. Bien.

Sus manos se deslizan por mis brazos, sobre mis costillas, y se posan en mi cintura. —Bien —dice, y la forma en que pronuncia esa palabra hace que mis rodillas flaqueen sin moverme—. Porque llevo semanas queriendo saborearte de nuevo.

Me giro para mirarlo. Estamos tan cerca que podría contar sus pestañas. Deslizo los dedos por su cuello y desabrocho el botón superior de su camisa. Es una camisa oscura, suave y cara, y debajo su piel, cálida y tensa. Recuerdo Aspen, la habitación del hotel con la manta gruesa y demasiado suave, cómo le dije lo que quería y él me lo dio todo, sin pestañear. Qué avergonzada me sentí a la mañana siguiente, qué rápido huí de la cama y de la ciudad... solo para, semanas después, estar de pie frente a su escritorio, con la carpeta apretada contra mi pecho, sus ojos sobre mí como si nunca hubiera dejado de estar en esa cama.

—¿La sala? —pregunta.

—La cocina —digo, simplemente porque es atrevido.

Él se ríe, toma mi mano y me guía por el pasillo. El espacio se abre: techo alto, amplias ventanas con vistas a la ciudad negra, guirnaldas de luces al borde de una planta, un cuenco de mandarinas en la isla de la cocina y, junto a él, dos copas, una botella de vino tinto, intacta. Estaba preparado. O simplemente es así. Tan organizado. Tan controlado. Podría odiarlo por eso. O amarlo. En lugar de eso, lo deseo. Ahora.

Me apoyo con las manos en la fría encimera de piedra mientras él se coloca detrás de mí. Su mano aparta mi cabello a un lado, sus labios tocan mi nuca. Un zumbido eléctrico recorre mi columna vertebral. Encuentra exactamente el punto en el que me ablando. —Ethan —susurro, y eso es todo lo que hace falta para que sus dedos se aprieten más en mis caderas.

—Kelly. —Dice mi nombre y es una caricia.

Me gira hacia él y, con un movimiento rápido y fluido, me sube al borde de la encimera. Resoplo de sorpresa, luego me río... y entonces me quedo sin aliento cuando me agarra el muslo, presionando sus pulgares en la sensible cara interna. Mi vestido se sube, las medias brillan. Sus dedos están calientes en la costura, en la tijera que separa el decoro de lo que está a punto de ocurrir.

—Dime qué quieres —dice.

—A ti —digo, descarada y simple—. Aquí. Ahora. —Una pausa—. Pero no... —busco las palabras adecuadas—. No como si solo fuera...

—... ¿un secreto? —pregunta él.

Asiento.

Su mirada se suaviza. —No eres un secreto.

Algo dentro de mí se relaja, más profundo que los músculos. Tomo su rostro entre mis manos, lo atraigo hacia mí y lo beso. Es un beso furioso, agradecido, hambriento. Su lengua sabe a aire invernal y a un resto de canela del vino caliente de antes. Le muerdo suavemente el labio inferior, él gruñe y me acerca más, como si pudiera meterme dentro de él. Su mano se desliza bajo mi vestido, encuentra el borde de mis medias, esa inocente frontera que cruza con una lentitud muy deliberada. Desliza la tela hacia abajo, trozo a trozo. Levanto la cadera, dejo que las medias cuelguen de mis

rodillas, luego de mis tobillos, y finalmente caigan al suelo como un plan desechado.

Él se arrodilla. En su mundo abotonado y excesivamente ordenado, se arrodilla ante mí, y la escena se me graba a fuego en los párpados. Pasa el pulgar por la zona húmeda de mis bragas, que de todos modos delata cualquier mentira.

—¿Estás segura? —pregunta una vez más, y lo amo y lo odio por eso, porque moriré en un instante si no me toca.

—Sí —consigo decir.

Aparta el trozo de tela y entonces siento su aliento, su boca, su lengua. Echo la cabeza hacia atrás, casi golpeándome contra un armario, me río entre jadeos y, al siguiente respiro, solo soy sonido y sensación. Él es metódico, lento, y de repente exigente, como si hubiera practicado todas estas semanas.

Dos dedos penetran en mí, su mano en mi muslo me mantiene abierta, su boca permanece implacable en mi punto más sensible. Me descompongo en pedazos temblorosos y codiciosos, me aferro al borde de la encimera hasta que mis nudillos se ponen blancos y entonces algo se desata dentro de mí, una tormenta dulce y cálida que recorre mi vientre y me arranca el pensamiento. Llego tan fuerte que emito un sonido que no conocía: mitad risa, mitad llanto, totalmente yo.

Él se incorpora. Su boca brilla. Me besa de nuevo y me saboreo en él. —¿Mejor que en la fotocopiadora? —murmura, sonriendo.

—Pregúntale a la fotocopiadora —jadeo.

Él se ríe —esa risa suave y honesta que nunca muestra en las reuniones— y le agarro el cinturón. El chasquido que hace al soltar la hebilla me produce un cosquilleo en los oídos. Le bajo los pantalones por las caderas, lo siento duro contra mi vientre. Su camisa todavía está abotonada. Abro botón por botón, paso la palma de la mano por su pecho, siento cómo se le corta la respiración cuando rozo brevemente su pezón izquierdo con la uña. Él inspira bruscamente y me agarra la cadera, como si necesitara un punto de apoyo.

—A la cama —dice con voz ronca.

—Aquí —contradigo, porque me gusta la idea de pasar más tarde por esta isla de cocina y saber... Pero entonces veo el brillo en sus ojos, algo parecido a la impaciencia, y mis rodillas flaquean—. De acuerdo —susurro—. Pero tú me llevas.

Me levanta como si no pesara nada. Le rodeo el cuello con los brazos, lo beso mientras caminamos por el pasillo, chocamos contra una pared, nos reímos. La puerta del dormitorio se abre sin hacer ruido. Está oscuro, a excepción de la guirnalda de luces de la ventana, que dibuja pequeños puntos en el techo, como un cielo estrellado artificial. Una rama de pino en un jarrón, una vela que huele a vainilla y una cama grande y sencilla. El edredón es gris oscuro, ordenado, liso.

Pero no por mucho tiempo.

Me deposita en la cama y yo gateo hacia atrás sobre el edredón, tirando de él hacia mí por la parte delantera de su camisa abierta. —¿Tienes...?

—En el cajón —dice, como si hubiera estado esperando la pregunta. Saca un paquetito de la mesita de noche, lo rasga con los dientes y algo en ese gesto rudo y práctico me excita aún más.

—Bien —digo con voz grave y satisfecha.

Me quita el vestido por la cabeza, lentamente, como si fuera un ritual. Quedo sobre su colcha en sostén y pantaletas, y su mirada me recorre, como si tomara nota de lo que quiero, de lo que necesito, de dónde me ablando. Luego se inclina y me desabrocha el sostén de un solo tirón. —Hermosa —dice, y no es un adjetivo que use por cortesía. Es un veredicto, definitivo y verdadero.

Me quito las pantaletas mientras él se arrastra sobre mí, presionando su rodilla entre mis piernas. Siento toda la longitud de su erección contra mi muslo y lo quiero, ahora, pero también lento, ambas cosas al mismo tiempo. —Espera —digo, y lo hago girar para que quede boca arriba. Sus cejas se alzan, divertido. Me siento sobre sus caderas, me inclino, lo tomo en mi mano, deslizo mis dedos sobre él. Se siente pesado y caliente en mi mano y su mirada se oscurece cuando paso la lengua por la punta. Su respiración cambia, un ritmo profundo e irregular. Me lo llevo a la boca, tan profundo como puedo, y oigo su ronco «joder», siento cómo sus

manos se aferran a la colcha. Me gusta verlo así; cómo el control que tiene en todas partes se derrite aquí por un instante.

—Kelly —dice, una advertencia, una súplica—. Si no quieres que esto termine demasiado pronto...

Sonrío, me aparto de él, trepo por su cuerpo, beso su cuello. —Te quiero dentro de mí, Ethan.

Su mano se desliza por mi espalda, por mi cadera. Desenrolla el condón, me toma por la cintura y me acomoda. En ese momento, todo está en silencio: la ciudad, el invierno, la guirnalda de luces, mi corazón. Entonces me dejo caer, recibiéndolo dentro de mí, lento, centímetro a centímetro, hasta que siento un tirón dulce y pleno y ambos exhalamos al mismo tiempo.

—Maldita sea —dice y yo solo asiento, porque la maldición debería sentirse exactamente así: una bendita y lujuriosa maldición.

Me muevo. Lento, en círculos, luego en embestidas cortas que me quitan el aliento. Sus manos están por todas partes: en mi espalda, en mis pechos, en mi cuello, un momento en mi mandíbula, suave, inquisitivo, sin apretar jamás. Pongo mi mano sobre la suya, la presiono con más firmeza contra mi cuello, siento mi propio pulso latir contra la palma de su mano. Él levanta la cabeza, sus ojos preguntan. Asiento. Aprieta, no con fuerza, solo lo suficiente para que me sienta sujeta y no tenga miedo de caer.

—¿Así? —pregunta con voz ronca.

—Así —respondo, y en algún lugar dentro de mí se tensa un arco, más que cualquier cita en el calendario.

Se incorpora, se sienta, pasa un brazo por mi espalda y el otro por mi cintura, y encontramos ese ritmo que solo encuentran dos cuerpos que ya se conocían y que han esperado semanas para volver a hablar. Me froto contra él, allí donde su cadera es dura, donde consigo el ángulo exacto que me vuelve loca. Mis dedos se clavan en sus hombros, jadeo en su oído, murmuro su nombre como si fuera una oración y una maldición al mismo tiempo.

Nos hace girar, dejándome boca arriba, se desliza de nuevo en mí y empieza a embestir más rápido. La cama rechina, casi inaudible. Me muerdo el labio inferior para que los vecinos no se enteren de todo, y él lo ve, se inclina y sella mi boca con la suya. Su beso es

profundo y ardiente y me retuerzo bajo él, con mis piernas enroscadas en su espalda. Se retira casi por completo, embiste de nuevo, profundo, controlado, y yo pierdo el control que en realidad nunca tuve.

—Dime si vas a... —No logra terminar la frase.

—Todavía no —gimo, y él sonríe, brillante de sudor y hermoso, y cambia el ángulo, inclinando mis caderas hasta que no puedo reprimir un gritito. —Justo ahí —digo con voz ahogada, y él se mantiene justo ahí, una y otra vez, aumentando la tensión, capa por capa, y estoy tan cerca que la guirnalda de luces sobre nosotros parece vibrar.

Entonces pone su mano entre nosotros, me encuentra, me frota al ritmo de sus embestidas y yo me vengo con un destello electrizante y abrumador que me recorre la espalda y hace que se me acalambren los dedos de los pies. Grito su nombre, sin saber qué tan fuerte, y él se aferra a mi mirada, se detiene, cabalgando mi orgasmo hasta que mis músculos lo aprietan y lo sueltan, una y otra vez. Él gime profundo, se rompe dentro de mí, se detiene, da una última estocada, entierra el rostro en mi cuello y se viene, caliente, grande y por completo, mientras sus manos me sujetan como si yo fuera lo único que le impidiera despegar.

Permanecemos un rato en silencio. Solo nuestras respiraciones, el tintineo de la guirnalda de luces con la corriente de aire de la calefacción, la ciudad tras la ventana que no sabe de nosotros. Él se retira, desata el nudo del condón, lo tira, regresa y nos cubre con la manta. Apoyo la cabeza en su pecho, escucho los latidos de su corazón, siento cómo nuestras temperaturas corporales se igualan.

Lo primero que percibo es calor.

Suave, constante, anclado en lo profundo de mi piel. Y luego el aroma; ese inconfundible aroma suyo: un toque de madera, jabón, algo oscuro, masculino.

Abro los ojos. Una luz tenue entra por los ventanales. Afuera, la nieve brilla y adentro, en este amanecer silencioso y dorado, Ethan

yace a mi lado.

Su brazo descansa pesado sobre mi cintura, su piel cálida, su respiración tranquila y regular. Un mechón de mi cabello ha caído sobre su pecho y, con cada respiración, sube y baja con él.

Me quedo muy quieta. Por un momento, solo quiero quedarme aquí. Fingir que no existe nada fuera de esta cama. Ni oficinas, ni ascensos, ni rumores, ni miedo. Solo él.

Dios, se ve tan bien, incluso dormido.

Esas facciones relajadas, esa expresión usualmente tan controlada, ahora suave, casi vulnerable. No puedo evitarlo, tengo que mirarlo. Tengo que absorber esta calma que irradia en este momento.

Recuerdo la noche. Sus manos, su cuerpo, cada movimiento, cada susurro, cada aliento. Fue intenso. Tierno y salvaje a la vez. Sin juegos de poder, sin dudas; por unas horas, solo fue cercanía.

Cercanía real.

Sonrío levemente.

Quizás... quizás esto no sea un error después de todo.

Me muevo con cuidado, intentando girarme de lado, pero su mano me jala de vuelta automáticamente.

Murmura algo incomprensible, medio dormido.

Mi corazón da un pequeño respingo.

Así se siente la seguridad, pienso.

Y al mismo tiempo... pánico.

Porque sé exactamente lo que esto significa.

Yo, Kelly Anderson, estoy en la cama de mi jefe.

Aprieto los labios, mirando fijamente el techo. ¿Cómo pude llegar a pensar que esto era una buena idea?

¿Que se podría resistir a Ethan Blackwell?

Recuerdo la primera vez que lo vi en la oficina, la tensión, las miradas, todo lo que ha pasado desde entonces. Quería ser fuerte. Mantenerme profesional.

Y ahora estoy aquí: desnuda, en sus brazos, en su cama.

Siento un nudo en el estómago.

¿Y si alguien se entera?

No solo los rumores.

Todo el ascenso. El nuevo puesto. Las miradas en la oficina. Todos lo sabrían. Todos pensarían que me acosté con él para subir de puesto.

Siento que me acaloro y, al mismo tiempo, se me pone la piel de gallina. No quiero que esa sea mi historia.

No quiero que me reduzcan a él.

Pero entonces vuelvo a mirarlo.

Cómo yace ahí, tranquilo, hermoso, tan indecentemente perfecto que casi me duele.

Y todo en mí grita: *Es Ethan.*

Maldita sea, es Ethan Blackwell.

Puedo repetirme mil veces que tengo que dejarlo, que está mal, que lo perderé todo si alguien se entera, pero sé que voy a volver.

Que no puedo decir que no. No a él.

Me acerco un poco más, siento su calor, huelo su piel. Luego me dejo caer de nuevo, o al menos todo lo que él me permite, y sé que esta no será la última vez.

Y en el fondo sé que no es una advertencia.

Sino una promesa.

Capítulo 31

~ Ethan ~

Me despierta el suave murmullo a mi lado. La luz es tenue, la ciudad afuera todavía está medio dormida. Un resplandor lechoso se filtra por las cortinas y la nieve de afuera amortigua todos los sonidos.

Kelly está acostada a mi lado. De costado, con la sábana subida hasta la cintura, su cabello revuelto, dorado por la luz de la mañana. Está despierta, pero quieta, como si intentara volverse invisible.

—Buenos días —digo, con la voz todavía ronca por el sueño.

Ella gira la cabeza hacia mí, con una pequeña sonrisa insegura en los labios. —Buen día.

Me apoyo sobre un codo y la miro. Dios, qué bien se ve. Sin maquillaje, sin un peinado perfecto; solo ella. Natural. Hermosa.

—Deberías despertar más seguido así —digo en voz baja—. Con el pelo revuelto. Y en mi cama.

Se ríe, pero veo cómo se sonroja ligeramente. —Seguro me veo horrible.

—No. Te ves... —busco la palabra—... auténtica.

Pasa un momento. Solo nuestras respiraciones y el suave crepitar de la calefacción.

Afuera, la nieve yace como una alfombra sobre la ciudad. Las luces de abajo se ven atenuadas, casi solemnes. Huele a café; Clara ya debe de haber estado aquí.

Me levanto y me pongo la camisa que perdí ayer en algún lugar de la sala. —Ven —digo, tendiéndole la mano—. A desayunar.

Se ríe en voz baja, toma su vestido, que está en el suelo, y se lo pone mientras me sigue.

En el comedor ya está todo preparado. Clara ha vuelto a exagerar: croissants recién hechos, fruta cortada, mermelada, café, jugo. Nunca voy a poder enseñarle que no necesito que me sirvan todos los días como si fuera un huésped de hotel.

Kelly se sienta, mira a su alrededor. Sé que intenta mantener la calma, pero sus ojos la delatan. Lo absorbe todo, cada detalle. El gran loft, la vista sobre las calles nevadas, el aroma a café.

—Es muy lindo aquí —dice en voz baja mientras parte el croissant.

—Deberías verlo de noche.

—Quizás —murmura y toma un sorbo.

Hay paz.

Tranquilidad.

Por un momento, todo se siente tan ligero, tan natural.

Como si esto fuera... normal.

La miro mientras revuelve el azúcar en su café, encoge las piernas, sentada descalza en la silla, como si perteneciera a este lugar.

Quizás sí pertenece.

Quizás todo está encajando en su lugar.

Me recuesto, disfruto de la vista, de la calma, del aroma a café y croissants.

Esta es una de esas raras mañanas que se sienten perfectas... antes de que el día vuelva a golpear.

Y no tardará en hacerlo.

Lo sé.

Mi celular parpadea. Dos mensajes nuevos, uno de Diane: *Reunión con China a las diez. El enlace ya está enviado.*

Suspiro, dejo los cubiertos a un lado. —Tengo que irme pronto. Conferencia con Shanghái.

Ella asiente, de repente de vuelta en su papel: la Kelly controlada y tranquila. —Yo también. Debería prepararme.

—Quédate tranquila —digo automáticamente, pero entonces veo la mirada en sus ojos.

No quiere. —¿Ya lo olvidaste? También tengo que ir a la oficina —responde con una sonrisa insegura.

—Claro. Casi lo olvido.

—Aunque no debería aparecer así por allá —dice, señalando el vestido que ya llevaba puesto ayer.

—Te ofrecería algo. Pero me temo que no tenemos la misma talla.

Ella me devuelve la sonrisa, pero permanece en silencio.

—Puedes tomar mi auto. Con chofer, por supuesto. Te lleva a Brooklyn, te cambias y te lleva a la oficina.

—No es necesario...

—Sí, lo es. Insisto.

Respira hondo y luego asiente.

La acompaño a la puerta. Jack ya espera en el vestíbulo.

Se queda un momento parada, indecisa, con las manos en los bolsillos de su abrigo, y me mira. —Gracias por... el desayuno —dice finalmente.

Sonrío. —Gracias por la increíble noche.

Entonces se va. La observo hasta que las puertas del ascensor se cierran.

Por un breve momento, solo queda en el aire el olor de su perfume.

Y la sensación de que esta mañana fue demasiado perfecta como para no tener consecuencias.

Yo me voy poco después. El auto me lleva directamente a la oficina. Apenas llego, comienza la locura habitual: reuniones, correos, llamadas, nuevos plazos. Estoy en mi elemento, concentrado, lúcido. Sin presión, sin irritación.

Es extraño lo tranquilo que se siente todo.

Sin darle vueltas a las cosas, sin enojo. Solo trabajo... y el pensamiento de ella.

De vez en cuando me sorprendo a mí mismo mirando por la ventana. Veo caer la nieve, el horizonte desdibujarse, y de repente estoy de nuevo con ella. En la noche. Con su risa. Con la forma en que dijo mi nombre.

Me obligo a volver a la realidad, termino una videoconferencia con China, firmo un par de documentos más y luego me recuesto.

Es media tarde. El día ha sido productivo, mi estado de ánimo... extrañamente ligero.

Cierro la computadora, salgo. Diane me grita algo sobre la próxima cita, yo solo asiento y doblo la esquina... hacia Kelly.

Está sentada en su escritorio, con el ceño fruncido, la mirada fija en la pantalla. Afuera ya está anocheciendo, la luz en su oficina es cálida y suave.

No se da cuenta de inmediato de que estoy ahí. Solo cuando me apoyo en el marco de la puerta y digo: —Trabajas más duro que yo.

Da un respingo, levanta la vista. —Oh... hola.

—Hola —me acerco, veo las pilas de papeles en su escritorio—. No quería molestarte.

—No lo haces —dice, pero sus manos revolotean brevemente sobre el teclado, como si necesitara reordenar sus ideas.

Me siento en el borde de su escritorio. —Pensé en invitarte a cenar esta noche. Nada ostentoso. Solo... cenar.

Parpadea. Por un momento parece sorprendida, luego se recompone. —Es muy amable, pero... ya tengo planes.

Enarco una ceja. —¿Planes?

Una pequeña sonrisa. —Noche de chicas.

—Ah —me recuesto, juego con el borde de su taza de café—. ¿Y no se puede posponer?

—No, si no quiero que me maten.

Me río en voz baja. Ella también.

Por un instante, todo es ligero, casi normal.

—Está bien —digo finalmente, poniéndome de pie—. Entonces, en otra ocasión.

—Quizás —murmura y vuelve a dirigir su atención a la pantalla.

Asiento, pero me quedo un momento más de pie, mirándola. Ella lo nota, siente mi mirada, pero no levanta la vista.

Me voy.

Y, sin embargo, me acompaña durante el resto de la noche: en mis pensamientos, en mis recuerdos, en la sensación de que esta historia se nos fue de las manos hace mucho tiempo.

Capítulo 32

~ Kelly ~

Miro por la ventana mientras la ciudad pasa a mi lado. El sol de la mañana se cierne sobre Manhattan como una luz pálida, la nieve brilla en los tejados y el mundo parece como si lo acabaran de espolvorear con azúcar. Dentro del auto hace calor, casi demasiado, y sin embargo, tengo frío. Porque mi cabeza no para de dar vueltas. Porque todavía no puedo asimilar lo que pasó anoche.

Estuve con Ethan.

En *su* cama.

Me duché en su baño, bebí café de su taza y, cuando el chofer me abrió la puerta, me miró como si fuéramos... ¿qué, exactamente? ¿Una pareja? ¿Dos personas que se entienden? ¿O simplemente: él, el Boss, y yo, la empleada que una vez más fue demasiado débil para decir que no?

Presiono la frente contra el frío cristal de la ventana. Nueva York pasa ante mí, familiar y a la vez extraña. Reconozco las calles por las que suelo apurarme en las mañanas para tomar el metro, la cafetería de la esquina donde cada lunes me juro no comerme una dona, y al final siempre lo hago.

Todo parece igual. Solo que yo soy diferente. Soy la mujer que se acostó con Ethan Blackwell.

Otra vez.

—Dios, Kelly —murmuro—, nunca aprendes.

Jack, el chofer, me mira brevemente por el espejo retrovisor, pero no dice nada. Seguramente está sacando sus propias conclusiones. Seguro que sabe quién soy. Claro que lo sabe. Y no quiero ni imaginar qué le dijo Ethan. «Lleva a la Miss Anderson a casa, por favor. Necesita dormir un poco». O peor: «Llévala a casa, hoy vuelve a trabajar y tiene que cambiarse para que nadie se dé cuenta de que pasó la noche conmigo».

Cierro los ojos, tratando de relajarme, pero mi corazón sigue latiendo demasiado rápido. Vuelvo a ver la forma en que me miró esta mañana; esa sonrisa, como si todo fuera de lo más normal.

Como si fuera normal que yo estuviera en su departamento, descalza, con el pelo revuelto, y que él me mirara como si ese fuera mi lugar.

¿Quizás... lo es? Quizás encaja. Quiero decir, nos entendemos, ¿no?

Es encantador, inteligente y jodidamente sexi. Y cuando no está tratando de volverme loca, es incluso divertido. Tal vez esto podría funcionar.

Quizás *yo* soy la mujer que de verdad lo entiende.

Y de repente, veo a Val frente a mí. Sentada en su sofá de diseñador con su peinado perfecto, bebiendo champaña con indiferencia mientras se ríe de algo que dijo su novio rico.

Ella ama esa vida. Le encanta que la gente la mire cuando entra a un lugar. Y tal vez yo también quiero eso.

Quizás quiero a Ethan, su éxito, su influencia, su mundo.

Pero entonces, algo dentro de mí se resiste. Me imagino cómo sería: galas, recepciones, copas de champaña que tendría que rellenar con demasiada frecuencia. Yo, con vestidos que cuestan más que mi sueldo mensual, sonriendo cortésmente mientras converso con gente que nunca recordará mi nombre. Una vida llena de compromisos de relaciones públicas y titulares. «CEO Ethan Blackwell visto con nueva novia». Y en algún lugar a un lado: una foto borrosa de mí.

Trago saliva.

No.

Esa no soy yo.

Yo soy Brooklyn. Soy café de la calle y abrigo de segunda mano, soy la que llega tarde, la que es demasiado ruidosa y caótica. Pierdo mis llaves constantemente. Como Nutella directamente del frasco. Yo no pertenezco al mundo de Ethan.

El auto entra en mi calle. Brooklyn es más tranquilo, más real. Las casas son más estrechas, la nieve de los escalones está pisoteada y lodosa. Un vecino palea frente a su puerta, unos niños se persiguen riendo y lanzándose bolas de nieve. Suspiro.

Esta es mi vida.

Y sin embargo, se siente como si la estuviera perdiendo.

Jack se detiene. —Llegamos, señora.

Asiento. —Gracias.

Se baja, con la intención de abrirme la puerta, pero le hago un gesto con la mano. —No se preocupe, yo puedo.

No quiero que me entregue ni siquiera la bolsa. No quiero ni un poco más de lujo. No si me recuerda que nunca lo tendré por completo.

Adentro hace frío. Enciendo la calefacción, cuelgo mi abrigo en el perchero y miro a mi alrededor. Mi departamento es diminuto, desordenado, acogedor; todo lo que el suyo no es.

Sobre la mesa de centro hay revistas, migas de waffle, una taza de té medio vacía de ayer.

Me dejo caer en el sofá.

¿Qué estoy haciendo aquí?

¿Qué estoy haciendo con *él*?

Es mi jefe.

Y sé que esto no puede terminar bien. Si alguien se entera, estoy acabada. Mi carrera, mi reputación, todo. ¿Pero cómo se supone que me resista a él?

Presiono el cojín contra mi pecho, cierro los ojos, y al instante él está ahí de nuevo.

Su aliento en mi cuello. Sus manos en mi piel. Su mirada, como si yo fuera la única mujer en el mundo.

Desearía poder decir que me arrepiento de todo. Pero no es así. Ni un poquito. Y eso es precisamente lo que me asusta.

Me levanto, camino de un lado a otro.

Mis pensamientos son un carrusel. ¿Debería renunciar? No, eso sería una estupidez. ¿Pero puedo simplemente seguir como si nada hubiera pasado?

¿Como si Ethan Blackwell fuera solo mi Boss?

Suelto una risita. Histérica.

Claro, como si *él* fuera un cualquiera.

Voy al baño, me miro en el espejo. Pelo revuelto, mejillas sonrojadas, rímel corrido. Parezco una mujer que acaba de acostarse con su jefe. Y eso no está bien.

Para nada bien.

Me levanto de nuevo, pongo la taza en el fregadero, me recojo el pelo y trato de calmarme. Necesito un plan. Un plan de verdad.

Ser profesional.

No más estupideces.

Evitarlo.

No volver a pensar en sus labios.

No...

—Ay, Dios, Kelly —gimo, interrumpiendo el pensamiento—. Estás perdida.

Me tiro en el sofá, agarro mi bolsa de agua caliente y me quedo mirando el techo. Es absurdo. Yo soy absurda.

Y aun así, siento un cosquilleo cuando pienso en él. Quizás todo esto sea un error. Pero quizás es justo lo que necesitaba.

Un riesgo.

Una tormenta.

Algo que me despierte.

Me quedo mirando los ganchos de mi clóset por demasiado tiempo, como si de repente fuera a aparecer una pista mágica sobre qué ponerse después de una noche con tu Boss.

¿Un blazer? Demasiado estricto.

¿Un suéter? Demasiado informal.

¿El vestido negro que llevaba la primera vez que vi a Ethan? No. ¡Ni se te ocurra!

Suspiro y elijo una blusa sencilla y un pantalón de tela oscuro. Serio, discreto, como si encajara perfectamente en la rutina de la oficina, y no en la cama de Ethan.

Jack sigue esperando abajo. Me saluda cortésmente, me abre la puerta y yo solo asiento en silencio. Partimos y veo Manhattan acercarse, el gris, el humo, el tráfico matutino. De repente, todo eso se siente mucho más frío que hace unas horas.

Apoyo la cabeza contra la ventanilla.

Debería sentirme fuerte. Segura de mí misma. Después de todo, desperté en *su* cama y no me trató como si fuera un secreto. Pero,

en cambio, todo se siente como si llevara un vestido demasiado grande que podría resbalarse de mi hombro en cualquier momento.

Cuando nos detenemos frente al edificio, siento un hormigueo en los dedos. Me bajo, me acomodo el bolso, levanto la barbilla. Puedo con esto. No soy *la mujer de anoche*. Soy Kelly Anderson, la empleada que está a punto de arruinar su carrera si no logra controlarse.

Adentro, todo está como siempre: demasiado luminoso, demasiado limpio. La recepción, los ascensores, el murmullo apagado de los empleados. Saludo con la cabeza a un par de colegas, respiro hondo y me digo a mí misma que esto es *normal*. Completamente normal.

Hasta que lo veo.

Ethan.

Está de pie en su oficina, con las paredes de cristal abiertas de par en par y un par de empleados a su alrededor. Habla con calma, concentrado, como siempre. Esa voz que llena cualquier habitación, incluso sin alzarla.

Me detengo un instante, viendo cómo señala unos documentos y luego se ríe; esa maldita risa que siempre me debilita las rodillas.

Rápidamente me doy la vuelta, sigo hacia mi escritorio y finjo estar increíblemente ocupada.

Estoy a salvo de él, me digo a mí misma.

Por ahora.

Tiene tanto que hacer. No me prestará atención. Asistirá a reuniones, dará órdenes, tomará decisiones que cuestan millones y se olvidará de mí.

Eso es bueno.

Quiero que sea así.

Tengo que querer que sea así.

Me sumerjo en el trabajo. Correos, informes, llamadas telefónicas, más correos. Me aferro a cada tarea que me distraiga de él. Y en algún momento, casi no puedo creerlo, funciona. Trabajo concentrada, de manera efectiva. Mis manos ya no tiemblan, mi cabeza está despejada. Estoy orgullosa de mí misma.

Hasta que, de repente, todo vuelve a quedar en silencio. Oigo cómo se abre la puerta. Pasos. Lentos. Rítmicos. Sé quién es, incluso antes de levantar la vista.

—Kelly.

Su voz suena tranquila, pero me golpea como una descarga eléctrica.

Levanto la mirada. Y ahí está él.

Hoy no lleva traje, al menos no el de siempre. El saco cuelga de su brazo, las mangas de la camisa están arremangadas.

Se ve... perfecto. De una manera casual, imposible.

Su mirada es serena, pero en sus ojos hay un brillo que me transporta de inmediato a la noche anterior.

Vuelvo a ver la imagen ante mí: su mano en mi cintura, su boca en mi cuello, el olor de su piel, su aliento en mi oído. Parpadeo frenéticamente, obligándome a volver al presente.

—Trabajas más duro que yo —dice finalmente, después de un rato en el que no he reaccionado a su presencia.

Vuelvo a levantar la vista y siento que me estremezco, aunque estaba preparada para verlo. —Oh... hola —digo, por decir algo.

—Hola —responde él, y se acerca más—. No quería molestarte.

—No lo haces —miento.

Se sienta en el borde de mi escritorio. Puedo sentirlo. Su presencia, su calor, todo. —Pensé en invitarte a cenar esta noche. Nada del otro mundo. Simplemente... cenar.

El corazón me da un vuelco.

Salir a cenar.

Con Ethan.

Mi cerebro grita *no*.

Mi cuerpo grita *sí, por favor*.

Abro la boca y la vuelvo a cerrar.

Quiero, pero no puedo.

Quiero, pero sé lo que significa.

Otra noche.

Más caos.

Aún menos control.

—Es muy amable, pero... ya tengo planes —me oigo decir, sonando demasiado asustada. Casi me trago la mitad de las palabras.

Él enarca una ceja. —¿Planes?

Me obligo a sonreír. —Noche de chicas.

—Ah —responde, reclinándose y jugueteando con algo que está a su lado—. ¿Y no se puede posponer?

Sí, claro. Por supuesto, quiero gritar. Pero tengo que mantenerme fuerte. —No, si no quiero que me maten —digo con calma y una sonrisa.

Él también se ríe. —Bueno —dice finalmente, y se endereza—. Entonces, otra vez será. —Luego se da la vuelta y se va. Su perfume queda en el aire, pesado, cálido, familiar.

—Quizás —murmuro, sentada, con la vista clavada en el escritorio y el corazón martilleándome en el pecho.

¿Qué he hecho?

Debería haber dicho que sí.

Debería haber dicho *no*, pero de otra manera. Con más seguridad. Con más calma. No tan... asustada.

Me cubro la cara con las manos y gimo en voz baja.

Ya está. Lo he arruinado todo. Ahora piensa que no quiero nada con él. ¿Y lo peor? Sí que quiero algo con él. Solo que no así. No sin pensar. No si no sé a dónde lleva esto.

Apenas logro sobrevivir el día. Cuando termino lo indispensable, recojo mis cosas y me voy. No. Huyo. Directo a casa y a mi amado y cómodo sofá.

Noche de chicas, le había dicho a Ethan. No puedo porque es noche de chicas.

Mi mano va hacia mi teléfono y, sin mirar demasiado, llamo a Val y la invito a mi casa. Como eso casi nunca pasa, porque siempre nos vemos en su casa o en una cafetería, no duda mucho y toma el primer taxi para venir.

Val no lleva ni dos segundos en la puerta y ya ha tirado su abrigo sobre la silla más cercana, que ayer todavía estaba cubierta por un suéter que probablemente lleva ahí más tiempo del que quiero admitir.

—Vaya, guau —dice, enarcando las cejas—. ¿Aquí vive una persona o una pila de ropa?

—Muy graciosa. —Intento reírme, pero suena hueco. Doy una patada a unas revistas esparcidas, cierro un cajón abierto y agarro una liga para el cabello que está sobre la mesita de centro. Val sonríe y se acomoda en el sofá como si estuviera en su casa.

—Me encanta. Tiene carácter. Así como... artístico-caótico. —Mira a su alrededor, toma una vela aromática, la huele y arruga la cara—. O huele a caramelo y polvo. Pero aun así, es mono.

Asiento, medio ausente. Normalmente le seguiría la corriente con sus bromas, le devolvería alguna. Pero hoy... no estoy de humor.

Tengo la cabeza hecha un lío.

—¿Y bien? —me mira por encima del borde de una de mis tazas —. ¿A qué se debió esa llamada tan apurada? Un «Ven, te necesito» suena a que mataste a alguien o estás embarazada.

Parpadeo. —Ni lo uno ni lo otro.

—Bueno, entonces dímelo. Lo presiento, estás... rara.

Me aparto un mechón de pelo de la cara con nerviosismo. —No estoy rara.

—Sí que lo estás —me examina—. ¿Qué pasa, Kelly?

Evito su mirada y me siento en el reposabrazos del sillón. Mis manos buscan algo a qué aferrarse y terminan en mi cojín. Lo presiono contra mí.

Dudo.

Inhalo.

Exhalo.

—Tuve sexo.

Val se queda paralizada. Luego entrecierra los ojos. —Con Ethan.

Parpadeo. —¿Cómo...?

—¿Con quién más? No es que seas conocida por cambiar de amante cada dos por tres.

—Genial —me dejo caer en el sofá.

Val sonríe de oreja a oreja. —¿Y bien? ¡Detalles!

—Después de la fiesta de Navidad.

—¿La fiesta de Navidad de la empresa?

Asiento.

—¿La de la pista de patinaje sobre hielo, los wafles y los fuegos artificiales?

—Esa misma.

—Oh. Dios. Mío. —Empieza a reír, a gritar, ambas cosas a la vez —. ¡Lo sabía! ¡Sabía que esto pasaría en algún momento!

—Val, por favor... —me tapo la cara con las manos—. No lo empeores.

—¿Empeorarlo? Yo lo llamo un milagro navideño. —Se sienta a mi lado, con los ojos brillantes—. ¿Y qué tal estuvo?

—No quiero hablar de eso.

—¡Claro que quieres hablar de eso! —me da un codazo suave—. Kelly, es Ethan Blackwell. Mr. «El poder me queda como un traje a medida». Mr. Aspen. El tipo que lleva meses volviéndote loca. Quiero saberlo todo. ¿Fue tan prohibido como en la sala de fotocopias?

—Val.

—Bueno, al menos dime si estuvo bueno.

Suspiro. —Sí. Estuvo... —busco las palabras—... demasiado bueno. Y ese es precisamente el problema.

Su sonrisa se desvanece. —Ah. Quieres decir... ¿emocionalmente bueno?

—Quiero decir que ya no sé qué siento. —Agarro el cojín que está a mi lado y lo abrazo—. Pensé que se había acabado. Después de Aspen. Luego vino el beso. Luego la sala de fotocopias. Y şimdi... ahora esto.

Val se echa hacia atrás, cruzándose de brazos. —¿Y qué dice él?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Nada de nada. Actúa como si todo fuera normal. Como si esto... como si *yo*... fuera un mero subproducto agradable de su vida.

Ella frunce el ceño. —Vamos, Kelly. Ya sabes cómo es. Controlado, racional, distante. Si esperas que se arrodille frente a la

oficina el lunes por la mañana, vas a esperar sentada.

—¡No quiero que se arrodille! —me levanto de un salto—. Solo quiero saber qué fue eso. Si... significó algo. O si solo fui otra vez...

—¿La mujer en el momento equivocado?

Asiento.

Val se levanta, se acerca a mí y me pone una mano en el brazo. —Oye. No te acostaste con el pasante, te acostaste con Ethan Blackwell. El tipo del que media ciudad esparce rumores. Si crees que esto lo va a dejar indiferente, eres más tonta de lo que pensaba.

Dejo escapar una risa desesperada. —Gracias. Eso ayuda un montón.

—Lo digo en serio.

—Lo sé —respiro hondo—. Pero aun así... no puedo simplemente ignorarlo. Si alguien se entera, estoy acabada. Mi carrera, mi reputación, todo.

Val se encoge de hombros. —O te ascienden.

—No es gracioso.

—Intento animarte. Vuelvo a sentarme. —Es que estoy... agotada. No sé si quiero esto. Su mundo, sus reglas, su ritmo. No soy como las mujeres que suelen aparecer a su lado.

—Sí, por eso mismo le gustas.

—O por eso mismo no lo soporta.

Val guarda silencio un momento. Luego sonríe con dulzura. —Piensas demasiado. Simplemente disfruta lo que venga. Sin análisis, sin estrategias. Solo... tú y él. Y si todo explota, pues que explote.

Me río en voz baja y escondo la cara en el cojín. —Te odio un poquito cuando tienes razón. —Lo sé. Pero igual me amas.

Se levanta y me jala del brazo para que me ponga de pie. —Vamos, tomemos vino. Y después lo llamas.

—*No* lo voy a llamar.

—Claro que lo vas a llamar.

—¡Val!

—¡Kelly!

—En realidad, iba a cenar conmigo esta noche.

Se me queda mirando. Luego me recorre con la vista de arriba abajo. —¿Y entonces por qué estoy yo aquí?

—Porque le dije que no podía. Noche de chicas.

Ella pone los ojos en blanco. —Incluso si hubiera sido así, podrías haber cancelado.

—No. O sea... sí. Pero ese es el punto. No sé lo que quiero. No sé si lo quiero a él.

—Lo quieres a él.

—Justamente eso no lo sé.

—Sí, lo sabes. Lo quieres. Lo veo. Todo el mundo lo ve. Lo deseas tanto que tienes miedo.

—Sí, y ese es el problema.

Val suspira. —Solo tú lo conviertes en un problema. Al fin y al cabo, no querría salir a cenar contigo si no estuviera interesado en ti. ¿O sí?

—También puede querer cenar conmigo para decirme que lo nuestro no tiene futuro y que prefiere tener una pequeña y sucia aventura de oficina conmigo.

Val pone los ojos en blanco. —Eres realmente agotadora.

—No. Solo soy realista. —Agarro el cojín y lo aprieto con todas mis fuerzas, como si pudiera darme algún tipo de apoyo.

—¿Y si es así, cosa que no creo? Pues que así sea. Entonces dices que no y sigues adelante. Pero no tienes que seguir preguntándote qué es lo que quiere.

—Si Ethan Blackwell se sienta frente a mí, se inclina hacia mí, luciendo no solo escandalosamente guapo sino también oliendo irresistiblemente bien, y me pregunta si quiero ser su pequeña y sucia aventura de oficina, jamás diría que no.

Val se ríe por lo bajo. —No, no lo harías.

—¡Ves! ¡Y ese es el problema!

—Pero no te lo va a preguntar, Kelly.

—¿Cómo lo sabes? Ni siquiera lo conoces.

—Conozco a suficientes hombres como él. No invitan a cenar a sus aventuras. Les escriben para que se presenten en su apartamento a las diez de la noche. Nada más.

—¿Y si «salir a cenar» fue solo un sinónimo de eso?

—¡Kelly, me estás volviendo loca! —grita ella mientras salta del sofá y casi se enreda con mi manta, que está en el suelo—. Y tu desorden también. En serio. ¿¡Qué te pasa!? Así no te reconozco.

Hundo la cara en la almohada. —Yo tampoco. Y es horrible. —Empiezo a sollozar.

—De verdad. Si no te conociera, diría que estás embarazada.

—Imposible.

—¿Segura? —enarca una ceja.

—Totalmente segura.

—Bueno, al menos eso lo puedes descartar.

Trago saliva. Porque la verdad es que no estoy tan segura. Pero no digo nada, porque Val armaría un drama tan grande que me arrastraría a la locura con ella.

—Creo que mejor me voy a la cama a intentar dormir —digo por fin.

Me mira y asiente. —Sí, probablemente sea la mejor idea. —Recoge sus cosas, me da otro abrazo fuerte y luego desaparece en la noche fresca.

Y yo me quedo atrás. Mi cabeza no para de dar vueltas. Embarazada... ¿Podría ser? Intento recordar el sexo con Ethan. Nos cuidamos. En Aspen, anoche y en... la sala de fotocopias.

Oh, Dios. La sala de fotocopias. Fue tan espontáneo, tan salvaje, tan... crudo. *Tan real.* Todavía puedo recordar perfectamente cómo entró en mí. Tan lleno de pasión, tan lleno de deseo, tan completo y absoluto*. Tan sin nada.*

Siento náuseas de nuevo y me levanto de un salto, pero en cuanto llego al baño, la sensación ya se ha ido.

Embarazada.

¿Y si Val tiene razón?

Camino de un lado a otro por mi apartamento, intentando ordenar para distraerme de mis pensamientos.

Embarazada.

No, no puede ser. Y sin embargo, sé que muy bien podría serlo.

Levanto un zapato y lo lanzo al pasillo. Luego agarro el paraguas y lo meto en uno de los gabinetes de la cocina.

Esto no puede seguir así. Tengo que hacer algo. Algo que no sea crear más caos en mi apartamento.

Me pongo los zapatos, me pongo el abrigo y salgo. El viento frío me golpea de lleno en la cara, pero al instante me siento mejor. Camino por la calle hasta que por fin veo el letrero luminoso del supermercado.

Necesito tener la certeza. Ahora mismo.

Abro la puerta, saludo con la cabeza a la cajera y me escabullo por los pasillos.

Estoy en la sección de farmacia, con la mirada fija en el estante que tengo delante. Hileras enteras de pruebas, todas prometen ser «rápidas», «seguras», «confiables». Mis dedos tiemblan mientras tomo una, y luego otra, por si acaso. Pago sin mirar realmente, murmuro un «gracias» cuando la cajera me da el cambio y meto todo en la bolsa de papel marrón.

Afuera hace frío. El viento me corta la cara, pero apenas lo siento. Solo este palpitar sordo en mi pecho. Echo a andar, sin más, pasando por delante de vidrieras con luces de Navidad, de parejas con bolsas de la compra, de niños riendo con gorros que casi se les caen sobre los ojos. Todo parece tan normal.

Yo no.

Quiero ir a casa, de verdad, pero mis piernas no hacen lo que yo quiero. No puedo hacer esto sola. Antes de que pueda cambiar de opinión, doblo la esquina, bajo las escaleras del metro, paso el boleto por la máquina con manos temblorosas. Unos minutos más tarde estoy sentada entre extraños que miran fijamente sus teléfonos o tararean en voz baja con espíritu navideño. Aprieto la bolsa en mi regazo como si fuera un explosivo.

Al llegar a casa de Val, dudo un momento. Pero ya no puedo dar marcha atrás. Atravieso el vestíbulo, saludo con la cabeza al portero, que ya me conoce y me deja pasar sin más. Subo al ascensor y voy hasta su piso.

Entonces la puerta se abre: allí está ella, todavía con el abrigo y la bufanda, con una expresión entre la sorpresa y la preocupación.
—¿Kelly?

No digo nada, solo le tiendo la bolsa.

No necesita mirar dentro. Su sonrisa desaparece al instante. —Oh, mierda.

Asiento. Es todo lo que logro decir.

—Pasa. —Su voz es tranquila, firme. Sin chillidos exagerados, sin risas nerviosas. Solo calidez—. Cuelgo tu abrigo, llévame a su cocina. —Siéntate. Voy a preparar té.

Hago lo que me dice. Mis manos se aferran al borde de la mesa mientras ella tintinea suavemente con las tazas. La observo moverse: tranquila, controlada, tan diferente a como es habitualmente.

Me calma un poco, aunque mi corazón late con fuerza.

—Ve al baño —dice finalmente, dejando la bolsa a mi lado—. Mientras tanto, te preparo el té.

Asiento. Siento las piernas como si fueran de goma. En el baño todo es luminoso, estéril, demasiado limpio para lo que está a punto de suceder. Rasgo el envoltorio, leo las instrucciones aunque sé exactamente cómo funciona. Luego lo hago. Y después me siento en el borde de la bañera, con la prueba en la mano, intentando respirar.

Dos minutos. Dos ridículos minutos que se sienten como una eternidad.

Oigo a Val en la cocina. El agua hierve, la porcelana tintinea. Luego viene, llama suavemente a la puerta.

—¿Todo bien?

—Todavía no. —Mi voz suena quebrada—. Yo... creo que no puedo mirarlo sola.

Ella asiente, entra, me pone una mano en el hombro. —Entonces miramos juntas.

Vamos a la sala de estar y nos sentamos en el sofá. Dejo la prueba entre nosotras en la mesita.

Ahí yace, pequeña, insignificante, y en mi cabeza todo grita.

—¿Cuánto falta? —pregunta en voz baja.

—Un minuto.

La miro fijamente, como si pudiera influir en ella con la mirada. Mi respiración es superficial. Siento calor y frío al mismo tiempo. Entonces el color empieza a cambiar. Primero lentamente, luego con más claridad. Una línea. Luego... una segunda.

Se me descompone el rostro. Se me abre la boca, pero no sale ningún sonido. —Oh, Dios... —Es solo un susurro—. No. No, no, no.

Me cubro la cara con las manos. Mis hombros se estremecen, no puedo dejar de temblar. Las lágrimas me arden en los ojos.

Val no dice nada. Solo me pasa el brazo por los hombros, me atrae hacia ella, me deja llorar.

—Ey, ey. Respira. Está bien.

—¡No, no lo está! —grito de repente, con la voz quebrada—. ¡¿Cómo va a estar bien esto?!

—Lo solucionaremos. —Su voz permanece tranquila—. Pase lo que pase, no estás sola, Kelly. Nunca.

—Yo... yo no puedo. No puedo decírselo.

—No tienes que hacerlo ahora.

Niego con la cabeza. —Me va a odiar. O... peor... —trago saliva—. No le va a importar en absoluto.

Val me aprieta más fuerte. —No sabes cómo va a reaccionar. Pero lo que sí sabes es que eres fuerte. Puedes con esto.

Cierro los ojos. Sus palabras rebotan en mí. Mi corazón martillea, mi cabeza está vacía y en mi estómago crece un miedo que ahoga todo lo demás.

Estoy embarazada.

Del hijo de Ethan Blackwell.

Y no tengo ni idea de qué voy a hacer ahora.

Capítulo 33

~ Ethan ~

La nieve cae en copos densos cuando bajo del auto con Luke. El chófer se queda cerca mientras avanzamos por la acera. Luke salta a mi lado, bien abrigado con su abrigo azul de invierno y un gorro que se le resbala constantemente sobre los ojos. Sonríe de oreja a oreja y su alegría es contagiosa.

—¡Tío Ethan, mira!— Señala el enorme y festivo escaparate de una tienda departamental. En las vidrieras giran trenes en miniatura, muñecos de nieve bailan al son de la música navideña y un enorme letrero dorado desea *Merry Christmas*.

Sonrío, asiento y le pongo la mano en el hombro. —Vamos. Veamos si encontramos algo para tu Mom—.

Dentro de la tienda departamental, el ambiente es cálido y está lleno de gente. El aire huele a agujas de pino, canela y almendras tostadas. La gente se apresura por los pasillos con bolsas repletas, los niños ríen y la música navideña suena de fondo. Luke está abrumado y yo, a pesar de que suelo evitar las multitudes, de alguna manera lo disfruto. Se siente... normal.

Paseamos por la sección de juguetes, luego por la de perfumes y la de bolsos. Luke levanta un bolso, rosa y con brillantina. —Seguro que a Mom le gusta este.

Me río en voz baja. —Seguro que sí. Pero tal vez sea mejor que elijamos algo que también pueda usar fuera del escenario del jardín de infantes.

Después de media hora, tenemos un perfume para Daisy, una chaqueta de cuero para su esposo y un par de libros para los abuelos de Luke. Luke insiste en que envolvamos todo por separado, con papel rojo y lazos dorados. Se para fascinado frente a la mesa de empaque, observando a la vendedora decorar cuidadosamente los regalos con cintas.

—¿Y tú qué le pediste a Santa Claus?— le pregunto casualmente mientras esperamos.

Se encoge de hombros. —Ya le escribí. Pero no te lo voy a decir.

—¿Ni siquiera a mí?

Niega con la cabeza y sonríe con picardía. —Es un secreto.

Más tarde, en el sótano, donde hay un pequeño rincón de Santa, me jala de la mano hacia allí. —¡Ahí está!— grita Luke y corre hacia adelante.

Me quedo quieto, me cruzo de brazos y lo observo mientras se forma en la fila. Cinco minutos después, está sentado en el regazo de Santa, contándole algo, riendo y asintiendo. Veo el brillo en sus ojos y siento cómo mi corazón se ablanda un poco.

Yo nunca tuve algo así. Ni una Navidad despreocupada, ni la sensación de la ilusión infantil. Quizás por eso es tan especial vivirlo ahora con él.

Cuando Luke vuelve conmigo, está radiante. —¡Dijo que me porté muy bien este año!

Me río y pienso en el caos que arma regularmente en mi penthouse. —Bueno, de eso no estoy tan seguro.

Él se ríe, me toma de la mano y salimos al aire frío.

Afuera ha dejado de nevar. La ciudad está bañada en una luz dorada, la música navideña resuena desde algún lugar y las farolas se reflejan en el asfalto brillante.

Luke abraza con fuerza su bolsa de regalos, hablando sin parar de Santa, de regalos, de la fiesta que se aproxima.

Lo escucho, asiento, sonrío, y me doy cuenta de lo tranquilo que me he vuelto. Sin estrés, sin reuniones, sin responsabilidades pesando sobre mis hombros. Solo este niño pequeño que se alegra con cada detalle.

Compramos chocolate caliente en un puesto callejero; el vapor que sube me calienta los dedos. Luke bebe con espuma de chocolate en la nariz y se ríe cuando se lo señalo.

—Tú también tienes ahí—, dice, y me toca la nariz.

Me río. —No lo creo.

—¡Que sí!

Caminamos lentamente de regreso al auto y, en el momento en que pongo la mano en la puerta del coche, un pensamiento me asalta y me hace detenerme.

Es bonito. Tan simple, tan pacífico. Casi perfecto. Pero... ¿cuánto más bonito sería si Kelly estuviera aquí ahora? ¿Si estuviera a mi lado, con una taza de chocolate caliente en la mano, con esa sonrisa que cada vez me descoloca por completo?

Miro a Luke, que en ese momento sopla hacia la nieve y se ríe.

Quizás lo sería. Quizás este es el tipo de vida que siempre me ha faltado, y la que, sin darme cuenta, quiero con ella.

Llevo a Luke a casa. Está cansado, pero feliz. En el asiento trasero todavía tararea villancicos, medio dormido, mientras afuera la ciudad está bañada de luces. Cuando llegamos, Daisy ya nos abre la puerta. Sonríe al ver a su hijo y lo abraza de inmediato.

—Bueno, ¿estuvo lindo con el tío Ethan?

—¡Sí! ¡Compramos regalos, bebimos chocolate caliente y vimos a Santa!

Me río, apoyado en el marco de la puerta. —Fue el niño más bueno de todos. El mismísimo Santa lo confirmó.

Daisy ríe. —Entonces nada puede salir mal.

Nos despedimos, ella me abraza, Luke me dice adiós con la mano una vez más y yo regreso al auto. Cuando cierro la puerta detrás de mí, de repente todo se vuelve silencioso. Sin música, sin risas infantiles, sin conversaciones. Solo el suave zumbido del motor y el chasquido de la direccional cuando el chófer se incorpora a la avenida principal.

Y ese silencio de repente se siente pesado.

Saco el celular del bolsillo, desbloqueo la pantalla. Mi pulgar duda un momento antes de tocar su nombre: **Kelly**.

Llamo. Una vez. Dos veces. Tres veces.

No hay respuesta.

Miro fijamente la pantalla, escucho el tono monótono en mi oído, luego el buzón de voz. Cuelgo. Quizás está ocupada. Quizás está en la tina, escuchando música, sin pensar en el celular.

Le escribo un mensaje. *Hola. Solo quería saber cómo estuvo tu día.*

Espero unos minutos. Sigo mirando la pantalla. Sin palomitas azules. Sin «leído». Sin respuesta.

Echo la cabeza hacia atrás, observo las luces pasar afuera. Gente con bolsas, parejas tomadas de la mano, niños saltando en el aguanieve. Y en algún lugar en medio de todo eso, me la imagino a ella.

Quizás ahora mismo está con sus amigas, tomando vino caliente, riendo a carcajadas, gesticulando animadamente mientras Valerie cuenta alguna historia vergonzosa. La imagino frente a mí: mejillas sonrojadas, ojos brillantes, una bufanda que le queda demasiado grande.

O tal vez está en casa, descalza, con uno de esos cárdigan enormes, y una taza de chocolate en la mano. Quizás puso música navideña y canta en voz baja mientras desenreda una guirnalda de luces y se queja de su pequeño y demasiado estrecho apartamento. Puedo imaginarla frunciendo el ceño si las luces no funcionan y luego sonriendo triunfante cuando por fin se encienden.

Quizás está horneando galletas... y quizás quema la mitad. La veo maldiciendo, riendo, y luego simplemente vierte glaseado por encima y lo llama «a propósito».

Sonrío involuntariamente.

Por mucho que me resista a esta idea, puedo imaginarlo. Ella y yo. No en la oficina, no en un apartamento anónimo, sino... así. En la cocina, con harina en los dedos, con música de fondo, con risas en lugar de discusiones.

Sacudo la cabeza, riéndome en voz baja de mí mismo. ¿Desde cuándo pienso en estas cosas? Yo, Ethan Blackwell, el hombre que planifica su vida, que lo tiene todo bajo control, estoy aquí sentado, fantaseando con un romance navideño.

Pero la idea no me abandona. Quizás, pienso, no sería tan malo. Quizás incluso sería... agradable.

Escribo otro mensaje. *Estoy pensando en ti.*

Presiono «Enviar», veo cómo el mensaje desaparece y guardo el celular. Luego me recuesto, miro hacia la ciudad oscura, que brilla y vive, y pienso en cómo sería si ella estuviera sentada a mi lado ahora mismo.

Cómo sería si esto —esta calidez, esta sensación— no fuera solo un breve momento.

Quizás, pienso, por primera vez de forma realmente consciente, ya no quiero guardar esto solo para mí.

Llego temprano a la oficina, casi inusualmente temprano para mí. De hecho, dormí bien, algo que rara vez sucede. La ciudad todavía está en calma cuando atravieso la puerta giratoria de cristal. El aroma a café recién hecho que se esparce por el vestíbulo se mezcla con el ligero aroma a cedro de mi saco. Saludo con un gesto al portero, subo al ascensor y observo mi reflejo en la pared cromada. Me veo... relajado. Casi como si hubiera olvidado quién soy.

Luke. Ayer me dio más de lo que jamás admitiría. Esa sensación de que la Navidad no consiste solo en listas de tareas, cierres anuales y recepciones benéficas. Que todavía hay momentos que son simplemente... reales.

Estoy de buen humor. Todavía un poco animado por la euforia infantil de mi sobrino. Quizás incluso un poco sentimental. Una parte de mí está deseando verla. A Kelly.

Al pasar por mi oficina, mi mirada se desvía automáticamente hacia su ventana. Normalmente, ya veo luz allí; ella siempre llega temprano, incluso antes que Diane, antes que casi todos. Hoy, sin embargo: oscuridad. Ni luz, ni movimiento.

Me detengo un instante. *Extraño.*

Probablemente se quedó dormida. O está atrapada en el tráfico. Nevó, el caos en las calles es de esperarse. Sigo caminando, cuelgo el abrigo y el saco sobre la silla, me siento y enciendo la laptop.

Pero con cada hora que pasa, la agradable sensación de ayer se desvanece un poco más. Miro el reloj. 10:23. Ni rastro de Kelly.

Aparto el pensamiento, me dedico a una reunión con la junta directiva, pero incluso mientras alguien presenta cifras, mi mirada se desvía una y otra vez hacia la ventana, como si en cualquier momento pudiera pasar corriendo con un vaso de café en la mano.

11:50. Sigue sin aparecer.

No lo soporto más. Cierro la laptop, me levanto y voy hacia donde está Diane, que en ese momento está sentada frente a una montaña de correos.

—¿Sabe algo de Anderson? —pregunto con indiferencia, como si solo me interesara de pasada.

Diane levanta la vista brevemente y me observa por encima del borde de sus lentes. —Sí. Se reportó enferma esta mañana.

Frunzo el ceño. —¿Enferma?

—Gripe, creo. Al menos eso decía en el correo. Se disculpó por el resto de la semana.

Asiento lentamente. —¿El resto de la semana?

—Sí. —Diane sigue tecleando, como si el tema estuviera zanjado.

Pero me quedo de pie. Siento cómo algo se oprime en mi pecho.

Enferma. Por toda la semana.

Kelly no es de esas personas que simplemente faltan. La he observado lo suficiente como para saber lo ambiciosa que es, la presión que se pone a sí misma. Si se reporta enferma, tuvo que haber pasado algo.

Regreso a mi oficina, intento concentrarme en los siguientes documentos, pero mis pensamientos se desvían una y otra vez. Gripe, ¿en serio? ¿O simplemente está agotada? Sé lo agotadoras que han sido las últimas semanas. Los proyectos, las noches largas. Quizás ese es el precio de su ambición.

Pero algo dentro de mí me dice que es algo más.

Abro mi celular, repaso una vez más nuestros últimos mensajes.

Estoy pensando en ti. Enviado. Sin respuesta. Sin marca de leído.

Escribo un nuevo mensaje, y lo borro. Escribo un segundo. También lo borro. Todo suena mal. Demasiado insistente. Demasiado frío. Demasiado preocupado.

Podría llamarla. Simplemente oír cómo suena su voz.

Pero ¿y si no contesta?

Respiro hondo y me recuesto en la silla. Debería concentrarme en mi trabajo, en el proyecto que tiene que estar listo hoy, en la conferencia de mañana temprano.

Sin embargo, en lugar de eso, miro por la ventana y me la imagino en su cama, envuelta en una manta, con la frente caliente,

los labios pálidos. Quizás tiene un té a su lado. Quizás está durmiendo.

Quiero escribirle. Quiero saber si de verdad está enferma. Quiero saber si todavía piensa en mí.

Simplemente quiero oír que está bien.

Pero al final, vuelvo a dejar el celular a un lado. Me convenzo de que necesita recuperarse. Que debería dormir, no mensajearse con su jefe.

Y aun así, esa mala sensación permanece. Esa inquietud silenciosa y persistente que no desaparece.

Miro de nuevo hacia la ventana de su oficina. Sigue a oscuras. Y con cada hora que pasa, me pregunto un poco más si de verdad es solo una gripe lo que hay detrás de todo esto.

Capítulo 34

~ Kelly ~

Estoy sentada en mi cama, rodeada de pañuelos de papel, tazas de té y caos; mi propia versión de un colapso nervioso. La prueba de embarazo sigue sobre la mesita de noche. Esas dos diminutas líneas. Dos rayas que destruyen toda mi vida. O la cambian. No lo sé. Ni siquiera puedo decir lo que siento, porque lo siento *todo*. Al mismo tiempo.

Un bebé. De Ethan.

El corazón me martillea como si alguien hubiera puesto a toda una banda de tambores dentro de mi pecho. Presiono las palmas de las manos contra mi cara, respiro en ellas como si de alguna manera pudiera detener el pánico. No funciona. Por supuesto que no.

Un bebé. De mi Boss. De *él.*

Suelto una carcajada —histérica, aguda, completamente fuera de lugar— y al instante me tapo la boca con la mano. No es una risa divertida. Es la risa de una mujer que acaba de perder el piso bajo sus pies.

Lo odio. Odio a Ethan Blackwell. Su arrogancia, su seguridad en sí mismo, esa sonrisa presuntuosa que muestra siempre que sabe que va a ganar. Y, maldita sea, siempre gana.

Pero también odio no poder odiarlo de verdad.

Me gusta. Realmente *me gusta*. Su voz tranquila, su forma de mirarme como si fuera la única persona en la habitación. Cómo se mueve, cómo huele, cómo besa. No puedo sacarlo de mi cabeza. Ni de mi cuerpo. Ni de mi corazón.

No quiero volver a verlo nunca más.

Y al mismo tiempo, quiero verlo *ahora*. De inmediato.

Me pongo de pie de un salto, camino por la habitación, doy vueltas en círculo. Mi mirada se posa en el celular que está en el sofá. Se ilumina. Otra vez. Ya es la quinta vez en los últimos diez minutos.

Ethan.

Miro fijamente su nombre, incapaz de moverme. Sigue sonando. Podría contestar. Solo para oír su voz. Solo para... oír algo que me ayude a pensar con claridad de nuevo.

Pero entonces vuelvo a ver la prueba frente a mí. Esas dos rayas.

¿Qué se supone que le diga?

—Oye, sorpresa, estoy embarazada y eres el padre, pero no te preocupes, te odio.

Sigue sonando.

Camino hacia la ventana y la abro de golpe. El aire frío del invierno me golpea. La nieve de afuera brilla como si alguien hubiera esparcido azúcar sobre la ciudad. La gente pasa por abajo, ríe, carga bolsas, los niños saltan sobre las placas de hielo. Para ellos, el mundo está en orden. Para mí no.

El timbre se detiene.

Silencio. Inhalo, lenta y profundamente. Quizá ya no llame. Quizá entienda que simplemente necesito tiempo.

Entonces vibra. Un mensaje. *«Oye. Estoy preocupado. Por favor, contesta».*

Cierro los ojos. Puedo oír su voz en mi cabeza, tranquila, cálida, un poco demandante. Quiero creerle. Quiero creer que de verdad está preocupado.

Pero es Ethan. Se preocupa porque el control es importante para él. Porque quiere saber lo que pasa. No porque él...

¿O sí?

Camino de un lado a otro. El piso cruje bajo mis pies. Tomo el celular, escribo una respuesta —*Estoy bien.*— y la borro. Escribo *Estoy enferma.*— y la borro. No puedo.

Otro mensaje. *«Kelly. Por favor. Dime que todo está bien».*

Siento un nudo en la garganta. ¿Que todo está bien? ¿Cómo va a estar bien algo? Estoy embarazada. Del hijo de mi jefe. De un hombre que se controla tanto que probablemente lleva hojas de cálculo para sus emociones.

Y ahora... yo. Caos. Catástrofe.

Mi celular vibra de nuevo. Esta vez, una llamada. Es él otra vez.

Tomo el teléfono, lo sostengo con fuerza en la mano y miro la pantalla. Mi dedo flota sobre el botón verde. Quiero contestar. Quiero oír su voz, quiero decírselo todo, quiero que me diga que todo saldrá bien.

Pero entonces vuelvo a ver las dos líneas frente a mí. Dos líneas.

Bajo el celular. Sigue sonando hasta que finalmente se detiene.

Me dejo caer en la cama. El silencio retumba.

No sé qué hacer. No sé *cómo* hacer esto. Solo sé que no puedo pasar por esto sola.

Y aun así, no debe enterarse. Todavía no. Ahora no. Porque si algo me ha enseñado Ethan, es que él siempre toma el control. Siempre decide.

Y esta vez... no puede hacerlo.

Ya no aguanto más en el departamento. El aire está viciado, cálido, lleno de pensamientos que ya no puedo ordenar. Me pongo el abrigo, agarro la bufanda que ya casi se cae del gancho y salgo del departamento. Afuera me recibe el aire frío y claro. Huele a invierno, a nieve, a canela y a almendras garapiñadas del puestito de la esquina.

Las calles están llenas. Niños con chamarras gruesas pisan la nieve, padres cargan bolsas de compras, las parejas ríen, se ponen los gorros unos a otros. Luces por todas partes. Música navideña. Vasos de vino caliente. La vida palpita, mientras la mía está detenida.

Camino sin rumbo, dejando que mis pensamientos fluyan. Quizá caminar me tranquilice, quizá me dé una idea. Pero cuanto más camino, más claro me queda que no *puedo* tranquilizarme.

Un bebé. Un maldito bebé.

Mi mirada se fija en una familia joven. El padre levanta a su hija en el aire, ella chilla de alegría, y la madre se ríe mientras toma fotos. Sonrío involuntariamente. Es una imagen hermosa. Pacífica. Llena de amor. Y por un breve momento... me imagino que soy yo.

Me veo caminando por estas calles, con un cochecito delante de mí, y dentro un pequeño ser humano que duerme plácidamente envuelto en una manta, o que me sonríe. Me veo deteniéndome porque alguien sonríe y se asoma a verlo. Asintiendo con orgullo. Dándome la vuelta... y Ethan está detrás de mí.

Él, con un abrigo grueso, las manos en los bolsillos, una sonrisa en el rostro como pocos la conocen. Me mira así, como la primera vez que me besó.

Y yo... yo estoy tranquila. He llegado. Feliz.

Parpadeo, respiro profundo. Pero la imagen se desvanece.

En su lugar, veo a otra familia. Él lleva traje, el celular en la oreja, gesticula, se ríe en medio de la conversación. Ella empuja el cochecito, lleva el pelo recogido en un chongo desordenado, una bolsa al hombro, el niño llora. Intenta calmarlo mientras él habla sin mirarla, como si fuera aire.

Me detengo. Se me encoge el estómago.

Esa podría ser yo.

Me veo justo ahí: abrumada, cansada, sola. Mientras Ethan habla de proyectos, de cifras, de su próxima presentación. Mientras él salva el mundo, yo soy la que se queda en casa y se encarga de que todo funcione.

Y cuando regresa, está cansado. Amable, pero distante. Le cuento que el bebé sonrió hoy por primera vez y él asiente, sonríe fugazmente, y luego me pregunta por la junta sobre el balance de mañana.

Presiono mis manos contra las sienes, como si así pudiera ahuyentar las imágenes.

Esa no soy yo. No es lo que quiero ser.

Nunca quise ser *la mujer* que está detrás de alguien. Nunca quise necesitar a nadie para sentirme completa. Y sin embargo... aquí estoy, con una prueba positiva en mi departamento y en lo único que puedo pensar es en *él.*

Sigo caminando. Las luces parpadean, un copo de nieve aterriza en mi mejilla. Siento cómo el frío se cuela por debajo de mi abrigo, pero no me importa. Necesito moverme. Necesito respirar.

Unos niños pasan corriendo a mi lado, se lanzan bolas de nieve, se ríen. Una mujer les grita algo mientras un hombre con un vaso térmico está a su lado y la besa. Los miro y siento que se me llenan los ojos de lágrimas.

Siempre quise amar la Navidad. Quise hornear galletas, beber vino caliente, ver películas cursis y reír hasta que me doliera el estómago. ¿Pero ahora?

Ahora el mundo se detuvo.

Sigo caminando, pasando junto a guirnaldas de luces, escaparates, pequeños cafés donde las parejas se toman de la mano. Intento concentrarme, pero todo se vuelve borroso.

Ethan.

Su nombre resuena en mi cabeza como un mantra. Lo veo en cada movimiento, en cada rostro, en cada familia. Y en cada una de esas escenas solo hay dos posibilidades: o es el hombre que me ama, o el hombre que me destruye.

Me detengo, respiro hondo, cierro los ojos.

No sé cómo voy a lograr esto.

Pero sé una cosa: no puedo huir de él para siempre.

Voy a casa de mi mamá. No sé a dónde más ir. Necesito a alguien que me tranquilice antes de que pierda la cabeza por completo.

El tren se balancea a través de la mañana gris y, afuera, desfilan los suburbios nevados de Nueva York. Casas adosadas con pequeños jardines, guirnaldas de luces de colores, Santas inflables. Parece sacado de una de esas películas que suelo ver en el sofá con calcetines gruesos, solo que esta vez yo soy la protagonista. De un drama.

Cuando me bajo, una ráfaga de aire frío me golpea. Me ajusto la chamarra, me bajo el gorro hasta la cara y camino por la calle que tan bien conozco. La nieve cruje bajo mis zapatos, en algún lugar huele a canela y a humo de chimenea. Cuando veo la vieja casa de mis padres, esa de color azul claro con el porche blanco, respiro hondo. Parece que nada ha cambiado.

Por supuesto, mamá ya decoró todo. Desde afuera veo las luces en el canalón del techo, la corona en la puerta, la guirnalda brillante alrededor de la barandilla. Toco el timbre. Menos de dos segundos después, mamá abre la puerta de un tirón: con delantal, harina en la frente y una cuchara de madera en la mano.

—¡Kelly! ¡Cariño! —me envuelve de inmediato en un abrazo que casi me deja sin aire—. Llegas justo a tiempo. ¡Pensé que ibas a cancelar!

—¿Cancelar? —pregunto, confundida, mientras me arrastra hacia la cocina.

—¡Pues al maratón de galletas! Estamos en medio del caos.

Y no es una exageración. La cocina parece un campo de batalla de azúcar, harina y vainilla. En cada espacio libre hay una bandeja para hornear, la sala huele a mantequilla y canela y, en alguna parte, Dad grita pidiendo otro rollo de papel de regalo.

—Hola, Dad —digo cuando lo encuentro, con un suéter de Navidad con una guirnalda de luces parpadeantes, que acaba de quedarse pegado a la alfombra con un trozo de cinta adhesiva.

—¡Kelly! ¡Estás aquí! —exclama, como si fuera una sensación—. ¿Trajiste el buen güisqui?

—No sabía que tenía que traerlo.

—¡Entonces tendrás que volver mañana!

Me río, aunque en realidad no me apetece. Es todo demasiado familiar, demasiado normal, demasiado... intenso. Me quito el abrigo, ayudo a mamá con la siguiente charola mientras ella me bombardea con preguntas.

—¿Cómo te va en el nuevo trabajo? ¿Qué tal la fiesta de Navidad? ¿Tu jefe por fin te autorizó las vacaciones?

Asiento, niego con la cabeza, murmuro algo. No puedo simplemente decirle: *mamá, estoy embarazada. De mi jefe.* En cambio, corto galletas, sonrío y finjo que todo está bien.

—Estás muy callada hoy —murmura mamá en algún momento—. ¿Estrés en la oficina?

—Algo así —murmuro, concentrándome en las estrellas de masa.

Entonces Dad entra corriendo en la habitación. —¿Bernice, dónde están los bastones de caramelo? ¡No puedo hacer moños sin los

bastones de caramelo!

—¡En el armario de arriba de la estufa! —le responde ella a gritos.

Por supuesto, abre el armario equivocado. Se cae una caja de harina y aterriza con un *plop* sordo en el piso. Nos quedamos ahí, los tres, mirando el desastre. Entonces mamá se ríe. Yo también. Es absurdo.

—Típico de Navidad —murmura.

Y de hecho, por un momento, es agradable. Una distracción. Me olvido de Ethan, de la prueba, de las taquicardias, del caos en mi cabeza. Solo soy Kelly, la hija que ayuda a hornear y roba masa de galletas cuando nadie mira.

Hasta que la puerta se abre.

—¡Hoooooolaaaaa! ¡Ya llegué! —grita una voz, fuerte, alegre, chillona. Cybil. Mi hermana mayor. Irrumpe en cada casa como si fuera un fuego artificial.

—¡Por fin! —exclama mamá y corre a su encuentro. Cybil lleva a su bebé en brazos: la pequeña Rosie, de ocho meses, con un gorrito rojo y un babero que dice *My First Christmas.*

Me quedo mirando a la bebé. Se ríe. Agarra un trozo de papel de regalo que Dad está a punto de levantar del suelo y se pone a babear encima.

Y yo... siento que el suelo desaparece bajo mis pies.

Cybil habla, mamá habla, Rosie gorjea, Dad tararea una canción de Navidad... y todo se vuelve sordo. Como si tuviera algodones en los oídos.

Solo veo a la bebé. Esos deditos diminutos, las mejillas redondas, la suave pelusa en su cabeza. Siento una dolorosa opresión en el corazón.

Así podría ser... así *será* mi vida. Pronto.

Yo, con un bebé. Con el bebé de Ethan.

—¿Kelly? —Cybil aparece de repente frente a mí, observándome —. ¿Todo bien? Pareces como si hubieras visto un fantasma.

Sonrío a la fuerza. —Yo... es que... respiré demasiada vainilla.

Mamá se ríe, Dad dice algo sobre «demasiada azúcar en la sangre» y todos siguen con lo suyo. Solo yo me quedo quieta,

aferrándome a la mesa para no caerme.

No sé cómo voy a soportar esto. Esta casa, esta normalidad... me desgarra por dentro.

Quiero decirle a mi familia lo que está pasando. Quiero gritarlo.

Pero no puedo. Todavía no.

Así que sonrío mientras Rosie agarra mi collar. Sonrío mientras Cybil habla de su esposo y mamá piensa dónde encargó el asado.

Y por dentro, grito.

Estoy embarazada.

De Ethan Blackwell.

Y nadie puede saberlo.

El frío me golpea como una bofetada cuando salgo corriendo. El aire fresco me corta la cara, la nieve cruje bajo mis botas y apenas siento el temblor de mis dedos mientras me apoyo en el porche. Respiro agitadamente, como si tuviera que aprender a hacerlo de nuevo.

Adentro oigo risas ahogadas, música navideña, el tintineo de las tazas. Un idilio perfecto. ¿Y yo? Yo soy la tormenta que lo precede.

—¿Kelly? —la voz de Cybil resuena detrás de mí. Pasos en la nieve. Luego se para a mi lado, se ajusta la chaqueta sobre los hombros y me examina con esa mezcla de preocupación y curiosidad que solo una hermana mayor puede tener—. ¿Qué te pasa? Estás más pálida que la nieve.

Niego con la cabeza. —Nada. Todo está bien.

—Kelly —su voz se vuelve más baja, más seria—. Te conozco. Cuando hablas así, *nada* está bien.

Aprieto los labios. Me arden los ojos. No quiero que me vea así: confundida, indefensa, para nada dueña de la situación. Siempre fui la que tenía todo bajo control. La que era espontánea, pero nunca imprudente. La que a veces tropezaba, pero nunca caía. Y ahora... estoy cayendo.

—No sé qué hacer —se me quiebra la voz, y Cybil me pone una mano en la espalda. Es esa presión simple y familiar que

normalmente me da apoyo, y que ahora solo lo rompe todo—. Lo arruiné por completo, Cyb. En serio.

—Oye, sea lo que sea, puedes contármelo.

Respiro hondo, lucho conmigo misma, buscando las palabras, pero no salen. Hasta que simplemente se me escapan. —Tuve una aventura de una noche.

Ella parpadea. —Ajá... ¿y?

—Y entonces... se convirtió en algo más. O sea, no *más* en el sentido romántico, sino... más complicado —hundo la cara entre mis manos—. Fue... en la oficina.

—Oh —levanta las cejas, pero no en tono de reproche. Más bien, con interés—. ¿De qué tan complicado estamos hablando?

—Es mi Boss.

Se le escapa una risa suave y contenida. —Vaya. Con eso casi cantas bingo.

—¡No es gracioso! —le espeto, pero mi voz tiembla.

Ella ladea la cabeza, me mira y entonces veo esa sonrisa que siempre pone cuando entiende algo que yo ni siquiera he dicho. —¿Hay algo más, verdad?

Asiento, apenas perceptiblemente. Entonces la miro a los ojos. —Estoy embarazada.

Por un momento, todo es silencio. Ni el viento, ni un ruido de adentro, solo silencio. Y entonces: una amplia sonrisa. —Bueno, parece que es algo de familia.

La miro fijamente. —¿Qué?

Se ríe por lo bajo. —Lo digo en serio. Es casi espeluznante.

—Cybil, este no es el momento para chistes familiares.

—No estoy bromeando —se cruza de brazos, se apoya en la barandilla y me mira con esa expresión de superioridad que me irritaba desde niña—. Nuestra madre era exactamente como tú.

Parpadeo. —¿Cómo dices?

—Mamá también tuvo una aventura de una noche. En un bar. Con un desconocido —se encoge de hombros, como si fuera la historia más normal del mundo—. Unas semanas después, descubrió que él era su nuevo jefe. Y luego..., sorpresa, quedó embarazada. Y ahora... ya ves a dónde llevó todo eso.

La miro con incredulidad. —No lo dices en serio.

—Sí. Dad era el desconocido del bar. En ese entonces lo mantuvieron en secreto. Nadie debía saber que primero se habían besado borrachos en cualquier rincón y luego se habían reencontrado en la empresa —Cybil sonríe con una ternura inesperada—. Y ya conoces el resto de la historia: se casaron. Y listo.

Necesito un momento para procesarlo. Mis padres. ¿Esas dos personas tan centradas y convencionales con sus latas de galletas y villancicos? Niego con la cabeza. —Eso es una completa locura.

—Eso mismo pensé cuando me lo contó una amiga de mamá —dice con una risita—. Pero, Kelly... la cosa se pone mejor. ¿Sabes qué es lo irónico?

Frunzo el ceño. —¿Qué?

—A mí me pasó lo mismo. Solo que al revés.

—¿Cómo dices?

—Yo era la jefa. Y Tom, ¿te acuerdas? Mi esposo. Él era el nuevo en la empresa. Pero yo ya lo conocía. Cuatro semanas antes nos habíamos visto en una fiesta, nos besamos y... bueno... ya sabes.

—Cybil, eso no puede ser...

—Sí que lo es —levanta las manos—. Te lo juro. Me desconcentró tanto en la entrevista de trabajo que casi me atraganto con el café. Quise evitarlo porque pensé que era totalmente antiprofesional. Dos meses después, nos besamos. Y ¡zas!, ya sabes lo que pasó.

Tengo que reírme. Es una risa nerviosa, desesperada, casi un sollozo. —Esto no es normal. Están todas locas.

—No, solo somos eficientes —sonríe—. No perdemos el tiempo.

—Yo no soy como ustedes —digo en voz baja—. Yo no quiero esto. No así.

—¿Por qué?

—¡Porque es un arrogante! ¡Un adicto al trabajo! ¡Porque nunca desconecta! ¡Porque cree que puede controlarlo todo: a mí, a su empresa, su vida! —tomo una bocanada de aire—. Y porque sé que yo no puedo con eso. No puedo volver a vivir lo que vivieron mamá y Dad. Todo el mundo piensa que son la pareja perfecta, pero se la

pasaban peleando porque nunca supieron cómo separar el trabajo y la familia.

Cybil me mira un rato y luego sonríe con dulzura. —Y, sin embargo, eres igual a ella. Ambiciosa, terca, independiente... y, aun así, con un corazón demasiado grande para tantas habladurías sobre la razón y la carrera.

—No, eso no es verdad.

—Sí que lo es —me pone una mano en el hombro—. Dices que él es arrogante. Yo también lo era, antes de que llegara Rosie. Pero, ¿sabes qué? El bebé lo cambia todo. Te pone el mundo de cabeza, te hace más blanda, más honesta. Quizá él necesite justo eso.

Miro la nieve. Me cuesta creerlo. Pero en algún lugar muy dentro de mí, una pequeña chispa parpadea; un pensamiento que no quiero tener: *quizá tenga razón.*

Pero niego con la cabeza. —No quiero oír eso, Cybil.

—Lo sé —me atrae hacia ella en un abrazo y me sujeta con fuerza—. Pero en algún momento lo sentirás. Y entonces sabrás que puedes con esto.

Respiro hondo. La nieve cae más densa, silenciosa, casi en paz. Pero dentro de mí, el caos sigue rugiendo.

Capítulo 35

~ Ethan ~

Estoy sentado en mi oficina, con el horizonte de Manhattan extendiéndose como un mar resplandeciente bajo mis pies, pero apenas lo veo. Los días pasan, las reuniones, las llamadas, los correos... todo marcha como debe. Solo que yo no funciono. No como debería. Porque ella no responde.

Kelly.

Le escribí, la llamé, incluso intenté averiguar a través de Diane si de verdad estaba enferma o si simplemente... estaba desapareciendo. Pero es como si se la hubiera tragado la tierra. Ninguna reacción. Ninguna señal de vida, salvo por un par de documentos reenviados a colegas. Correos relacionados con proyectos. Profesionales. Fríos. Como de otra vida.

Odio pensar tanto en esto. Odio que una mujer —*una empleada* — pueda desequilibrarme de esta manera. Normalmente, soy yo quien controla el juego. Quien decide qué tanto puede acercarse alguien. ¿Y ahora? Ahora estoy aquí sentado, mirando el celular cada treinta segundos, como si con eso pudiera obligarla a escribirme.

Diane irrumpe en mi oficina sin tocar. —Parece que pasaste la noche en vela.

—Y así fue —señalo la pila de informes sobre mi escritorio—. Preparación para la auditoría.

Me observa, escéptica, y sé que no me cree ni una palabra.

—¿Es por *ella*? —pregunta al fin.

Alzo una ceja. —¿Por quién?

—Vamos, Ethan. Llevo cinco años trabajando para ti. Reconozco cuándo no tienes esa cara por los números, sino por una mujer.

No digo nada. Tomo un sorbo de mi café frío y miro el cielo gris sobre Manhattan. Nieva. Otra vez. Ya es el tercer día seguido. Y cada vez que veo los copos blancos, pienso en Aspen.

Diane me quita la taza de la mano, la deja sobre la mesa y se cruza de brazos. —Si de verdad la extrañas, deja de negarlo.

—No extraño a nadie —digo con calma.

—Claro que no —su tono chorrea sarcasmo—. Solo la llamas todos los días y le escribes mensajes todas las noches porque estás aburrido.

Respiro bruscamente. —Ya basta, Diane.

Ella levanta las manos. —Está bien. Pero piensa en lo que realmente quieres antes de seguir así otra semana. Eres insoportable cuando estás de mal humor.

Se va. Me quedo solo y, sí, tiene razón. *Soy* insoportable. Porque no lo entiendo. Kelly no era una aventura. No una de la que simplemente pueda pasar página. Había... algo. Recuerdo sus miradas, su risa, sus manos deslizándose por mi cuerpo como si me conociera de toda la vida. Recuerdo cómo se resistía a mí —con palabras, con ese fuego en los ojos— y cuánto amo eso de ella.

Y ahora se ha ido.

Abro de nuevo mis mensajes. Ningún ícono nuevo. Ninguna llamada. Nada.

Escribo: *Tenemos que hablar.*

Lo borro. Escribo: *¿Cómo estás?*

También borrado.

Al final, la pantalla se queda vacía.

Me levanto y voy a la ventana. Abajo, el tráfico se abre paso por las calles; la gente con sus bolsas, sus gorros, sus pasos apresurados. Todos tienen planes. Familias. Vidas. Yo también tenía una. Una que hasta hace unas pocas semanas estaba perfectamente ordenada.

Predecible.

Ahora siento como si alguien hubiera puesto mi mundo patas arriba.

Golpeo con los dedos el cristal de la ventana, miro la ciudad y susurro en voz baja: «¿Qué estás haciendo, Kelly?».

No sé si está enferma, si está llorando, si me evita porque tiene miedo o porque de verdad lo quiere. Pero sé una cosa: la quiero de vuelta.

No puedo seguir sentado sin hacer nada. No puedo seguir esperando un mensaje que no llega.

Así que me pongo en marcha.

Brooklyn, al final de la tarde. Nieva ligeramente, el cielo cuelga bajo sobre los tejados y las calles están llenas de gente con bolsas de compras, puestos de vino caliente y música navideña que sale a todo volumen de las puertas abiertas. Estaciono en la calle lateral, justo enfrente del edificio de Kelly. Es un edificio antiguo, de ladrillo, con una escalera estrecha y balcones diminutos. Recuerdo que una vez me contó que el radiador nunca calentaba bien en invierno y que siempre tenía que acurrucarse con tres mantas.

Subo los escalones, me detengo frente a su puerta y toco. Una vez. Dos veces. Nada.

¿Kelly? —mi voz suena más ronca de lo que quería—. Toco el timbre. De nuevo, nada. Ningún ruido desde dentro, ni pasos, ni un susurro.

Toco más fuerte, casi con rabia. —Kelly, sé que estás ahí.

Pero no está. O me está ignorando.

Me apoyo en el marco de la puerta y oigo cómo una puerta se cierra de golpe en algún lugar de abajo. Pasa un vecino, un hombre mayor con barba gris y una bolsa de la compra en la mano. Me mira con desconfianza. —¿Puedo ayudarlo en algo?

—Busco a Kelly Anderson. Vive aquí, ¿verdad?

Él duda. —Sí, en el segundo piso. Pero no está.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque le he estado recogiendo el correo. Lleva días en el buzón. Y no la he visto en una eternidad.

—¿Dijo algo? ¿Que se iba de viaje?

Sacude la cabeza, se encoge de hombros brevemente y sigue su camino sin volver a mirar atrás.

Me quedo quieto, mirando la puerta como si fuera a darme una respuesta. Pero todo lo que oigo es el zumbido lejano de la calle.

Doy un paso atrás y miro hacia las ventanas. Segundo piso, tercera ventana desde la derecha. Reconozco la guirnalda de luces que había colgado la última vez: pequeñas estrellas doradas que cuelgan de la cortina. Están encendidas. Cálidas. Suaves. Pero el resto del departamento está a oscuras.

Un temporizador automático. Probablemente.

Aun así, rodeo el edificio. Es ridículo, lo sé, pero quiero verlo con mis propios ojos. Echo un vistazo por la ventana de la cocina y solo veo sombras borrosas, un par de plantas en el alféizar. Ninguna señal de ella. ¿Y cómo podría? Desde aquí abajo no puedo ver nada de todos modos.

—Maldita sea, Kelly... —retrocedo y me ajusto la chaqueta. El frío se me mete en los dedos, pero no me importa. Solo quiero saber que está bien.

Intento recordar lo que me contó sobre sus amigos. Una mejor amiga: Valerie. Hablaba mucho de ella. Ruidosa, caótica, pero leal. Si alguien sabe dónde está Kelly, es ella.

Saco mi celular, abro el perfil de Instagram de Kelly y busco entre las etiquetas. Y entonces aparece. Val. Dos etiquetas más y ya tengo su lugar de trabajo. Sin pensarlo dos veces, me dirijo hacia allá.

Salgo del elevador e inmediatamente me golpean colores chillones, voces altas y el olor a perfume. La recepción de la revista es exactamente como me la imaginaba: elegante, caótica y completamente exagerada.

Por todas partes hay mujeres con tacones altos, haciendo malabares con tabletas, tazas de café y *moodboards*, mientras hablan por teléfono y gesticulan salvajemente al mismo tiempo. No pasan ni dos segundos antes de que las primeras miradas se fijen en mí. Y luego vienen los murmullos.

—¿Ese no es...?

—Oh, Dios mío, ¿Ethan Blackwell?

—¿Qué hace *él* aquí?

Lo ignoro. Pongo mi expresión fría y controlada, como siempre que entro a una reunión en la que sé que nadie puede hacerme frente. Solo que esto no es una reunión, y no tengo ni idea de lo que me espera.

—Busco a Valerie Williams —le digo a la joven de la recepción, que me mira como si acabara de ver a George Clooney en persona.

—Eh... ¡claro! ¡Valerie! Eh... quiero decir... ¡sí! ¡Un momento, por favor! —Toma el teléfono y murmura algo ininteligible mientras se acomoda nerviosamente el pelo detrás de las orejas.

Miro a mi alrededor. Todo el piso es un mar bullicioso de diseño, creatividad y caos. De las paredes cuelgan bocetos de carteles, modelos con la mirada perdida y enormes letreros sobre las «tendencias del año». Entre los escritorios se apilan cajas, muestras de tela y ganchos de ropa.

Entonces escucho unos pasos apresurados. Valerie aparece entre dos paneles: pequeña, enérgica, rubia y con una expresión en el rostro que lo dice todo. Conmoción. Pánico. Y un poquito de curiosidad.

—¿Ethan? —grita, demasiado fuerte.

Y de inmediato, más cabezas se giran.

Yo solo levanto una ceja.

Ella corre hacia mí, me agarra del brazo —me sorprende la fuerza con la que aprieta— y sisea:

—¡¿Qué haces aquí?!

—Tengo que hablar contigo.

—¡¿Aquí?! ¿Estás loco? ¡Este es *mi* lugar de trabajo! No puedes simplemente...

Me le quedo mirando y ella se calla. Luego suspira, mira a su alrededor y me jala del brazo por el pasillo.

Terminamos en un rincón detrás de la puerta del estudio fotográfico, donde solo hay una fotocopiadora y un par de percheros. Se cruza de brazos y me mira fijamente.

—A ver, suéltalo. ¿De qué se trata? —Los murmullos de afuera todavía se escuchan, pero ella ya no parece notarlos.

—Solo quiero saber si está bien —digo con calma—. Eso es todo.

Valerie niega con la cabeza.

—Ella está... ahora mismo solo necesita algo de tiempo. Un poco de distancia. Ya la conoces: es complicada, piensa demasiado, ella... —Se interrumpe al notar mi mirada.

—¿Tiempo para qué? —pregunto—. ¿Para alejarse de mí?

Ella duda.

—De todo.

Respiro hondo, esforzándome por no levantar la voz.

—Valerie, si está enferma, si algo no anda bien, por favor, dímelo. Estoy preocupado. Solo quiero saber qué pasó.

—Ella está bien, Ethan. De verdad.

Entrecierro los ojos.

—Entonces dime dónde está.

—No puedo.

—¿Por qué?

Inspira bruscamente.

—Porque no quiere que la encuentres. Al menos no ahora.

Doy un paso hacia ella. No retrocede, pero parece inquieta.

—Toqué el timbre de su casa —digo—. No había nadie. Luces apagadas, ni un movimiento. Los vecinos no la han visto en días. Si ahora me dices que todo está bien, quiero creerte, pero honestamente me cuesta un carajo.

Valerie baja la mirada y se frota la frente.

—Eres muy insistente.

—Estoy preocupado.

Ella vuelve a levantar la vista.

—Y ella lo sabe. Pero esto es algo que tiene que decirte ella misma. No quiero meterme en el medio. Es... complicado.

—Entonces explícamelo.

Valerie se muerde el labio. No dice nada por un momento, luego murmura:

—No puedo. Solo puedo decirte que no la vas a perder si tienes un poco de paciencia ahora.

Niego con la cabeza.

—La paciencia no es una opción. He intentado contactarla. No contesta el teléfono, no responde a ningún mensaje. Ni siquiera sé *dónde* está.

Ahí, Valerie se estremece ligeramente. Sus ojos la delatan antes de que pueda hablar. Lo reconozco de inmediato.

—Así que sí lo sabes.

—Ethan...

—Valerie.

Suspira profundamente, luego mira a su alrededor, nerviosa, para ver si hay alguien cerca. Finalmente se acerca y baja la voz.

—Está en mi casa.

La miro fijamente.

—¿Cómo dices?

—Desde ayer. Está... desorientada, ¿entiendes? Y no quería estar sola. La acogí porque necesitaba tranquilidad. Apenas habla, duerme mucho, me evade cuando le pregunto.

—¿Le pasó algo?

—No. No directamente. —Valerie se encoge de hombros—. Pero si quieres verla, si de verdad quieres verla, entonces ven. Te daré mi dirección.

Mete la mano en su bolso, saca una pequeña libreta y garabatea apresuradamente unas líneas en ella. Luego me pone el papel en la mano.

—Pero hazme un favor, Ethan.

—¿Cuál?

—Trátala con cuidado. No es tan fuerte como aparenta.

Miro el papel, luego la miro a ella de nuevo.

—Nunca lo ha sido.

Valerie asiente en silencio, como si supiera exactamente eso.

—Lo sé. Por eso te lo digo.

Luego se da la vuelta, grita algo en dirección a sus colegas y me deja allí plantado, entre percheros, equipo de cámara y el zumbido de una revista.

Vuelvo a mirar la dirección en mi mano y sé al instante lo que tengo que hacer.

El aire afuera es helado cuando salgo de la oficina de Val. Los copos de nieve se desplazan por las calles, danzando bajo el brillo de las luces navideñas mientras la gente se empuja, ríe y carga bolsas. Por todas partes huele a almendras tostadas, a perfume y a vino caliente especiado carísimo. Me ajusto el abrigo y me abro paso entre la multitud.

Val había dicho que su apartamento estaba «a la vuelta de la esquina». Era mentira. Tardo casi veinte minutos en abrirme paso entre el gentío. Las aceras están atascadas, los turistas se paran en medio de la calle para tomar fotos del reluciente escaparate de una joyería. Los niños se quejan, alguien choca contra mi hombro, otro me insulta.

Me obligo a mantener la calma, aunque por dentro crece el impulso de simplemente apartar a todos de mi camino.

Finalmente llego a la dirección. Un elegante rascacielos, cálidamente iluminado, con un letrero dorado sobre la puerta. El vestíbulo resplandece con mármol y cristal, y de un altavoz sale una suave música de jazz.

Entro e inmediatamente el conserje levanta la cabeza. Un hombre mayor, con un uniforme perfectamente planchado y una barba recortada con precisión.

—Buenas noches, Sir. ¿En qué puedo ayudarle?

Saco del bolsillo la tarjeta que me dio Valerie.

—Quisiera ver a Valerie Williams, apartamento 1203. Me está esperando.

Él frunce el ceño, toma la tarjeta, la examina y luego vuelve a mirarme.

—Llamaré para asegurarme de que Miss Williams desea recibir visitas.

—No es necesario. —Sonrío levemente—. Es una sorpresa. —Porque sé perfectamente que Valerie no está y que será Kelly quien reciba su llamada. Y en cuanto oiga que estoy abajo, colgará de inmediato. O simplemente dirá que no quiere recibirme. No puedo permitir que eso suceda.

El conserje duda.

—Lo siento, Sir, pero sin su confirmación...

—Blackwell —lo interrumpo. Digo el nombre con calma y firmeza —. Ethan Blackwell.

Veo cómo el nombre surte efecto. El hombre parpadea y se endereza un poco.

—Mr. Blackwell. Por supuesto —murmura, pero sin soltar el auricular.

Meto la mano en el bolsillo de mi abrigo, saco discretamente unos cuantos billetes y los deslizo sobre el mostrador.

—Solo será un momento. No se preocupe.

Él mira a su alrededor, luego toma el dinero, lo guarda sin decir palabra y asiente.

—Por supuesto. El ascensor está a la derecha. Duodécimo piso.

Le doy las gracias secamente y me dirijo al ascensor. Mi corazón late más rápido a medida que subo. Duodécimo piso. Los números se iluminan uno tras otro, lenta, casi tortuosamente. Pienso en Kelly. En cómo se ve cuando ríe. En cómo huele. En cómo me miró justo antes de irse.

Un suave «ping». Las puertas se abren.

Salgo a un pasillo impecablemente blanco, bañado por una luz suave. Todo está en silencio. Solo en la distancia se oye una música tenue. Avanzo por el pasillo y finalmente encuentro el número: 1203. Valerie Williams.

Respiro hondo, me arreglo el abrigo, me paso la mano por el pelo. Había pensado en lo que le diría: que solo quiero saber cómo está. Que estoy preocupado. Que no puede sacarme así de su vida sin al menos decirme por qué.

Pero ahora, de pie frente a la puerta, todo se ha desvanecido. Cada frase, cada palabra.

Levanto la mano y toco.

Un ruido detrás de la puerta.

Pasos.

Luego, el clic de la cerradura.

La puerta se abre.

Y olvido lo que iba a decir.

Capítulo 36

~ Kelly ~

Estoy acostada en el sofá de Val, envuelta en una manta afelpada, pero que de algún modo es demasiado corta y se corre constantemente, dejando al descubierto mis pies fríos. En una mano sostengo una taza de chocolate caliente, que hace rato está tibio y se le forma una triste nata en la superficie; en la otra, una bolsa de papitas a medio vaciar. Mis pantalones de jogging, que llevo desde ayer, tienen manchas —y no quiero ni saber de qué— y mi camiseta está arrugada. Me recogí el pelo en un moño que está tan chueco que parece que se va a deshacer en cualquier momento. Sé que me veo patética. Lo veo en el espejo cuando paso por el baño. Pero ahora mismo no puedo hacer otra cosa.

El televisor está encendido. Otra vez. No he hecho otra cosa en días más que hacer zapping entre los canales. Series, películas, programas de entrevistas... todo se funde en una masa informe de voces, caras y luces parpadeantes. Hoy me quedo enganchada en una de esas películas navideñas cursis. De esas en las que el final es evidente después de los primeros cinco minutos.

Él: exitoso, atractivo, un poco gruñón, pero de buen corazón.

Ella: caótica, emocional, ligeramente sobrepasada por la vida.

Se topan por casualidad, él derrama su café, ella le grita, él se disculpa con encanto, ella se enamora. Luego viene un malentendido, una pelea, un beso, nieve... y un final feliz.

Miro fijamente la pantalla. Ahora están sentados en un carruaje tirado por caballos, envueltos en una manta, sonriéndose enamorados. ¿Y yo? Yo estoy sentada en un sofá, rodeada de bolsas de papitas y pañuelos usados, con un bebé en mi vientre que no fue planeado.

—Genial, Kelly —murmuro para mis adentros—. Vaya numerito.

Me meto otro puñado de papitas en la boca, pero ya no me saben a nada. Sigo haciendo zapping. Empiezo la siguiente película.

Y otra más.

Siempre es el mismo patrón: se conocen por casualidad. Tienen sexo. Se pierden el rastro. Se reencuentran. Y entonces... final feliz.

Como lo de Ethan y yo. Esa podría ser mi vida. Solo que yo me quedé atascada en algún punto entre el tres y el cuatro. Y ahora estoy embarazada. Las mujeres de las películas nunca están embarazadas antes de tener su final feliz. Se ven perfectas, tienen el pelo brillante, los dientes blancos y beben chocolate caliente en tazas bonitas con bastones de caramelo como decoración. Yo bebo el mío en una taza con el esmalte saltado que dice «I hate Mondays».

Me reclino y cierro los ojos por un momento. La película sigue, pero ya no me puedo concentrar. Todo se siente pesado. Mi cuerpo. Mi cabeza. Mis pensamientos.

Estoy embarazada.

De mi Boss.

De Ethan Blackwell.

No puedo decirlo en voz alta, ni siquiera puedo terminar de pensarlo bien en mi cabeza sin que se me encoja el estómago. ¿Cómo pudo pasar esto? Bueno... *sé* cómo pasó. Con bastante exactitud, de hecho. ¿Pero cómo pude dejar que *me* pasara esto?

Encojo las piernas, tomo un sorbo de chocolate y casi me quemo la lengua con la bebida tibia. Perfecto. Me río en voz baja, pero suena más como una tos.

—En las películas —digo en voz baja—, el bebé probablemente sería su mejor regalo de Navidad. —Resoplo—. Y yo sería la heroína que lo salva y viviríamos felices para siempre.

En cambio, estoy aquí tirada. Con el pelo grasoso, en unos pantalones holgados y lo único que estoy salvando es la industria de las papitas.

Apago el televisor. Es demasiado. Demasiado dulce, demasiado romántico, demasiado doloroso. El silencio que queda en la habitación es casi más ruidoso que la película. Escucho los sonidos de afuera: autos, voces, un perro que ladra. Y en algún lugar de la escalera, alguien pasa caminando con tacones. Probablemente Valerie.

Me subo la manta hasta la barbilla. Quizás debería dormir. Quizás entonces todo sería más fácil. Quizás mañana despertaré y todo habrá sido solo un sueño. Quizás no estoy embarazada. Quizás Ethan nunca existió.

Suspiro.

Lamentablemente, la vida no funciona así.

Me envuelvo más apretadamente en la manta, miro fijamente el techo e intento ordenar mis pensamientos. En los últimos días todo ha estado borroso, como una película en la que las escenas cambian demasiado rápido. Esperaba que tomar distancia me ayudara. Que vería las cosas con más claridad. Pero ahora, aquí en el departamento de Val, me doy cuenta de que nada se ha aclarado. Al contrario.

Pienso en mis padres. En la casita de los suburbios que antes tanto odiaba. En el olor a vainilla que impregna toda la casa en cuanto Mom saca las galletas navideñas del horno. Estuve allí. Me senté en la cocina, dejé que el vapor de la taza de chocolate subiera y fingí que todo estaba bien.

—Solo necesitaba unos días de descanso —dije.

Y Mom asintió. —Claro, cariño. Trabajas demasiado. Eres como tu padre.

Con eso, el tema quedó zanjado. Sin insistir, sin preguntas. Simplemente estaban felices de que estuviera allí. Pude esconderme entre la decoración navideña, las guirnaldas de luces y las galletas.

Solo Cybil lo sabía. Y ella... se lo tomó con una calma sorprendente. Quizás porque sabía que ya me afectaba lo suficiente. Quizás porque creía que al final todo saldría bien, como le pasó a ella.

Y por un momento, yo también lo creí. Ayudé a decorar el árbol, corté galletas con Rosie, quemé la mitad y me comí la otra. Me reí, me reí de verdad. Casi olvidé lo que estaba creciendo dentro de mí.

Pero entonces llegó el momento en que quise volver a Nueva York. Me había convencido a mí misma de que estaba lista. Que podría soportar el aire de la gran ciudad, el caos, el ruido... *a él*. Hice la maleta, abracé a Mom, sonreí. Y luego, cuando vi el

horizonte de Manhattan a lo lejos, mi corazón de repente empezó a acelerarse. Tanto que me dieron náuseas.

No podía soportar la idea de encontrarme con él. Ethan. Mi Boss. El padre de mi hijo. Solo tenía un deseo: volver. Pero no podía. No podía explicarles por qué. Así que vine a casa de Val. Ella no preguntó. Simplemente abrió la puerta, me abrazó y me dijo: —Te quedas todo el tiempo que quieras.

Asentí. Y eso fue todo. Desde entonces estoy aquí, acurrucada entre mantas y autocompasión.

Sé que voy a tener al bebé. Eso es seguro. Lo sentí en el momento en que vi la prueba. Por muy grande que fuera el shock, sentí eso de inmediato. Tan silencioso y profundo dentro de mí que apenas puedo describirlo.

¿Pero todo lo demás? Todo es incierto.

¿Debería decírselo a Ethan?

¿Puedo decírselo?

Hundo la cara en las almohadas. Solo pensar en su reacción hace que se me haga un nudo en la garganta.

¿Y si no lo quiere?

¿Y si me obliga a deshacerme de él?

Ethan es poderoso. Tan poderoso que una sola frase suya es suficiente para destruir —o salvar— carreras. Si quiere, puede borrarme por completo de su vida, como si nunca hubiera existido. Puede hacer que me saquen de la empresa, de mi departamento, de todo.

O peor: ¿y si lo quiere —al bebé— pero *a mí no*?

Me lo imagino perfectamente. Él demandando la custodia con su ejército de abogados. Haciendo que me despedacen en el tribunal. Ganando al final, porque los hombres como él siempre ganan.

Siento náuseas. Me enderezo y presiono una mano sobre mi vientre. Todavía no se siente nada. Ninguna vida. Solo la idea de ella. Y, sin embargo..., ahí está.

—No te voy a dejar solo —susurro. Suena tonto, pero las palabras simplemente salen—. Voy a lograrlo. De alguna manera.

Lo que no sé es cómo.

Miro hacia la ventana. Afuera, Nueva York resplandece. Luces de Navidad, luces de los autos, vida. Y en algún lugar de ahí afuera anda él. Ethan Blackwell. Exitoso, controlado, seguro de sí mismo. El hombre que lo tiene todo. ¿Y yo? Yo estoy aquí sentada, con chocolate caliente, papitas y un embarazo que lo cambia todo.

No sé si alguna vez podré decírselo.

Solo sé que no podrá ser un secreto para siempre.

Llaman a la puerta. Tres golpes sordos y firmes que retumban en la silenciosa habitación.

Me sobresalto. Mi corazón se detiene un instante antes de volver a latir con el doble de fuerza. Me quedo mirando la puerta como si me acabara de hablar. ¿Quién diablos...?

Exhalo. —Cálmate, Kelly —murmuro y dejo a un lado la bolsa de papitas. Las migajas caen sobre mis pantalones de jogging, pero no me importa. Nadie se presenta aquí sin avisar. No en este edificio. No en lo de Val. Aquí todo el mundo se anuncia. El conserje llama antes de que alguien pueda siquiera subir al elevador.

Agudizo el oído. No hay un segundo llamado. Solo mi corazón palpitante.

Quizás sea Val.

Sí. Seguramente.

Olvidó su llave, como tantas otras veces. Recuerdo una vez que estaba parada frente a la puerta, entre maldiciones y risas, justo cuando yo acababa de entrar las bolsas de las compras. «Sabes que no soy capaz de vivir sin ti», había dicho mientras se metía.

Exhalo, intentando relajarme. Seguro es eso de nuevo.

Me levanto lentamente. Siento las piernas pesadas, como si fueran de goma. Aparto la manta, me quito un mechón de la cara y camino descalza sobre la alfombra.

A mitad de camino, me detengo un momento y me observo en el reflejo del cristal de la ventana. Mi cabello está revuelto, mi moño torcido, mi suéter tiene manchas; probablemente de chocolate

caliente, papitas y un poco de todo lo que he comido en los últimos días.

—¡Ya voy! —grito para que deje de llamar. Agarro el picaporte, abro la puerta —mitad molesta, mitad aliviada— y abro la boca para saludarla.

Pero las palabras se me atascan en la garganta.

Frente a mí no hay un caos rubio en tacones altos con lápiz labial y bolsas de compras.

Frente a mí hay un hombre.

Alto.

Abrigo oscuro.

Hombros anchos.

El corazón me da un vuelco. Siento cómo la sangre se me sube a la cabeza, mi cuerpo se pone caliente y frío al mismo tiempo. El primer pensamiento es absurdo: *¿Val tiene un nuevo novio?*

Pero entonces el hombre se mueve.

Levanta la cabeza.

Y mi mundo se detiene.

Ethan.

Parpadeo. Un reflejo. Quizás esto sea un sueño. Quizás sea una de esas películas que he estado viendo sin parar estos últimos días, en las que el chico aparece de repente en la puerta porque finalmente se ha dado cuenta de que no puede vivir sin ella.

Pero esto es real. Demasiado real.

Está ahí, a solo un paso de mí. La nieve, que todavía brilla en su cabello oscuro, se derrite lentamente, dejando pequeñas gotas de agua en el cuello de su abrigo. Sus ojos —ese verde profundo— me recorren de la cabeza a los pies.

Y yo... yo quiero que me trague la tierra.

Siento que retrocedo un paso automáticamente. Mis dedos se aferran al marco de la puerta. Lo miro, incapaz de articular palabra. Debo de tener un aspecto terrible. Pantalones de jogging, moño torcido, manchas en el suéter, descalza, pálida.

—¿P-Puedo... ayudarle? —Mi voz suena débil.

No dice nada. Ningún saludo. Ningún hola. Solo esa mirada. Intensa. Se clava en mí, como siempre lo ha hecho.

Me siento mareada.

Da un paso hacia adelante. Lento. Deliberado. Y lo huelo: ese aroma familiar que me recuerda la noche que lo cambió todo. Madera, cuero, calidez. Ethan.

Quiero decir algo, de verdad, pero mi mente está en blanco. Todo lo que había preparado —todas las conversaciones que había imaginado en mi mente, en las que yo era fuerte y dueña de la situación— se disuelven, como si nunca hubieran sido reales.

Ahora está justo delante de mí. El pasillo detrás de él está en silencio. Solo se oyen los pasos suaves del conserje en el vestíbulo de abajo, amortiguados por los pisos que nos separan.

Mi corazón martillea.

Abro la boca, pero incluso antes de que salga una palabra, veo cómo su mirada se posa en el sofá detrás de mí. La bolsa de papitas. El chocolate caliente. La manta. Mi patético escondite.

El calor me sube al rostro. Quiero cerrar la puerta de golpe, de verdad, pero no puedo. Es como si él hubiera tomado el control de las bisagras.

—Ethan —susurro. No es un reproche, ni un saludo. Solo un nombre.

Y él sonríe levemente. No es una sonrisa fría y distante de Ethan. Sino una real. Una peligrosa.

—Kelly —dice en voz baja. Su voz suena profunda, cálida y demasiado cercana.

No puedo moverme.

Me mira como si acabara de encontrarme de nuevo.

Y en ese momento sé que todo lo que he intentado decirme en los últimos días —distancia, claridad, sensatez— ya no vale nada.

Mi corazón se acelera.

Mis dedos tiemblan.

Estoy perdida.

Y la puerta está abierta de par en par.

Capítulo 37

~ Ethan ~

Estoy parado en la puerta y la miro. Por un instante, creo haber escuchado mal cuando susurra mi nombre. Y entonces la veo —la veo de verdad— y se me corta la respiración.

Se ve terrible. Y, al mismo tiempo, es la cosa más hermosa que he visto en mi vida. Su cabello es un completo desastre, el chongo a medio deshacer, un mechón pegado a su mejilla. Su suéter tiene manchas que prefiero no identificar, y los pants le quedan demasiado holgados en la cadera. Sus pies están descalzos, con los dedos ligeramente enrojecidos por el piso frío. Detrás de ella, en la televisión, están pasando una de esas películas navideñas cursis que, al parecer, ya ha visto a medias; el sonido está bajo, pero reconozco la risa empalagosa que acompaña a ese tipo de cintas. Sobre la mesa hay bolsas de papitas, una taza de chocolate caliente a medio tomar y una manta con la que seguramente se estaba envolviendo hace un momento.

Debería estar horrorizado. Después de todo, soy Ethan Blackwell: CEO, empresario, multimillonario. Estoy rodeado de gente que a diario intenta impresionarme con apariencias relucientes, peinados perfectos y perfumes caros. Y, sin embargo... aquí estoy, mirando fijamente a una mujer en pants, y en mi cabeza se proyecta una imagen completamente distinta.

La veo sentada en ese sofá... conmigo. Una tarde de domingo, sin reuniones, sin plazos, sin presión de ningún tipo. Bebemos chocolate caliente juntos, ella me da papitas en la boca, yo finjo odiar la película, pero en realidad me encanta cómo se ríe. Nos veo envueltos en mantas, con sus piernas sobre las mías, su mano en mi cuello. Escucho su risa, siento su calidez y, de repente, todo lo demás que tengo en mi vida —las cifras, los tratos, el poder— se siente completamente insignificante.

Trago saliva. La imagen desaparece.

Lo que queda es la realidad.

Kelly.

Parece como si no hubiera dormido en días. Sus ojos están enrojecidos, su mirada vacía y, al mismo tiempo, tan alerta que me pierdo en ella. Quiero decir algo, algo inteligente, algo que relaje sus hombros y alise su ceño. Pero no se me ocurre nada. Así que solo digo su nombre.

—Kelly.

Suena suave, casi quebradizo.

Se estremece de forma casi imperceptible, como si hubiera olvidado el sonido de mi voz. Sus dedos se aferran al marco de la puerta y me mira como si no supiera si debería dejarme entrar. Veo la inseguridad en su mirada, y me duele.

—Yo... —me aclaro la garganta, doy un paso hacia ella. El aroma a chocolate caliente y vainilla flota en el aire, dulce y cálido, y se mezcla con el perfume que llevo—. No he sabido nada de ti en días. —Mi voz suena más baja de lo que esperaba—. Intenté contactarte. Fui a tu casa, te llamé, te escribí...

No reacciona. Sus labios se mueven ligeramente, pero no emite ningún sonido.

—Me preocupé.

Ahora sí me mira. De verdad. Esa palabra la ha afectado, lo veo. Preocupado. Quizá debería haberlo dicho antes.

Respiro hondo. Mi corazón martillea. He estado frente a inversionistas que querían acorralarme con exigencias millonarias y estaba más tranquilo que ahora. Pero esta mujer... hace que todo mi equilibrio se tambalee.

—¿Puedo pasar? —pregunto en voz baja.

Duda. Su mirada va de mí al sofá y de vuelta, luego asiente casi imperceptiblemente. Cruzo el umbral, lento, con cuidado, como si entrara en territorio ajeno; lo que, en cierto modo, es verdad.

Aquí adentro hace calor. Es un caos. Hay cosas por todas partes: mantas, revistas, una caja de adornos navideños a medio abrir. En la pared cuelga una guirnalda de luces torcida y en el alféizar de la ventana hay un pequeño abeto en una maceta en la que se lee «Believe in Magic».

Me vuelvo hacia ella. Está ahí de pie, con los brazos cruzados, mirándome como si yo fuera un intruso.

—Kelly —digo de nuevo, y esta vez mi nombre en sus labios suena como una súplica—. ¿Qué pasa contigo? ¿Por qué te has alejado?

Evita mi mirada, mordiéndose el labio inferior. Su respiración se acelera. Puedo ver cómo lucha; consigo misma, conmigo, con todo.

—Si es por el trabajo —continúo—, puedo darte tiempo. Solo tienes que decirme qué ha pasado.

Silencio.

No quiero presionarla, pero tampoco puedo irme sin más. Algo es diferente. No solo en su comportamiento; hay una pesadez en el aire que no consigo entender.

Doy un paso más, despacio, para que no se sienta agobiada. —Sé que te he exigido mucho —digo con calma—. Quizá demasiado. No quería abrumarte. Ni profesionalmente, ni... de otra forma.

Levanta la cabeza. Por un momento, nuestras miradas se encuentran y veo lágrimas en sus ojos. Me da justo en el corazón.

—Kelly. —Quiero tocarla, quiero levantar la mano para acariciar su mejilla, pero me contengo—. Puedes decirme lo que sea. Sea lo que sea... estoy aquí.

Inspira, como si quisiera decir algo. Luego exhala. Nada.

No sé si tiene miedo, si está enojada o simplemente agotada. Solo sé que quiero abrazarla. Que quiero alisar el caos en su mirada que tanto la está atormentando.

Pero no dice nada. Y yo estoy ahí, a medio metro de ella, atrapado entre el impulso de atraerla hacia mí y la comprensión de que quizá yo soy la razón por la que ha huido tan lejos.

—Me preocupé —repito en voz baja. Y esta vez no suena como el CEO Ethan Blackwell. Suena como un hombre que ama a una mujer... y no sabe si está a punto de perderla.

Entro definitivamente en el apartamento y ella da un paso inseguro hacia un lado, como si primero tuviera que cederme el paso. El olor a chocolate caliente sigue en el aire, mezclado con algo que recuerda a la vainilla y a galletas navideñas. Echo un vistazo

rápido a mi alrededor, no por curiosidad, sino para hacer algo con las manos mientras ella parece tan nerviosa.

—¿Quieres... eh... pasar? —pregunta finalmente, como si eso no hubiera ocurrido ya. Parece abrumada, su voz se quiebra un poco y yo solo asiento.

—Si me lo permites.

Se encoge de hombros, murmura algo ininteligible y luego se apresura hacia el sofá. La sala de estar es acogedora, un poco caótica, pero encantadora. Hay tazas por todas partes, un plato vacío con migas, dos pañuelos de papel arrugados en la mesita de centro. Junto al sofá hay una manta desdoblada que, al parecer, lleva viviendo ahí un tiempo. Reconozco al instante que se ha atrincherado aquí.

—Siéntate —dice, y aparta unas revistas del sofá—. Perdona el desorden. Normalmente no se ve así. Bueno, este no es mi apartamento. O sea, ahora mismo sí, pero... en realidad es el apartamento de Val y Val es superordenada. Muy ordenada. Su cocina suele parecer sacada de un catálogo y siempre tiene flores frescas en la mesa del comedor. Solo que... bueno... estoy aquí y...

Se interrumpe, ríe nerviosamente, tira de la manga de su suéter y baja la mirada.

Sonrío. —Creo que sobreviviré.

Suelta una risa corta, insegura pero sincera. Luego se mira, frunce el ceño y empieza a juguetear nerviosamente con sus pants. —Debería cambiarme. O sea, no puedo sentarme aquí así. Me veo horrible. Tú llegas con tu abrigo caro y yo...

Levanto una mano, interrumpiéndola. —Quédate así.

Parpadea. —¿Qué?

—Simplemente quédate así. Te he sorprendido, Kelly. He aparecido aquí sin avisar, es mi error. Puedo soportarlo.

Me mira como si no supiera si reír o avergonzarse. Sonrío para aligerar la situación y me siento en el sofá. Ella sigue de pie en medio de la habitación, indecisa, con los brazos cruzados.

—Siéntate —digo en voz baja, esta vez sin presionar.

Se acerca lentamente, casi con vacilación, y finalmente se deja caer a mi lado, con tanta distancia que fácilmente podríamos haber

puesto un cojín entre nosotros. Me reclino, pongo un brazo sobre el respaldo del sofá, intentando parecer relajado mientras la observo por el rabillo del ojo. Ella se mira las manos, que tiene fuertemente entrelazadas, como si necesitara aferrarse a ellas.

—¿Qué pasa contigo, Kelly? —pregunto finalmente.

No responde de inmediato. Veo cómo busca las palabras, levanta la cabeza, la vuelve a bajar y luego inspira profundamente.

—Yo... —niega ligeramente con la cabeza—. Sinceramente, no lo sé. Es que todo es demasiado. Ya sé cómo suena. No soy así normalmente, no soy una reina del drama, de verdad que no. Pero las últimas semanas... —hace una pausa, su voz casi se quiebra—. Simplemente ha sido demasiado.

Frunzo el ceño. —¿Demasiado?

—Sí. —Levanta la vista, sus ojos brillan—. El trabajo, la atención, tú...

—¿Yo?

Asiente. —He intentado procesar todo esto de alguna manera, entenderlo, pero... no puedo. Me he perdido por completo en lo que ha pasado. Primero Aspen, luego la oficina, después... —se interrumpe, vuelve a negar con la cabeza—. Simplemente no puedo ni respirar cuando pienso en ello.

La dejo hablar. Cada palabra me golpea, pero me obligo a mantener la calma.

—Pensé que estábamos empezando —digo en voz baja—. ¿Cómo puede ser ya demasiado para ti?

Ríe brevemente, con amargura. —Porque no soy como tú, Ethan. Tú tienes tu vida bajo control. Siempre. Sabes lo que quieres y lo consigues. Yo, en cambio... —recoge las piernas, abrazándolas—. Voy tropezando de una emoción a otra. Y cuando estás cerca, pierdo el control por completo. No sé si esto es amor o locura.

Respiro hondo. Sus palabras arden dentro de mí. La miro —la miro de verdad— y me doy cuenta de lo agotada que está. Sus ojeras, sus manos temblorosas, su postura tensa. Solo quiero abrazarla, decirle que no tiene que luchar, que no tiene que cargar con esto sola.

—Kelly —empiezo en voz baja—. Nunca quise que te sintieras así. Nunca.

Niega con la cabeza. —Lo sé. Pero pasó de todos modos.

Silencio. Solo la televisión se oye de fondo, una película navideña en la que los personajes ríen como si en su mundo no existieran los problemas. La ironía del momento no podría ser mayor.

—Simplemente estoy... —busca las palabras, su voz se vuelve más baja—. Estoy abrumada, Ethan. Con todo. Contigo, conmigo, con lo que sea que sea esto. Me alejé porque no sabía cómo seguir adelante.

Asiento lentamente. Me duele oírlo, pero la entiendo. Más de lo que quiero admitir.

—Estoy aquí porque no quiero perderte —digo con calma—. Pero si necesitas distancia, dímelo. Solo, por favor, no vuelvas a desaparecer así sin más.

Me mira —largo rato, sin palabras— y reconozco el caos en su mirada. Entre el miedo, la rabia y el afecto, hay algo más. Algo que aún no se atreve a decir.

—Hay algo más, Ethan. Algo que ya no puedo guardar para mí, aunque me da miedo lo que pasará cuando te lo cuente.

Me acerco, miro su rostro vulnerable y me imagino lo peor. ¿Pasó algo? ¿Cometió un error en el trabajo que podría tener consecuencias terribles para ambos? No, ¿qué podría ser? Todo lo que hace durante el día pasa directamente a los otros departamentos. E incluso si así fuera: nada es tan grave como para que se atrinchere durante días y se esconda de mí. ¿O está enferma? ¿Tiene una enfermedad incurable que le deja solo unos días en la Tierra? Imposible. No. Kelly es joven y sana. Pero, ¿y si es así?

—Kelly, sea lo que sea, lo superaremos —digo, y tomo su mano, que tiembla terriblemente.

—Ethan, yo... —dice, y se detiene; traga con dificultad y baja la mirada—. Estoy... —empieza de nuevo y levanta la vista—. Estoy embarazada.

Capítulo 38

~ Kelly ~

Estoy sentada en el sofá y siento cómo se me humedecen las manos. El chocolate sobre la mesa se enfrió hace rato, las papitas están esparcidas sobre la mesita de centro y la película sigue su curso sin que yo la esté viendo de verdad. Ethan está sentado a mi lado. En serio. De verdad. Ethan Blackwell... en este apartamento, en medio del caos que yo misma he provocado. Parece recién salido de una revista: abrigo negro, suéter oscuro, el pelo perfecto, la mirada tranquila. ¿Y yo? Yo soy todo lo contrario. Un desastre andante.

Mi pelo es un nudo de grasa y frizz, mi suéter tiene manchas que ya no puedo identificar y mis pantalones de buzo me quedan tan chuecos que en realidad debería tirarlos. El cuarto a mi alrededor se ve igual que yo: desolado, abrumado, sin rumbo.

Y aun así, Ethan está aquí. Con su ropa cara y oscura, tan irritantemente perfecto como siempre. La tela de su abrigo brilla ligeramente bajo la luz de la lámpara de pie, el sofá parece tensarse bajo su peso, como si supiera que alguien importante está sentado en él. Él no pertenece a este lugar. No a este mundo de chocolate frío, papitas a medio comer y repeticiones de realities.

Y sin embargo, está aquí.

«Disculpa el desorden», murmuro por fin, hablando más de la cuenta. Como siempre que estoy nerviosa. Pero Ethan solo hace un gesto con la mano para restarle importancia. No le importa. No es importante.

No ahora.

Él sonríe, esa sonrisa diminuta y suave que siempre parece como si supiera algo que yo no. «Kelly», dice con calma. «Puedo soportarlo».

Me río, avergonzada, hundo la cara entre las manos y deseo poder hundirme en el sofá.

Cuando vuelvo a levantar la vista, se ha girado un poco hacia mí. Solo un poco. Su mano descansa relajada en el respaldo del sofá, a apenas veinte centímetros de mi hombro. No es nada y, sin embargo, siento como si mi cuerpo absorbiera todo el calor de esa mano.

Respiro de forma superficial. Sé que tengo que decir algo. Que esto no es una simple visita.

No está aquí para tener una charla trivial.

Y entonces hablo. Le cuento que todo me sobrepasó. Que ya no podía más. Y él me mira con esa mirada... tan comprensiva. Tan cariñosa. Sus ojos son claros, penetrantes, y de pronto veo en ellos algo que no había notado antes. Ni control, ni cálculo. Solo... preocupación. Preocupación genuina.

Y eso solo lo empeora todo.

Me muerdo el labio para no echarme a llorar. No puedo volver a ser débil. No delante de él. Pero mientras lo miro, mientras reconozco esa calidez en su mirada, mi cabeza empieza a pintar imágenes que ya no puedo detener:

Ethan, despertando a mi lado por la mañana, despeinado, sin camisa, con una sonrisa adormilada.

Ethan, tomándome de la mano, paseando por Central Park mientras cae la nieve.

Ethan, de pie en la cocina, preparando café mientras yo estoy sentada en la mesa: redonda, embarazada, feliz.

Lo veo con un bebé en brazos. Lo veo reír. Lo veo besándome, acunando a nuestro hijo.

Suelto un suspiro tembloroso.

Estas imágenes son tan reales que me asustan. No soy el tipo de mujer que piensa en el futuro. Soy del tipo que entra en pánico en cuanto las cosas se ponen serias. Y aun así, no puedo evitarlo. Lo miro, a este hombre que encarna todo lo que nunca quise, y me pregunto cómo sería como padre.

Probablemente perfecto.

Lo haría a su manera. Estructurado. Confiable. Protector. Él sería el que prepararía el desayuno por la mañana porque yo estoy

demasiado cansada. El que seguiría respondiendo correos por la noche con el bebé durmiendo sobre su pecho.

Sería todo lo que yo nunca fui.

Y de repente, sé que tengo que decírselo. No puedo seguir guardando el secreto. No cuando me mira así. No cuando está ahí sentado, como si me entendiera sin que yo diga una palabra.

Abro la boca, pero no sale ningún sonido. Solo una respiración temblorosa, y luego otra.

Ethan se inclina ligeramente hacia adelante, su voz es suave. «Kelly, sea lo que sea, lo superaremos».

Lo miro.

Y sé que ha llegado el momento.

Voy a decírselo.

Hoy.

Ahora.

«Ethan, yo...», digo, me detengo, trago saliva y bajo la mirada. «Estoy...», empiezo de nuevo. Respiro hondo. Díselo de una vez. ¡Díselo!

«Estoy embarazada». Lo digo rápido. Como cuando arrancas una curita, para que el dolor sea muy breve.

Por un momento, todo se queda en silencio.

Ya no oigo nada. Ni el tráfico de afuera, ni la película de fondo, ni mi propia respiración. Solo el silencio, que se instala entre nosotros como un muro de cristal. No me atrevo a levantar la vista. Mi mirada se queda fija en mis manos, entrelazadas como si pudieran protegerme del mundo.

Entonces oigo a Ethan exhalar lentamente.

Largo. Pesado. Casi imperceptible.

Me obligo a mirarlo.

Su rostro no es lo que esperaba. Ni conmoción, ni rabia, ni un silencio frío y calculador. Solo... reflexión. Como un hombre que intenta reordenar sus pensamientos. «¿Estás... embarazada?», pregunta al fin, en voz baja, como si quisiera asegurarse de haber oído bien.

Asiento. Y al instante, todo vuelve a aflorar. Pánico. Vergüenza. Culpa. «Quería decírtelo antes. Solo quería... estar segura. Y tenía

miedo. No sabía cómo ibas a reaccionar, y entonces...».

«Kelly».

Me interrumpe. Con suavidad. No con dureza, ni con impaciencia, simplemente con calma. Lo miro y, por primera vez en días, su mirada no se siente como una tormenta, sino como un puerto seguro. «¿De cuánto?», pregunta entonces.

«De unas semanas». Mi voz es apenas audible. «Sospecho que fue en el cuarto de las fotocopias», digo, y puedo oír cómo se le escapa una breve risa.

Luego se recuesta lentamente, apoyando los codos en las rodillas y pasándose una mano por el pelo. Noto cómo sus pensamientos giran. Pero no dice nada hiriente. Ni un «¿Cómo pudo pasar?». Ni un «¿Por qué me hiciste esto?». Solo silencio. Y reflexión.

«Sé que todo esto... suena a locura», continúo, porque el silencio me está devorando. «No quería soltártelo así. Solo quería... guardármelo para mí. Por ahora. Para pensar. Para averiguar qué quiero. Qué es esto, siquiera. Entre nosotros. Si es real o solo...».

«¿Solo qué?».

Levanto la mirada. Sus ojos están fijos en los míos. Siento que no puedo mentir. «Solo una aberración. Una fase. Algo que nunca debió pasar».

Inhala profundamente. Luego se levanta. Contengo la respiración, porque creo que ahora se va. Que se dará la vuelta, cerrará la puerta y me dejará aquí sentada. Pero se queda de pie.

Me mira, y en su mirada hay algo que no puedo descifrar. Ni rabia, ni desconfianza. Solo determinación. «Esto», dice en voz baja, «nunca fue una aberración, Kelly».

Parpadeo, porque no sé qué responder a eso.

Se acerca y se detiene frente a mí. Tan cerca que puedo sentir su aliento en mi piel.

Lo miro, incapaz de decir nada.

Me mira durante un latido, luego dos, y entonces ocurre algo que es lo último que habría esperado. Sus labios empiezan a curvarse. Lenta, casi cautelosamente, hasta que una sonrisa se extiende por su rostro. Una sonrisa genuina, cálida y totalmente descontrolada.

—¿Un bebé? —dice finalmente, como si tuviera que procesar la palabra.

Asiento en silencio.

Niega con la cabeza, incrédulo, ríe en voz baja y se pasa una mano por el pelo. —Eso es... es lo más hermoso que he escuchado en mi vida.

Parpadeo. —¿Qué?

—Lo digo en serio —me mira, y en sus ojos hay algo que nunca antes había visto en él. Ni duda, ni enojo, ni caos. Solo alegría pura y sincera—. Sé que llega... un poco pronto. De acuerdo, muy pronto. Pero... —vuelve a reír, en voz baja, cohibido—. Pero, maldita sea, Kelly... esto es lo mejor que me pudo haber pasado.

Abro la boca para decir algo, pero no me sale ni un sonido.

—Un bebé —pronuncia la palabra una vez más, como si la estuviera saboreando, como si quisiera asegurarse de que es real. Luego vuelve a mirarme, su mirada se ha suavizado, casi reverente —. He deseado esto desde hace tanto tiempo. Solo que nunca lo dije en voz alta. Y ahora... ahora está pasando. Contigo.

Apenas puedo creer lo que escucho. —¿Conmigo? —pregunto con cautela, como si necesitara estar segura de que se refiere a mí y no a alguna fantasía en su cabeza.

Asiente de inmediato. —Sí. Contigo. No sé por qué, pero esto se siente correcto. Una locura, sí. Pero correcto.

Y entonces ese temblor en mi pecho comienza a calmarse. Esa opresión en el estómago que apenas me dejó respirar en los últimos días, cede. Siento cómo las lágrimas suben a mis ojos, pero esta vez no son de pánico, sino cálidas, de alivio.

—Tenía tanto miedo —susurro—. No sabía cómo ibas a reaccionar. Pensé que me gritarías o... o que dirías que esto fue un error. Que nosotros somos un error.

—¿Un error? —levanta ligeramente las cejas y se acerca un poco —. Kelly, nada relacionado contigo ha sido un error. Tal vez yo he arruinado muchas cosas: te traté mal, dije cosas que no debería haber dicho. ¿Pero esto? Esto no es un error.

Una lágrima me corre por la mejilla y, antes de que pueda limpiarla, él la retira suavemente con el pulgar. —Oye —dice en voz

baja—. Mírame.

Lo hago.

—Saldremos de esto. Sin importar lo complicado que se ponga. Estoy aquí, ¿de acuerdo?

Asiento. Apenas puedo hablar, de tanto que lucho contra el temblor.

Él sonríe de nuevo, me mira con esa mirada luminosa que hace que mi corazón tropiece al instante. —¿Y honestamente? —agrega —. No puedo imaginar nada más hermoso que vivir esto contigo.

Me río en voz baja, medio llorando, medio incrédula. —La conversación no podría haber salido mejor —logro decir.

Me atrae suavemente hacia él, sus brazos se cierran a mi alrededor, firmes, seguros, cálidos. Se ríe en voz baja, negando con la cabeza con incredulidad. —¿Sabes todo lo que me imaginé cuando desapareciste de repente? —su voz es suave, un poco áspera, pero de una manera cálida y familiar—. Pensé que habías cometido un error en el proyecto que podría costarme millones y tenías miedo de las consecuencias. O... —duda un momento, su mirada recorre mi rostro, como si buscara allí una vez más la confirmación de que todo está realmente bien—. O que estabas enferma. Muy enferma. Me imaginé las peores cosas.

Sonrío con tristeza y pongo mi mano sobre la suya. —Ay, Ethan...

—Me quedé despierto por las noches, dándole mil vueltas a la cabeza. Incluso manejé hasta tu casa para ver si todo estaba bien. Y entonces... —exhala, sus hombros se relajan—. Y entonces no había luz. Ni respuesta. Ninguna señal tuya. Pensé... no sé. Que te habías ido para siempre. Deseaba tanto que no fuera nada malo.

—No quería asustarte —mi voz se quiebra por un instante—. No quería preocuparte. Simplemente estaba... abrumada. No sabía qué pensar, qué sentir, qué hacer. Ni siquiera estaba segura de si tú...

—¿Qué?

Suspiro y miro nuestras manos entrelazadas. —Si te alegrarías. Por mí. Por el bebé. Por nosotros.

Ethan vuelve a reír en voz baja, atrayéndome aún más cerca hasta que su frente toca la mía. —Hace mucho tiempo que no me alegraba tanto por algo como por lo que me acabas de decir —su

voz es suave, pero firme—. No sé qué vendrá, Kelly. Pero sé que quiero esto. A ti. Al bebé. A este caos —se ríe, mira a su alrededor, señalando las moronas de papitas y las tazas sobre la mesa—. Todo esto.

Tengo que reír porque tiene razón. Esto es un caos. Pero es nuestro caos.

Respiro hondo, y por primera vez en semanas, se siente ligero. Liberador. Asiento, limpiándome las lágrimas de los ojos con la manga. —¿Entonces empezamos a poner orden?

—Poner orden suena bien.

Nos levantamos, y durante los siguientes minutos todo es tan normal, tan maravillosamente cotidiano que parece casi irreal. Guardamos las tazas, recogemos los cojines, barremos las papitas del suelo. Ethan me sostiene la bolsa de basura, yo tiro una bolsa de papitas a medio terminar y me río de su expresión teatral cuando levanta una taza de chocolate vacía como si fuera un objeto peligroso.

—No sabía que eras tan bueno para ordenar —lo provoco.

—Soy CEO, Kelly. Pongo las cosas en orden.

—Ajá. ¿También las bolsas de papitas y las tazas de chocolate?

—Si es necesario, sí.

Ambos reímos, fuerte, liberados, tanto que las lágrimas vuelven a mí, pero esta vez de alegría.

Cuando terminamos, el departamento está limpio. Bueno, casi. Pero es suficiente para volver a sentirse humano. Ethan se pone el abrigo, me pasa el mío y salimos juntos al aire frío.

Afuera hay silencio. Los copos de nieve danzan bajo la luz de las farolas. La ciudad parece pacífica por un momento, casi mágica. Caminamos uno al lado del otro, por las calles silenciosas, envueltos en abrigos, las manos hundidas en los bolsillos, los hombros apoyándose ligeramente uno en el otro.

—Está nevando —digo, sonriendo.

—Lo veo.

—Como en una película.

—Solo que mejor —murmura, y desliza su mano en la mía; cálida, firme, como si fuera lo más natural del mundo.

Seguimos caminando hasta que las luces de Central Park se abren ante nosotros. Todo brilla. Los niños ríen, las parejas se toman de la mano, y en medio de todo hay un enorme árbol de Navidad, adornado con esferas doradas y rojas, y series de luces que destellan como en un cuento de hadas.

Me detengo, lo miro, y en ese momento todo es tan cursi que casi duele, y al mismo tiempo tan perfecto que desearía que nunca terminara.

Ethan se para frente a mí, sus manos envuelven las mías, sus ojos brillan a la luz de las series de luces. —¿Sabes qué es lo más loco? —dice en voz baja—. Toda mi vida he intentado controlarlo todo. Hacerlo todo perfecto. Y entonces llegas tú... y pones todo de cabeza. Y de repente... se siente como si fuera la primera vez que algo está realmente bien.

Me río, una risa temblorosa y feliz, y antes de que pueda decir algo, él se inclina hacia mí y me besa.

Lento. Cálido. Lleno de amor.

La nieve cae sobre nuestro pelo, sobre nuestros hombros. Alguien ríe a lo lejos, suena una melodía navideña y el mundo sigue girando; solo que, por este momento, no para nosotros.

Me separo un poco, lo miro y él sonríe. Esa sonrisa que me debilita cada vez.

—Feliz Navidad, Kelly.

—Feliz Navidad, Ethan.

Y entonces me besa una vez más —en medio de Central Park, bajo el brillante árbol de Navidad— y todo lo que había visto unas horas antes en la televisión del departamento de Val, de repente sucede. Aquí y ahora. Mi propio milagro de Navidad.

Epílogo

~ Kelly ~

El aroma a canela y vainilla flota en el aire, tan intenso que casi olvido lo mucho que me estresa ver la cocina. Hay cosas por todas partes: tazones, latas de galletas, papel de regalo, copas de vino a medio vaciar. Y, sin embargo, todo se ve precioso. La luz es cálida, dorada, suave. El árbol de Navidad destella en la sala, las puntas de sus ramas brillan como si alguien las hubiera espolvoreado con nieve de verdad. Afuera, la ciudad yace quieta bajo un manto blanco, y a través de los enormes ventanales veo las luces parpadeantes de Manhattan.

Me limpio la harina de las manos mientras meto en el horno una bandeja llena de estrellas de canela. Detrás de mí, oigo reír a Ethan. Esa risa profunda y serena que reconozco al instante y que, cada vez, me pone nerviosa y feliz al mismo tiempo.

—Si cuelgas una guirnalda de luces más, van a saltar los fusibles —dice, apoyándose despreocupadamente en la encimera. En una mano sostiene una copa de vino tinto y en la otra una esfera navideña dorada, que observa como si fuera un recuerdo.

Me volteo hacia él. —Es Navidad, Ethan. Un poco de brillo no hace daño.

Sonríe con picardía. —¿Un poco? Creo que nunca he visto tantas estrellas juntas al mismo tiempo.

—Entonces será que no tienes suficiente espíritu navideño. —Sonrío, pero por dentro me siento completamente tranquila. Se ve tan guapo con su camisa, las mangas arremangadas, el pelo ligeramente alborotado. No es un CEO, no es un Boss. Simplemente Ethan. *Mi Ethan.*

Clara, que en ese momento extiende el mantel sobre la larga mesa de madera, se ríe en voz baja. —Les digo una cosa: he visto bodas con menos decoración.

—¿Y qué? —digo, mientras acomodo unas ramas de pino—. Si vamos a celebrar, que sea como se debe.

Doy un paso atrás y contemplo la mesa: candelabros dorados, platos blancos, servilletas de tela rojas, todo armonioso y festivo, tal como lo había imaginado. Me cuesta creer que este sea de verdad nuestro hogar. Que vivo aquí. Con él. Y con nuestro hijo Joe.

Lanzo una breve mirada hacia la sala; allí está él, envuelto en una pequeña y mullida cobija, estirando sus diminutas manos hacia las esferas brillantes que Clara todavía no ha colgado en el árbol. Siento cómo se me enternece el corazón.

—Le encantan las luces —digo en voz baja.

—Eso lo sacó de ti —murmura Ethan detrás de mí, poniendo una mano en mi cadera.

Me río. —Al menos heredó algo bueno.

—Heredó muchas cosas buenas —susurra y se inclina para besarme en la mejilla.

Me apoyo en él un instante y cierro los ojos. Ha pasado un año. Un año desde aquel caos. Desde Aspen. Desde el cuarto de las fotocopias. Desde las noches en vela y las preguntas interminables. Ahora estoy aquí, y todo se siente correcto.

—Bueno —dice Clara finalmente, mientras se limpia las manos en el delantal—. La mesa está puesta, el árbol está armado, la música está sonando. Creo que estamos listos.

Asiento, respiro profundo y me aparto un mechón de la cara.

—Solo falta la champaña —dice Ethan con una sonrisa.

Me volteo hacia él. —Ya está enfriándose. Y más te vale que no hayas vuelto a picar de los postres.

Levanta las manos como si jurara su inocencia. —¿Yo? Jamás.

Clara se ríe. —Entonces seguro fue el bebé.

Todos nos reímos y en ese momento llaman a la puerta.

Lo miro y mi corazón da ese pequeño brinco, como cada vez que nuestras miradas se cruzan. —Ya llegaron —digo.

Él asiente, se inclina hacia mí y susurra: —¿Lista?

Sonrío. —Más que nunca.

Mientras él va hacia la puerta, me quedo quieta un momento, observando el departamento. El árbol, el aroma, nuestro hijo que

balbucea suavemente... todo se siente tan irreal. Y, sin embargo, tan auténtico.

Clara va a la puerta. Oigo voces, pasos en el pasillo, el leve crujido de las chaquetas y, de repente, Luke está en medio de la sala.

—¡Tío Ethan! —grita con ese entusiasmo incontenible que solo tienen los niños y se lanza a los brazos de Ethan. Ethan lo levanta, lo hace girar y la risa de Luke inunda toda la habitación. Entonces me descubre.

—¡Tía Kelly! —grita. Deja que Ethan lo baje, corre hacia mí y se aferra a mi cadera con tanta fuerza que casi pierdo el equilibrio. Me inclino hacia él y le acaricio la cabeza. Sus mejillas están encendidas, está tan lleno de energía que me hace reír.

—¡Adivina qué! —dice emocionado, con los ojos muy abiertos—. ¡Ayer estuve en la pista de patinaje sobre hielo! Y ya casi puedo hacer piruetas. ¡Como tía Valerie!

Sonrío. —¿De verdad? ¿Casi tan bien como ella? ¡Eso es impresionante!

—¡No casi! —exclama con orgullo.

Y justo en ese momento vuelve a sonar el timbre y entra Valerie; por supuesto, con un abrigo brillante de color crema, perfectamente maquillada, perfectamente peinada. A su lado, su novio, que se ve tan radiante que resulta casi sospechoso.

—¡No lo van a creer! —grita, levantando triunfalmente la mano, en la que brilla un enorme anillo de diamantes—. ¡Lo hizo!

Necesito un segundo para darme cuenta de lo que quiere decir, luego chillo de emoción, corro hacia ella y la abrazo. —¡Oh, Dios mío, Val! ¡Esto es... wow!

—¡Lo sé! —Se ríe, sus mejillas enrojecidas, se ve feliz. Realmente feliz.

Ethan saluda a su prometido con un apretón de manos y un asentimiento de aprobación.

Luke está a un lado, mirándonos a todos alternativamente, y luego grita indignado: —¡Pero si ya se los había contado!

Todos nos reímos.

Poco a poco, el penthouse se va llenando. Llegan los padres de Ethan, traen regalos y vino, y su madre me abraza tan fuerte como si ya formara parte de la familia desde hace años. —Me alegra tanto volver a verte por fin, Kelly —dice con calidez y en sus ojos hay un brillo sincero.

Mis padres llegan poco después, con las chaquetas aún abiertas, la mirada curiosa y un poco abrumada. —Vaya, esto es... —Mi madre se detiene en medio de la habitación y mira a su alrededor—. ...impresionante.

Mi padre asiente. —Nada mal, hija. Lo lograste.

Sonrío con timidez mientras mi madre ya se acerca al ventanal, admirando la vista del perfil nevado de la ciudad y murmurando «wow» en voz baja.

—¿Ese es su árbol de Navidad? —pregunta mientras se acerca—. ¿Y cómo lo subieron hasta acá?

—Con tres hombres, un ascensor y muchas maldiciones —grita Ethan riendo desde la cocina.

Pongo los ojos en blanco. —Exagera.

Cybil llega un poco más tarde, con su marido y la pequeña Rosie en el cochecito. Apenas entra en la habitación, me lleva a un lado, lejos del bullicio, y después de mirar a su alrededor con los ojos muy abiertos, me susurra: —Te lo dije.

La miro, entiendo de inmediato a qué se refiere y me echo a reír, aunque al mismo tiempo se me llenan los ojos de lágrimas. —Sí, tenías razón.

—Como siempre —dice sonriendo y me da un codazo. Luego se inclina sobre Rosie, que mira a su alrededor con curiosidad, y añade en voz más baja—: ¿Y sabes qué? Te ves feliz. De verdad.

Asiento, miro por la sala y veo a Ethan con Luke admirando el árbol de Navidad; a mis padres con los de Ethan, que admiran encantados a nuestro hijo Joe; a Valerie abrazando a Clara y a todas las personas que significan algo para mí.

—Yo también lo estoy —digo en voz baja.

La cena es perfecta. Mejor de lo que jamás hubiera soñado. El aroma de la carne asada, las verduras caramelizadas y el romero fresco todavía flota en el aire, mientras las risas de los invitados resuenan por las habitaciones de techos altos. Todo el *penthouse* está bañado en una luz dorada. Las velas parpadean sobre la larga mesa del comedor, la porcelana brilla y, afuera, los copos de nieve se arremolinan contra los enormes ventanales. Nueva York centellea, como si alguien hubiera esparcido polvo de estrellas sobre la ciudad.

Estoy sentada entre Ethan y mi mamá. Luke se ríe por lo bajo al otro extremo de la mesa porque Valerie le deja caer en secreto pequeños malvaviscos en el chocolate caliente. Incluso el padre de Ethan, que normalmente parece algo rígido, se ríe —se ríe de verdad — de alguna anécdota de la infancia de Ethan que Daisy está contando. El propio Ethan parece relajado, casi juvenil. Ni rastro del CEO controlado que todos conocen en la oficina. Se recuesta, pone una mano sobre mi muslo y aprieta ligeramente, como si quisiera decirme: *¿Ves? Todo está bien.*

Está bien. Incluso perfecto.

Cuando todos están llenos y satisfechos, los invitados van desapareciendo poco a poco hacia la sala. Valerie se encarga de abrir la champaña, Luke juega con Rosie en la alfombra y mi mamá ayuda a Clara a levantar la mesa. Ethan se levanta, toma en brazos al pequeño Joe —nuestro Joe— y me hace un gesto con la cabeza. —¿Vienes?

Lo sigo por el pasillo. Afuera, la nieve cae más densa; toda la ciudad está cubierta de blanco. Joe bosteza, su carita está completamente relajada. Juntos lo llevamos al dormitorio. Ethan lo acuesta suavemente en su cama, le sube la manta hasta la barbilla y le acaricia la cabeza. Yo estoy a su lado, observando la escena.

Me impacta cada vez: esa calma en los movimientos de Ethan, la ternura con la que trata a Joe. Lo miro y mi corazón se encoge. No me canso de verlo.

—Se parece a ti —susurro mientras atenuamos la luz.

Ethan sonríe. —Espero que haya heredado tu terquedad.

Me río en voz baja mientras cerramos la puerta.

Regresamos a la sala, donde ya todo está más tranquilo. Valerie está sentada en el sofá con Sandra y Teresa, y juntas admiran su anillo. Me siento entre las tres y también le echo otro vistazo a la joya resplandeciente.

—Quién hubiera pensado que alguna vez te casarías —dice Sandra, sonriendo.

Val tuerce el gesto. —¿¡Qué se supone que significa eso!? Siempre estuvo claro que me iba a casar alguna vez.

Las tres nos reímos, mientras Val se sienta indignada entre nosotras.

—Bueno, todas creíamos que lo harías —empieza Teresa—. Pero que fuera a ser él —señala con la barbilla en dirección al prometido de Val—. Ninguna de nosotras se lo esperaba.

—¿Qué quieres decir? —nos espeta Val.

Sonreímos de nuevo.

—Vamos, ni siquiera tú pensabas que era más que un pasatiempo entretenido —susurra ahora Teresa.

—Un pasatiempo entretenido con una billetera muy grande —añado y me agacho automáticamente para que la ira de Val no me alcance, pero para nuestra sorpresa, ella simplemente se ríe con nosotras.

—Lo sé. Yo tampoco me lo esperaba. Pero ¿qué puedo decir? Simplemente pasó.

—¡Y nos alegramos por ti! —dice Sandra y brinda con su copa de champaña con nosotras.

—La boda será en Aspen —revela Val con una amplia sonrisa.

—¿En Aspen? —repetimos las tres, sorprendidas—. ¿Por qué allí?

Val se encoge de hombros. —Porque es bonito. Nieve, montañas...

—Chalés de lujo —la interrumpe Sandra.

—Champaña desde temprano en la mañana —continúa Teresa.

—Y desconocidos guapos que te hacen perder la cabeza —sigue Val, mirándome.

Siento que me sonrojo. —Oh, sí, me acuerdo —respondo sin más y busco a Ethan con la mirada por la habitación.

Él está junto a la ventana. Con Luke dormido en sus brazos. Habla sonriente con su hermana, quien luego toma a su hijo y se despide de Ethan. Él asiente, la acompaña al pasillo y regresa unos instantes después.

Mira a su alrededor con satisfacción hasta que su mirada se detiene en mí. Sonríe y esa sonrisa todavía me llega directo al corazón.

Levanto mi copa, brindo con mis amigas y digo: —Por los desconocidos guapos.

Para este momento, ya todos los invitados se han ido. Solo quedan algunas copas por ahí, la chimenea crepita. Ethan me pone una manta sobre los hombros y se sienta a mi lado en el sofá. Dos tazas humeantes de chocolate caliente están en la mesita de centro; con minimaniscos, por supuesto, una idea de Luke.

—Fue una noche hermosa —digo.

Ethan asiente. —Sí. Sinceramente, me daba un poco de pánico.

Lo miro sorprendida.

—Mis padres... —Se encoge de hombros—. Mi padre nunca fue realmente un hombre de familia. Siempre solo trabajo. Pensé que se sentaría aquí, criticaría el vino y volvería a hablar de las cotizaciones de las acciones. Pero de alguna manera... Joe lo conquistó por completo.

Me río en voz baja. —Joe hace eso con todos.

Nos quedamos sentados un rato, en silencio, envueltos en la cálida luz de la chimenea mientras afuera la ciudad se hunde en la nieve. Podría quedarme sentada así eternamente. Pero entonces Ethan se mueve. Noto que se separa de mí y veo cómo de repente se arrodilla frente a mí.

—Ethan... —Mi corazón late más rápido.

Me mira, con esa mirada que acalla todo dentro de mí. Sus ojos brillan a la luz del fuego. Luego, mete la mano en el bolsillo de su

saco y saca una pequeña caja de color azul oscuro.

—Había planeado esto para más tarde —dice en voz baja—, pero... ¿para qué esperar?

Contengo la respiración.

—Kelly Anderson —comienza, y su voz tiembla casi imperceptiblemente—. No sé cómo he podido vivir sin ti, y sinceramente, no quiero volver a averiguarlo. Eres el caos que me faltaba. La calma que nunca busqué, pero que necesitaba. Y la mujer que puso toda mi vida de cabeza, en el mejor de los sentidos.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Así que... —Abre la caja. Un anillo sencillo pero hermoso brilla en su interior—. ¿Quieres casarte conmigo?

Por un momento me olvido de cómo respirar. Todo se vuelve borroso, solo él es nítido. Asiento, incapaz de pronunciar una palabra, solo un «sí» ahogado.

Ethan se levanta, me atrae a sus brazos y me besa. Afuera, los copos de nieve caen cada vez más densos, la chimenea crepita, y en este momento, todo se siente correcto.

Perfecto.

Como si este fuera exactamente el final que nunca creí posible, y el principio de todo.

FIN